

CUADERNOS DE SOCIOLOGÍA

SOCIOLOGIA HISTORICA
DEL DESARROLLO

ÁLVARO MENDOZA DÍEZ

BIBLIOTECA DE ENSAYOS SOCIOLÓGICOS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
UNIVERSIDAD NACIONAL

MÉXICO, D. F.

NP 02270

4082

M4

DS.031097



INVESTIGACIONES
SOCIALES

SOCIOLOGÍA HISTÓRICA DEL DESARROLLO



**INVESTIGACIONES
SOCIALES**

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

VOLÚMENES PUBLICADOS

- Sociología de la Universidad*, por Roberto Agramonte.
Mendieta y Núñez y su Magisterio Sociológico, por Roberto Agramonte.
Sociología de la Universidad, por Roberto Agramonte.
Estructura y Función, por Juan Carlos Agulla.
El Líder, por Víctor Alba.
El Militarismo, por Víctor Alba.
Las Fuerzas Sociales, por Oscar Alvarez Andrews.
Ensayos de Sociología Política, por Francisco Ayala.
El Formalismo Sociológico, por Leandro Azuara Pérez.
Introducción a la Psiquiatría Social, por Roger Bastide.
Análisis Demográfico, por Raúl Benítez Zenteno.
Sociología del Conflicto, por Jessie Bernard.
Principales Formas de Integración Social, por L. L. Bernard.
Humanismo y Universidad, por Miguel Bueno.
Estudios sobre la Universidad, por Miguel Bueno.
La Historia como Revolución, por Francisco Carmona Nenclares.
Temas de Sociología Política Mexicana, por Luis Castaño.
Los Indígenas Mexicanos de Tuxpan, Jalisco, por Roberto de la Cerda Silva.
El Movimiento Obrero en México, por Roberto de la Cerda Silva.
Las Ideologías a la Luz de la Sociología del Conocimiento, por Armand Cuvillier.
La Cuestión Agraria en México, por Antonio Díaz Soto y Gama.
Introducción a la Sociología Regional, por Manuel Diéguez Junior.
Caracteres Sudamericanos, por Roberto Fabregat Cúneo.
Propaganda y Sociedad, por Roberto Fabregat Cúneo.
Evolución Mexicana del Ideario de Seguridad Social, por Miguel García Cruz.
Antonio Caso, una Vida Profunda, por Luis Garrido.
José Vasconcelos, por Luis Garrido.
La Sociología Científica, por Gino Germani.
Estudios de Psicología Social, por Gino Germani.
La Familia y la Casa, por José Gómez Robleda y Ada d'Aloja.
Estudio Biotipológico de los Otomíes, por José Gómez Robleda.
Psicología del Mexicano, por José Gómez Robleda.
La Universidad de México. Su Trayectoria Socio-cultural, por Juan González A. Alpuche.
Euthanasia y Cultura, por Juan José González Bustamante.
La Problemática de la Culpa y la Sociedad, por Juan José González Bustamante.

Universidad Oficial y Universidad Viva, por Antonio M. Grompone.
Un Siglo de Revolución, por Feliks Gross y Rex D. Hopper.
Sociología de la Mortalidad Infantil, por Alberto Guerreiro Ramos.
Las Relaciones Humanas del Trabajo, por Alberto Guerreiro Ramos.
La Reducción Sociológica, por Alberto Guerreiro Ramos.
Metépec, Miseria y Grandeza del Barro, por Antonio Huitrón.
Estudios Sociológicos. Volumen Primero (Sociología General).
 — Volumen Segundo (Sociología General).
 — Volumen Tercero (Sociología Criminal).
 — Volumen Cuarto (Sociología de la Educación).
 — Volumen Quinto, Tomo Primero (Sociología de la Economía).
 — Volumen Quinto, Tomo Segundo (Sociología de la Economía).
 — Volumen Sexto, Tomo Primero (Sociología Rural General).
 — Volumen Sexto, Tomo Segundo (Sociología Rural General).
 — Volumen Séptimo, Tomo Primero (Sociología Urbana).
 — Volumen Séptimo, Tomo Segundo (Sociología Urbana).
 — Volumen Octavo, Tomo Primero (Sociología del Derecho).
 — Volumen Octavo, Tomo Segundo (Sociología del Derecho).
 — Volumen Noveno, Tomo Primero (Sociología de la Revolución).
 — Volumen Noveno, Tomo Segundo (Sociología de la Revolución).
 — Volumen Décimo (Sociología de la Planificación).
 — Volumen Decimoprimer (Sociología de la Política).
 — Volumen Decimosegundo (Sociología del Trabajo y del Ocio).
 — Volumen Decimotercero (Sociología del Desarrollo Nacional y Regional).
Memoria del Instituto de Investigaciones Sociales.
Primer Censo Nacional Universitario
Segundo Congreso Mundial de Sociología.
Etnografía de México.
Los Tarascos (Agotado).
Los Zapotecos (Agotado).
La India y el Mundo, por Silvain Levy.
Sociología Educacional en el Antiguo Perú, por Roberto Mac-Lean y Estenós.
La Crisis Universitaria en Hispanoamérica, por Roberto Mac-Lean y Estenós.
Presencia del Indio en América, por Roberto Mac-Lean y Estenós.
Sociología del Perú, por Roberto Mac-Lean y Estenós.
Status Socio-cultural de los Indios de México, por Roberto Mac-Lean y Estenós.
La Eugenesia en América, por Roberto Mac-Lean y Estenós.
Indios de América, por Roberto Mac-Lean y Estenós.
La Revolución de 1910 y el Problema Agrario de México, por Roberto Mac-Lean y Estenós.
La Tecnología y el Orden Social, por Paul Meadows.
El Proceso Social de la Revolución, por Paul Meadows.
Hacia una Epistemología Sociológica, por Paul Meadows.
Marcos para el Estudio de los Movimientos Sociales, por Paul Meadows.
El Problema del Trabajo Forzado en la América Latina, por Miguel Mejía Fernández.
Sociología de la Burocracia, por Lucio Mendieta y Núñez.
Ensayo Sociológico Sobre la Universidad, por Lucio Mendieta y Núñez.
Urbanismo y Sociología, por Lucio Mendieta y Núñez.
Teoría de los Agrupamientos Sociales, por Lucio Mendieta y Núñez.

Los Problemas de la Universidad, por Lucio Mendieta y Núñez y José Gómez Robleda.
Valor Sociológico del Folklore, por Lucio Mendieta y Núñez.
Política Agraria, por Lucio Mendieta y Núñez.
La Universidad Creadora, por Lucio Mendieta y Núñez.
Teoría de la Revolución, por Lucio Mendieta y Núñez.
La Reforma Agraria de la América Latina en Washington, por Lucio Mendieta y Núñez.
El Derecho Precolonial, por Lucio Mendieta y Núñez.
Ensayos Sociológicos, por Lucio Mendieta y Núñez.
Tres Ensayos de Sociología Política Nacional, por Lucio Mendieta y Núñez.
Homenajes: Augusto Comte, Emilio Durkheim, Manuel Gamio, por Lucio Mendieta y Núñez.
Las Clases Sociales, por Lucio Mendieta y Núñez.
Efectos Sociales de la Reforma Agraria en Tres Comunidades Ejidales de la República Mexicana, por Lucio Mendieta y Núñez.
Sociología del Arte, por Lucio Mendieta y Núñez.
El Derecho Social, por Lucio Mendieta y Núñez.
El Problema Agrario en México, por Lucio Mendieta y Núñez.
El Sistema Agrario Constitucional, por Lucio Mendieta y Núñez.
Ensayos Sobre Planificación, Periodismo, Abogacía, por Lucio Mendieta y Núñez.
Historia de la Facultad de Derecho, por Lucio Mendieta y Núñez.
Introducción al Estudio del Derecho Agrario (Agotado), por Lucio Mendieta y Núñez.
La Administración Pública en México (Agotado), por Lucio Mendieta y Núñez.
La Economía del Indio (Agotado), Lucio Mendieta y Núñez.
La Enseñanza de la Sociología, por Lucio Mendieta y Núñez.
La Habitación Indígena (Agotado), por Lucio Mendieta y Núñez.
Presentaciones y Planteos, por José Medina Echavarría.
La Revolución de los Profesionales e Intelectuales de América Latina, por Alvaro Mendoza Díez.
Democracia y Misticismo, por Djâcir Menezes.
Guatemala, Monografía Sociológica, por Mario Monteforte Toledo.
Partidos Políticos en Iberoamérica, por Mario Monteforte Toledo.
Tres Ensayos al Servicio del Mundo que Nace, por Mario Monteforte Toledo.
La Reforma Agraria en Italia, por Mario Monteforte Toledo.
Prolegómenos a la Sociología, por José Montes de Oca y Silva.
La Sociología de los Opúsculos de Augusto Comte, por Evaristo de Moraes Filho.
El Mito de la Civilización. El Mito del Progreso, por Alfredo Niceforo.
Líneas Fundamentales de una Sociología General, por Alfredo Niceforo.
Decálogo y Programa del Aprendiz de Sociólogo, por Alfredo Poviña.
La Criminalidad en la República Mexicana, por Alfonso Quiroz Cuarón.
Instituciones de Protección a la Infancia en México, por María Luisa Rodríguez Sala.
El Suicidio en México, D. F., por María Luisa Rodríguez Sala.
El Mundo Histórico Social, por Juan Roura Parella.
Tema y Variaciones de la Personalidad, por Juan Roura Parella.
Periodismo Político de la Reforma en la Ciudad de México (1854-61), por Ma-

ría del Carmen Ruiz Castañeda.
La Situación Económico-social del Voceador en la Ciudad de México, por Emma Salgado.
Las Ciencias Sociales del Siglo XX en Italia, por Massimo Salvadori.
La Aparición del Comunismo Moderno, por Massimo Salvadori.
Elementos Económico-sociales del Capitalismo en los Estados Unidos de América, por Massimo Salvadori.
Orígenes y Evolución de la Seguridad Social en México, por Gustavo Sánchez
Los Países en Vías de Desarrollo, por Emile Sicard.
El Ser y el Deber Ser de la Universidad de México, por Héctor Solís Quiroga.
Introducción a la Sociología Criminal, por Héctor Solís Quiroga.
Estructura Mental y Energías del Hombre, por Pitirim A. Sorokin.
Estratificación y Movilidad Social, por Pitirim A. Sorokin.
La Revolución Sexual en los Estados Unidos de América, por Pitirim A. Sorokin.
Métodos Científicos de Investigación Social, por Pauline V. Young.
Técnicas Estadísticas para Investigadores Sociales, por Oscar Uribe Villegas.
Causación Social y Vida Internacional, por Oscar Uribe Villegas.
El A.B.C. de la Correlación y sus Aplicaciones Sociales, por Oscar Uribe Villegas.
La Matemática, la Estadística y las Ciencias Sociales, por Oscar Uribe Villegas.



INVESTIGACIONES
SOCIALES

CUADERNOS DE SOCIOLOGIA

SOCIOLOGIA HISTORICA DEL DESARROLLO

Por

ALVARO MENDOZA DÍEZ



INVESTIGACIONES
SOCIALES

BIBLIOTECA DE ENSAYOS SOCIOLOGICOS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
UNIVERSIDAD NACIONAL

MÉXICO, D. F.

Primera Edición, 1964

**Derechos asegurados conforme
a la Ley.**

**© Instituto de Investigaciones
Sociales de la UNAM.**

CAPÍTULO I

ECONOMIA, SOCIOLOGIA Y DESARROLLO ECONOMICO

A) INTRODUCCIÓN

La mayor parte de literatura existente sobre desarrollo económico ha sido escrita por economistas y por técnicos especializados. Los primeros son responsables de los análisis y esclarecimientos de carácter teórico y doctrinario sobre el desarrollo, en tanto que los segundos se han encargado de formular las técnicas de planificación (proyectos, programas, etc.).

Sin embargo, con ser profusa y valiosa la bibliografía económica en torno al desarrollo, es indudable que todo cuanto puede y debe decirse sobre este complejo fenómeno no compete únicamente a los economistas y técnicos especializados, sino también a los sociólogos y otros investigadores de la conducta humana y social. Por lo que respecta a los sociólogos, su contribución más importante al estudio del desarrollo ha consistido en destacar la necesidad de que se contemplen también las variables sociológicas implicadas en todo desarrollo económico, de tal manera que en su enfoque no se deje de lado el cuadro de las condiciones culturales no estrictamente económicas. Es así que con cada día que pasa viene acentuándose el énfasis en lo que Bert F. Hoselitz denomina "sociological aspects of economic growth".

Pero, en verdad, creemos que esto no basta: la sociología no debe contentarse con sacar a luz los aspectos sociológicos del desarrollo económico, sino que debe reivindicar para sí el fenómeno económico

mismo, en orden a posibilitar la formulación de una teoría verdaderamente científica del desarrollo económico, susceptible de brindar un caudal fecundo de principios de interpretación y de técnicas de aplicación.¹

Este proceso reivindicativo, a nuestro juicio, debe cumplirse después de realizar dos tareas importantes, que son, en primer lugar, la crítica rigurosa de las principales hipótesis sustentadas por los economistas y técnicos especializados en desarrollo y, en segundo lugar, la crítica de los mismos sociólogos del desarrollo. Veamos cada una.

B) CRÍTICA DE LOS ECONOMISTAS DEL DESARROLLO ECONÓMICO

Lógicamente esta crítica tiene que fundarse en la necesidad de poner al descubierto las limitaciones y errores en que aquéllos han incurrido al ocuparse del desarrollo económico. Desde este punto de vista mencionaremos los siguientes hechos significativos.

¹ El profesor mexicano Lucio Mendieta y Núñez enfatiza en la necesidad de fundar una sociología científica del desarrollo, subrayando con toda justeza que "un concepto de desarrollo puramente económico es inaceptable porque el desarrollo se halla necesariamente relacionado con otros factores y circunstancias sociales" (*Sociología del Desarrollo*, edición trilingüe del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1962, p. 33). Adviértase que el mismo título de la obra habla de sociología del desarrollo, mas no de sociología del desarrollo económico, lo cual muestra que el profesor Mendieta y Núñez no está de acuerdo con Bert F. Hoselitz, para quien lo más que es dable subrayar son los aspectos sociológicos del desarrollo económico. Sería absurdo no estar de acuerdo con la hipótesis del sociólogo Mendieta y Núñez, a este respecto. El mismo profesor mexicano considera que el desarrollo tiene dos aspectos: "el material y el cultural. El primero se refiere a la eficacia de los medios empleados por el hombre para dominar a la naturaleza en su provecho. Es una cuestión que está relacionada con las formas de trabajo, con los resultados de su esfuerzo para satisfacer sus necesidades. El segundo tiene, a su vez, dos significaciones, una comprende la cultura como saber y la otra, como estilo de vida, complejo de costumbres, de comportamientos, de ideas y de creencias" (*Op. cit.*, p. 35). Siempre en la misma vía, Mendieta y Núñez señala que "la finalidad de la Sociología del Desarrollo debe ser hallar las constantes universales de ese fenómeno y en consecuencia los métodos que debe emplear de preferencia son el histórico, el etnográfico y el comparativo. El primero mostrará las fases de evolución de los diferentes países en el pasado y la comparación de esas fases conducirá necesariamente a determinar las comunes a todos, las invariables en el tiempo y en el espacio. Las investigaciones etnográficas y de contacto entre poblaciones de diferentes grados de civilización y de cultura, indicarán también lo característico de esos contactos siempre que se producen" (*Op. cit.*, p. 40). Los autores que destacan la necesidad de emplear el método histórico al estudiar el desarrollo son tan escasos, que no puede uno menos que destacar el pensamiento de quienes estiman ineludible y obligatorio su empleo. Precisamente, todo nuestro trabajo se desenvuelve en la línea del método histórico correctamente precisada por Lucio Mendieta y Núñez.

1) *Limitación del campo de estudio.* Los economistas del desarrollo, de modo general, no sobrepasan el marco de las sociedades contemporáneas, a las cuales dividen en dos grandes grupos: regiones desarrolladas y regiones subdesarrolladas, distinguiendo, además, dentro de las primeras a las naciones superdesarrolladas, y dentro de las segundas a las naciones en trance de desarrollo y a las regiones infra-desarrolladas.

De acuerdo con este enfoque, podría parecer que el reto del desarrollo sólo se ha planteado en las sociedades contemporáneas de nuestro siglo, lo que naturalmente es falso. El desarrollo es tan antiguo como el hombre mismo, y su punto de partida hay que buscarlo en la transición de la biología animal a la sociología, esto es, en la transformación revolucionaria del prehombre en homínido y en *homo sapiens*, a través de la actividad del *homo faber*.² Vino luego el desarrollo de la comunidad lítica, primitiva y aclasista, aunque a un ritmo extremadamente lento y, finalmente, las sociedades clasistas, cuyo ritmo de desarrollo fue cada vez mayor, hasta llegar a las novísimas sociedades socialistas, en las cuales el ritmo de crecimiento adquiere realmente características extraordinarias.

¿Por qué los economistas del desarrollo económico han limitado tanto su campo de estudio? ¿Por qué han negligido el criterio socio-histórico? ¿Por qué, incluso, algunos autores niegan que haya habido desarrollo económico en las sociedades premecánicas?³

² El antropólogo Ralph Linton reporta que "El empleo de utensilios, el uso del fuego y, acaso, del lenguaje, así como la adquisición de cierto grado de vida social fueron también atributos de especies que por sus características anatómicas eran evidentemente infrahumanas" (*Estudio del Hombre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944, p. 18). Ningún tipo de desarrollo económico, presente o futuro, puede compararse con el que describe Linton, pues en éste el desarrollo significa el paso del reino animal al reino humano, mientras que el desarrollo clásicamente entendido, y sea cual fuere su modalidad—capitalista o socialista—, se efectúa siempre dentro del reino humano. Una valoración justa del desarrollo no puede pasar por alto este hecho de gran importancia y significación.

³ Tal es el caso, por ejemplo, de Walter W. Rostow, que después de definir la sociedad tradicional como "aquella cuya estructura se desarrolla dentro de una serie limitada de funciones de producción, basadas en la ciencia, la técnica y una actitud prenewtoniana en relación con el mundo físico", añade lo siguiente: "Sin embargo, este concepto de la sociedad tradicional no es, en modo alguno, estático; y no elimina la posibilidad de incrementos en la producción. Puede ser ampliada la superficie de tierra cultivable; pueden ser introducidas en el comercio, la industria y la agricultura

La causa inmediata de esta limitación hay que buscarla sin duda en el concepto sumamente especializado que del desarrollo económico tienen estos economistas, incapaces de comprender a la sociedad humana como un campo de fuerzas y relaciones, que encierra en su seno sus propias potencias de autodesarrollo.

A su vez, este concepto especializado se nutre en la misma realidad contemporánea que enfrenta de un lado a naciones que han ido bastante lejos en el camino del desarrollo, y de otro a naciones y regiones que se han rezagado en ese mismo camino. Adviértase bien que entre los términos desarrollo y subdesarrollo existe la misma relación que entre los términos alfabeto y analfabeto. Este último puede ser alfabetizado porque otros ya saben leer y escribir. Lo propio ocurre con el pueblo subdesarrollado: puede desarrollarse porque otros pueblos ya lo están. En cambio, la comparación pierde todo su sentido cuando se habla de pueblos prealfabetos, ágrafos o preliterarios, así como de pueblos que históricamente alcanzaron cierto nivel de desarrollo económico. En ambos casos falta uno de los términos de la comparación.

Este símil tiene la virtud de relevar un elemento importantísimo en la teoría del desarrollo aplicada a las sociedades contemporáneas, y es el de la *frustración* del crecimiento en las denominadas regiones subdesarrolladas, esto es, regiones cuyo desarrollo económico ha sido frustrado por fuerzas cuya identificación es indispensable realizar, a fin de removerlas como prerrequisito ineludible y necesario para ensa-

algunas innovaciones técnicas *ad hoc*, a menudo muy productivas; puede aumentarse la productividad, por ejemplo, con el mejoramiento de obras de irrigación o con el descubrimiento y difusión de un nuevo tipo de cultivo. Pero el hecho fundamental relacionado con la sociedad tradicional era que existía un tope al nivel de la producción obtenible *per capita*. Este límite provenía del hecho de que no eran asequibles las posibilidades científicas y técnicas modernas o que no se podían aplicar en forma regular y sistemática. (*Las Etapas del Crecimiento Económico*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1961, p. 16). Todos estos juicios, y otros más que subsiguen en la página siguiente, muestran claramente las contradicciones en que se sumerge el autor, que se ve obligado a reconocer posibilidades de crecimiento en la sociedad tradicional, pero sin que por ello deje de ser tradicional. Tales contradicciones se desvanecen si en vez de tomar el maquinismo como criterio de definición, utilizamos el criterio del *ritmo de desarrollo*, y procedemos luego a aplicarlo a cada tipo de sociedad históricamente determinada. Sólo de este modo estaremos en condiciones de acometer con éxito el análisis de las variables económicas y sociológicas responsables de los diferentes ritmos de crecimiento económico de los pueblos en el transcurso del tiempo. Científicamente hablando, creemos que ésta es la metodología más adecuada.

yar luego el cumplimiento de los objetivos concretos trazados por la política del desarrollo.

En suma, pues, este elemento de la frustración explica en gran medida por qué los economistas limitan su campo de estudio y manipulan solamente categorías elaboradas a partir de una doble realidad existencial—desarrollo y subdesarrollo—, que los circunda.

2) *Insuficiencia de las definiciones del desarrollo.* No nos referimos aquí a las limitaciones de las definiciones del desarrollo ofrecidas por los economistas, como una consecuencia de haber limitado previamente su campo de estudio; nos referimos de hecho a las insuficiencias que denotan y exhiben tales definiciones formuladas todas ellas a partir del mismo modelo existencial de desarrollo vs. subdesarrollo. Nos enfrentamos aquí con varios tipos de definiciones, de las cuales nos ocupamos a continuación.

a) *Acepciones técnicas del desarrollo.* La mayor parte de los economistas define el desarrollo económico como el aumento de la producción *per capita*, o como el aumento del ingreso *per capita*, o como el aumento de la producción en una forma tal que sobrepase el aumento de la población,⁴ o como el aumento de la productividad.

Una severa aplicación de los requisitos de una definición científica en el campo social, tiene que llevarnos a adoptar una actitud, si no escéptica, cuando menos cautelosa frente a estas definiciones, que son más que todo acepciones técnicas del desarrollo, esto es, que lo que expresan son los *resultados finales* del desarrollo antes que su esencia y naturaleza. En pocas palabras, no consideran al desarrollo como

⁴ Estas definiciones convienen tanto a los países desarrollados como a los subdesarrollados. Estos últimos han sido definidos por un Comité de Expertos de las Naciones Unidas como aquellos "in which per capita real income is low when compared with the per capita real income of the United States of America, Canada, Australasia, and Western Europe" (citado por Bert F. Hoselitz en su obra *Sociological aspects of economic growth*, The Free Press of Glencoe, Illinois, 1960, p. 25). Por su parte, el economista chileno Alberto Baltra C. nos ofrece los siguientes valores del ingreso real *per capita*: Estados Unidos, 2,400 dólares; Argentina, Uruguay y Venezuela, más de 400 dólares; Cuba prerrevolucionaria y Chile, entre 300 y 400 dólares; Brasil, Colombia, Costa Rica, México y Panamá, entre 200 y 300 dólares; Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Perú y República Dominicana, entre 100 y 200 dólares; y, finalmente, Bolivia, Haití y Paraguay, menos de 100 dólares. El promedio para Latinoamérica es de 312 dólares (*Crecimiento económico de América Latina*, Editorial del Pacífico, S. A., Santiago de Chile, 1959, p. 11 s.).

un proceso sino que se refieren más bien a la *medida del desarrollo*. ¿Hasta qué punto un indicador de la existencia de un fenómeno cualquiera puede constituir la definición misma del fenómeno?

Desde otro punto de vista, las acepciones mencionadas distan mucho de ser todas congruentes entre sí. En efecto, no es lo mismo decir que el desarrollo consiste en el aumento de la producción *per capita* que en el aumento del ingreso real *per capita*. En el primer caso, se trata de una acepción "física", mientras que en el segundo se trata de una acepción "monetaria", sin que sea permitido tomarlas como equivalentes. Así, por ejemplo, la producción física *per capita* para cierto producto exportable puede aumentar de un año a otro. ¿Diremos por eso que necesariamente tiene que aumentar también el ingreso *per capita* en esa rama o producto? Indudablemente que no: este ingreso por persona disminuirá si las cotizaciones experimentan una drástica reducción; o bien puede aumentar si estas cotizaciones son simplemente sobrepuestos; o bien, finalmente, puede ser igual que antes si las cotizaciones no varían. Estas tres posibilidades pueden darse también, *mutatis mutandis*, tanto en el caso de que la producción *per capita* disminuya, como en el caso de que no aumente ni disminuya.

Por cierto que los economistas no prestan la suficiente atención a este fenómeno de relacionar la producción *per capita* con el ingreso real *per capita*, lo cual es muy sensible puesto que la realización de semejante tipo de análisis arrojaría muchas luces sobre la frustración del desarrollo en las naciones atrasadas.

Más que la producción física *per capita*, los economistas manipulan el concepto de ingreso real *per capita* para medir el crecimiento. Pero tratándose del comercio internacional, cuya importancia es tan grande en la economía global de los países subdesarrollados, la manipulación de este concepto está muy lejos de ofrecernos una imagen exacta del crecimiento, y ello por las siguientes razones principales: primera, porque dicha categoría de medición constituye solamente un expediente de carácter estadístico; conforme se puede apreciar más que todo en las inversiones de capital extranjero en explotaciones

mineras de países subdesarrollados, explotaciones gigantes y altamente productivas debido justamente a su técnica elevada y eficiente, de lo cual resulta que en la minería, más que en ninguna otra rama de actividad económica, se obtiene de modo general el más alto promedio de ingreso real *per capita*, pero sin que por ello pueda decirse honestamente que el país subdesarrollado logra para su población provechosamente empleada en la minería los más altos niveles de vida; todo esto sin considerar, ya en un plano nacional, con que los mayores ingresos percibidos por la administración no siempre se canalizan de un modo favorable para el ulterior desarrollo ni para elevar el tenor de vida, sino que más bien son invertidos en sostener una pródiga burocracia civil y militar, en la adquisición de bienes raíces, en la modernización de las instalaciones de las propias empresas extranjeras, en gastos suntuarios, etc., etc.⁵

Una segunda razón que nos ilustra a cabalidad sobre la falacia de medir el desarrollo utilizando el ingreso real *per capita*, está dada por el hecho de que este criterio de medición oculta aspectos que son verdaderamente relevantes para el desarrollo económico. Así, por ejemplo, podría cuestionarse si márgenes elevados de ingreso real *per capita* deben ser las normas del desarrollo cuando tales márgenes han sido generados por la fabricación de armamentos, o por una capitalización excesiva en la producción de servicios o en la actividad del comercio. Del mismo modo, una duda similar surge cuando se reflexiona en la legitimidad de los elevados ingresos *per capita* obtenidos en la minería, ingresos que pueden ser los signos de una explotación brutal de los yacimientos susceptible de originar su desgaste prematuro o acelerado. En este caso, los márgenes elevados de ingreso pueden ser los indicadores de una desaceleración futura del desarrollo.

⁵ Paul A. Baran, el combativo economista norteamericano, dedica algo más de una docena de páginas para exponer el uso inconveniente que hacen las naciones y regiones subdesarrolladas de sus mayores ingresos obtenidos por la explotación de sus recursos minerales por parte de firmas extranjeras (*La economía política del crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1961, pp. 234-248). Por lo demás, causa un poco de extrañeza que el autor de tan valiosa obra defina el desarrollo económico como el incremento de la producción *per capita* de bienes materiales en el transcurso del tiempo (p. 35), siendo así que todo el libro es prácticamente un alegato en contra de dicha definición, o algo menos.

El carácter estadístico del ingreso *per capita* tiende a alejarse cada vez más de la realidad conforme aumentan las desigualdades de su distribución entre las clases y grupos de la sociedad. No anduvo desacertado David Ricardo cuando expresó que la economía política tenía por objeto estudiar la forma en que se reparte la riqueza entre los capitalistas, los terratenientes y los trabajadores. Desde luego, este famoso economista liberal tenía en mente sólo la economía de la sociedad burguesa.⁶

Veamos, para terminar con el análisis de las acepciones técnicas del desarrollo económico, aquella definición que establece la positividad de este fenómeno cuando la producción sobrepuja a la población. Realmente esta acepción es de lo más curiosa cuando es aplicada a la economía de sociedades estratificadas. La índole puramente estadística del ingreso *per capita* la vuelve ilusoria. Además, la acepción en referencia supone por parte de quienes la utilizan la toma de una actitud poco elegante, por no decir otra cosa, que los obliga anualmente a medir, primero, el volumen de la producción y, en seguida, acudir

⁶ "El producto de la tierra, todo lo que se saca de su superficie por la aplicación conjunta del trabajo, la maquinaria y el capital, se distribuye entre las tres clases de la sociedad, es decir: los propietarios de la tierra, los del capital necesario para cultivarla y los trabajadores que la cultivan". Y un poco más adelante agrega: "El problema principal de la Economía política consiste en determinar las leyes que regulan esta distribución" (*Principios de economía política y de tributación*, Aguilar, Madrid, 1959, Prólogo, p. xvii). No carece del todo de interés recordar el cambio de actitud operado en la línea del pensamiento liberal que va desde Ricardo hasta John Stuart Mill: en los 30 y más años que separan la publicación de sus obras principales, se advierte en este último una comprensión sincera del desarrollo económico socialista. Dice al respecto Harold Laski: "Es necesario recordar que no fue hasta los últimos años de su vida cuando John Stuart Mill se libertó suficientemente de los prejuicios ricardianos de su juventud para hallar en el socialismo la única disyuntiva a un espectáculo de miseria que ya encontraba insufrible" (*El liberalismo europeo*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1953, p. 220). Uno de los pasajes comprensivos de J. S. Mill es el siguiente: "Por consiguiente, si hubiera de elegirse entre el comunismo con todos sus azares y el estado actual (1852) de la sociedad con todos sus sufrimientos e injusticias; si la institución de la propiedad privada entrañara necesariamente que los productos del trabajo han de repartirse como vemos que se hace hoy en día, casi en razón inversa del trabajo—la mayor parte para aquellos que nunca han trabajado, la parte que le sigue en magnitud para aquellos cuyo trabajo es casi nominal, y así sucesivamente en una escala descendente, disminuyendo la remuneración a medida que el trabajo es más duro y más desagradable, hasta que el trabajo corporal más fatigoso y agotador no puede contar con la seguridad de poder ganar ni aun las cosas más necesarias para la vida—; si esto o el comunismo fuera la alternativa, serían como polvo en el platillo de una balanza" (*Principios de economía política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1943, p. 227).

a las fuentes censales o a los cálculos matemáticos sobre incrementos vegetativos de población, para, finalmente, establecer la relación correspondiente. El énfasis puesto sobre el desarrollo económico concebido como una función de la producción-población sería totalmente inofensivo si no fuera porque sus partidarios, en sus conclusiones, han dejado chico al propio Malthus.

Una cuarta acepción técnica del desarrollo nos la ofrece Pigou, para quien el progreso económico consiste en la obtención de una producción creciente de bienes y servicios con un gasto mínimo de esfuerzo y de otros recursos escasos, tanto naturales como artificiales.⁷ Sin mucho esfuerzo descubrimos aquí la moderna noción de *productividad*, que tiene dos significados: producir más con el mismo consumo de recursos, o bien producir la misma cantidad utilizando menos recursos. Es posible elevar la productividad del trabajo, de la tierra y de las máquinas, así como la productividad de los materiales.⁸

Criticando la acepción que establece una sinonimia entre desarrollo económico y alta productividad, Paul Baran subraya que "hasta un incremento de la producción obtenido en forma poco eficaz puede constituir un crecimiento económico".⁹

Por nuestra parte, podemos añadir: primero, que dicha acepción conviene más a los países adelantados que a los rezagados, por razones obvias; segundo, que para cualquier país o región, en un momento determinado, la productividad que exhibe es siempre la más alta de acuerdo con su propio desarrollo; tercero, que el logro de la más elevada productividad no es tanto causa del desarrollo sino más bien su efecto, dado que para alcanzarla deben efectuarse previamente muchos ajustes de carácter institucional y cultural, ajustes que naturalmente tienen que integrarse en todo concepto científico del desarrollo, razón por la cual podemos decir, haciendo prodigios de tolerancia, que la acepción que criticamos destaca el aspecto "más fácil" y terminal del desarrollo económico; cuarto, que referida a los países subdesarrollados

7 Paul Baran, *op. cit.*, p. 35 n.

8 O. I. T.: *Introducción al estudio del trabajo*, Ginebra, 1957, p. 6.

9 Paul Baran, *op. cit.*, p. 36, n.

))

dicha acepción acentuaría las tensiones y conflictos sociales, conforme veremos más adelante, al par también que aplicada a los países desarrollados nos enfrentaría al dilema de esclarecer si por alta productividad debe entenderse aquella que hace posible el maquinismo o aquella que hace posible la automatización, puesto que, como es fácil colegir, las consecuencias socioeconómicas difieren para cada caso; y quinto, que en esta acepción hay que reconocer una idea justa, cuál es el acento en la importancia de las fuerzas productivas humanas y tecnológicas, sin las cuales sería absurdo pretender elaborar un concepto científico del desarrollo.

Hasta aquí el examen somero de las principales acepciones técnicas del desarrollo.

b). Acepciones sociales del desarrollo. Entendemos por acepciones sociales del desarrollo económico aquellas que lo relacionan de modo eminente con el bienestar general y con la elevación de los niveles de vida. Distinguimos dos variantes: la primera habla de progreso económico cuando se logra un mejoramiento en el bienestar económico, entendiendo por tal la abundancia de todos aquellos bienes y servicios que habitualmente se cambian por dinero,¹⁰ mientras que la segunda variante subraya que el verdadero desarrollo es aquel que promueve el bienestar económico y social de las grandes masas populares, o para decirlo más técnicamente: el desarrollo económico consiste en la elevación constante de los niveles de vida de la población.¹¹

Por lo que toca a la primera, Paul Baran le opone las siguientes objeciones: primero, que no toma en cuenta aquellos bienes, tales como armamentos, bienes de inversión, exportaciones netas, etc., que no guardan relación con el bienestar; segundo, que muchos bienes y servicios que contribuyen realmente al bienestar económico no se cambian por

¹⁰ Esta definición pertenece a Colin Clark, y Baran la reproduce en su obra ya citada (p. 35, n). Vale la pena anotar que en esta acepción la palabra desarrollo ha cedido su lugar a la de progreso. En lo fundamental esta sustitución no altera los términos del problema. Asimismo, hemos creído conveniente examinar por separado dos acepciones que Baran critica de modo conjunto: la del desarrollo como sinónimo de bienestar y la del desarrollo como sinónimo de productividad.

¹¹ Rómulo A. Ferrero: *El desarrollo económico y el comercio exterior y Directivas para un programa de desarrollo económico nacional*, publicados ambos en 1956 por Tipografía Peruana, Lima, Perú. El autor es economista peruano.

dinero, tales como escuelas, hospitales, carreteras y puentes, mientras que otros que habitualmente se cambian por dinero no hacen ninguna contribución al bienestar, como son, por ejemplo, medicinas de patente, salones de belleza, narcóticos y artículos suntuarios; tercero, que es posible mejorar el bienestar económico sin efectuar ningún incremento en la producción, mediante la introducción de cambios en su estructura y en su distribución.

De la segunda variante de la acepción social que nos ocupa, apenas si es necesario destacar su carácter limitado: en las primeras fases del desarrollo, caracterizadas por una acumulación creciente de bienes de inversión, es prácticamente ilusoria su vigencia, muy especialmente en las sociedades estratificadas, en las cuales precisamente los bienes de producción crecen a expensas de los bienes de consumo; y por lo que respecta a las fases avanzadas del mismo desarrollo, que coinciden en el esquema de Rostow con el quinto período que él denomina "la era del gran consumo en masa", tampoco podría decirse que se ha logrado la abundancia para las clases necesitadas, ya que, como no es ningún secreto, existen millones de desocupados y de gentes con bajo poder adquisitivo que se alimentan mal y se alojan peor. Todo esto sin tener en cuenta a las naciones y regiones subdesarrolladas, en las cuales hablar de bienestar de los pobres constituye no sólo una falsedad sino una ultrajante alusión.

La sociología del bienestar tiene forzosamente que partir de la premisa de que los niveles de vida están históricamente determinados de acuerdo al tipo de sociedad y de su estructuración interna, así como de los patrones y valores perseguidos al par que de las relaciones entre las diversas comunidades, de cuya naturaleza derivan muchas expectativas que influyen de modo decisivo en la orientación de los recursos hacia la producción de bienes de consumo y de bienes de producción. Toda consideración que se aparte de esta premisa debe ser desechada en base a su simplismo y a su carácter ahistórico.¹²

¹² Durante la fase final de desarrollo del imperio romano, las medidas adoptadas vigorosamente por los monarcas tendieron a asegurar "los víveres y comodidades de la capital y unas cuantas ciudades provinciales favorecidas. En Roma había 956 baños

En la sociedad capitalista de nuestros días, la concepción del desarrollo económico como sinónimo de bienestar y abundancia se nutre en el seno de las grandes potencialidades tecnológicas que le sirven de base. Son éstas las que sugieren con inusitado vigor la posibilidad de que la humanidad pueda alcanzar la era del alto consumo en masa. Tales sugerencias no existieron en ninguna de las sociedades del pasado, por más que haya autores que creen lo contrario,¹³ debido justamente a la modestia de sus fuerzas productivas. Sin embargo, esa posibilidad dista mucho de ser una realidad en la sociedad burguesa de nuestros días, observándose más bien que la brecha entre ambas tiende a abrirse cada vez más, haciéndose por ello más irritante toda especulación que enfatiza unilateralmente en el desarrollo económico como equivalente a bienestar y abundancia, equivalencia que, en el mejor de los casos, sólo es vigente, y esto de modo bastante relativo, en los países más desarrollados. Pero aún así, los habitantes de estas naciones favorecidas difícilmente podrían sortear con éxito el reproché contenido en los siguientes juicios del doctor Sen, Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO):

El hambre y la indigencia de un hombre son el hambre y la indigencia de todos los hombres. El que un hombre se haya librado del hambre y la indigencia no podrá ser una liberación verdadera ni segura mientras todos los hombres no estén libres de tales miserias. (Citado por Hernán Valdovinos, Asesor Regional de Información de FAO para América Latina,

públicos y se daban espectáculos gratuitos 175 días al año. Los ciudadanos recibían ahora el trigo—que les era distribuido desde los días de los Gracos—gratuitamente y ya convertido en harina; los molinos de agua tornáronse comunes en Roma después del año 300" (Gordon Childe: *Qué sucedió en la historia*, Lautaro, Buenos Aires, 1950, p. 303). ¡Como se ve, hasta es posible que una sociedad que ya no puede desarrollarse más logre el bienestar de sus núcleos humanos metropolitanos y predictos! ¿Pero es que acaso no presenciamos en nuestros días un fenómeno similar?

¹³ Dice, por ejemplo, Emmanuel Berl que "Los griegos y los hindúes no habrían tenido aeroplanos no porque no pudieran fabricarlos, sino porque no se dignaban tenerlos" (*El porvenir de la cultura occidental*, Argos, Buenos Aires, 1947, p. 83). A despecho de su vasta erudición histórica, en la que es posible capturar más de un concepto justo, Emmanuel Berl muestra una incomprensión casi total del desarrollo de la tecnología y del desarrollo sociológico de la humanidad. Es así como llega a sostener infundidos de la siguiente especie: "La inseguridad económica se debe antes al exceso de inversión que a su carencia" (p. 108), y que "La situación dejará de ser tensa en la medida en que el *tempo* del progreso aminore su velocidad" (p. 109).

en su artículo: "Hambre: el peor enemigo que acecha al hombre", Diario *La Prensa* de Lima, Perú, de 29/VII/62, p. 12).

3) *Falsas deducciones y conclusiones sobre el desarrollo*. Continuando con la crítica de los economistas del desarrollo, debemos ahora analizar algunas de las principales conclusiones a que han llegado al tratar el problema del crecimiento, especialmente en lo que se refiere a las regiones subdesarrolladas.

Veremos cómo justamente la formulación de acepciones técnicas sobre el desarrollo lleva a sus autores a sostener puntos de vista que no pueden menos que merecer el más rotundo rechazo. Veremos cómo la formulación de las indicadas acepciones, en el fondo, no es más que la máscara que permite a sus defensores deslizarse cómodamente sobre el plano inclinado de la ligereza.

En toda investigación científica existe siempre un planteamiento hipotético que preside su realización. Sin embargo ¿qué hipótesis relevantes sobre el desarrollo económico pueden encerrarse y contenerse en cualquier tipo de acepciones técnicas sobre el crecimiento?

Las principales conclusiones y deducciones falsas que efectúan los economistas del desarrollo, se analizan a continuación.

a) *La "explosión demográfica"*. La socorrida acepción técnica que funda el desarrollo en la necesidad de que la producción sobrepase el crecimiento de la población, no es otra cosa que la restauración del viejo ideario malthusiano, hace tiempo refutado. No obstante, en nuestros días se ha acuñado la temible expresión de "explosión demográfica" para significar el enorme peligro que corren los países subdesarrollados a consecuencia de sus altos coeficientes de natalidad, los mismos que harían utópica cualquier nueva inversión susceptible de aumentar la producción *per capita*.

Verdaderamente que nos veríamos en apuros si quisiéramos reproducir textualmente los juicios vertidos por los escritores malthusianos y neomalthusianos del desarrollo, cuya crítica ha sido hecha con energía encomiable por Paul Baran, y a la cual forzosamente hay que remitirse,

así como también por otros especialistas, entre los cuales destaca el brasileño Josué de Castro.¹⁴

He aquí un testimonio aportado por Kenneth E. Boulding,¹⁵ autor de una obra de texto vastamente difundida y recomendada, incluso en los medios universitarios de habla castellana:

En muchas sociedades de la actualidad, y en la mayoría de las del pasado, la pesadilla malthusiana constituye una amarga realidad. Los decepcionantes resultados de las revoluciones industrial y agrícola de los siglos XVIII y XIX quizá se deban en parte al enorme aumento de población que fomentaron. La misérrima situación, que es crónica para cientos de millones de seres en Asia, y el fracaso del progreso técnico al no conseguir mejorar su suerte, quizá puedan atribuirse a la influencia perniciosa de la procreación, restringida únicamente por los azotes de la guerra, el hambre y la peste. Desde luego, la fantástica diferencia de nivel de vida entre los pueblos de oriente y occidente se debe más que nada a las distintas densidades de población en relación con los recursos naturales. Si los Estados Unidos tuviesen una población de mil millones de habitantes, la mayor parte de sus ciudadanos se verían reducidos a un nivel de inanición porque la limitación del suelo, por muy perfectos que fuesen los métodos de cultivos, impediría alimentar adecuadamente a tan ingente legión de bocas.

Este modo tan superficial de atacar el problema del aumento de la población en el mundo subdesarrollado contrasta vivamente con la escrupulosa conceptualización que nos ofrece Grundfest que, después de elaborar cuidadosamente su material estadístico, culmina en las siguientes conclusiones: primero, los países "pobres" lo son independientemente de su densidad de población y a pesar de contar con recursos agrícolas y minerales abundantes; segundo, las colonias pueden tener densidades de población más bajas que sus "metrópolis" y, contando con

¹⁴ P. Baran, *op. cit.*, pp. 267-279. Es tan abrumadora la probanza contra los economistas malthusianos del desarrollo, que habría necesidad de transcribir en su totalidad la docena de páginas del libro de Baran, lo que naturalmente no podemos hacer, ni tampoco es necesario. En cuanto a Josué de Castro, sensitivo escritor brasileño, son ampliamente conocidas, entre otras: *Geografía del hambre* (Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1950) y *Geopolítica del hambre* (Editorial Raigal, Buenos Aires, 1955).

¹⁵ "Análisis económico", *Revista de Occidente*, Madrid, 1956, p. 467 s.

recursos más abundantes, son sin embargo más pobres que éstas; tercero, no existe ninguna correlación entre la densidad de población y los niveles de vida de los países "ricos"; cuarto, existe una correlación directa entre los niveles de vida y el grado de industrialización; y quinto, todos los países "pobres" tienen como común denominador el ser industrialmente subdesarrollados, habiéndose orientado la explotación de su economía de carácter extractivo hacia el mercado capitalista internacional.¹⁶

Podemos también ensayar el análisis del desarrollo de la población mediante el empleo del método sociohistórico, y en este caso habría que demandar un examen a fondo de las siguientes hipótesis directrices: primero, cada formación economicosocial tiene sus propias leyes demográficas y, por lo mismo, estas leyes tienen siempre un carácter histórico; segundo, la especificidad de las leyes demográficas está determinada por las interrelaciones que se operan en el seno de cada formación economicosocial, especialmente entre sus principales elementos, a saber: las fuerzas productivas materiales y humanas, el contexto institucional político-jurídico y el sistema de valores e ideales normativos de la conducta individual, estamental y clasista; tercero, en las sociedades estratificadas, las clases bajas, *en la medida* en que sus miembros se han reconciliado con su situación de explotados y que por lo mismo no avizoran un mejor porvenir para sus descendientes, tienden a reproducirse sin trabas, sin más límite que el representado por la amenaza de las enfermedades, la desnutrición y la falta de higiene; mientras que las clases altas, *en la medida* en que sus miembros están dominados por el deseo de agrandar e incrementar su patrimonio económico—situación a la que se ven arrastrados por el hecho mismo de vivir en un medio social altamente competitivo—, tienden a reproducirse menos; mientras que, finalmente, las capas medias, que se suelen englobar bajo la común denominación de clase media, tienden a seguir la misma ley de reproducción de las clases bajas, pero *sólo* por parte de sus sectores más pobres (clase media baja), en tanto que sus sectores más

¹⁶ Baran, *op. cit.*, p. 269 s.

desahogados (clase media alta) se nos presentan como excelentes racionalizadores de la prole, pues se multiplican en razón directa de las posibilidades económicas que tienen para dar a cada hijo una profesión o asegurarles algún género de estabilidad, sin que en ningún momento debamos descartar el hecho comúnmente observado en virtud del cual —y esto vale para “los sectores medios de la clase media”— muchos hijos se las arreglan para abrirse paso a partir de la educación incompleta que les han proporcionado sus padres, buscando un empleo remunerado que les permita continuar con sus propios medios una carrera, o bien dedicándose a cualquier otro tipo de actividad económica; cuarto, la clase terrateniente, de origen eminentemente rural, pudo, durante la edad media, reproducirse sin limitaciones porque la institución del mayorazgo garantizaba la indivisión de la propiedad al ocurrir la muerte de los padres, lo que daba como resultado que los hijos menores insatisfechos con las asignaciones de tierras hechas en su favor por el hermano mayor, se dedicasen a la guerra o a las aventuras en sitios lejanos, o bien a la intriga y a la conspiración familiar, diplomática, etc. Los actuales terratenientes, herederos y continuadores de las costumbres y prácticas de la aristocracia feudal en cuanto a la reproducción familiar, confrontan serias dificultades para mantener indiviso el patrimonio dado que las leyes de la propiedad a las cuales tienen que someterse han sido elaboradas por el nuevo orden burgués que dio al traste con la secular dominación de los señores de la tierra.¹⁷ De aquí resulta

¹⁷ Sobre los problemas implicados en la subdivisión de la tierra y en el mayorazgo, transcribimos una larga cita de R. L. Cohen que se explica por sí misma: “En algunos países, como en Francia, al morir un padre está obligado por la ley a dividir su propiedad, incluso la de la tierra, entre sus hijos, y en muchos otros países se tiende a hacer esto aunque la ley no lo imponga. Existe, entonces, la tendencia a que las fincas reduzcan su extensión cuando muere el propietario, salvo en las naciones donde prevalece el sistema del mayorazgo, siempre que el propietario sea a la vez quien cultive la finca. En estos casos se presenta la oportunidad para los herederos de unir sus parcelas y cultivarlas como una sola unidad, o venderlas a quien permanezca en la tierra; pero hay siempre dificultades para ambas soluciones. En el primer caso, la administración conjunta no es eficaz, y, en el segundo, es difícil que uno de los herederos pueda obtener capital suficiente para comprar las parcelas de los demás. Más aún, aunque la tierra tenga que dejarse al mayor de los hijos, parte de la riqueza del agricultor se reparte comúnmente entre todos ellos, lo cual determina casi siempre que la finca quede con capital muy escaso y, de todas maneras, que aun sea necesario vender parte de la tierra para obtener el capital suficiente para cultivar el resto. En fin, si existen

que los hijos de los modernos terratenientes se vean obligados a orientarse hacia nuevas ocupaciones, compatibles o no con aquellas que desempeñaban los hijos de los antiguos aristócratas feudales sometidos al mayorazgo, ocupaciones que van desde el ingreso a las fuerzas armadas (especialmente la marina de guerra), a la alta burocracia y a la diplomacia —actividades en las cuales es posible conservar el prestigio y el *status* de la época feudal, sin desplegar mucho esfuerzo—, hasta los quehaceres definitivamente burgueses, tales como el ejercicio de la banca, del comercio en grande (exportación e importación), de los servicios, de la minería, de la industria y de la explotación capitalista del suelo.

Tales serían pues las cuatro hipótesis principales sobre el crecimiento de la población en las sociedades estratificadas. Por lo que toca de modo particular al régimen capitalista, podríamos tal vez precisar mejor las leyes demográficas diciendo: la clase burguesa en su conjunto se ve forzada a regular su prole por las exigencias emanadas de la centralización y de la concentración crecientes de la producción y de la riqueza, principios que constituyen la esencia misma de la economía capitalista, esto es, su motor principal. Por su parte, la clase

impuestos a la sucesión, el capital disminuye por este otro motivo" (*Economía de la agricultura*, Fondo de Cultura Económica, México, 1942, p. 73 s.).

Como se ve, la legislación capitalista ha contribuido de modo decisivo, en muchos países, a subordinar completamente la explotación del agro a las exigencias y necesidades de la economía burguesa. Desde luego, en aquellas naciones en las cuales el orden feudal no fue barrido drásticamente por las revoluciones burguesas, la situación se ha presentado más favorable para los terratenientes arruinados, desposeídos o amenazados: la misma sociedad burguesa les franqueó el camino bajo la forma de ocupaciones compatibles con su *status* y prestigio feudales, conforme se puede observar más que todo en la diplomacia. ¿Qué se haría la burguesía si es que no emplease a gente educada y refinada en sus relaciones internacionales? Ella, en sí, dista mucho de ser una clase culta, y por ello tiene que utilizar los servicios de individuos especializados en las tareas diplomáticas, dominadas por el disimulo, el fingimiento, el ceremonial y la cortesía. Todo esto sin contar, naturalmente, con otro género de relaciones económicas y sociológicas entre estas dos clases. El grupo social realmente perjudicado, a la corta o a la larga, por el advenimiento del régimen capitalista fue la clase campesina, pues como dice Emmanuel Berl: "Francia está llena de pequeños propietarios, de pequeños terratenientes y de pequeños rentistas cuya condición es sin duda inferior a la de los obreros de las grandes industrias" (*Op. cit.*, p. 102). Y como si esto fuera poco, W. Rostow dice, refiriéndose a la población rural: "La opinión acerca de la procreación de hijos... debe cambiar en forma tal que, en esencia, produzca un descenso en el índice de natalidad, de modo que la posibilidad de progreso y la reducción de la necesidad de mano de obra agrícola no calificada creen una nueva medición" (*Op. cit.*, p. 32).

proletaria se halla igualmente supeditada en su crecimiento demográfico, a las necesidades y exigencias de mano de obra disponible por parte de la misma economía burguesa, necesidades y exigencias que en las fases más elevadas del capitalismo hacen perentoria la existencia de una mano de obra calificada, la misma que se recluta en el seno de la misma clase obrera y, como ocurre más a menudo, en el seno de las capas medias empobrecidas, cuyos miembros, una vez incorporados y acoplados a los engranajes de la maquinaria burguesa, racionalizarán el aumento de su prole en razón directa de las *oportunidades* que esta maquinaria les brinda para educar y profesionalizar a sus hijos ("white collar").

Desde luego, la aplicación de estas hipótesis y leyes de crecimiento demográfico tiene que consultar los diversos niveles de desarrollo alcanzados por los países y regiones que giran en la órbita del capitalismo contemporáneo. Procediendo así obtendríamos conclusiones valiosas sobre las *manifestaciones concretas* que asumen las leyes demográficas.¹⁸

Estimamos que todas estas consideraciones son suficientes para desbaratar la tesis de la "explosión demográfica", conjugada en un sinfín de tonos por los economistas occidentales del desarrollo, que no quieren o no pueden comprender que su tesis de la "Bomba D" sólo sirve para encubrir el hecho incontrovertible de la succión de las riquezas de los países subdesarrollados a favor de las compañías de las grandes potencias occidentales, succión que necesariamente tiene que producir la impresión de que existe superpoblación en aquellos desafortunados paí-

¹⁸ Así, por ejemplo, durante la fase del capitalismo primitivo los esclavos constituyeron parte de la oferta de mano de obra, y en proveerla muchas compañías e individuos llegaron incluso a criarlos, a fin de venderlos luego a los mejores precios, tasándolos al peso. Asimismo, en la fase del capitalismo primitivo, existió la leva o reclutamiento forzado de mano de obra. Hoy en día estas prácticas ya no subsisten, pero en cambio, en muchos países, se otorgan premios y subsidios a las familias más prolíficas. Los regímenes fascistas son o fueron una muestra.

Asimismo, tratándose de la población "white collar", partiendo del principio de que sobre ella gravita el determinismo profesional o, en general, el determinismo ocupacional en la rama de los servicios, habría que investigar cuidadosamente las correlaciones existentes entre la reproducción de sus diversos segmentos y las posibilidades que tienen de lograr empleos en los diversos niveles de la pirámide ocupacional (simples oficinistas, técnicos medios, técnicos superiores, funcionarios, etc.). Lo propio cabría investigar en la masa de los profesionales liberales, calificados por Max Weber como trabajadores "autocéfalos".

ses y regiones. *De hecho*, pues, todo el mundo subdesarrollado contribuye al mayor desarrollo de los países imperialistas, desacelerando el ritmo de su propio desarrollo.

¿Qué valor entonces, que no sea otro que el de lamentaciones insinceras, podemos dar a las declaraciones de acuerdo con las cuales el 83% de la humanidad padece hambre? ¿Qué actitud, que no sea la de un rechazo categórico, podemos observar ante las afirmaciones de que este índice tremendo de hambre colectivo se debe a que la mayor parte de la tierra en América Latina, Asia y África no está cultivada o sólo lo está en forma inadecuada?¹⁹ ¿Es cierto que realmente esta es la causa suprema del hambre? ¿Por qué no se explica cuáles son los motivos verdaderos de que en efecto los pueblos subdesarrollados tengan márgenes reducidos de tierra bajo cultivo, con el agregado de que ésta es trabajada de modo insuficiente? ¿Cómo explicar de manera satisfactoria que los grandes recursos de la tecnología mundial no se hayan aplicado hasta el momento en el mundo subdesarrollado, en orden a producir abundantes medios de subsistencia? ¿Por qué no se dice y se reconoce con claridad que una economía de clase fundada en el lucro no tiene ni puede tener mayor interés en que los habitantes de la "humanidad sumergida" disfruten de abundantes medios de subsistencia material? ¿A qué vienen entonces las admoniciones sobre la necesidad de aumentar las áreas de cultivo y, simultáneamente, de restringir la natalidad, a fin de que no se agrave la relación hombre-tierra? ¿Cómo es posible que se pretenda hacer metáforas sosteniéndose que los habitantes del mundo subdesarrollado practican la reproducción como su deporte favorito?²⁰

¹⁹ Harry Edwards, director ejecutivo de la "Fundación para Librar del Hambre" con sede en Norteamérica, sostuvo en una entrevista radiotelefónica que el 83% del género humano carece de alimentación adecuada y que el factor responsable de esta situación era parcialmente el bajísimo promedio de tierras cultivadas y la insuficiencia de los métodos de explotación agrícola en América Latina, Asia y África. Aludiendo a otro factor, el tecnológico, manifestó que en muchos países subdesarrollados diez personas trabajan para poder alimentar a una persona extra, mientras que en Estados Unidos un agricultor se alimenta a sí mismo y además a otras 23 personas. (Esta información fue proporcionada por la agencia noticiosa UPI, desde Washington, con fecha 29 de julio de 1962, y publicada por los principales diarios del mundo).

²⁰ Esta metáfora en realidad es un sarcasmo y una burla, pues pasa por alto el hecho de que es el mismo sistema el que *provee* las condiciones materiales y espiri-

b) *El énfasis exclusivo en la productividad.* Un segundo género de conclusiones falsas a que arriban los economistas occidentales del desarrollo económico, es el que se relaciona con el énfasis que se pone de manera absoluta en el aumento de la productividad. Los trabajadores han sido los primeros en relevar la falacia de esta tesis, aduciendo que "la productividad por la productividad misma" significa olvidar la atención de sus necesidades más apremiantes, y que en tal sentido el aumento de la productividad empeora su situación si es que los mayores frutos de ésta no se hacen extensivos a ellos mismos, sobre quienes recae en definitiva la responsabilidad de incrementar la productividad económica.

En la historia de las relaciones obrero-patronales en la sociedad capitalista se consigna la aparición de varios sistemas de racionalización del trabajo: taylorismo y fordismo en los Estados Unidos, fayolismo en Francia, sicotecnia en Alemania y, en general, en todas las naciones capitalistas avanzadas.

Es interesante anotar que todos estos sistemas de racionalización surgieron con posterioridad al maquinismo y en circunstancias en que las fricciones entre las grandes potencias capitalistas habían adquirido

tuales para que los pobres se reproduzcan más aprisa que los ricos. En efecto, tratándose de la gente humilde se debe tener presente la siguiente constelación de hechos: primero, el hacinamiento en que viven, debido a la estrechez de la vivienda, circunstancia que facilita la frecuencia de las uniones sexuales (a veces, incluso, de carácter incestuoso); segundo, falta de recursos para adquirir medios anticoncepcionales, así como de conocimientos sobre el mismo particular; tercero, el acto sexual brinda un placer que no cuesta nada; cuarto, la intensificación del instinto genésico a consecuencia de la bebida, en la cual se refugian para olvidar momentáneamente su triste condición social y económica; y quinto, la ausencia de mayores responsabilidades para alimentar y educar convenientemente a los nuevos retoños, los mismos que deberán proveer a su propio sustento, ya sea trabajando como canillitas, lustrabotas, domésticos, etc., o bien dedicándose a la mendicidad, vagancia, robo, etc. Josué de Castro, por su parte, afirma que la dieta vegetariana—que es la que más consume el pobre porque es la más barata—, predispone a tener muchos hijos, contrariamente a una dieta rica en proteínas (carne, huevos, leche, etc.), que opera en sentido contrario, restringiendo la natalidad. Según esto, la teoría clásica de la población que dice que en el mundo hay pobreza porque hay mucha gente, debería reformularse así: en el mundo hay mucha gente porque hay pobreza. Si la tesis es justa, bastaría entonces con alimentar bien a los pobres para que automáticamente disminuyese su natalidad. Por lo que respecta a los ricos, habría que tener en cuenta una serie de hechos, tales como la tenencia de amantes, la vida disoluta, la vida social intensa, el empleo de medios anticoncepcionales, la práctica del aborto, la vivienda espaciosa que permite a los cónyuges dormir separados, el cuidado de la silueta efectuado por las esposas, la esterilidad congénita o adquirida, los desviados y anormales, la corrupción, etc.

inusitado dramatismo y agudeza. La lucha por conquistar más mercados obligó a los sistemas monopolistas nacionales a intensificar sus exigencias en pro de un mayor rendimiento de las fuerzas productivas materiales y humanas. Se llegó a considerar que dentro del sector productivo había un elemento inédito, al cual aún no se le había exigido todo lo que podía dar de sí: el trabajador. Justamente, los sistemas de racionalización de carácter objetivo, como el taylorismo y el fordismo, idearon métodos de trabajo encaminados a obtener que el hombre se adaptase a la máquina, mientras que los sistemas de carácter subjetivo idearon métodos distintos, fundados en la sicología profesional y del trabajo, buscando que las cosas ocurriesen al revés, esto es, que la ocupación se asignase teniendo en cuenta las habilidades y capacidades de los trabajadores.

Los resultados no se hicieron esperar, y superaron todas las expectativas de la clase capitalista, no así las de los obreros que se sintieron afectados de varias maneras: desproporción entre sus ingresos y la mayor producción rendida; desgaste acelerado del organismo; aumento del desempleo a consecuencia de la incapacidad de muchos trabajadores para adaptarse prontamente a las rígidas técnicas introducidas; incremento del automatismo; debilitamiento de la conciencia de clase como resultado del individualismo introducido por la clase patronal al ofrecer mayores remuneraciones si se alcanzaban ciertas normas de producción previamente fijadas.

Desde entonces hasta la fecha, tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados, continúan los esfuerzos para lograr niveles cada vez más altos de productividad. En las naciones más adelantadas, según es sabido, se gastan fuertes sumas en investigaciones de esta naturaleza, habiéndose fundado Institutos de Productividad en muchos países.²¹

²¹ Es imposible dejar de referirse aquí a los servicios que prestan muchos sociólogos norteamericanos a las empresas que los contratan, a fin de que estudien "científicamente" los problemas surgidos en el dominio del trabajo. Como ejemplo citamos la investigación efectuada por Lester Coch y John R. P. French (h): "Superando la resistencia al cambio", Cuaderno 6, Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1957. A pesar de la espectacularidad del título mismo, lo que en realidad se investigó fue la manera de vencer la resistencia

Como se ve, es injusto a todas luces poner el acento únicamente en el aumento de la productividad como fundamento del desarrollo económico. No hay nada que pueda compensar la usura prematura del organismo ni la destrucción del equilibrio síquico, generadas por los procedimientos utilizados para aumentar la productividad.

Podemos citar otro ejemplo distinto para constatar las limitaciones de los estudios efectuados sobre la productividad en sus relaciones con el desarrollo económico. En un trabajo publicado por las Naciones Unidas,²² que trata sobre la productividad de la mano de obra en la industria textil algodonera de cinco países latinoamericanos, se investigan cuidadosamente los factores determinantes de la baja productividad en la textilería del algodón. Los técnicos de la CEPAL encontraron que uno de esos factores era la pequeñez de las fábricas. He aquí los textos significativos:

Las fábricas textiles de los países visitados son pequeñas comparadas con el límite inferior del tamaño que permitiría obtener las mejores productividades posibles. La dimensión media general es de 9,600 husos y 230 telares; y la particular varía de 4,150 husos y 145 telares, en Ecuador; a 12,400 husos y 314 telares, en Brasil. El efecto de esta condición sobre el conjunto de todas las fábricas, si actuara independientemente de otros factores, sería el de aumentar 11 por ciento el consumo de trabajo de las hilanderías, y 2 por ciento el de las tejedurías.

.....
La razón principal de la pequeñez de las fábricas textiles en los países visitados es la falta de concentración de capitales en manos de una sola empresa, que proviene del individualismo que caracteriza a muchos de los industriales latinoamericanos.²³

Es obvio que lo que aquí se está sugiriendo es la necesidad de que

de los trabajadores de la Corporación de Manufacturas Harwood para aceptar nuevos métodos de trabajo y nuevas ocupaciones dentro de la misma fábrica. La resistencia consistió en quejas sobre las nuevas tarifas remunerativas, ausentismo, baja eficiencia, agresividad, etc. "A pesar de estos efectos indeseables, era necesario que los cambios de métodos y trabajos no sufrieran interrupción" (p. 151).

²² *Productividad de la mano de obra en la industria textil algodonera de cinco países latinoamericanos*, Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos, Nueva York, 1951.

²³ *Op. cit.*, p. 7.

desaparezcan las pequeñas fábricas y que se concentren en una sola empresa. Pero, justamente, éste es el meollo del problema: ¿quién debe constituir esa sola empresa: un monopolio público o un monopolio privado? Los autores del estudio no lo dicen porque su investigación ha sido exclusivamente de carácter técnico. ¡He aquí expuesta una vez más la limitación inherente a todo análisis que contempla sólo los aspectos técnicos de un fenómeno! *Lo social y humano queda de lado.*

De modo expreso, en el apartado de las Recomendaciones Generales, los técnicos de la CEPAL piden:

Estimular estudios de consolidación física y administrativa de pequeñas fábricas, con objeto de formar unidades mayores, sobre todo cuando se tiene en proyecto la modernización de un grupo de ellas, o la creación de otras nuevas.²⁴

Pero esto no es todo. Al fin y al cabo todo estudio por más técnico que sea, no puede esquivar alusiones aunque sea veladas a los aspectos sociales y humanos. Después de recomendar la concentración a expensas de las pequeñas fábricas, agregan lo siguiente, siempre en el apartado de las Recomendaciones Generales:

Promover la investigación científica encaminada a la creación de nuevos tipos de maquinaria textil más adaptados a la composición de recursos de la industria latinoamericana, es decir, equipos diseñados con más énfasis en el aumento de producción por unidad de capital invertido, que en la disminución de la mano de obra. Es probable que las pequeñas fábricas de maquinaria textil existentes en la América Latina ofrecieran un campo propicio para realizar el mejoramiento de los equipos, ya que la composición característica de sus elementos de producción, consistentes en el empleo de mucha mano de obra y poca mecanización o automatización de las operaciones, permite flexibilidad al cambio frecuente de diseños, contrariamente a lo que sucede en las grandes fábricas que proveen de maquinaria al mundo entero, en las que la rigidez originada por la mecanización de las operaciones obra a menudo como un obstáculo para la adopción rápida de innovaciones al equipo textil.²⁵

²⁴ *Op. cit.*, p. 15.

²⁵ *Op. cit.*, p. 15.

¿Cómo conciliar la recomendación anterior que pide el monopolio de la industria textil que trabaja con fábricas pequeñas, con esta última en que, de hecho, se aconseja su persistencia a través de la fabricación de equipo siempre pequeño? Existe evidentemente una contradicción entre ambas recomendaciones, una contradicción que revela las vacilaciones de la mentalidad de quienes la han creado, esto es, las vacilaciones de espíritus definitivamente pequeñoburgueses, que consideran a la pequeña propiedad como el ideal más elevado en materia de estructuración económica y social, aunque por otro lado su misma preparación los conduzca a reconocer que los días de la pequeña propiedad están contados en el mundo. Si la recomendación citada en primer término no se atreve a señalar qué tipo de monopolio quiere para la industria textil algodonera que opera con fábricas pequeñas, y por eso puede calificarse como tímida, la segunda en cambio es indudablemente reaccionaria o, en el mejor de los casos, conservadora.

En realidad, éste no es el único ejemplo de limitaciones que encierra el trabajo de los técnicos de la CEPAL. Así, por ejemplo, se reconoce también que las fábricas antiguas tienen un "exceso de obreros con respecto al número que correspondería a una organización normal o tipo" y que este hecho "tiene un impacto sobre la productividad considerablemente más grande que las deficiencias en el rendimiento de la maquinaria".²⁶ Se indican luego las ventajas derivadas de una disminución de mano de obra en los siguientes términos:

El estímulo originado por la disminución de la cantidad de mano de obra requerida por unidad de equipo podría haber influido positivamente en la modernización, ya que la automatización de la maquinaria en los últimos cincuenta años ha logrado reducciones de 20 por ciento en la cantidad de gente necesaria en las hilanderías y el 53 por ciento en la de las tejedurías. Pero este estímulo ha resultado también sumamente débil en la América Latina debido principalmente a la poca importancia del nivel medio de salarios de la industria, comparada con el nivel medio de precios de los productos textiles. En efecto, si se asigna un valor 100 al precio del metro de tela de consumo popular en cada país, expresado

²⁶ *Op. cit.*, p. 7.

en su propia moneda, el precio del hombre-hora resultaría de 60 en Brasil; 82 en Chile; 36 en Ecuador; 83 en México; y 57 en Perú; en tanto que en los Estados Unidos de Norteamérica, que es probablemente en donde el nivel de precios de la mano de obra tiene mayor importancia, la cifra llega a 355.²⁷

Se alude asimismo a una situación de hecho que obstaculiza el progreso administrativo, influyendo también en el estancamiento tecnológico en materia de equipo, y que es "la resistencia de los obreros hacia cualquier cambio que pueda significar su desplazamiento", resistencia que se "revela principalmente en la rigidez de algunos contratos de trabajo que exigen no sólo la inamovilidad de los obreros como individuos, sino la perpetuidad de la existencia de las plazas, independientemente de que los progresos tecnológicos las hayan hecho ya innecesarias". Se aclara sin embargo que esta resistencia obrera no es más que "un síntoma de la causa original, mucho más importante y fundamental, que es la escasa capacidad de ahorro de los países latinoamericanos para invertir en empresas que absorban el personal que otras actividades desplazan debido a su avance tecnológico".²⁸ De este análisis, surge la siguiente recomendación:

Promover la flexibilización de ciertos contratos de trabajo que actualmente impiden la reorganización de la industria. Como la causa de su rigidez es el temor al desplazamiento, las modificaciones tendrán que estar basadas en la garantía de empleo de los obreros en otras actividades distintas de la textil, y su readaptación a ellas, lo que forzosamente requiere la coordinación de la modernización textil con los planes de desarrollo de otras industrias.²⁹

Desde luego, es una idea justa señalar que el exceso de mano de obra en una industria determinada—y no sólo en la textil algodonera— debe ser absorbido por otras industrias de acuerdo con un plan de desarrollo previamente elaborado, pero lo que no es justo es que se

²⁷ *Op. cit.*, p. 13.

²⁸ *Op. cit.*, p. 14.

²⁹ *Op. cit.*, p. 15.

omita toda consideración relativa a la naturaleza económica y social de los planes globales de desarrollo, a la naturaleza del poder planificador y a los intereses que *realmente* se piensa cautelar con la formulación de dichos planes. Claro está que los autores del estudio citado, dada la índole de su investigación especializada, no tenían por qué examinar estas cuestiones, pero es que justamente todo radica en este "no tenían por qué"; dado que la opinión sensata de las gentes lo que en realidad pregunta es si, dadas las condiciones *actuales* del mundo subdesarrollado, es posible formular y llevar a la práctica los planes globales de desarrollo.

Para ser justos, hay que reconocer que los técnicos mencionados no vislumbran otro tipo de desarrollo que no sea el capitalista o permitido por el capitalismo. Atribuirles otro sentir significaría ofenderlos. La prueba más clara de esto nos la ofrecen los mismos técnicos de la CEPAL, que en un trabajo posterior³⁰ y bajo el epígrafe significativo de: Programa de Desarrollo y Regimentación de la Economía, nos disparan los siguientes párrafos que reproducimos íntegramente en obsequio a la verdad de lo que afirmamos:

Hay alguna confusión entre el concepto de un programa de desarrollo y la regimentación rigurosa de la economía por el Estado. Es necesario disiparla. Un programa responde a una idea simple: acrecentar y ordenar juiciosamente las inversiones de capital con el fin de imprimir más fuerza y regularidad al crecimiento de un país. Es cierto que el Estado puede abarcar en esta forma una esfera de acción muy dilatada y suplantar en gran medida a la iniciativa privada. Pero esto no es en modo alguno inherente a un programa de desarrollo. Más aún, se concibe esa intervención amplia del Estado sin tener objetivos definidos de desarrollo, ni haber claro concierto en sus inversiones; así como también podría darse un programa con el mínimo de intervención reguladora del Estado. El ámbito de la iniciativa privada y de la libre empresa puede, en realidad, ser muy vasto en un programa de desarrollo, lo cual no significa que el Estado haya de limitarse al clásico dejar hacer. Por el contrario, un

³⁰ *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico*, I, Introducción a la Técnica de Programación, Estudio realizado por la Secretaría de la Comisión Económica para América Latina, Naciones Unidas, México, 1955, p. 7.

programa requiere la aplicación firme de una política de desarrollo; pero ello podría realizarse sin trabar la iniciativa privada, antes bien, ofreciéndole estímulos para que se oriente en determinado sentido y dándole acceso a los recursos indispensables. El Estado tiene en su poder eficaces instrumentos para hacerlo: la política fiscal y aduanera, la política monetaria y crediticia y los empréstitos internos o externos, sin perjuicio de su participación directa en aquellas inversiones básicas que, por una razón u otra, no son realizables por la empresa privada. Bien manejados, esos pueden ser los instrumentos principales de un programa, pues éste representa la expresión de una política de desarrollo.

En esto también han de evitarse confusiones. Hay dos tipos de intervención del Estado: la que se realiza mediante tales instrumentos, creando un ambiente propicio al desenvolvimiento de la iniciativa privada y enderezándola al cumplimiento de ciertas metas u objetivos, y aquella otra forma de carácter regulativo en que se prescribe lo que puede hacer — o ha de abstenerse de hacer— la iniciativa privada. El régimen de permisos de cambio o el control de precios son característicos de este último tipo de intervención. Un buen programa, lejos de fortalecer o hacer indispensable la continuación de este género de acción reguladora de la conducta individual de los empresarios, podría, por el contrario, crear las circunstancias favorables a su eliminación mediante el crecimiento más ordenado e intenso de la economía.

He aquí, pues, cómo concibe el desarrollo económico el mencionado organismo internacional. Entre las medidas que enumeran los técnicos ni siquiera figura la relacionada con la expropiación de la clase latifundista, sin cuya expropiación es absurdo pretender efectuar un auténtico programa de desarrollo, especialmente en los países atrasados en los cuales el problema de la tierra exhibe una fuerza tremenda. Y que no se diga que esta medida entraña una concesión a programas más radicales, ya que un economista tan alejado de estas posiciones, como Rostow, por ejemplo, señala la necesidad de ella en la fase que denomina "las condiciones previas para el impulso inicial".³¹ Además, en

³¹ Dice textualmente Rostow: "El ingreso superior a los niveles mínimos de consumo, concentrado, en gran parte, en manos de los que poseen la tierra, debe pasar a manos de los que invertirán en caminos y ferrocarriles, en escuelas y fábricas, y no en casas de campo y sirvientes, en adornos personales y templos" (*Op. cit.*, p. 32). Compárese esta declaración de W. Rostow con esta otra de los mismos técnicos de la

la misma Conferencia de Punta del Este (Uruguay), se aludió a dicha medida aunque de un modo bastante limitado y vago.³²

Damos término así a la crítica de los economistas del desarrollo, con el convencimiento de que las deficiencias que pudiera tener de ninguna manera empañan la conclusión general que queremos destacar a modo de generalización, esto es, que los referidos economistas occidentales no tienen en mente otro tipo de desarrollo que el de carácter capitalista o, en su defecto, permitido y hasta controlado por el capitalismo, a través de sus ciudadelas más importantes.

C) CRÍTICA DE LOS SOCIÓLOGOS DEL DESARROLLO ECONÓMICO

Los materiales disponibles sobre sociología del desarrollo económico son, como ya se dijo en un principio, incomparablemente menores que los de carácter específicamente económico. Las razones que se pueden aducir para explicar este fenómeno son, principalmente, las siguientes: primero, la mayor antigüedad de la ciencia económica con relación a la ciencia sociológica; segundo, la gravitación más fuerte que sobre la economía indudablemente registra todo estudio sobre el crecimiento económico; tercero, la circunstancia de haber aparecido la sociología en una época en que la burguesía se encontraba ya cómodamente instalada en el poder en la mayoría de las naciones más adelantadas, circunstancia que de hecho produjo la impresión de que todo cuanto podía decirse sobre el desarrollo carecía ya de objeto, concentrándose los esfuerzos más bien en el análisis de los fenómenos económicos susceptibles de contribuir a la *estabilidad* —antes que al cambio— del nuevo orden económico consolidado, de donde resulta que si la ciencia económica correspondiente a esta fase de consolidación de la burguesía fue

CEPAL: "En este sector (la agricultura) la estructura de la propiedad agraria y los sistemas de tenencia de la tierra *pueden* constituir obstáculos fundamentales para el aumento de la producción global y de la productividad por hombre en el campo" (*Op. cit.*, p. 79. El subrayado es mío).

³² La hostilidad hacia el latifundio improductivo que puede advertirse en la Carta de Punta del Este encuadra perfectamente en el programa del capitalismo en ascensión y, sobre todo, responde al temor de que se produzcan nuevas "sierras maestras" en otros países latinoamericanos. Esto es de suyo elemental.

más que todo una ciencia económica de la estabilidad del sistema, con mucho mayor razón se consideraban desvanecidos los estímulos capaces de generar una sociología del desarrollo económico;³³ cuarto, el hecho de que la circunstancia anterior se reforzó más aún con el nacimiento de una nueva economía cuyo rasgo más saltante era justamente la negación del orden capitalista en cuyo seno floreció, de tal manera que la nueva economía, esto es, la fundada por Marx y Engels, no hizo más que acentuar el espíritu ahistórico y hasta antihistórico de los economistas burgueses, espíritu que lógicamente debió dominar también a los sociólogos de esa época;³⁴ y quinto, la creciente especialización científica y técnica que subsiguio a la consolidación de la burguesía en el poder, circunstancia ésta que permitió a los sociólogos —y sigue permitiéndoles ciertamente— orientar sus estudios hacia los aspectos sociales penetrados de excesivo particularismo, mostrándose renuentes a desplegar todo esfuerzo que signifique la formulación de una teoría coherente sobre la sociedad considerada *como un todo*, y declarando, por el contrario, que el desarrollo de las ciencias y de la especialización ha permitido vencer, superar y relegar al olvido la filosofía de la historia, disciplina que es precisamente la que en los siglos anteriores se contrajo a la elaboración de ese tipo de doctrinas globales sobre la sociedad.

³³ Es harto sabido que Marx y Engels utilizaron el epíteto de economía vulgar para calificar la producción económica burguesa posterior a la de los clásicos, Adam Smith y David Ricardo sobre todo, justificando el empleo de este epíteto en el hecho de que, según ellos, los economistas vulgares sólo buscaban hacer la apología del capitalismo, al cual embellecían.

³⁴ Es altamente revelador el que Robert K. Merton justifique la necesidad de que la sociología se desligue de todo compromiso para elaborar una teoría global de la sociedad, fundándose en la juventud de esta ciencia, por cuya razón considera que la sociología debe empezar por formular solamente "teorías de alcance medio". El argumento que utiliza Merton es bastante especioso: compara la antigüedad de la física con la antigüedad de la sociología, deduciendo, muy justamente por cierto, que sería un error suponer que "*all cultural products existing at the same moment of history must have the same degree of intellectual maturity*", y que en este sentido no podemos reprochar a la sociología que, comparativamente, haya experimentado menos avances que la física, porque tal cosa significaría "to ignore the distinctive forehistory of each: between twentieth-century physics and twentieth-century sociology stand billions of man-hours of sustained, disciplined, and cumulative research. Perhaps sociology is not yet ready for its Einstein because it has not yet found its Kepler" (*Social theory and social structure*, The Free Press, Glencoe, Illinois, 1959, p. 6 s.). (El subrayado es del propio Merton). Si Merton hubiese comparado la antigüedad de la sociología con la de la economía, toda su argumentación se habría venido abajo. ¿Por qué no lo hizo si eso era lo justo?

Tales son, a nuestro juicio, las cinco causas principales que explican la moratoria de la sociología en relación con la economía, en lo que concierne a la desproporción de los materiales que ambas disciplinas han dedicado hasta el momento al desarrollo económico. Esas causas constituirán, obviamente, el punto de partida y el punto de llegada de los enfoques que siguen a continuación.

1) *El mundo subdesarrollado y la acción depredatoria de la sociología del siglo xx.* Es sumamente importante analizar las desventajas que ha traído para el mundo subdesarrollado de nuestros días la acción depredatoria consumada por la sociología del siglo xx con respecto a la sociología del siglo xix. Dicha acción erosiva está dada por la eliminación, por parte de la sociología contemporánea, de una serie de temas que constituyeron bocados favoritos de la sociología de la centuria anterior. Al sociólogo francés Georges Gurvitch debemos la enumeración de tales temas, así como las razones determinantes de su supresión. Textualmente, escribe:

En fin, y esta es la cuestión fundamental, considerando que la mayor parte de los problemas que han preocupado a los sociólogos del siglo xix han sido eliminados uno tras otro por la sociología contemporánea por estar mal planteados, ligados a supuestos dogmáticos, o cargados de confusiones metodológicas, ¿cuáles deben ser las preocupaciones efectivas de la sociología actual, y qué procedimientos deberán recomendarse para solucionarlos?³⁵

Y luego, en una nota al pie de la misma página, nos dice:

Estos problemas se pueden reducir a los siguientes, que han sido eliminados en su totalidad: 1. El sentido del progreso y la dirección de la evolución; 2. El orden y el progreso; 3. El individuo y la sociedad; 4. El factor social predominante; 5. La psicología y la sociología; 6. Las leyes sociológicas. En la actualidad ninguno de estos temas es considerado como científico.

Por supuesto, huelga añadir que el propio Gurvitch está comple-

³⁵ *La vocación actual de la sociología*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1953, p. 9.

tamente de acuerdo con esta eliminación, conforme se puede observar en las 28 páginas de la obra citada, dedicadas justamente a la refutación de "Los Falsos Problemas de la Sociología del Siglo XIX," expresión esta última con la que encabeza el capítulo primero de su libro.

Ahora bien, desde el punto de vista que nos interesa, esto es, desde el punto de vista de los países subdesarrollados, sólo grima puede causarnos esta actitud depredatoria. Es un secreto a voces que en el mundo atrasado todos conjugamos los verbos progresar, evolucionar, vocablos que han sido suprimidos. Es sumamente cruel esta actitud, sean cuales fueren las razones aducidas para justificarla. Es una burla a las más caras expectativas de las regiones subdesarrolladas. Es algo sencillamente horrendo. Del mismo modo, todos nosotros sabemos que para progresar y evolucionar hacia planos más elevados de bienestar material y espiritual, se tiene que poner énfasis en el factor económico, en la necesidad de su reestructuración, razón por la cual podemos considerarlo como el factor social predominante. Y sin embargo la sociología de nuestro siglo también nos dice que el factor social predominante es un problema que ya no tiene beligerancia científica. Finalmente, la propia literatura oficialista sobre desarrollo económico hace hincapié en la necesidad de programar el desarrollo,³⁶ lo cual naturalmente supone el conocimiento de las leyes sociológicas, de las leyes del desarrollo que serán inteligentemente manipuladas por los grupos diri-

³⁶ Los técnicos de la CEPAL expresan lo siguiente: "El primer problema en la técnica de elaboración de un programa consiste en determinar cuáles son las metas de crecimiento posibles para una economía dada. Semejante cuestión no puede resolverse sin una previa revisión de los hechos pasados y de las posibilidades presentes, y tiene que ser el resultado de un análisis laborioso. En primer lugar, es necesario examinar la manera cómo el país ha evolucionado en los últimos años, y los factores dinámicos que han actuado en su desarrollo, para hacer lo que se podría llamar el diagnóstico de la economía nacional. Importa especialmente determinar la tasa de crecimiento que se ha obtenido en el período más reciente así como el esfuerzo realizado por la economía para alcanzarla. Por otra parte, habrá que estudiar las probables tendencias futuras y las posibilidades de que varíen o persistan los factores internos y externos que han actuado en el último período. El conjunto de estos elementos permitirá apreciar las potencialidades de crecimiento de la economía y señalar el grado de esfuerzo necesario para alcanzar diversas tasas de desarrollo" (*Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico*, p. 8). Para nosotros hacer "el diagnóstico de la economía nacional" y el estudio de "las probables tendencias futuras" significan de hecho ensayar el conocimiento de las leyes socioeconómicas del desarrollo, cuyo descubrimiento, necesariamente, tiene que fundarse en el análisis del pasado, del presente y del futuro.

gentes en favor de la colectividad para la cual trabajan dichos gobernantes. Y sin embargo nuevamente nos sale al encuentro la sociología del siglo xx para decirnos que el problema de las leyes sociológicas es cosa del pasado.

Es posible que se nos reproche el que todas estas afirmaciones no son más que puras lamentaciones que nada tienen que ver con la ciencia sociológica, sino más bien con la subjetividad y el sentimentalismo. Pues bien, concedemos que así sea, pero el hecho permanece, y éste es justamente eso, *un hecho*, y si bien las palabras podrían no tenerse en cuenta, en cambio los hechos quedan: la humanidad subdesarrollada quiere progresar, evolucionar y para ello está dispuesta a manipular inteligentemente las leyes de su propio desarrollo, pero la sociología actual no quiere saber nada, ni de progreso, ni de evolución, ni de leyes sociológicas. ¿Qué tiene entonces de raro que las masas frustradas de las regiones subdesarrolladas del mundo se inclinen cada vez más a seguir aquellas doctrinas que no vacilan en conjugar abiertamente los términos progresar, evolucionar y aumentar el dominio sobre las propias relaciones sociales en base a un conocimiento de las leyes del devenir?

Podría objetársenos también que la eliminación de los problemas mencionados no es puramente gratuita, sino que en el fondo se trata más bien de una sustitución de temas. En efecto, Gurvitch expone en qué consiste esta sustitución, del siguiente modo:

La suerte y la orientación de la sociología en la hora presente dependerán, según nuestro entender, de la experiencia y la evidencia cada vez mayores, de los siguientes hechos: a) el compromiso ineluctable de toda "existencia" en las situaciones sociales múltiples y antinómicas, compromiso fundado en la "reciprocidad de perspectivas" entre lo social y lo individual, el Yo, el Otro y el Nosotros; b) el crecimiento del pluralismo inextricable de los grupos que se combaten y se equilibran de la manera más variada; la lucha de clases (cuya complejidad aumenta por la aparición de una clase nueva e imprevista, sumamente agresiva, la de los tecnócratas, sinarcas, gerentes, burócratas, que no es sino uno de los aspectos de esta tensión general entre los grupos; c) la colocación en perspec-

tiva de todo conocimiento, sea del tipo que sea, incluso del conocimiento científico; d) la ineficacia y el desdoro de un gran número de símbolos sociales, precisamente en el momento en que la necesidad de símbolos activos se hace sentir con una intensidad particular; e) el retraso creciente que acusa nuestra reflexión sobre el ritmo cada vez más acelerado del devenir social; f) la imposibilidad de tener a la sociología apartada de las aplicaciones prácticas en ésta en que se imponen las planeaciones económicas, en que surgen símbolos nuevos y en que se abre cada vez más el abismo entre la adelantada técnica industrial y el retraso de las instituciones sociales. (Op. cit., p. 9 s.).

De esta relación tienen importancia para nuestras consideraciones los puntos b), e) y f) porque se vinculan estrechamente con la sociología del desarrollo económico. Sin embargo, si recordamos que estos tres hechos fueron tratados ya de manera exhaustiva y profundamente crítica por sociólogos que vivieron hace más de cien años, y que lo siguen siendo, aunque no ciertamente por los representantes oficiales de la sociología del siglo actual, tendremos que concluir forzosamente en que no existe originalidad alguna sobre tales hechos, y que de lo que se trata es más bien de estudiarlos con criterios no precisamente objetivos ni científicos.

De otro lado, el punto e) alude al retraso *creciente* que acusa el pensamiento sociológico sobre el ritmo cada vez más acelerado del devenir social. Evidentemente, este retraso creciente, en primer lugar, compete sólo a la sociología del siglo xx; y en segundo lugar; no existe ningún indicio de que con cada día que pasa dicho retraso no será más creciente aún, de tal suerte que cuando empiece a decrecer los sociólogos se darán de bruces con una sociedad nueva que, sin renegar del devenir, ha asumido la tarea de encauzarlo convenientemente,³⁷ quedando ellos desairados totalmente.

³⁷ Esto no es de ningún modo una burla inferida a la sociología del siglo xx, puesto que el mismo Gurvitch, en el plan general de problemas de la sociología (p. 17 s.), considera siete grandes grupos, consagrando el cuarto a la sociología económica, industrial y tecnológica, cuyos tres subgrupos de problemas están formulados sin apartarse un ápice de las necesidades del capitalismo, conforme se puede apreciar de la simple lectura de sus respectivos rótulos: sociología de las coyunturas y de las fluctuaciones económicas, sociología de las instituciones sociales y sociología industrial y tecnológica; sociología del trabajo.

El punto f) hace alusión a las "planeaciones económicas" que se imponen en nuestra época, pero ya nosotros sabemos de qué planeaciones se trata, cosa que hemos analizado anteriormente.

Asimismo, cuando Gurvitch subraya que se abre cada vez más el abismo entre la técnica moderna y las instituciones sociales, se coloca, de hecho, a la zaga de Aristóteles que hace 2,400 años profetizó tajantemente que la esclavitud desaparecerá cuando la lanzadera marche en el telar por sí sola,³⁸ sin contar por supuesto que este quedarse a la zaga se convierte en un verdadero anacronismo si se recuerda la prolija y escrupulosa solución que hace más de cien años dieron Marx y Engels para cancelar definitivamente el abismo entre técnica e instituciones sociales.

La devaluación del criterio histórico en sociología por parte de Gurvitch se patentiza en éstos juicios:

De la misma manera nos parece evidente que la sociología tratará, sobre todo, de concentrar sus esfuerzos, no en el pasado de la sociedad, ni siquiera en las estructuras y situaciones sociales ya cristalizadas, sino en la sociedad presente, que está haciéndose, en estado de lucha, de efervescencia y de creación. (p. 10).

Pero en fin de cuentas, ¿qué nos ofrece el sociólogo citado después de delimitar, "depurar" y organizar el plan general de problemas de nuestra disciplina? Nos ofrece lo que él denomina "la sociología de profundidad", a la cual define en los siguientes términos:

La sociología contemporánea se está transformando en una ciencia cuyo primer paso es el estudio de la realidad social a distintos niveles de profundidad. Si la sociología del siglo XIX se puede caracterizar como unidimensional, la sociología del siglo XX es sobre todo pluridimensional. Es una sociología de profundidad. La realidad social se presenta a la vista experta del sociólogo como dispuesta en escalones, en distintos niveles, planos o capas de profundidad, en múltiples infra y supraestructuras. Estos planos, estas infra y supraestructuras se interpenetran y se impregnan

³⁸ Por cierto que el Estagirita utiliza el concepto de esclavitud para referirse a todo género de trabajo subordinado.

mutuamente, sin que deje por eso de haber conflictos entre ellas; sus relaciones son tensas, antinómicas, dialécticas. Se trata de tensiones inextricables, inherentes a toda realidad social, y que podríamos calificar de verticales. A estas antinomias se agregan, al nivel de cada capa de profundidad, una serie de conflictos, de antagonismos, de tensiones horizontales: las luchas de los grupos —y particularmente la de las clases— son un ejemplo de ellas. La labor de la sociología consiste en poner en evidencia todas estas tensiones y todos estos conflictos, colocándolos en su contexto social específico, ya que su agudeza varía en razón de la multiplicidad de las coyunturas sociales. No le corresponde a la sociología ni ocultar ni resolver estos conflictos. (p. 50). (Subrayado por mí).

Dos atenciones solamente a esta sociología de profundidad: la primera, que, conforme lo reconoce el mismo Gurvitch, los distintos planos de profundidad habían sido ya presentidos por la sociología del siglo XIX, aun cuando en el caso de Marx, a quien cita expresamente Gurvitch, es totalmente inexacto decir que sólo presintió los planos en referencias,³⁹ y segunda, que procede discutir qué es lo que quiere significar Gurvitch con aquello de que a la sociología no le corresponde resolver los conflictos sociales. Si por tal se entiende una acción material y militante de la sociología es indudable que los conflictos no serán resueltos porque los sociólogos investigan y exponen los resultados de sus investigaciones, conforme corresponde a su *condición* de hombres de ciencia; pero si por resolver se entiende —como no puede dejar de entenderse— que los sociólogos den soluciones justas sobre los problemas que estudian, es indudable que sí resuelven tales problemas o, cuando menos, esa es su misión, dado que la ciencia, y no solamente la sociología por cierto, se traicionaría a sí misma si es que no afronta decididamente la tarea de investigar cuidadosamente un problema cualquiera hasta encontrar toda la verdad respecto de él. Como quiera

³⁹ Sorokin ha dedicado todo un libro a criticar a los sociólogos y demás cultores de las ciencias de la conducta humana. En sus críticas incluye el "complejo de descubrimiento" que afecta a los especialistas que raramente hacen referencia a sus antecesores de otras épocas, y cuando la hacen apenas si ocultan el sentido de su propia superioridad sobre las nieblas no científicas (*Achaques y manías de la sociología moderna y ciencias afines*, Aguilar, Madrid, 1957, p. 20). ¿Hasta qué punto sería lícito afirmar que Gurvitch empuja la labor de sus antecesores con el único fin de magnificar la suya propia

que toda ciencia funda una técnica correspondiente, el procedimiento ejecutivo a seguir tendrá que apoyarse necesariamente en los resultados y conclusiones de la investigación científica, ya que de otro modo la técnica carecería de una guía segura para actuar ejecutivamente. No tiene, pues, ningún sentido que Gurvitch manifieste que a la sociología no le corresponde ocultar ni resolver los conflictos, y de hecho su asunción debe interpretarse como una actitud de escape que tiende a apuntalar la posición de muchos estudiosos que creen en la justeza del principio de que la ciencia debe cultivarse por la ciencia misma.⁴⁰

Además, la sociología norteamericana, por ejemplo, constituye una ciencia realmente militante y práctica, pues sus cultores a menudo son llamados por las empresas para estudiar y resolver conflictos surgidos en sus diarias relaciones con los trabajadores. Asimismo, en otros campos, como la educación, por ejemplo, los sociólogos norteamericanos despliegan una actividad eminentemente pragmática. Esto lo sabe todo el mundo.

Los conflictos sociales menudean más en los países subdesarrollados que en los desarrollados, y por ello se hace más patente la necesidad de elaborar para aquéllos una sociología del desarrollo económico.⁴¹

⁴⁰ Ferdinand Zweig, profesor de economía en la Universidad de Manchester, clasifica a los economistas en tres categorías: economistas de bolsillo, que "defienden conscientemente determinados intereses aunque sepan que esos intereses no son dignos de que se los defiendan"; economistas cerebrales que usan su inteligencia "para resolver problemas económicos en forma académica, es decir, en forma lógica o metodológicamente sana, pero sin basarse en su propia experiencia. A menudo se sienten atraídos por los problemas más abstractos y se ahogan en las corrientes más profundas de la metodología, de la clasificación y de la discusión de nociones y conceptos abstractos sin un significado moral o práctico... Los 'economistas puros' pertenecen a esta categoría"; y, finalmente, economistas de corazón o sentimentales, que "son los maniáticos y charlatanes cuyos escritos están llenos de pensamientos basados sólo en lo que ellos desean". Para Zweig ninguno de estos economistas puede compararse con aquella otra categoría que a su corazón de fuego une una mente de hielo. Los economistas que hacen esta unión son para Zweig los verdaderos economistas (*El pensamiento económico y su perspectiva histórica*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1954, pp. 199 ss.). Huelga subrayar que esta misma clasificación es aplicable también a los sociólogos.

⁴¹ Refiriéndonos a una característica muy importante de la sociología de la revolución latinoamericana, dada por la militancia política de los doctores y profesionales, escribíamos lo siguiente: "Evidentemente, este es un rasgo que podría reputarse original en la sociología de la revolución latinoamericana, y que por lo mismo debe ser analizado cuidadosamente no sólo por razones teóricas y científicas, sino también por

2) *El mundo subdesarrollado y la creciente especialización científica y técnica.* Es sumamente interesante comprobar cómo la creciente especialización científica, propia de nuestra época, se adecúa perfectamente con las expectativas más caras de los detentadores del poder económico, hasta el punto de que la conservación de los intereses creados no sólo que no traba el proceso de la especialización, sino que por el contrario la fomenta. Conceptuamos que este es un rasgo sobre el cual tendría mucho que decirnos la sociología del conocimiento.

Es justamente esta coincidencia la que explica la actitud de los sociólogos, expresada, ya en la tenacidad con que se aferran a la parcela o microparcela del universo social que han elegido como objeto de investigación, omitiendo toda consideración a los problemas auténticamente relevantes de la sociología, o ya en su declaración conforme a la cual esta ciencia no puede tratar de modo experimental ninguna doctrina que postule la necesidad del advenimiento de un nuevo orden social, y que en tal sentido las creencias en doctrinas mesiánicas no constituyen juicios de realidad sino juicios de valor, vale decir, cuestiones de fe. Esos sociólogos aducen que no están ni a favor ni en contra de las mencionadas doctrinas, simplemente argumentan que por su misma naturaleza no pueden ser objeto de investigación empírica ni de tratamiento experimental.

El mismo Gurvitch anota con tono burlón que la confusión entre juicios de realidad y juicios de valor nos lleva a creer que la humanidad

poderosas razones prácticas, dado que en América Latina el destino de la sociología política y de la *sociología económica* parece ser el de escribirse con miras a su realización inmediata, cuando no el de realizarse antes de escribirse hasta el fin, o antes de escribirse a medias, o antes de escribirse mal" (*La revolución de los profesionales e intelectuales en Latinoamérica*, Cuadernos de Sociología de la Biblioteca de Ensayos Sociológicos, Instituto de Investigaciones, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1962, p. 56) (El subrayado es nuestro). Refiriéndose al desarrollo económico mismo, Gunnar Myrdal escribe: "En verdad, el ideal sería que los países subdesarrollados utilizaran todos los conocimientos que tienen a su disposición y elaboraran al mismo tiempo sus propias técnicas específicas que se adaptarán a sus propias necesidades y condiciones. No obstante, para hacerlo en forma efectiva, necesitan desarrollar la investigación en todos los niveles, incluyendo la investigación básica" (*Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1962, p. 114 s.).

evoluciona hacia un ideal positivo que es el bienestar para todos, como si se tratara del "happy end" de las películas norteamericanas, de donde resulta que "En vez de explicar los deseos, a partir de la realidad social, se construye ésta en función de esos deseos" (p. 22).

Desde luego, no debe creerse que abrigamos el insano propósito de condenar, como lo han hecho muchos escritores con mentalidad medioeval, la creciente especialización científica y técnica; lo que en realidad se reprocha es que se haya hecho muy poco hasta el momento para restaurar la síntesis de los conocimientos atinentes a fragmentos de una realidad que es en sí misma indivisible. Felizmente, incluso entre los mismos sociólogos ya se advierte una reacción en este sentido. Así, por ejemplo, Robert K. Merton subraya la posibilidad de que entre los intersticios de tantas disciplinas especializadas y subespecializadas se desvanezcan y se pierdan problemas importantes. No tienen desperdicio estos juicios que siguen y que pertenecen al mismo sociólogo norteamericano, autor de las teorías de alcance medio:⁴²

Esto puede comprobarse, por ejemplo, en el hecho de que ahora hay comparativamente muy poca investigación de los procesos del cambio social. Los sociólogos norteamericanos insuficientemente enterados del saber y el método históricos, han dedicado muy poca atención al estudio del cambio *a largo plazo* en la estructuración social, y los historiadores norteamericanos, desconocedores de la sustancia y los procedimientos de la investigación sociológica, a menudo continúan con sus historiografías descriptivas más bien que analíticas. (Subrayado por mí).

Precisamente Merton considera que una de las disciplinas que se ha desarrollado entre los "espacios interdisciplinarios" es justamente la sociología histórica. Para los efectos de nuestros planteamientos estas ideas de Merton tienen un valor extraordinario, como veremos más adelante.

De modo general, la creciente especialización en las ciencias de la

⁴² "El mosaico de las ciencias de la conducta", (*Revista de Ciencias Sociales*, Vol. VI, No. 1, marzo de 1962, Colegio de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico, p. 9).

conducta humana, tal como existe en los Estados Unidos,⁴³ por ejemplo, ha determinado que el análisis de los fenómenos sociales, planteados en términos dinámicos y de cambio, se efectúa tomando aspectos muy reducidos del universo social, de acuerdo con las exigencias del método experimental y del muestreo; y cuando se investigan conflictos las hipótesis se formulan manipulando variables que hacen hincapié en los ajustes y desajustes del comportamiento y de las situaciones generadas por ellos. Pues bien, un trasplante mecánico de estos procedimientos a los países subdesarrollados podría ser no solamente inoperante sino también inconveniente y quién sabe si hasta perjudicial, por cuanto, en el problema específico de los conflictos sociales, la investigación empírica podría incidir en sus principios conclusivos en la necesidad de aumentar las remuneraciones; o bien de aumentar el poder adquisitivo de ciertos grupos, a fin de posibilitar el ensanche de las ventas en cierta zona, cuyo mercado desea ser controlado por la empresa que ha financiado la investigación; o bien, finalmente, en la necesidad de poner atajo a ciertas demandas económicas y sociales que los investigadores reputan exageradas y susceptibles de comprometer seriamente el porvenir económico de las empresas. En el mejor de los casos, los frutos de la investigación podrían quedar sólo en el papel, y en el peor de ellos las soluciones podrían ser un calco de las que se encontraron en países adelantados.

Tal vez sí sería pertinente establecer un paralelismo entre la teoría económica y la teoría sociológica, esto es, que así como la primera "es en gran medida una racionalización de los intereses que predominan en los países industrializados",⁴⁴ cuyos autores "estaban demasiado ocupados con sus propios problemas para pensar mucho en la periferia",⁴⁵ razón por la cual resulta inadecuada si se le aplica en

⁴³ Refiriéndose a la antropología, Merton expresa que ahora existen la antropología física, la antropología social y cultural, la arqueología y la lingüística, y que cada una de éstas a su vez "fructifica en otras tantas especializaciones más restringidas". Igualmente, dice que "la erudita sociedad de psicólogos norteamericanos cuenta ahora con ventidós divisiones y muchas de éstas están aún proliferando en nuevas especializaciones" (*Rev. cit.*, p. 9).

⁴⁴ Gunnar Myrdal, *Op. cit.*, p. 115.

⁴⁵ Pedro C. M. Teichert: *Revolución económica e industrialización en América*

forma indiscriminada a los países subdesarrollados,⁴⁶ de la misma manera podría ocurrir con la segunda, esto es, con la teoría sociológica.

En efecto, los marcos institucionales en que se desenvuelven los países desarrollados son —no necesitamos recalcarlo— distintos de aquellos en que se desenvuelven muchas naciones subdesarrolladas: los patrones culturales y los sistemas de valores e ideales difieren en ambos, conforme se puede apreciar, por ejemplo, en las ideas corrientes sobre el intervencionismo estatal, el personalismo en política, las relaciones entre los sexos, las preferencias alimenticias, etc. Y así como en materia económica algunos economistas consideran indispensable que los países subdesarrollados elaboren sus propias teorías de crecimiento, lo propio podría decirse que debe ocurrir en materia sociológica.⁴⁷

Desde luego, esto no significa que exista una ciencia específicamente latinoamericana, o una ciencia específicamente del mundo subdesarrollado en general; significa simplemente que la *orientación* de los estudios es la que debe variar, consultando los intereses verdaderamente sociales de aquellas vastas zonas. En otras palabras, la investigación económica y la investigación sociológica deben abordar el análisis de los mismos temas que, por ejemplo, han sido abordados por las *novelas de tipo social*, en que son tan fecundas las regiones subdesarrolladas del mundo, ya que es de suyo evidente que en estas zonas la ausencia de una literatura profesional y académica de tipo económico y sociológico ha sido suplida con creces por la producción de una literatura social escrita, muy a menudo, por escritores politizados, revolucionarios o simplemente sensibles.

La investigación científica económica y sociológica en el mundo

Latina, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1961, p. 370. El mismo Teichert dice que "Debido a la dependencia económica y cultural de la América Latina respecto de Europa y de los Estados Unidos, nunca pudo aquella desarrollar su propia doctrina económica" (p. 369).

⁴⁶ Gunnar Myrdal, *Op. cit.*, p. 115.

⁴⁷ Pedro C. M. Teichert, *Op. cit.*, capítulos 15, 16, 17 y 18. La Parte IV del libro, que incluye precisamente a estos cuatro capítulos, se intitula: "Teorías y Políticas Latinoamericanas Relativas al Desarrollo Económico". Sea dicho de paso este economista pertenece al grupo de autores que sustentan las "acepciones sociales del desarrollo" de que nos ocupamos oportunamente.

subdesarrollado está llamada a continuar la tradición de esa estirpe de novelistas sociales que juzgaron que la mejor contribución que podían hacer a sus respectivas patrias consistía precisamente en poner al descubierto sus males sociales más relevantes. De lo contrario, la investigación universitaria académica y profesional estará condenada a la esterilidad, desaprovechándose lastimosamente las aptitudes y las habilidades de los economistas, sociólogos y demás cultivadores de las ciencias de la conducta humana.

Por cierto, que solicitar todo esto podría significar que se hace tabla rasa de las leyes que determinan la producción científica misma en las regiones subdesarrolladas, atento el hecho de que tal solicitud ignoraría las difíciles condiciones en que se desenvuelven los investigadores de los problemas económicos y sociológicos, en su mayor parte asalariados a quienes se les señala de modo expreso los temas que deben estudiar, contando para ello con los recursos que les asignan las entidades públicas y privadas que utilizan sus servicios.

Gunnar Myrdal tiene la seguridad de que en el futuro los economistas de todo el mundo estudiarán cada vez más los problemas inherentes al desarrollo de las regiones subdesarrolladas, "considerando los intereses, valores y aspiraciones de esos mismos países", pero piensa que sobre este particular "la responsabilidad primera corresponde a sus propios economistas jóvenes".⁴⁸

Lo que dice este economista sueco es válido también para los sociólogos y no solamente para los economistas. En realidad, para una interpretación correcta del pensamiento de Myrdal es indispensable citar íntegramente sus palabras, porque de lo contrario se podría tal vez creer que no hacemos sino suscribir como nuestras las mismas ideas que él sustenta. He aquí el pensamiento completo del autor que nos ocupa:⁴⁹

⁴⁸ *Op. cit.*, p. 117.

⁴⁹ *Op. cit.*, p. 117 s. Debemos subrayar que los planteamientos de Myrdal, así como los de otros muchos economistas, agraristas y sociólogos, conllevan la idea de que el mundo subdesarrollado debe cristalizar un sistema social que libere a la clase media y a un capitalismo reformista, con marcados rasgos de intervencionismo estatal. Un desarrollo de los países atrasados, concebido en estos términos, no deja de consti-

En esta época del gran despertar sería patético que los economistas jóvenes de los países subdesarrollados se desviaran por el mal camino de las predilecciones del pensamiento económico que prevalece en los países adelantados, que están entorpeciendo a los estudiosos de estos países en sus esfuerzos por acercarse a la realidad, pero serían fatales para los esfuerzos intelectuales de los economistas de los países subdesarrollados.

Por el contrario, desearía que tuvieran la energía suficiente para hacer a un lado las grandes estructuras vacías y sin importancia, y las doctrinas a veces inadecuadas, así como los enfoques teóricos vocingleros, y que se iniciaran en el estudio de sus propias necesidades y problemas. Este camino los llevaría mucho más lejos del ámbito de la economía liberal occidental, pasada de moda, y del marxismo.

En lugar de machacar sobre nuestras viejas doctrinas y controversias, que datan de hace cien años o más, debieran ocuparse de aquello que es verdaderamente práctico y útil dentro de nuestra tradición, y proceder entonces a elaborar su propia teoría que se adapte a sus problemas. Al hacerlo, encontrarían que muchos de los argumentos y teoremas viejos y familiares son útiles cuando se ajustan en tal forma que se adapten a la nueva estructura.

Con la primera parte, es evidente que no puede menos que estarse por completo de acuerdo, pero no así con la segunda: decir, como lo hace Myrdal, que el marxismo es un enfoque teórico vocinglero constituye una apreciación netamente subjetiva que, como tal, debe desecharse. En favor de este reputado economista occidental, quisiéramos creer que sus afirmaciones están condicionadas por su pertenencia a un país, Suecia, en el cual las contradicciones capitalistas y las fricciones de clase son relativamente débiles, circunstancias que podrían haberlo impulsado a sostener ingenuamente la posibilidad de que la "humanidad sumergida", como él mismo llama a las regiones subdesarrolladas, salga de su estado actual mediante el puro estudio, con exclusión de toda enérgica militancia y de toda lucha francamente revolucionaria. Según todas las apariencias, fenómenos tales como la

tuir ciertamente un desarrollo de tipo clasista al cual se puede oponer legítimamente otro de tipo aclasista. Esto es obvio y también, moralmente, más noble, así como, tecnológicamente, más factible en virtud de la automatización.

existencia del imperialismo y de la lucha de clases dejan a Myrdal prácticamente imperturbable.

Resumiendo todo lo dicho hasta este momento sobre la crítica de los sociólogos del desarrollo, en los puntos relativos al mundo subdesarrollado en sus relaciones con la acción depredatoria de la sociología del siglo XX y con la creciente especialización científica y técnica, en realidad la crítica ha sido negativa en el sentido de que hemos destacado más que todo lo que los sociólogos *no han dicho* sobre el desarrollo económico, por las causas que ya se han indicado. Somos los primeros en lamentar que hayamos tenido que hacer esto, pero era necesario revelarlo porque sólo así podemos adquirir una imagen más o menos completa del tema, de suyo bastante complejo, y también porque sólo así estaremos en condiciones de aquilatar de modo suficiente lo que en realidad han escrito los sociólogos sobre el desarrollo económico, punto del cual nos ocupamos en seguida.

3) *Los aspectos sociológicos del desarrollo económico.* La mejor generalización que podemos hacer sobre los aportes de la sociología al desarrollo económico es la que ya se indicó al empezar el presente trabajo, esto es, que las mencionadas contribuciones destacan la necesidad de que se incorporen también en toda teoría del desarrollo los aspectos netamente sociológicos implicados en el fenómeno económico mismo, y representados por el contexto cultural e institucional, así como por las ideologías sustentadas por los hombres, clases y grupos comprometidos en el proceso. La unanimidad es prácticamente absoluta sobre este particular e, incluso, entre los mismos economistas se abre paso cada vez más esta exigencia. Algunos, como Myrdal, por ejemplo, han ido demasiado lejos,⁵⁰ ya que sostienen que debe desaparecer la distinción entre factores económicos y factores no económicos. Dejando de lado estos extremismos, cabe citar algunos juicios

⁵⁰ Escribe Gunnar Myrdal: "En forma semejante, la distinción entre 'factores económicos' y 'no económicos' tiene también que descartarse por estar fuera de toda lógica y porque conduce a resultados equivocados. El análisis económico tendrá que ocuparse de todos los factores importantes si desea estar de acuerdo con la realidad; la teoría económica general tendrá que transformarse necesariamente en una teoría social" (*Op. cit.*, p. 116).

reveladores de la nueva tendencia. Así, Bert F. Hoselitz, después de subrayar "What is needed, therefore, is not merely a theory of economic growth in purely economic terms, but a theory relating economic development to cultural change",⁵¹ nos dice más adelante:⁵²

In practice, i.e., in a situation requiring the elaboration of a development plan for a given country or region, this problem requires for its solution that the plan embrace not only prescriptions for economic adjustments but also for the channeling of associated cultural and social change. The United Nations Technical Assistance Administration, and other agencies participating in programs evolving development plans are conscious of this need, and technical missions going to underdeveloped countries include in addition to economists and engineers, also specialists in education, social welfare, and cultural anthropology. Their task is to advise on how economic planning may be directed into channels in which frictions with existing cultural and social forces will be minimized and incentives for the planned changes maximized. Owing to profound differences in the cultures of the various populations participating in economic development plans, a multitude of forms have been found in which cultural or social structural factors do affect economic growth. The great variety of actual conditions appears to make generalizations difficult.

Por su parte, el famoso arqueólogo Gordon Childe destaca la necesidad de tomar en cuenta el aspecto ideológico en las investigaciones socioeconómicas. He aquí sus palabras:⁵³

El investigador de la cultura material tiene que estudiar a la sociedad como una organización cooperativa destinada a producir los medios de satisfacer sus necesidades, a reproducirse y producir nuevas necesidades. Tiene que ver su economía en acción. Pero la economía influye en la ideología, y es a su vez influida por ésta. El "concepto materialista de la historia" afirma que la economía determina la ideología. Es más seguro y más exacto repetir con otras palabras lo que ya se ha declarado: a la larga una ideología sólo puede sobrevivir si facilita el funcionamiento

⁵¹ *Sociological aspects of economic growth*, The Free Press of Glencoe, Illinois, 1960, p. 24.

⁵² *Op. cit.*, p. 26 s.

⁵³ *Op. cit.*, p. 22 s.

regular y eficiente de la economía. Si lo traba, la sociedad —y con ella la ideología— han de perecer a la larga. Pero la conciencia de ello puede sobrevenir mucho más tarde. Una ideología anticuada puede trabar una economía e impedir su cambio durante un plazo más largo que el generalmente admitido.

W. Arthur Lewis,⁵⁴ Erich Fromm,⁵⁵ Melville J. Herskovits,⁵⁶ Gino Germani,⁵⁷ entre otros más, analizan también diversos problemas relacionados con la psicología y la sociología económica, cuya importancia sería imprudente desdeñar. Igualmente, existen, aunque muy pocas, publicaciones especializadas, como, por ejemplo, *Economic Development and Cultural Change*, que aparece periódicamente.

Sin embargo, estrictamente hablando, la gran mayoría de autores que se ocupa de temas vinculados con el desarrollo económico no son especialistas consagrados únicamente a la sociología de este desarrollo, sino más bien sicólogos, antropólogos, etnólogos, socioeconomistas y sociólogos a secas. Por tanto, la sociología del desarrollo económico, como rama especializada de la sociología general o de la sociología económica, dista mucho de haber alcanzado un desarrollo espectacular hasta el momento.

Por lo que toca al *contenido mismo* de la sociología del desarrollo económico, Hoselitz expresa que existen dos teorías: la marxista y la teoría de la "social deviance". Esta última, según Hoselitz, se construye "upon some propositions of modern social theory and, to the extent to which it relates to economic development, also on the work of Joseph Schumpeter".⁵⁸ Con relación a la primera, dice que su aplicación a los países subdesarrollados es un trabajo no tanto de Marx sino de algunos de sus seguidores, a ninguno de los cuales indica,

⁵⁴ *Teoría del desarrollo económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

⁵⁵ *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

⁵⁶ *El hombre y sus obras* y *Antropología económica*, publicadas ambas por el Fondo de Cultura Económica de México, en 1952 y 1954, respectivamente.

⁵⁷ *Sociología del consumo*, publicación del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Tomo X, Cuaderno 2, 1957.

⁵⁸ *Op. cit.*, p. 57.

ofreciéndonos luego un bosquejo de la misma en los siguientes términos:⁵⁹

The underdeveloped countries contain societies which are either entirely pre-capitalist or, under the influence of capitalist imperialism, have adopted features of incipient capitalism. The extension of capitalist-imperialist dominance in the underdeveloped countries is inevitably supported by the native bourgeoisie and its political parties, by reformist middle class elements, and by intellectuals who see in this policy a means of bringing their societies under the complete dominance of the bourgeoisie. But the extension of capitalist and imperialist control in the colonial and dependent countries results in the expropriation of the masses of the people and the imposition of manifold barriers to the rising middle classes. This sows the seed of revolt which is expressed in its initial stages by the rise of national liberation movements led by the emerging bourgeoisie and middle class elements in these countries. The colonial bourgeoisie thus finds itself in an ambivalent situation. With respect to its own proletariat it is an exploiting class and hence allied with the foreign imperialists; with respect to these imperialists themselves it is the chief carrier of nationalistic movements antagonistic to the imperialist interests of the great power. This makes the social situation in colonial and imperialistically exploited countries more unstable, and improves the chances of success of a revolutionary movement which will lead to the political and social emancipation of the masses, the overthrow of imperialist power, and the chance for an unfettered development of the productive forces of the underdeveloped country. To be sure, there is some debate as to whether all countries have to pass through a stage of native capitalism in order to reach a socialist form of social organization, or whether they can jump over this stage. There is also some debate of whether the social revolutions in underdeveloped countries are purely or even predominantly proletarian revolutions, or whether they are based upon other classes also, especially the poorer and middle peasants. But these questions are problems of strategy and not of the general theory applicable to the transition of a society from a situation of economic backwardness to one of economic advancement.

.....

⁵⁹ *Op. cit.*, p. 57 s.

Stripped of the purely political and strategic appendages, it sees the economic development of underdeveloped countries to be associated with a series of social transformations which are identical with those postulated by Marx for the countries of the West. This theory postulates, therefore, a single-line process of social and economic development and states that, with minor deviations, all societies must go through analogous transformations of social structure in order to reach higher levels of productivity and economic organization.

Para cualquier persona medianamente enterada en el conocimiento de la doctrina socialista, es indudable que este bosquejo trazado por Bert Hoselitz es bastante deficiente pues, en primer lugar, no menciona las fuentes que ha consultado y que le han servido de base para esbozar la teoría socialista en la forma en que lo ha hecho; en segundo lugar pasa por alto el papel que en la doctrina marxista-leninista tiene el proletariado como fuerza dirigente en la lucha contra el imperialismo, jefaturizando incluso los movimientos nacionalistas; en tercer lugar, oculta el principio socialista conforme al cual la revolución democrático-burguesa triunfante es transformada en revolución socialista, verificándose al efecto los cambios necesarios en materia de alianzas entre el proletariado y las demás clases; en cuarto lugar, silencia la planificación socialista de la economía, cosa inadmisibile en quienquiera que se ocupe del desarrollo económico de las áreas subdesarrolladas; y, finalmente, en quinto lugar, en lugar de destacar el principio marxista-leninista de que el socialismo en cada país asumirá un carácter verdaderamente creador, puesto que no puede pasar por alto las características propias de cada región, se limita por el contrario a decir que la serie de transformaciones sociales a operarse en el mundo subdesarrollado son idénticas ("are identical") a aquellas que Marx postuló para las naciones del occidente, lo cual es evidentemente incorrecto.

En realidad, Hoselitz centra su análisis en la teoría de la "deviance" más que en la marxista, lo cual contrasta vivamente con su

anterior actitud de reconocer *expresamente* el valor de la explicación marxista.⁶⁰

Por lo que toca a la teoría de la "deviance", Hoselitz anota que ésta (la "deviance") puede ocurrir y darse en muchos campos de la acción social, interesando a los efectos de su exposición sólo aquella que se registra en el campo de la producción y distribución de bienes y servicios. He aquí el texto de la formulación:⁶¹

Economic development may then be considered as being associated with a transformation of social behavior from a forme which in its economically relevants aspects it is oriented towards ascription, particularism and functional diffuseness to a form of social behavior oriented towards achievement, universalism, and functional specificity. In somewhat different terms this may be stated by saying that a society on a low level of economic development is characterized in the main by the following features: Economic roles are distributed on the basis of what status a person has rather than whether he has shown the necessary competence to fill the role; and economic relations in general, for example, exchanges of goods and services, are based often on traditionally prescribed and sanctioned acts and performances rather than on attempts to arrive at a balancing of values through bargaining or the use of a price mechanism. (An example of the principle of ascription in the realm of a system of exchanges is the medieval doctrine of just price). But in the little advanced country

⁶⁰ En efecto, Hoselitz escribe: "For, in spite of the many criticisms which have been levied against the Marxian theories, Marx's interpretation of capitalism as a social-economic system and of its changes as alterations in the relations between social classes and in the forms and organization of production *has been quite generally accepted, even by his most ardent critics*" (*Op. cit.*, p. 53) (El subrayado es mío). Obviamente, pues, el sociólogo citado ha podido perfectamente ser más prolijo de lo que en realidad lo ha sido, máxime si constata que la interpretación marxista del capitalismo ha sido aceptada incluso por sus críticos más ardientes. Por lo demás, es una negligencia típica de los estudiosos burgueses, incluso de los más liberales.

⁶¹ *Op. cit.*, p. 59 s. El concepto de "deviance" está tomado de la sociología de Talcott Parsons, el mismo que lo define en los siguientes términos: "A tendency to deviance in this sense is a process of motivated action, on the part of an actor who has unquestionably had a full opportunity to learn the requisite orientations tending to deviate from the complementary expectations of conformity with common standards so far as these are relevant to the definition of his role" (*The social system, The Free Press, Glencoe, Illinois, 1959, p. 206*). Según Parsons, más allá de ciertos límites la conducta "deviance" tenderá a cambiar o disgregar el sistema, razón por la cual suscita la aparición de un mecanismo de control social para contrarrestar ("counteract") la tendencia a la "deviance", que, en síntesis, no es más que un comportamiento que contraviene al conjunto de normas institucionalizadas, y cuyos actores se conducen de tal modo que perturban el equilibrio social (*Op. cit.*, p. 250).

the attainment of and selection for certain economic roles is based merely on ascription rather than achievement; the overall pattern of distribution of roles between classes of the society is particularistic rather than universalistic. Mobility is difficult or, in extreme cases, absent, both between social groups, different professions, and often also between different localities. A society with a strong and vigorous caste system exhibits particularistic patterns in a clear form. Finally, the types of economic roles performed in a society on a low level of economic advancement are typically diffuse, whereas in a developed economy they are, typically, highly specific. This is an outcome of the increasing division of labor, which implies greater and greater specialization of tasks as the economy develops. The primitive farmer does everything from producing his crops, to building his house, fixing his implements and constructing roads and other means of transport and communications whereas the modern worker in a factory or office is occupied with one specific, often clearly circumscribed task to which he devotes his full attention.

Como se ve, la social "deviance", en el fondo, no es más que la expresión detallada del contexto institucional, social y cultural de lo que los economistas del desarrollo denominan sociedad tradicional.

Más adelante, al preguntarse Hoselitz cómo se realiza el tránsito de una sociedad fundada en la "ascription", el "particularism" y en la "functional difuseness" a otra fundada en el "achievement", en el "universalism" y en la "functional specificity", hace intervenir a Schumpeter con su teoría del empresario innovador ("innovating entrepreneur").

La figura del empresario, tal como es analizada por la mayoría de los economistas, es el personaje central de la historia del capitalismo,⁶² pero es indudable que esta versión dista mucho de ser científ-

⁶² Así lo dice textualmente el profesor Arthur Cole: "el estudiar al empresario es estudiar la figura central de la historia económica moderna, y... la figura central de la economía" (P. Baran, *Op cit.*, p. 265). Una tesis de este tipo nos echa inmediatamente en brazos de las concepciones heroicas de la historia sustentadas por Carlyle, Emerson, etc. Para una argumentación concisa sobre el empresario capitalista, nos remitimos a la obra de Baran, contenida en tres páginas (pp. 264-267). A mayor abundamiento, M. Abramovitz distingue entre "posibilidad de productividad del capital" y "productividad efectiva": sólo el empresario convierte la posibilidad en realidad (H. F. Williamson y J. A. Buttrick: *Desarrollo económico*, Comisión de Educación Estadística del Instituto Interamericano de Estadística, Rosario, Argentina, 1958, p. 229). ¡Otra vez el empresario demiurgo!

fica, por cuanto lo que interesa realmente es la investigación de aquellas circunstancias *subyacentes* en toda sociedad en movimiento y que han sido la matriz de la cual salieron los individuos considerados como los protagonistas del proceso histórico. Una teoría sociológica, verdaderamente científica del empresario, tiene que partir de las siguientes hipótesis: primera, que el surgimiento del empresario constituye un fenómeno particular susceptible de empotrarse dentro del fenómeno más general del surgimiento de los hombres sobresalientes a lo largo del proceso histórico: segunda, que el nacimiento y la actuación de las personalidades sobresalientes constituye un hecho, entre otros más, que se afilia directamente con el principio denominado por los antropólogos *foco cultural*;⁶³ tercera, que el rol de los empresarios no es idéntico en los países desarrollados y en los países subdesarrollados; y cuarta, que la figura clásica del empresario tiende, en las naciones y regiones atrasadas, a sufrir una metamorfosis en favor del Estado empresario, cambio que también se está operando en los países desarrollados de acuerdo con los intereses y exigencias del capitalismo monopolista de Estado, de carácter imperialista.

El trabajo de Bert F. Hoselitz, que hemos citado ampliamente, fue publicado en el año 1960. En esta obra el autor declara que hasta

⁶³ La hipótesis del "factor social predominante", eliminada por la sociología del siglo XX, según vimos oportunamente, ha renacido en la antropología cultural con el nombre de "foco cultural". Véase, por ejemplo, *El hombre y sus obras*, de M. Herskovits, cap. XXXII, pp. 586-605. La propia literatura burguesa no ha podido, pues, evadir un problema tan importante, aunque naturalmente la solución que le da no es siempre la más adecuada, conforme se puede observar en el propio Herskovits (*Op. cit.*, p. 587). Este antropólogo norteamericano define así el foco cultural: "Con la expresión *foco cultural* se designa la tendencia de toda cultura a presentar mayor complejidad, mayor variación en las instituciones de algunos de sus aspectos que en otros. Tan notable es esta tendencia a desarrollar ciertas fases de la vida, en tanto que otras permanecen en último término, por así decirlo, que en la simplificación de las disciplinas que estudian las sociedades humanas estos aspectos focales se toman con frecuencia para caracterizar las culturas en total" (p. 586). En seguida enumera los aspectos predominantes de Egipto, Atenas, Roma, Edad Media, Renacimiento y Capitalismo. Con relación a este último dice: "La Revolución Industrial inició un período, el cual, en el siglo XX, ha producido una sociedad centrada de manera patente en las facetas tecnológica y económica de la vida" (p. 586). Si la sociología del desarrollo quiere trabajar con fruto tiene, necesariamente, que recuperar este concepto de foco cultural o factor social predominante. De lo contrario, "los aspectos sociológicos del desarrollo económico" no serán sino eso: aspectos, mejor dicho, residuos teóricos pasiva o interesadamente investigados.

donde alcanzan sus conocimientos e información ("so far as I am aware"), existen dos teorías explicativas del desarrollo y del cambio: la de Marx y la de Parsons-Schumpeter. Pues bien, esto significa que en el *aspecto citado* los sociólogos del desarrollo económico no exhiben hasta el momento ninguna originalidad, puesto que tanto Marx como Schumpeter no fueron sociólogos contraídos únicamente al estudio de los aspectos culturales e institucionales del cambio, sino más que todo economistas que, fieles al método científico, abarcaron también los mencionados aspectos no económicos del cambio. Desde luego, el caso de Marx es muy especial atento el hecho de que él representa la mentalidad más poderosa que ha producido hasta la fecha la especie humana. Y en cuanto a Parsons, no es en rigor un sociólogo especializado solamente en desarrollo económico.

Esto, por lo que respecta a su originalidad, mejor dicho a su carencia de ella. Y por lo que toca a otros aspectos, bien vale la pena acentuar la incapacidad de los sociólogos del desarrollo para definir el concepto mismo de desarrollo y para ofrecer criterios susceptibles de permitir una clasificación conveniente de países desarrollados y países subdesarrollados. En relación con la definición misma del desarrollo, es evidente que la totalidad o casi totalidad de autores sólo tienen en mente la conceptualización del desarrollo bajo las condiciones actuales, caracterizadas por el dominio de la sociedad capitalista, y no una conceptualización amplia y de carácter histórico. Y en cuanto a la clasificación de los países en desarrollados y subdesarrollados, los criterios utilizados tampoco son los más adecuados. Así, por ejemplo, el propio Hoselitz muestra su disconformidad con la definición de país desarrollado hecha por el Comité de Expertos de las Naciones Unidas, que considera como tales solamente a Estados Unidos, Canadá, Australasia y Europa Occidental, acotando que junto a estas naciones se podría haber incluido ("might have included") al Japón y a la Unión Soviética. Pero en donde verdaderamente yerra este sociólogo, incurriendo en contradicción consigo mismo, es cuando aventura su propia definición de país desarrollado, mostrando, además, que no

las tiene todas consigo, conforme se desprende del siguiente texto (p. 29):

We could, for example, specify that in addition to a relatively higher level of *per capita* real output, an advanced country must have an economy based on capitalistic social relations, or a centralized, democratic government, or a monotheistic religion. Whether or not any of these (or any other) variables should be included depends on their usefulness in providing a more adequate theoretical explanation of economic progress.

Esta declaración equivale de hecho a oscurecer aún más el criterio para calificar a un país como desarrollado o como subdesarrollado. Y es que, en realidad, en tanto no se adopten criterios *sociohistóricos* de definición y clasificación, muy poco es lo que se puede lograr en esta materia. Las categorías de definición y clasificación deben reflejar siempre el mismo devenir, el mismo proceso de desarrollo del fenómeno o de los fenómenos que se estudian e investigan. Nada puede ser más desalentador que tropezar con definiciones y clasificaciones formuladas al margen de los procesos evolutivos mismos y al margen también de las características socioeconómicas de cada uno de ellos. Más adelante volveremos sobre estos problemas de insoslayable actualidad e importancia.

Antes de dar término al punto referente a la crítica de los sociólogos del desarrollo, debemos mencionar el espíritu interesado y partidista que exhiben los trabajos de estos especialistas occidentales. Este espíritu se aprecia tanto en los sociólogos, etnólogos, antropólogos, etc., que por su cuenta realizan investigaciones en las regiones subdesarrolladas del mundo, como en aquellos otros que efectúan tales trabajos disponiendo de becas y de otros recursos que les son asignados por entidades económicas, académicas y científicas del llamado mundo libre. Pero más que todo el espíritu partidario y clasista se advierte en aquellos estudiosos que son contratados por los organismos internacionales.⁶⁴ El rasgo común a estos tres grupos de investigadores es,

⁶⁴ Concretamente podemos citar el libro *Aspectos sociales del desarrollo económico* (Colección de Cuadernos de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Escuela

justamente, no sobrepasar el marco de referencia del sistema capitalista en el cual viven, del cual viven y para el cual, a menudo, viven.⁶⁵

Antes de seguir adelante deseamos poner en claro que todas nuestras críticas no enervan de ningún modo—ello sería imposible por lo demás—la habilidad y la inteligencia de los autores criticados, algunos de los cuales—por desdicha muy pocos—muestran incluso bastante grado de comprensión de los problemas que afronta el mundo subdesarrollado, así como también cierta dosis de coraje para denunciar las raíces profundas de esos males.⁶⁶ Tampoco pretendemos inva-

Latinoamericana de Sociología, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1959). Se incluye en esta obra un trabajo de las Naciones Unidas sobre el desarrollo económico boliviano, consignándose en él juicios como éstos: "Puede aceptarse o no la empresa privada, y no son en modo alguno forzosas las formas que pueda tomar la pública, colectiva o de carácter mixto" (p. 106). Asimismo, se alude al hecho de que uno de los "basic factors" responsables de la baja producción es la "absence of basic law and order" (p. 116). Cada quien, por sí mismo, puede extraer la moraleja que se desprende de estas dos citas.

⁶⁵ Bien podemos reproducir aquí la clasificación, anteriormente expuesta, que hace Ferdinand Zweig de los economistas. Este mismo autor añade otra clasificación, aplicable también a los sociólogos, y es aquella que los divide en economistas que sólo ven el presente, por cuya razón los califica como conservadores; economistas que quieren traer de vuelta el pasado, y que son los reaccionarios en su sentido literal; y finalmente, economistas que ven el futuro, al cual consideran como la "auténtica" realidad. Para Zweig, estos economistas fueron los más grandes, esto es, los "reformadores que mostraron el camino para un desarrollo posterior, y que con su obra aceleraron ese desarrollo" (*Op. cit.*, p. 203). Atento el descrédito que ha caído sobre el término reformador, no hay ningún impedimento para sustituirlo por el de revolucionario.

⁶⁶ Así, por ejemplo, Raúl Prebisch, alto funcionario de la CEPAL, consigna los siguientes juicios en el Prólogo de una publicación editada por la Oficina de Información de las Naciones Unidas sobre las actividades y programas de ayuda técnica y financiera en América Latina (enero de 1962): "Mas no hay que engañarse; por ingente que fuera la colaboración externa puesta en juego a la luz de esta nueva política—y dicha ayuda no puede ser ilimitada—debe prevalecer la firme convicción de que el desarrollo satisfactorio de América Latina tiene que ser obra de los propios pueblos latinoamericanos y de sus dirigentes, de su determinación de introducir cambios profundos en la estructura económica y social para apartar los obstáculos considerables que se le oponen". Y a renglón seguido, prosigue: "Hay que actuar consciente y deliberadamente sobre esa estructura. Entre otras, se requieren medidas de fondo para: modificar el arcaico régimen de tenencia del suelo; transformar el módulo pretérito de comercio exterior; tecnificar y vigorizar la producción interna haciéndola más económica y competitiva; corregir grandes desigualdades en la distribución del ingreso; aumentar la acumulación del capital a expensas de las disparidades del consumo; ampliar la educación y capacitación técnica de las masas populares; estimular la movilidad social e imprimir el máximo de eficiencia dinámica a la iniciativa individual latinoamericana". A toda esta argumentación Prebisch hace preceder una declaración conforme a la cual "se está ampliando la diferencia, ya muy grande, entre el ingreso de nuestros pueblos y el de los centros industrializados", como asimismo "la notoria disparidad en la distribución del ingreso en algunos de nuestros países..." (*Diario La Industria* de Trujillo, Perú, de 10-VIII-62).

lidar los frutos de sus trabajos e investigaciones, excepto aquellos que son manifiestamente erróneos, utópicos y antihumanos. Simplemente queremos subrayar cómo el talento mismo está fuertemente correlacionado con los intereses de una sociedad egoísta, que se aprovecha de él y le imprime una orientación favorable a sus propios valores e ideales, terminando por triturar a quienes lo poseen, hasta hacer comulgar a muchos de ellos con el sistema mismo que los alberga y les resuelve su problema económico, individual o familiar, aun a costa de destruir su moral y aliento humano.

CAPÍTULO II

EL CONCEPTO CIENTIFICO DEL DESARROLLO

A) INTRODUCCIÓN

A nuestro juicio, la definición científica del desarrollo económico debe construirse teniendo en cuenta las siguientes consideraciones principales, las mismas que explicamos a continuación.

1) *Desarrollo económico y desarrollo histórico.* El desarrollo económico es, en primer lugar, un aspecto del desarrollo histórico en general, y en segundo lugar, es el aspecto sustantivo de ese mismo desarrollo histórico. La observación empírica e, incluso, experimental demuestra de manera fehaciente que los cambios históricos de importancia guardan una estrecha correlación con los cambios económicos.

Por esta razón, un "ingrediente" importante de la definición del desarrollo económico lo constituye la referencia al desarrollo histórico. Además, con esta asunción dejamos de lado el método tangencial, actualmente en boga, que consiste en conceptualizar dicho fenómeno haciendo abstracción del método genético y contrayéndose únicamente a destacar determinados aspectos del desarrollo, tales como la producción *per capita*, la productividad, la relación producción-población, etc.

No faltan autores para quienes la comprensión del desarrollo económico exige consultar la historia misma de los pueblos. Así, por ejemplo, refiriéndose a la América Latina, dice Teichert:¹

¹ *Op. cit.*, p. 353.

Para hacer un estudio que tenga sentido del proceso latinoamericano, es indispensable un conocimiento profundo de su evolución cultural e histórica. Sólo puede valorarse el desarrollo de la América Latina a la luz de su pasado institucional, y el intento llevado a cabo en el siglo XIX de imponer la cultura europea y la economía del *laissez-faire* a una cultura indocolonial constituyó un lamentable fracaso.

La consideración del método histórico representa también la mejor garantía de la validez de las conclusiones, por cuanto éstas reflejarán mejor las direcciones probables que asumirá el desarrollo económico en el futuro inmediato y mediato. Se da como supuesto, naturalmente, que el mismo método histórico sea aplicado con toda justeza, y no como lo hacen algunos que sólo lo utilizan en la medida en que cohonestan sus propias hipótesis y planteamientos limitados. En este error, por ejemplo, incurre el mismo Teichert al considerar que en América Latina el desarrollo económico consiste en anular revolucionariamente a la aristocracia terrateniente y en crear una clase media.² No cabe duda alguna que el profesor Teichert sólo piensa en el modelo capitalista de desarrollo económico, contrariando de este modo toda la evidencia disponible, proporcionada por el desarrollo histórico de los pueblos. Ni la Unión Soviética ni, en general, todas las naciones del mundo socialista han seguido este modelo. Y en la misma América Latina, el caso de Cuba constituye hasta el momento un ejemplo de desarrollo económico que no se ajusta a la línea de pensamiento del profesor citado. Obviamente, pues, la hipótesis de Teichert no se ciñe a la realidad de los hechos. De nada vale que aluda a la experiencia de México ni a los éxitos que este país ha cosechado como consecuencia de su revolución de 1910,³ por cuanto los mismos economistas y sociólogos

² *Op. cit.*, p. 394.

³ Los juicios laudatorios de Teichert sobre México y sobre su desarrollo económico, se patentizan en estas declaraciones: "la comprensión cabal de la experiencia mexicana puede resultar extremadamente valiosa para el futuro desarrollo de las demás repúblicas latinoamericanas". "En general los economistas están de acuerdo en que el desarrollo de líneas políticas ajustadas a la Revolución Mexicana de 1910, proporciona una fórmula para la solución de los problemas básicos comunes al resto de la América Latina" (p. 292). "Finalmente, la marca extraordinaria del desarrollo mexicano sirve como excelente ejemplo para las otras repúblicas latinoamericanas, ya que el enfoque mexicano del problema del desarrollo económico conserva su importancia fuera de las

mexicanos se han encargado de arrojar luces sobre los alcances de los éxitos mencionados.⁴ En realidad, el propio Teichert deja traslucir sus verdaderos sentimientos con respecto a la población humilde de México cuando, con un lenguaje poco menos que brutal, escribe (p. 299 s.):

El principal método para estimular las inversiones privadas, particularmente durante el período 1940-1950, fue una política inflacionista manifiestamente deliberada que comprimió los ingresos reales de las clases económicamente más modestas mientras elevó los de los ricos. Este sacrificio de los pobres es el precio que una nación subdesarrollada tiene que pagar si basa su rápido crecimiento primordialmente en sus propios recursos.

2) *El punto de partida del desarrollo económico.* Distinguimos dos puntos de partida principales del desarrollo económico en relación con la continuidad histórica de la vida de un pueblo o de una sociedad cualquiera: a) desarrollo autónomo y b) desarrollo subordinado.

a) *Desarrollo autónomo.* El desarrollo económico es autónomo cuando sus fuerzas motrices surgen en el seno mismo de la sociedad oficial, cuyos miembros exhiben manifiesta incapacidad para seguir adelante en la vía positiva del crecimiento, razón por la cual deben ceder su lugar a las nuevas fuerzas motrices que ha incubado en sus propias entrañas y que son las que airadamente exigen la constitución

fronteras del país" (p. 306). ¡Y pensar que todo esto nos dice de un país en el cual él mismo reconoce que "el ingreso todavía está muy desigualmente distribuido" (p. 294) y que su comercio internacional guarda una "excesiva dependencia" con respecto a los Estados Unidos (p. 303 s.), como asimismo que el mayor inversionista extranjero en este país es Estados Unidos, que por sí solos controlan el 70% de todas las inversiones foráneas (p. 304). La clave de todas las loas que Teichert dedica a México se descubre inmediatamente en estas palabras: "la independencia económica mexicana ha sido una bendición para los exportadores y los inversionistas de los Estados Unidos..." (p. 305).

⁴ Lucio Mendieta y Núñez, por ejemplo, cita varios ejemplos relacionados con las leyes sociales y con la reforma agraria mexicana, para demostrar su tesis de la "contrarrevolución pacífica" operada en su país después de la Revolución de 1910. Al referirse a uno de esos ejemplos, concluye así: "Así es como les cobra el capitalista (a los obreros) las llamadas conquistas revolucionarias" (*Teoría de la revolución*, cap. V). Por su parte, José Gómez Robleda en un trabajo socioestadístico sobre la clase media mexicana asevera que las condiciones económicas de las familias de esta clase, "en sus aspectos fundamentales, no han cambiado" (*Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales de la U.N.A.M., Año XXI, Vol. XXI, Núm. 1, enero-abril de 1959, México).

de una *nueva* sociedad oficial, la cual, después de un lapso variable que puede durar milenios o simplemente siglos, exhibirá también incapacidad para proseguir en el camino del crecimiento, motivo por el cual deberá igualmente ceder el titularato de la representación oficial a las fuerzas que ha incubado en su seno. Y así sucesivamente.

La conceptualización del desarrollo autónomo, por consiguiente, está dada por el surgimiento de las fuerzas motrices en las entrañas mismas de la sociedad en desarrollo. Inglaterra, Francia, Estados Unidos, etc., son ejemplos de países que históricamente han tenido un desarrollo autónomo en el punto de partida de su desarrollo.

b) *Desarrollo subordinado.* Es aquel en el cual las fuerzas motrices de desarrollo no surgen en el interior de una sociedad cualquiera sino que vienen de fuera, siendo a menudo precedidas de un acto de conquista, que a su vez puede revestir dos modalidades: militar o económica.

1) *Desarrollo inducido por conquista militar.* El ejemplo más conocido y claro de este subtipo de desarrollo subordinado lo ofrecen las culturas precolombinas de América que sucumbieron ante la conquista española. Ninguna de las civilizaciones autóctonas había llegado a la edad del hierro, y sin embargo la conquista militar las incorporó compulsiva y espectacularmente a las vías del desarrollo económico europeo en general y español en particular. De este modo el proceso del desarrollo económico de las culturas mencionadas fue abreviado, cuando menos en tres mil años. El precio que tuvieron que pagar en vidas humanas destruidas fue relativamente bajo, comparado con el que habrían tenido que pagar si su desarrollo hubiese sido autónomo y sin interferencias extrañas. Estimamos que este punto no ha sido lo suficientemente destacado y valorado por la historiografía moderna, tanto burguesa como socialista.

En efecto, los historiadores de la colonización española han sido impresionados más que todo por las depredaciones cometidas por los españoles, y no han reparado en la observación justa de los historiadores prohispanos, conforme a la cual debe tenerse también en cuenta

el penoso proceso de desarrollo que habrían tenido que seguir las culturas precolombinas si es que no hubiesen sido conquistadas por una cultura históricamente superior, semicapitalista o capitalista.⁵

II) *Desarrollo económico inducido por conquista económica.* Aquí también podemos citar como ejemplo conocido la penetración imperialista del capitalismo en los países y regiones atrasados del mundo. Esta conquista económica se ha traducido, de hecho, en la subordinación de vastas zonas a los intereses del capitalismo contemporáneo, de tal manera que el futuro del mundo subdesarrollado está ligado, también de hecho, al futuro del sistema capitalista en su conjunto. La revolución rusa de 1917 ha puesto en claro la índole de este porvenir, ya que a partir de esa fecha siguieron produciéndose movimientos, ya de carácter socialista, ya de carácter nacionalista, sin contar los avances mismos operados en los propios países imperialistas y capitalistas de nuestros días.

3) *El ritmo general del desarrollo.* Una vez determinados los puntos de partida del desarrollo económico, sigue lógicamente el análisis del ritmo de crecimiento, esto es, el análisis de la mayor o menor lentitud o rapidez con que se efectúa el desarrollo económico en las distintas formaciones económico-sociales que ha conocido la humanidad hasta el momento. Aquí naturalmente, fieles al método histórico, tenemos que rastrear las vicisitudes del desarrollo considerando el orden de sucesión de las formaciones económico-sociales, así como los períodos de transición. Abordaremos el problema en el siguiente orden: a) El ritmo de desarrollo en las sociedades acasistas primitivas; b) El ritmo de desarrollo en la transición de las sociedades acasistas a las

⁵ En rigor, el subtipo de desarrollo inducido por conquista militar tiene tres variantes: la primera ocurre cuando el pueblo conquistado exhibe un desarrollo inferior al que muestra el pueblo conquistador (caso de las culturas precolombinas en relación con España, por ejemplo); la segunda se da cuando el pueblo conquistado tiene una economía superior al pueblo que lo conquista (caso de las sociedades pastoriles que dominaban a los pueblos agricultores, a cuya economía luego se adaptaban); y finalmente, la tercera acontece cuando el pueblo conquistado tiene una economía igual o similar, desde el punto de vista del desarrollo, a la del pueblo conquistador (caso de las rivalidades y luchas interimperialistas sostenidas por los imperialistas de todos los tiempos). Es obvio que el subsiguiente desarrollo económico tiene que ser poderosamente influido de modo distinto según sea el caso.

sociedades clasistas; c) El ritmo de desarrollo en las sociedades clasistas; d) El ritmo de desarrollo en la transición de las sociedades clasistas a las sociedades acclasistas. Veamos sucintamente cada uno de estos ritmos.

a) *El ritmo de desarrollo en las sociedades acclasistas.* Tanto en la comunidad primitiva como en muchas de las actuales sociedades ágrafas, el ritmo de desarrollo económico acusa extremada lentitud, debido a la humildad de su equipo tecnológico constituido fundamentalmente por herramientas líticas. En rigor, el problema que afrontó la comunidad paleolítica *que principiaba* fue, no tanto el desarrollo económico espectacular, sino el desarrollo *biológico* de la especie. La actividad del *homo faber* fue aquí la gran fuerza motriz del desarrollo biológico que transformó al animal, primero en homínido y luego en *homo sapiens*.

En forma paralela y, sobre todo, después vino la lucha por la supervivencia física por parte de las pequeñísimas unidades demográficas. Es evidente que a ninguna otra sociedad como a la del paleolítico conviene literalmente la definición de economía propuesta por Ruth Bunzel, en el sentido de que economía es la "organización total de la conducta humana frente a los problemas de la supervivencia física".

Jalones importantísimos en el desarrollo de la comunidad lítica fueron el descubrimiento del fuego y el arco y la flecha. El primero reportó al primitivo no sólo un instrumento de humanización y de protección, sino también, y esto es importante para la psicología y la sociología, un instrumento que le permitió enriquecer de modo considerable su equipo sensorial en general y su equipo sensorial gustativo en particular, atento el hecho de que el fuego singulariza e "individualiza" los distintos sabores de los diferentes tipos de carnes que antes se comían crudas. Tiene que ser muy fascinante cualquier investigación psicológica y sociológica que penetre con lucidez en el problema del enriquecimiento del siquismo del hombre primitivo.⁶

⁶ Engels, por ejemplo, ha destacado el rol que jugó la mano en el proceso de

En cuanto al arco y la flecha, evidentemente constituyeron las fuerzas productivas más eficaces con que contó la comunidad lítica, pues le permitieron, mejor que antes, salir airoso de sus expediciones de caza y guerra. Con la domesticación del perro en la fase del mesolítico se cierra la dilatadísima fase adquisitiva de la humanidad, que insumió centenares de miles de años, durante los cuales se desconoció el fenómeno clasista en razón de que la economía no era aún capaz de arrojar excedentes apreciables por encima de las demandas domésticas de los grupos.

La fase subsiguiente y última de la comunidad primitiva fue el neolítico. La división del trabajo entre los sexos que ya se había consagrado desde el paleomesolítico, permitió que la mujer descubriese la agricultura y otras actividades complementarias. La domesticación de animales incrementa las subsistencias del grupo. El desarrollo económico se acelera considerablemente y por primera vez la sociedad empieza a producir artificialmente sus propios medios de subsistencia. Estamos en el apogeo de la comunidad primitiva. No menos de cinco mil años dura el período neolítico. Según Gordon Childe, hace cuatro mil años la economía bárbara fundada en el cultivo se había ya diseminado por Eurasia, desde Irlanda hasta la China. La importancia de la aceleración del ritmo de desarrollo en la fase neolítica es variable de un continente a otro, sobre todo en lo que respecta al ritmo cronológico, que fue desigual en Eurasia, Africa y América, conforme lo hacen notar los especialistas.

En el neolítico tampoco surgen las clases debido a que los excedentes distan mucho de ser permanentes y, sobre todo, considerables. El cultivo de azada es incapaz de garantizar la producción de excedentes susceptibles de fundar una economía estratificada sobre la base de la existencia de clases ociosas, por un lado, y de clases explotadas

humanización biológica del hombre en su trabajo *La humanización del mono por el trabajo*. Asimismo, Anibal Ponce, con los datos proporcionados por la biología cerebral y muscular, refiere que el tamaño de las superficies de localización cerebral está determinado no por las dimensiones de las diferentes partes del cuerpo sino por la complejidad y el valor síquico de los movimientos, esto es, por su riqueza neuronal (*Estudios de psicología*, El Ateneo, Buenos Aires, 1944, p. 397 s.).

por otro. Además, la agricultura era a menudo nómada y no sedentaria, debido al agotamiento de la fertilidad y al desconocimiento de los medios para restaurarla, sin contar con que el nomadismo agrícola propiciaba con frecuencia luchas muy cruentas entre las diversas comunidades, incluso con los grupos nómades recolectores sobrevivientes y con los pastores belicosos.

b) *El ritmo de desarrollo en la transición hacia una sociedad de clases:* Asevera Childe que el milenio que antecedió al año 3000 a.C. fue quizá más fecundo en invenciones y descubrimientos fructíferos que cualquier período de la historia humana anterior al siglo XVI de nuestra era, los mismos que posibilitaron una nueva reestructuración de la sociedad, caracterizada por la escisión clasista y el urbanismo. Tales invenciones y descubrimientos fueron no menos de doce: el riego artificial utilizando canales y presas, el arado, los aparejos para utilizar la fuerza motriz de los animales, el bote de vela, los vehículos con ruedas, la agricultura hortense, la fermentación, la metalurgia del cobre, el ladrillo, el arco, la vidriería y el sello. En una fase más avanzada y coincidiendo ya con la sociedad clasista y el urbanismo, Childe incluye otros cuatro descubrimientos e invenciones: el calendario solar, la escritura, la notación numérica y el bronce.

En la fase de transición propiamente dicha, y por virtud de las nuevas fuerzas productivas y de la división del trabajo, la sociedad asegura de modo definitivo la obtención de inevitables excedentes de los cuales se apropiarán las clases nacientes de los esclavistas. El matriarcado llega a su término y el campesinado libre del neolítico es subordinado a los intereses de la nueva economía.

La curva del desarrollo económico ha llegado prácticamente a su cima más alta.

c) *El ritmo de desarrollo en las sociedades clasistas.* Durante el esclavismo subsiguiente fueron pocas las nuevas contribuciones añadidas a las efectuadas en el milenio prodigioso anteriormente citado, debiendo mencionarse solamente cuatro: la notación decimal en Babilonia (año 2000 a.C.), la metalurgia del hierro (año 1400 a.C.), la

escritura alfabética (año 1300 a.C.), y los acueductos para proveer de agua a las ciudades (año 700 a.C.).

En realidad, desde el punto de vista del desarrollo económico, la sociedad esclavista no hizo más que explotar hasta el máximo las posibilidades encerradas en las fuerzas productivas materiales descubiertas en el período de transición, mediante un reforzamiento de la utilización de la mano de obra subordinada, sobre todo, de la mano de obra esclava.⁷

Los aspectos agrícolas y ganaderos del régimen esclavista dominaron en las primeras fases, pero más tarde, sobre todo en Grecia y Roma, aunáronse los aspectos mercantil e industrial, impulsados por nuevas constelaciones humanas representadas por la clase media y por una clase "capitalista" o semicapitalista, que desarrollaron al máximo las actividades de sus predecesores fenicios; pero sin que en ningún momento la ciudad llegase a subordinar *totalmente* al agro, como ocurrió más tarde con el capitalismo, y ello por la razón que ya hemos apuntado, esto es, que la sociedad esclavista en su conjunto cifró la continuidad de su desarrollo no en la liberación de una fuerza productiva superior a las descubiertas en la fase de transición, sino

⁷ Gordon Childe señala que la revolución urbana, más que la aurora de una nueva era de avance acelerado, fue la culminación y detención de un período anterior de crecimiento (*Los orígenes de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1954, p. 277). Childe correlaciona esta falta de progreso tecnológico en la sociedad esclavista con la degradación económica de las masas trabajadoras. En virtud de la revolución urbana, expresa, "los verdaderos productores, anteriormente tan fecundos en inventiva, quedaron reducidos a la situación de "clases inferiores" (p. 278 s.). Subraya asimismo que los gobernantes "tenían pocos incentivos para promover la invención", pues "tenían a su disposición reservas casi ilimitadas de trabajadores, reclutados entre los sujetos inflamados de fe supersticiosa y entre los prisioneros tomados en la guerra; de tal manera, que no tenían necesidad de molestarse en buscar invenciones que ahorrasen mano de obra" (p. 279).

Los libros de Gordon Childe son indispensables para adquirir un conocimiento científico de la humanidad primitiva y de la civilización. Mauro Olmeda, erudito profesor mexicano, ha criticado algunas de sus tesis en los dos primeros volúmenes de su obra *Sociedades precapitalistas*, de los cuales el inicial fue publicado por Juan Grijalbo, editor, en 1954, y el segundo por el mismo Mauro Olmeda, en 1960. Una edición revisada y bastante ampliada del volumen I fue publicada por el autor en 1961. Del neolítico peruano lo mejor hasta la fecha es *La revolución neolítica y los orígenes de la civilización peruana*, por Emilio Choy, separata de *Antiguo Perú: Tiempo y Espacio*, Lima, 1960, pp. 149-200.

en la simple extensión cuantitativa de éstas y en un reforzamiento inaudito de la explotación de los esclavos.

Un adecuado contexto político y jurídico fue creado sobre este trasfondo económico, y de ese contexto *surgieron* las estimulaciones vigorosas que habrían de traducirse en las maravillosas producciones artísticas y filosóficas que han llegado hasta nosotros.

El desarrollo de la sociedad esclavista abarcó no menos de 3,500 años, y a su término advino la sociedad feudal.

El desarrollo económico en el feudalismo constituye la mejor prueba de la endebles de las facetas industriales y "burguesas" de la economía esclavista grecorromana: el imperialismo romano fue víctima de sus propias contradicciones y al primer embate serio de los pueblos bárbaros se vino abajo, arrastrando en su caída al régimen urbano conquistado. La sociedad se retrajo nuevamente al agro a través, primero, del colonato y de la desintegración de las comunidades gentilicias bárbaras, y luego del establecimiento y consolidación de la economía manorial o feudal. La autosuficiencia económica fue el rasgo predominante del desarrollo económico feudal. Este proceso de reversión hacia el autoabastecimiento dura varios siglos, pero este fenómeno de ningún modo debe interpretarse como un retroceso en comparación con el desarrollo económico esclavista, porque de ser así entonces el feudalismo habría significado un paso atrás en la línea sinuosa y en espiral del progreso humano. De hecho el desarrollo feudal fue *superior* al desarrollo esclavista por las siguientes razones: primera, el régimen urbano del sistema esclavista no llegó a cristalizarse definitivamente, exhibiendo más bien un carácter precario y hasta marginal, si es que nos atenemos al testimonio ofrecido por algunos historiadores de la economía europea y mundial, para quienes las actividades de la industria y el comercio, de localización urbana ciertamente, fueron siempre "actividades marginales que en modo alguno pueden caracterizarse como forma dominante del sistema de producción" en las sociedades precapitalistas;⁸ segunda, la liberación de una nueva fuerza

⁸ El profesor Mauro Olmeda, a quien pertenece esta cita, pretende demostrar que

productiva que, *de hecho*, significó la institución del colonato al crear en el colono una actitud positiva hacia el trabajo agrícola parcelario, fenómeno que contrasta vivamente con la falta de interés demostrada por los esclavos en el sistema anterior, actitud negativa que se tradujo, incluso, en el trato desconsiderado a las herramientas y al ganado empleado en la labranza; tercera, la conversión de los "cultivadores seminómadas en labradores verdaderamente sedentarios", que eso fueron precisamente los siervos de la gleba (Childe); cuarta, la difusión del arado con reja de hierro; quinta, la práctica del cultivo por el sistema de las tres hojas y la rotación de las siembras; sexta, la utilización de los molinos hidráulicos, etc.

La recuperación del régimen urbano empieza en el siglo XI cuando los oficios, que se desglosan de la agricultura, y el comercio se desarrollan. Por causas que es ocioso citar, surge la economía del burgo, y la curva del desarrollo económico vuelve a elevarse considerablemente. Los acontecimientos subsiguientes pertenecen a la historia del paso o transición del feudalismo al capitalismo, sistema este último que surge de las entrañas mismas del primero.

La fase manufacturera del sistema capitalista tiene su punto de partida en el fenómeno conocido con el nombre de acumulación primitiva u originaria del capital, que consistió, en primer lugar, en la presencia de masas humanas desposeídas de sus propios medios e instrumentos de producción, cosa que se logró a través de la expropiación de los campesinos y la proletarización de los artesanos medioevales, y, en segundo lugar, en la acumulación de riqueza dineraria en manos del naciente capitalismo comercial, cosa que se logró a través del saqueo de las colonias, el tráfico de esclavos y la actividad usuraria.

ninguna sociedad precapitalista fue capaz de producir excedentes económicos, dado que la forma predominante fue la economía natural, pero, a nuestro juicio, comete el error de aplicar a las sociedades precapitalistas el concepto de excedente económico que P. A. Baran considera válido para el capitalismo, esto es, que excedente es sinónimo de ahorro que se invierte en la producción después de cubiertas las necesidades del consumo corriente y el desgaste del equipo productivo ("Las fuerzas productivas, las relaciones de producción y los niveles de rendimiento en las sociedades precapitalistas", Revista *Investigación Económica*, Escuela Nacional de Economía de la U.N.A.M., No. 76, México, 1959, pp. 607-643). Sobre el problema del excedente económico volveremos más adelante.

En la descripción de los talleres manufactureros no hay que menospreciar el significado de la *cooperación* como forma de organización del trabajo industrial, pues en ella como dice Marx el hombre traspasa los límites de su individualidad para desarrollar su potencia como especie. Según es ampliamente sabido, el taller manufacturero no es todavía la fábrica, y por esta razón justamente hay que destacar el valor de la cooperación, magistralmente analizada por Marx en su obra capital.

El ritmo de desarrollo durante la fase del capitalismo manufacturero,⁹ es indudablemente muy superior al registrado por la economía artesanal de fines del medioevo,¹⁰ pero aún así el ritmo de desarrollo inherente a la estructura artesanal no es comparable en modo alguno con el que luego encarnó la fábrica capitalista fundada en el empleo de la máquina y de otras invenciones económicas ocurridas a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, innovaciones todas que dieron sus mejores frutos en la subsiguiente centuria.

Las transformaciones políticas y jurídicas determinadas por la aplicación de la máquina proveyeron admirablemente los estímulos que necesitaba la nueva economía fabril. Los residuos de la antigua organización feudal que algunos países conservaron en sus novísimas estructuras económicas no fueron de ninguna manera impedimentos serios para su desarrollo ulterior. Lo propio ocurrió con las ideologías y demás superestructuras de la etapa feudal: pasaron al capitalismo sólo en la medida en que se adaptaron a las exigencias y necesidades de la burguesía.

⁹ Nosotros creemos que la denominación de capitalismo mercantil o comercial, muy difundida sobre todo en la literatura marxista, debe ser sustituida por la de capitalismo manufacturero, por cuanto con esta última se expresa y traduce mejor la índole de la fuerza productiva que caracterizó a la primera fase del sistema capitalista de producción.

¹⁰ La menor productividad de la economía artesanal del medioevo estaba determinada fundamentalmente por dos factores: el "todismo" característico de la producción misma, consistente en que un artesano trabajaba una mercancía de principio a fin; y por la montaña de reglamentos y disposiciones con que los gremios obstaculizaban una mayor concurrencia entre ellos, obstáculos que se hicieron particularmente agudos con el advenimiento del capitalismo y con el ensanchamiento del mercado mundial. Por eso fueron barridos del escenario económico por las revoluciones burguesas. No podía ser de otra manera.

Finalmente, en la fase imperialista el ritmo de desarrollo económico dista mucho de mantenerse con el mismo vigor observado anteriormente. Su carácter parasitario se acusa prontamente, sobre todo porque la explotación del mundo subdesarrollado constituye para los imperialistas el mejor expediente que los alivia de la responsabilidad de producir cada vez más, preocupándose solamente de ganar cada vez más. Sus energías se trasladan a los dominios de la política internacional y de las guerras económicas y mundiales. En la actualidad, conforme al análisis de Paul Baran, el medio más importante de que dispone el capital monopolista para mantenerse en pie es la aceleración de los gastos militares.¹¹ Desde un punto de vista, no tanto moral, sino económico es evidente que la estabilidad de un sistema no puede de ninguna manera basarse en las demandas de material bélico. Precisamente esta *distorsión* del desarrollo económico monopolista constituye, dentro de una filosofía estrictamente económica, la mejor prueba de la declinación del capitalismo imperialista y de su correspondiente condenación histórica, al par que de su sustitución por un nuevo orden social.

d) *El ritmo de desarrollo en la transición a una sociedad sin clases.* El mundo socialista de nuestros días exhibe un ritmo de desarrollo económico que no tiene paralelo en toda la historia del mundo. Este fenómeno se opera ante nuestros ojos y no puede ser negado

¹¹ Al respecto, escribe Baran en su obra ya citada: "De lo anterior se desprende que la estabilidad del capitalismo monopolista es muy precaria. Incapaz de realizar una política de verdadera ocupación plena y de progreso económico genuino, y absteniéndose de realizar inversiones productivas y una expansión sistemática del consumo, tiene que depender fundamentalmente de los gastos militares para poder mantener la prosperidad y el alto grado de ocupación que necesita tanto para la obtención de las ganancias como para contar con apoyo popular. Este camino, aunque aparentemente da la impresión de proporcionar "buen tiempo a todo el mundo", equivale de hecho a un continuo despilfarro del excedente económico de la nación y no conduce al mejoramiento del ingreso real de la población. Y lo que es peor, no puede proseguirse en forma indefinida. El hombre común que tiene empleo y trabaja duramente, pero que no experimenta un avance en sus condiciones de vida, estará cada vez más molesto de tener que pagar impuestos para mantener un aparato militar cuya necesidad se hace progresivamente más dudosa" (*Op. cit.*, p. 152). Por lo demás, se sabe ampliamente cómo la militarización de la economía se correlaciona fuertemente con el actual sistema del capitalismo monopolista de Estado, cuya aparición se remonta al período 1914-1918 como una consecuencia inevitable de la crisis general del capitalismo y que las guerras mundiales aceleraron.

por nadie porque constituye un hecho *objetivo*. Las tasas de crecimiento en la Unión Soviética, pese a la juventud de su sistema, son inconmensurablemente mayores que las registradas en los Estados Unidos, el país capitalista más avanzado.

Nosotros creemos en la imparcialidad de los juicios porque creemos en la imparcialidad de la ciencia. La imparcialidad científica es la única que nos pone a cubierto de cualquier acusación de parcialidad prejuiciosa. El veredicto de la ciencia debe ser aceptado por todo ser humano cualquiera que sea su condición económica, social, religiosa, etc. Pero la ciencia no puede ser fragmentaria sino total, porque la verdad—supremo objetivo teórico de la ciencia— es también total, y para que una verdad sea total tiene que ser eminentemente histórica por cuanto todo en el universo tiene su historia, desde la naturaleza hasta la sociedad y el pensamiento mismo. Y es la verdad total e histórica la única que debemos perseguir. Y es justamente una verdad de este tipo la que actualmente nos muestra cómo el socialismo constituye la única alternativa para el desarrollo económico normal y continuado de la humanidad. Nada puede ser más erróneo que creer que el socialismo representa un régimen político y nada más, equiparándolo a una simple forma de gobierno. Los gobiernos, los presidentes, etc., suben y bajan, pero el sistema queda, sea éste cual fuere. El socialismo, en cambio, representa una nueva formación económico-social que ha surgido para reemplazar a otra formación económico-social que es el capitalismo, de la misma manera que éste sustituyó a la formación económico-social del feudalismo, y éste a la formación económico-social del esclavismo y éste, finalmente a la formación económico-social de la comunidad primitiva. El desarrollo histórico y económico, de esta suerte, se nos ofrece como un proceso, sujeto a leyes científicas, de sustitución de unas formaciones económico-sociales por otras formaciones económico-sociales.

El carácter espectacular del desarrollo socialista se puede apreciar con claridad si reparamos en el país más avanzado, la Unión Soviética. En efecto, cabe preguntar: ¿cuál fue la fecha que marcó el punto de

partida del desarrollo socialista: acaso 1917, año en que estalló la revolución? Indudablemente que no, puesto que los años que siguieron fueron más bien de *ruina* económica. En 1920 la gran industria era casi siete veces menor que la prevaeciente en 1913, mientras que la agricultura era inferior en la mitad aproximadamente, con relación a este mismo año de 1913.

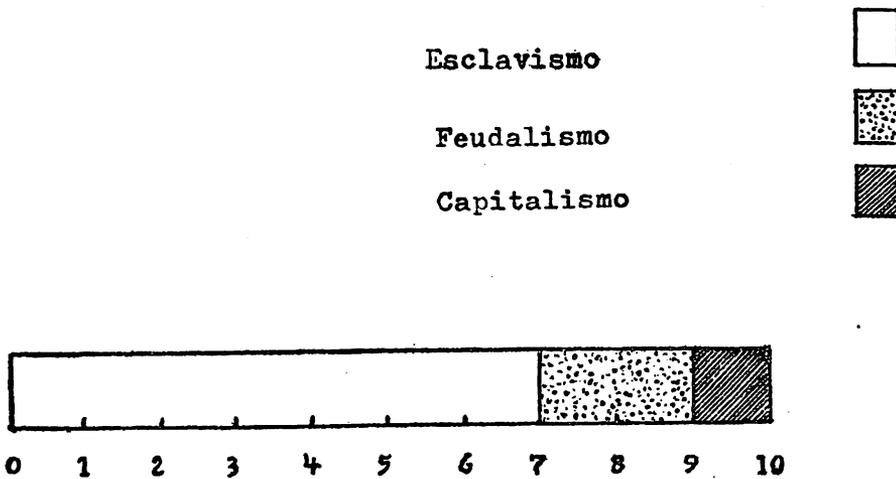
¿Acaso el punto de partida debe cifrarse en 1921, con la aplicación de la Nueva Política Económica (NEP)? Tampoco, porque esta política se planteó ante todo la *restauración* de la economía industrial y agrícola.

La puesta en marcha del primer plan quinquenal, en el año 1929, constituye realmente el punto de partida del desarrollo económico soviético, porque recién ingresó el país en la transformación industrial, con predominio de la industria pesada, y en la colectivización de los campos. Por consiguiente, es el criterio de la *planificación* el que tiene que considerarse como punto de partida del desarrollo económico en los países que han hecho, están haciendo o harán su revolución socialista. Desde este punto de vista entonces el desarrollo económico de Rusia socialista debe tomar a 1929 como fecha de iniciación, o sea que hasta el momento esta nación tiene 33 años de existencia socialista. esto es, un tercio de siglo. ¡Y qué inmensidad de logros de toda clase ha realizado en tan poco tiempo! ¿*Constatar estos hechos significa acaso ser parcial o prejuicioso?*

Pero volvamos nuevamente al tema del módulo o ritmo del desarrollo económico a través de la historia. Una conclusión general se impone, y es aquella que nos informa acerca de la *correlación inversa* que existe entre el ritmo de desarrollo y la duración de las diversas formaciones económico-sociales: cuanto mayor es la duración de una fase determinada, tanto menor es el ritmo de crecimiento económico, debido precisamente al bajo nivel de las fuerzas productivas materiales y humanas, y al contrario, cuanto menor es la duración de una fase histórica dada, tanto mayor es el ritmo de crecimiento económico, a

causa justamente del alto nivel de las fuerzas productivas materiales y humanas.

Refiriéndonos únicamente a las sociedades de clase, sabemos que el esclavismo duró 3,500 años cuando menos; el feudalismo, 1,000 años; y el capitalismo, hasta el momento 500 años. Trabajando a escala e igualando a 10 centímetros los 5,000 años de existencia clasista de la humanidad, tenemos lo siguiente:



Esta misma conclusión es válida para el socialismo o fase de transición de un sistema clasista a otro no clasista. Y es válida por el simple hecho de que el desarrollo económico es una variable dependiente del grado de eficiencia de las fuerzas productivas materiales y humanas, y como este grado de eficiencia es elevado en la fase de transición, de acuerdo con nuestra conclusión la duración del socialismo estará en relación inversa.¹²

Quedaría únicamente la tarea de proyectar alguna hipótesis sobre el desarrollo económico durante la fase comunista, posterior al socialismo, en relación con la longevidad de esa misma fase aclasista. ¿Qué podemos decir al respecto?

¹² El plan septenal de la Unión Soviética, en actual ejecución, tiene por finalidad precisamente superar la fase de transición socialista y preparar las condiciones objetivas para el paso al comunismo.

Antes que nada volvamos a nuestra conclusión anterior sobre la correlación inversa entre duración histórica de una fase social y ritmo de crecimiento. Indudablemente se trata de una conclusión fundada en una consideración retrospectiva de los hechos, pero como ahora se trata de formular, no una conclusión, sino una hipótesis del probable desarrollo futuro, es lógico que debemos refinar los enunciados, partiendo como es natural de las variables independientes o causas. Desde este punto de vista, tenemos la siguiente hipótesis imperfecta o, mejor, incompleta: cuanto menor es el ritmo de crecimiento económico tanto mayor es la duración de una fase histórica dada, y a la inversa.

¿Pero en qué fase social fue menor el ritmo de desarrollo? Lo fue inobjetablemente en la fase de la comunidad primitiva. ¿Por qué? Por la debilidad de las fuerzas productivas. Adviértase aquí que estamos manipulando un principio *comparativo* entre la comunidad primitiva y las otras formaciones económico-sociales, principio comparativo del cual podemos perfectamente prescindir, para luego preguntar nuevamente: ¿por qué la debilidad de las fuerzas productivas en la comunidad primitiva acasista determinó un ritmo lento de desarrollo? La respuesta fluye de inmediato: porque tales fuerzas productivas fueron incapaces de generar excedentes susceptibles de apropiación por parte de una clase determinada. Retengamos esta respuesta y concentremos nuestra atención ahora en las sociedades clasistas, formulando la misma pregunta: ¿por qué el avance progresivo de las fuerzas productivas en los diferentes regímenes de clase determinó un ritmo igualmente progresivo de desarrollo económico? La respuesta es: porque tales fuerzas productivas posibilitaron la producción de excedentes cada vez mayores que *fueron a parar* a manos de las distintas clases dominantes. Por consiguiente: es el *destino* de los crecientes excedentes lo que debe analizarse cuidadosamente.

Efectivamente, el carácter progresivo del desarrollo económico está determinado por el avance, igualmente progresivo, de las fuerzas productivas, pero esta aseveración *no tiene nada que ver* con la duración de las diferentes formaciones económico-sociales. Este último con-

cepto, la duración, está ligado casualmente al destino de los excedentes y, en general, de los instrumentos y medios de producción que los generan. La tecnología, mejorada de modo creciente al pasarse de una fase social a otra, clasista o aclasista, determina la progresividad del desarrollo, pero no el tiempo que ha de durar cada una de esas fases. Esta duración está determinada por las relaciones de propiedad vigentes en las distintas formaciones económico-sociales. El concepto de relaciones de propiedad es equivalente al concepto que hemos señalado con la palabra destino.

Por eso cuando más arriba expresamos que la duración del socialismo soviético, en tanto que transición al comunismo integral, dependió de la eficiencia de las fuerzas productivas con que contase, ello debe entenderse, en realidad, en conexión con las relaciones de propiedad que son justamente las que velan porque esa eficiencia de la tecnología sea cada vez mayor. Lo propio cabe decir de los regímenes de clase conocidos: en cada uno de ellos a la larga entran en contradicción las fuerzas productivas materiales y humanas (esto es, con qué se produce y quiénes producen) con las relaciones de propiedad (vale decir, a quién pertenecen, lo producido y sus fuentes). El grado de resistencia que oponen las relaciones de propiedad y la capacidad revolucionaria puesta en juego por las nuevas fuerzas productivas incubadas, son los factores que en fin de cuentas determinarán si el viejo orden es derrumbado o no, y *en qué plazo*.

En el esclavismo, por ejemplo, las relaciones de producción fueron más fuertes que las nuevas fuerzas productivas, y por eso el sistema duró más tiempo; en el feudalismo, ocurrió lo contrario y por eso duró menos tiempo; y en el capitalismo, finalmente, las fuerzas productivas, especialmente las representadas por la masa trabajadora, han devenido en un plazo relativamente corto mucho más fuertes que las relaciones capitalistas de propiedad, y por eso es que el orden burgués está durando menos aún que los dos anteriores. Los esclavos, como fuerza revolucionaria, fueron inferiores a los burgueses que trajeron abajo al feudalismo, y el proletariado, a su vez exhibe mayor capacidad revolu-

cionaria que la que exhibió en su tiempo la burguesía, atento siempre a la transacción allí donde sus intereses lo reclamaban. El proletariado en cambio no puede jamás pensar en resolver sus problemas mediante ninguna clase de transacciones, porque en ello se juega su porvenir.

Según Marx, el capitalismo no puede existir sin revolucionar constantemente las fuerzas productivas, pero es indudable que cuanto más revolucionarias son las fuerzas productivas del capitalismo tanto más contrarrevolucionarias devienen sus relaciones de propiedad, intensificándose entonces la lucha de clases de una manera jamás vista en los sistemas clasistas precedentes.

La conexión existente entre fuerzas productivas y relaciones de producción o de propiedad, puede apreciarse mediante el símil del polluelo y el cascarón. El polluelo son las fuerzas productivas y el cascarón son las relaciones de propiedad. En tanto que el polluelo se desarrolla a partir de su estado larvario, es necesario que el cascarón lo proteja, pero en cuanto el animal ha madurado, el cascarón debe desaparecer. Si así no ocurre, el polluelo se muere, pero como lógicamente el cascarón existe para el polluelo y no el polluelo para el cascarón, resulta claro que la cubierta calcárea sólo tiene razón de existir *en la medida* en que no entorpezca, sino más bien facilite, el nacimiento del animalillo. Lo propio acontece en la sociedad humana: lo valioso son sus fuerzas productivas—su polluelo—, mientras que las relaciones de propiedad—el cascarón—tienen sólo un valor instrumental y de medio de protección.¹³

¹³ Todo esto se expresa en la sociología marxista mediante la ley de la correspondencia entre el estado de las fuerzas productivas y el carácter de las relaciones de producción. En una economía artesanal, por ejemplo, las fuerzas productivas eran individuales, y lógicamente las relaciones de propiedad en ese tipo de economía medioeval eran también individuales. Lo individual de las primeras se correspondía obligadamente con lo individual de las segundas. ¿Mortifica a alguien que el artesano, que trabaja con sus propias herramientas en la elaboración de un producto, se apropie del valor de éste una vez vendido en el mercado? Indudablemente que no. En una economía capitalista, en cambio, las cosas ocurren de otro modo: ahora es imposible que un obrero haga toda una mercancía de principio a fin, en vista de la división del trabajo, pero sin embargo por este mismo hecho las fuerzas productivas son sociales, el trabajo está organizado socialmente en la fábrica, y sin embargo el bien elaborado no le pertenece a la masa trabajadora, sino a una minoría propietaria. Aquí lo social de las fuerzas productivas no se corresponde con lo social de las relaciones de propiedad, sino que choca con lo individual de las mismas. En seguida, tenemos otra

Una vez aclarados los conceptos, en virtud de los cuales el carácter progresivo general del desarrollo es una función de las fuerzas productivas mejoradas al pasar de una fase a otra, y en virtud de los cuales también la duración de cada una de estas fases es una función de las relaciones de propiedad, se presenta fácil o, cuando menos, viable la proyección de una hipótesis sobre el ritmo de desarrollo en la fase comunista, así como sobre su duración. En cuanto al primer aspecto, evidentemente el desarrollo aumentará su progresividad dado que sus fuerzas productivas serán también más eficaces, más de lo que lo son en la actualidad; y en cuanto al segundo aspecto, la fase comunista, creemos, reproducirá una tendencia de duración semejante a la que tuvo la comunidad primitiva, porque, a diferencia de las sociedades clasistas, sus relaciones de propiedad se corresponden obligadamente con sus fuerzas productivas, cuyo incomparable florecimiento estimularán cada vez más. La única lucha será contra la naturaleza.

Ahora sí estamos en condiciones de formular una hipótesis válida para *todo* el desarrollo económico de la humanidad: la duración del proceso de desarrollo económico en las distintas formaciones económico-sociales será tanto mayor cuanto menores sean los conflictos sociales entre los hombres y mayores sean los conflictos y luchas contra la naturaleza, y a la inversa, la duración cronológica del mismo proceso de desarrollo económico será tanto menor en las distintas formaciones económico-sociales cuanto mayores sean los conflictos entre los hombres y menores sean, proporcionalmente, las luchas contra la naturaleza; todo esto, independientemente del grado de eficiencia de las fuerzas productivas. O más brevemente: el desarrollo económico tiende a ser más largo, cronológicamente, en las formaciones económico-sociales en las cuales la lucha contra el medio natural ocupe el lugar central de los esfuerzos humanos, y a la inversa, tiende a acortarse en aque-

modalidad: la del tránsito de la economía capitalista a otra socialista. Aquí lenta pero inexorablemente las relaciones de propiedad son puestas en consonancia con las fuerzas productivas, de tal manera que al advenimiento de la sociedad comunista el carácter social de la producción se corresponderá nuevamente de modo absoluto con el carácter igualmente social de la apropiación. Tal es la dialéctica fundamental de las fuerzas productivas y de las relaciones de propiedad.

llas en las cuales las luchas sociales ocupan el primer plano de los esfuerzos de las facciones rivales.

Y por lo que respecta, no ya a la duración del proceso de desarrollo considerado como un todo, sino al ritmo mismo del desarrollo, la hipótesis es la siguiente: cuanto más eficaces son las fuerzas productivas aplicadas dentro de una formación económico-social, tanto mayor será el ritmo de crecimiento, y a la inversa, cuanto menos eficaces sean esas mismas fuerzas productivas, tanto menor será el ritmo de desarrollo económico.

4) *Las condiciones naturales en el desarrollo.* Los postulados de la escuela sociogeográfica han sido ya superados por la crítica histórica y sociológica. Insistir en su análisis pormenorizado carece actualmente de interés. Más importante es enunciar los principios, hoy aceptados, acerca de las relaciones entre el hombre y su medio geográfico en cuanto se relacionan con el desarrollo económico. He aquí los principios más importantes.

a) El medio geográfico, tomado en su conjunto, es un factor *constante* en el desarrollo económico de la sociedad humana. Ni como recolector, ni como cazador, ni como agricultor, ni como industrial, etc., el hombre puede prescindir de su ambiente geográfico.

b) Todos los elementos del medio geográfico no exhiben la misma relevancia o importancia en el proceso del desarrollo. Este principio rige en los dos casos siguientes:

I) En el desarrollo histórico mundial. En las primeras fases del desarrollo de la humanidad el medio provee de medios de subsistencia animal, vegetal y mineral, pero en las etapas más avanzadas esa provisión consiste en medios de producción, que pasan a ocupar el primer lugar.

II) En el desarrollo de una formación económico-social determinada. En el desarrollo expansivo de tipo imperialista ocurre que de modo simultáneo las preocupaciones inciden tanto en los medios de subsistencia como en los medios de trabajo y producción. Ejemplo: la construcción del equipo necesario para explotar la riqueza pesquera,

frutícola, minera, etc. Y esto vale para todos los imperialismos depredatorios que han existido y existen. En otras palabras, la distancia que tiende a ampliarse a lo largo del desarrollo histórico mundial entre medios de subsistencia y medios de producción, sufre un acortamiento en aquellas fases del desarrollo caracterizadas por la presencia de una economía depredatoria.

c) Cuanto más bajo es el nivel tecnológico y cultural de una sociedad cualquiera, mayor es la dependencia respecto del medio geográfico. Esta dependencia, a su vez, tiene dos modalidades:

I) Dependencia natural. Esta es propia de las agrupaciones primitivas que no habían superado, por ejemplo, su condición de recolectores y cazadores por carecer de un equipo productivo susceptible de permitirles un dominio apreciable de su medio, especialmente de aquellos de sus elementos que les eran particularmente desfavorables, como el clima muy frío o muy tórrido, las inundaciones, las granizadas, las sequías, etc.

II) Dependencia inducida. Existe dependencia artificial cuando, como acontece en la fase imperialista del capitalismo actual, la tecnología es elevada pero ésta no se ha hecho extensiva a las regiones sometidas por ese capitalismo, y entonces estas regiones se ven expuestas a las mismas inclemencias del medio que tuvieron que soportar las agrupaciones primitivas paleo-meso-neolíticas. El tipo de dependencia inducida no es pues más que el desamparo en que, con relación a la naturaleza, se encuentran determinadas regiones pero no otras. Aquí el factor responsable no es la insuficiencia tecnológica sino la insuficiencia de la organización social, que obstaculiza la difusión de las innovaciones.

d) Todo equilibrio entre la sociedad y el medio físico es siempre precario e inestable. Ninguna comunidad del pasado o del presente puede ufanarse de haber alcanzado una perfecta armonía con su respectivo medio físico, por cuanto la naturaleza dinámica misma del desarrollo económico lo impide. La adaptación al medio no debe considerarse de una manera absoluta, de tal modo que una vez lograda

deba pensarse que será eterna. En este caso, como en cualquier otro, la adaptación verdadera debe entenderse como la adaptación a un medio siempre cambiante (G. Childe). De otro modo, indudablemente el desarrollo progresivo sería imposible.

El factor determinante del carácter precario e inestable del equilibrio entre el hombre y su medio está dado por la invención de nuevas fuerzas productivas, de nuevos descubrimientos y de nuevas invenciones. Así, por ejemplo, conforme lo destacan los geoeconomistas, las montañas eran elementos que mantenían aisladas entre sí a los grupos humanos, al igual que los mares, pero este aislamiento cesó en cuanto los progresos de las comunicaciones permitieron vencer tales obstáculos, y entonces de factores de aislamiento se trocaron justamente en lo contrario, en elemento de enlace.

Igualmente, en tanto que América no fue descubierta los países del mediterráneo europeo disfrutaron de la primacía que les daba su vecindad con el Oriente, pero con la hazaña de Colón y seguidores tal primacía se desplazó hacia el Occidente europeo. La correlación de fuerzas económicas y sociales se alteró radicalmente. El medio geográfico evidentemente no cambió en absoluto, pero sí las fuerzas motrices del desarrollo.

Con los progresos de la electrificación y, sobre todo, de las centrales termonucleares de energía se avizora por algunos la devaluación de los yacimientos petrolíferos y carboníferos para un futuro.

Particular interés reviste para la sociología el análisis de cierto tipo de percepción social, consistente en que muchos individuos que viven o no en zonas atrasadas, surcadas por montañas y cordilleras, creen que el subdesarrollo obedece a los impedimentos naturales opuestos por estos accidentes geográficos. La percepción *reiterada* de las cordilleras, efectuada por generaciones enteras, llega a impresionar de tal modo a estas gentes que automáticamente culpan del atraso de las zonas serranas a los cerros, a los desniveles del suelo, al clima inhóspito, a los males de altura, etc., sin comprender que tales acci-

dentos no son más que obstáculos que pueden ser vencidos por una técnica eficiente. Esto no tendría mayor importancia si no fuera porque una reflexión elaborada sobre la percepción mencionada, conduce de hecho a enervar las energías y los juicios favorables al desarrollo. En el Perú, por ejemplo, ocurre así entre mucha gente, para la cual únicamente la costa plana debe desarrollarse, no así la sierra ni la selva. Con relación a la sierra se olvida que durante el incanato el florecimiento de las civilizaciones más avanzadas se operó en las zonas serranas y cordilleranas, antes que en las planicies costeñas, o sea al revés de lo que ocurre ahora.

Dejando de lado los aspectos encañados en el interés de ciertos grupos para que este tipo de percepción social se mantenga y conserve, resulta obvio que el análisis sociológico tiene que destacar la mayor dificultad que existe para percibir con justeza una relación social antes que un objeto: en el ejemplo citado son objetos los cerros, pero son relaciones sociales las formas feudales de explotación de la tierra, entre cuyas mandíbulas han quedado atrapados los indígenas analfabetos desde hace centenares de años. Lógicamente, este fenómeno ocurre también en otras partes.

Una pedagogía del desarrollo económico tiene que combatir las percepciones sociales del tipo que hemos mencionado.

e) La acción humana sobre el paisaje tiene dos facetas, una positiva y otra negativa. La primera está dada por la penetración de la tecnología en aquellos ambientes habitualmente desfavorables a la economía, como por ejemplo, los lugares sumamente cálidos y sumamente fríos. Las conquistas soviéticas efectuadas en regiones polares son el mejor exponente de la faceta positiva, mientras que la explotación cada vez más intensiva de la naturaleza en el capitalismo ha hecho surgir serias dudas acerca de muchas fuentes de recursos en cuanto a su capacidad para seguir siendo proveedoras eternas de bienes. Tal es lo que ocurre con la riqueza ictiológica, con las maderas naturales, con muchos yacimientos petrolíferos, etc. De aquí que los espe-

cialistas hayan creado una nueva disciplina, a la cual han titulado ciencia de la conservación de los recursos renovables.¹⁴

f) Existen ambientes físicos extremadamente desfavorables al desarrollo económico y en los cuales, por consiguiente, la lucha económica no genera expansión, sino únicamente conservación. Todos los esfuerzos se agotan en la simple supervivencia como resultado final. Pero, incluso en estos ambientes, lo admirable de la actividad humana radica en el ingenio desplegado para poder subsistir. En otras palabras, las capacidades del hombre que vive en una zona inhóspita en extremo, por ejemplo, las regiones frías y tórridas, están a menudo en relación inversa con la mezquindad de la naturaleza. Los sociólogos Ogburn y Nimkoff, al respecto, nos describen las habilidades y capacidades de los esquimales, manifestando que hacen sus viviendas en forma de cúpula, elemento éste que no fue conocido por los griegos pese a sus grandes avances arquitectónicos; igualmente que elaboran zapatos de uso diario que son los más perfectos que se conocen; en fin, que sus métodos de caza incluyen procedimientos muy ingeniosos, conforme se puede apreciar en la técnica de ocultar un hueso de ballena, debidamente aguzado en sus extremos, dentro de la grasa que al ser ingerida por el animal se disolverá en su estómago, con lo cual el hueso doblado recobrará su posición primitiva horadando las vísceras. Otra técnica

¹⁴ Edwin Fels ha acuñado una serie de expresiones felices para señalar los efectos de lo que él denomina acción aterradora del hombre topo: "paisajes de despojo", "neblinas artificiales", "colinas industriales", "ríos decapitados", "alambrificación del paisaje", "avances del mar en tierra firme", "envenenamiento de las aguas", "alteraciones climáticas", "hundimientos terrestres", "erosión corrosiva del suelo", etc. (*El hombre economizante como estructurador de la tierra*, Ediciones Omega, S. A., Barcelona, 1955).

Por su parte, W. G. Moore puntualiza que la geografía del capitalismo, desde el punto de vista económico, esto es, el análisis de dónde y cómo se producen los bienes que el hombre necesita, "resulta ser una geografía del caos". Asimismo, enumera las especies animales que han sido extinguidas, que lo están siendo y que lo serán en un futuro no lejano: salmón, lenguado, arenque, robalo, bacalao, foca, ballena, zorro plateado, nutria, castor, avestruz, alce, venado, oso, lince, caribú, antílope, bisonte, elefante, numerosas aves. Al referirse a las industrias extractivas nos dice que su explotación constituye un verdadero pillaje (*Geografía del capitalismo*, Liga de Agrónomos Socialistas, México, D. F., 1940, 138 pp.). El autor citado enfoca su estudio en el capitalismo imperialista contemporáneo al cual, ciertamente, está lejos de tratarlo con benevolencia. Sus puntos de vista han sido confirmados por los geoeconomistas posteriores que con un criterio más académico no han hecho más que reproducir los asertos de W. G. Moore, conforme lo prueba la obra de Edwin Fels.

consiste en untar con sangre la punta de un cuchillo afilado, que al ser lamida por el lobo le cortará la lengua, aumentando la cantidad de sangre, lo que a su vez provocará el redoblamiento de los esfuerzos del lobo para seguir lamiendo la sangre, debilitándose más y más.

Los mismos antropólogos puntualizan que los habitantes de las culturas ágrafas de nuestros días muestran bastante capacidad y receptividad para asimilar los conocimientos y técnicas occidentales comprobándose así que no son pueblos ni razas congénitamente inferiores, como todavía algunos —felizmente pocos ya— pretenden sostener.

g) Una división geográfica internacional del trabajo puede hacer mucho para suplir las deficiencias de recursos que registran muchos países de la actualidad. Es axiomático que la naturaleza más favorable para el desarrollo económico es aquella que ofrece una fertilidad variada capaz de generar también una gran variedad de productos naturales; sin embargo, el dinamismo del desarrollo económico, encarnado en una adecuada localización internacional de las industrias, puede superar las limitaciones de aquellas zonas que en efecto no reúnen los requisitos exigidos por un acelerado crecimiento. Hace más de veinte años, W. G. Moore, refiriéndose a Cuba expresaba que si se "diera a este país todo lo necesario para la producción, ella sola podría abastecer la demanda mundial de azúcar a precios más bajos que los costos actuales de producción" (*op. cit.*, p. 23).

Y así, de modo general, es evidente que la racionalización internacional de la economía desempeñará un rol fundamental en la tarea de compensar las deficiencias de condiciones geográficas de ciertas zonas a expensas de aquellas otras en que han sido favorecidas. Por último, la habilitación de enormes zonas actualmente improductivas será una realidad en el futuro cuando se apliquen los últimos adelantos de la técnica y de la ciencia. Esto no es ningún secreto para nadie. La transformación revolucionaria de la naturaleza figura en la agenda de los propósitos más caros de los países del mundo socialista de nuestros días.

5) *El excedente económico.*—Este aspecto del excedente económico debe ser encarado cuando menos desde los siguientes puntos de

vista: a) concepto, y b) clases. En lo que sigue veremos con algún detalle cada uno de ellos.

a) *Concepto de excedente económico*.—De acuerdo con un criterio sociohistórico, el excedente económico no puede ser otra cosa que aquella parte de la producción total que es sustraída a las masas trabajadoras y cuya utilización ulterior está subordinada directamente a los intereses específicos del tipo de sociedad oficial en cuyo seno es obtenido dicho excedente. Esta acepción del concepto que nos ocupa tiene la virtud de ser aplicable a cualquier tipo de formación económico-social.

El profesor Mauro Olmeda, según vimos anteriormente, niega que hayan habido economías capaces de generar excedentes en las sociedades precapitalistas, fundándose en el hecho de que hasta la fase feudal inclusive la economía dominante fue la autosuficiente y natural, y que sólo por excepción se practicó una economía de mercado. A nuestro juicio, Mauro Olmeda incurre en el error de aplicar a las sociedades precapitalistas el concepto de excedente económico que se aplica en la sociedad capitalista, formulando una equivalencia entre excedente y ahorro-inversión.

Las sociedades precapitalistas arrojaron excedentes en la medida en que su apropiación por parte de las clases dominantes no conducía a un exterminio de los productores directos de tales excedentes. Claro está que representaban, como muy bien reconoce el citado profesor, reducciones sobre el nivel de subsistencia, pero ¿es que acaso en el capitalismo no ocurre exactamente lo mismo? La sociedad burguesa, edificada sobre la aprobación sistemática de plusvalía, remunera al trabajador abonándole un salario que cubre el valor de sus energías gastadas, pero no el mayor valor producido por el obrero y que es justamente la plusvalía. Pues bien, el concepto de nivel de subsistencia es eminentemente histórico y sociológico, y no tiene por qué estar dado por el remanente que queda *después* de satisfechas las demandas domésticas de los individuos. Si bien es cierto que Gordon Childe habla de que las sociedades de clases, en su inicio, persuadieron u obligaron

a los campesinos a producir un excedente *por encima* de sus demandas domésticas, esto no debe interpretarse de un modo estrictamente literal, como lo hace el profesor Olmeda, sino simplemente como una conceptualización esquemática y de carácter sintético que Childe escribe al principio de su libro, cuando expone en sus grandes lineamientos el desarrollo económico de la humanidad desde el paleolítico hasta el capitalismo inclusive. Tan cierto es esto que el mismo Olmeda pone en boca de este arqueólogo la afirmación relativa a que los tributos recaudados por los imperios de la antigüedad esclavista "no significaron la producción de nueva riqueza, sino, lisa y llanamente el robo de la riqueza a los productores de ella".

Como sociólogo e historiador de la economía antes que como economista, el profesor Olmeda debió dilucidar el concepto de excedente aplicando el único método que lo hace comprensible, esto es, el método sociohistórico. Desde este punto de vista *el nivel de subsistencia es una magnitud cuya fijación corre a cargo de la sociedad oficial*, llámese esclavista, feudal, capitalista o socialista. Lo esencial es que las proporciones de riqueza sustraída a los productores directos sean, en primer lugar, posibles y, en segundo lugar, que su cuantía sea de tal naturaleza que no origine el exterminio de estos productores directos. Precisamente, los conceptos de reproducción simple y reproducción ampliada introducidos por Marx—conceptos que, según parece, el profesor Olmeda no ha calado a fondo—explican muy claramente el tema. La reproducción simple en el capitalismo permite que la producción se renueve en escala invariable y la plusvalía así obtenida se invertirá íntegramente en las atenciones personales de la clase capitalista. La reproducción ampliada en cambio significa ya que una parte de la plusvalía se destina a incrementar la producción, constituyendo este fenómeno el punto de partida de la acumulación de capital.

Pues bien, la reproducción simple no excluye en el capitalismo la obtención de plusvalía, pero de la misma manera en los modos pre-capitalistas de producción la economía natural tampoco excluía la

obtención de plustrabajo o plusproducto. Este plustrabajo o plusproducto era el excedente económico. Alguna vez Engels dijo que el capitalismo no había inventado el plusproducto, pues éste también fue obtenido en las sociedades precapitalistas. El problema, por consiguiente, radica en analizar en qué condiciones el plustrabajo, materializado en el plusproducto, permite la reproducción ampliada. Si el profesor Olmeda quiere demostrar que en los modos precapitalistas no existió la reproducción ampliada, es evidente que se anota una victoria cómoda y fácil, pero si en realidad quiere probar que en dichas sociedades no se produjeron excedentes, entonces yerra totalmente.¹⁵

Lo curioso del caso es que el mismo Olmeda reconoce que no tiene "título alguno que lo acredite como economista", pero por lo mismo ¿por qué acude justamente a los economistas, a Paul Baran concretamente, para pedir prestado el concepto de excedente económico? En todo caso, debe ser al contrario: los economistas deben acudir a los sociólogos y a los historiadores de la economía para elaborar su concepto de excedente económico, pero, entiéndase bien, su concepto específico sobre la base del concepto *general*.

Así entendidas las cosas, la sociología histórica tiene que plantearse una serie de tareas relacionadas con el análisis de las caracte-

¹⁵ Engels, en su obra principal, reproduce el siguiente juicio de Marx: "El capital... no ha inventado el plustrabajo. Dondequiera que una parte de la sociedad posee el monopolio de los medios de producción, el obrero, sea libre o esclavo, tiene forzosamente que añadir al tiempo de trabajo necesario para su conservación, un exceso de tiempo de trabajo destinado a producir los medios de vida para el propietario de los instrumentos de producción". Y a renglón seguido el propio Engels añade: "El plustrabajo, el trabajo que excede del tiempo necesario para la propia conservación del obrero, y la apropiación por otros del producto de este plustrabajo, la explotación del trabajo es, por tanto, nota común a todas las formas actuales y pasadas de sociedad presididas por la ley de los antagonismos de clase" (*Anti-Dübring*, Ediciones Fuente Cultural, México, 1945, p. 216). El profesor Olmeda conoce indudablemente la obra de Marx y Engels, pero entonces ¿por qué no empieza su análisis utilizando y desarrollando el concepto de excedente sustentado por ellos, para aplicarlo luego al régimen capitalista, dentro del cual el valor de la fuerza de trabajo está determinado por cuatro costos: el de producción física del obrero, el de su reproducción, el de su educación y el "costo moral e histórico"? ¿Es posible acaso definir el nivel de subsistencia del trabajador de cualquier época histórica haciendo abstracción de estos cuatro costos?

rísticas intrínsecas del excedente económico, obtenido en *cada una* de las formaciones económico-sociales que han existido hasta la fecha.

La obtención del excedente y la reproducción ampliada son dos problemas completamente diferentes. El primero es anterior a la segunda.

Sin embargo, esto no es todo. Sería un absurdo considerar que los límites entre reproducción simple y ampliada están perfectamente delimitados. Tal cosa equivaldría a marginar la intervención de todo el equipo de actitudes, intereses, expectativas y valores de la sociedad oficial, esto es, de las clases dominantes. Este acervo psicológico y espiritual exige que de algún modo haya también un proceso de reproducción, porque de lo contrario ninguna formación económico-social podría desarrollar al máximo todas sus posibilidades, y entonces sería imposible el paso de una formación económico-social a otra distinta. Así, por ejemplo, la simple expansión de los ejércitos imperialistas de la Antigüedad demandaba urgentemente todo un sistema de aprovisionamiento en alimentos, ropa y armamentos. Cuanto más numerosos eran los soldados y cuanto mejor avituallados iban a la guerra, tanto mayor tenía que ser el *stock* de pertrechos de toda clase. Es lógico pensar entonces que la expansión imperialista de las sociedades esclavistas tenía que suponer la existencia de la reproducción, más allá de sus límites simples. Los marcos de la economía puramente natural eran entonces rebasados, pero naturalmente se traducían, no en la aparición de una economía de mercado, sino en la aparición de una economía bélica sustentada y llevada a cabo por los Estados militaristas de la época.¹⁶

¹⁶ Tal es el caso, por ejemplo, del imperio incaico. El sociólogo y economista peruano Carlos Núñez Anavitarte analiza la economía de esta sociedad usando los conceptos de producción y reproducción, uso con el cual estamos absolutamente de acuerdo (*Teoría del desarrollo incásico*, Interpretación esclavista-patriarcal de su proceso histórico-natural, Cuzco, Perú, 1955, 99 pp.). Refiriéndose a las palabras de Lenin, que Olmeda cita en su favor, el profesor Núñez Anavitarte dice que la producción no se renueva en la misma escala, añadiendo luego en una nota al pie de página (p. 75) los siguientes juicios de S. Frondizi: "Si esto fuera cierto no habría habido progreso y pasaje de un sistema a otro. La frase leninista, incorrecta en su forma, ha querido destacar la profunda diferencia que existe entre la acumulación de los sistemas anteriores y el capitalista, caracterizándolo por su tremendo proceso de acumulación con

Asimismo, los excedentes en las sociedades precapitalistas que llegaron a desarrollar el régimen urbano tuvieron que ser mayores en la medida en que aumentaba la población de aquellos que no participaban de modo directo en la producción de sus medios de subsistencia. Obviamente esos excedentes podían ser distribuidos por el mismo poder político que los concentraba o bien podían ser adquiridos por trueque o compra por los habitantes de las ciudades. Pero resulta claro que esto competía a las formas de distribución de los excedentes, mas no a la existencia misma de éstos.

Y cuando Mauro Olmeda, en apoyo de su tesis, reproduce textualmente los testimonios de Salvioli y de Rostovtzeff, ello no hace más que evidenciar su injusta actitud ante una de las peculiaridades esenciales que revistió el desarrollo económico en las sociedades esclavistas avanzadas, puesto que justamente Salvioli refiere que eran estatales los grandes talleres en que se fabricaban armas y vestidos para los ejércitos, mientras que por su parte M. Rostovtzeff hace hincapié en el escaso desarrollo logrado por la producción en el período helenístico, conforme lo demuestra el hecho de que jamás llegó a concentrarse en algunos centros industriales, a excepción de las industrias militares y de construcción, así como el trabajo de arquitectos e ingenieros que "alcanzaron gran desarrollo técnico e hicieron progresos notables".

¿No prueban acaso estos testimonios que en aquellas sociedades

aumento de la composición orgánica del capital". Por nuestra parte, creemos que el concepto de comunidad autosuficiente, en rigor, sólo es aplicable a la economía neolítica, de la cual sintetiza Gordon Childe sus rasgos característicos en los términos siguientes: "Este autoabastecimiento potencial de la comunidad territorial y la falta de especialización pueden señalarse como características de la barbarie neolítica, que la distinguen de la civilización y de las *barbaries superiores* de las Edades de Metal. Corolario: una economía neolítica no ofrece al campesino ningún *aliciente* material que lo estimule a producir más de lo que necesita, para mantenerse él y su familia y proveerse para la próxima cosecha. Si eso es lo que hace, la comunidad puede sobrevivir *sin* un excedente" (*Qué sucedió en la historia*, p. 68) (Los subrayados son míos). Según esto, las *barbaries superiores* ya no son enteramente autosuficientes ni menos las sociedades esclavistas posteriores. Del mismo modo, el aliciente a que alude Childe surge más tarde en la forma de coacción y desposesión de los instrumentos y medios de producción, que traen la ruina del cultivador libre del neolítico. Finalmente, aun cuando el neolítico se funda en la agricultura, esto es, en una economía productiva, sin embargo no es capaz de arrojar excedentes, lo cual no impide que sobreviva.

esclavistas la reproducción ampliada era fundamentalmente una tarea que corría a cargo de los Estados militaristas? Si incluso en los regímenes imperialistas de nuestros días, conforme lo demuestra Paul Baran, los monopolios capitalistas cifran sus esperanzas de bienestar en la aceleración de los gastos militares, más que en cualquier otro tipo de demanda, ¿por qué el profesor Olmeda pasa por alto esta sugerente analogía entre los antiguos imperialismos y los contemporáneos? El comportamiento imperialista a este respecto es idéntico en todas las fases del desarrollo, variando únicamente los aspectos representados por las peculiaridades específicas de cada formación económico-social.

Según todas las apariencias, el profesor Olmeda centra su interés más que todo en la economía privada tomando como un simple accidente la economía estatal, pero es precisamente este procedimiento el que le impide profundizar el tema que quiere analizar, el problema que desea resolver, vale decir, el tema del excedente económico, el problema de la reproducción. Si empezamos por menospreciar las cuestiones que son intrínsecamente relevantes al tema que nos preocupa, es indudable que no tendremos mayores dificultades en sacar adelante nuestras hipótesis, desde luego imperfectas o falsas.

Por cierto que estas críticas formuladas a los planteamientos del profesor Mauro Olmeda no invalidan de ninguna manera otros aspectos muy valiosos de su trabajo, publicado en la Revista *Investigación Económica* de México, en el N° 76, correspondiente al cuarto trimestre de 1959, conforme se consignó oportunamente.

Finalmente, cualquier consideración en torno al excedente económico, obvio es remarcarlo, tiene que tener en cuenta los sistemas de propiedad, esto es, la expresión jurídica en que se cristalizan los siguientes aspectos: primero, a quién pertenecen los medios de producción; segundo, a quién pertenecen los instrumentos de producción; y tercero, a quién pertenece lo producido. Como quiera que el excedente económico puede darse tanto en una sociedad de clases como en una sociedad sin clases, así como en una sociedad de transición,

sería antimetodológico y anticientífico omitir el análisis *prolijo* de esos tres aspectos en que se materializan las relaciones jurídicas de propiedad.

En efecto, para una política de desarrollo económico reviste sumo interés el esclarecimiento de las formas y modalidades implícitas en cada uno de los tres aspectos mencionados. Así, por ejemplo, por lo que respecta a la propiedad de los medios de producción, puede ocurrir que todos éstos pertenezcan sólo a una clase, o bien que pertenezcan a una clase y *también* al Estado, conforme es posible apreciar en el texto de algunas constituciones políticas que reservan al poder político la propiedad de importantes medios de producción, tales como las aguas, los bosques, etc.; o bien que, por una causa u otra, algunos medios de producción pertenezcan a ciertos núcleos que no son precisamente segmentos de las clases dominantes, como ocurre, por ejemplo, con las tierras de las comunidades de indígenas del Perú, tierras que las leyes consideran invendibles e inembargables por razones de carácter social; o bien que la totalidad o casi totalidad de los medios de producción pertenezcan al Estado.

Análogas consideraciones procede hacer respecto de la propiedad de los instrumentos de producción y de la propiedad de lo producido.

Si en una planificación del desarrollo realizada por una sociedad clasista, se parte de una u otra modalidad o forma de propiedad de los medios e instrumentos de producción, los resultados no serán idénticos. Así, por ejemplo, un país con fuertes tradiciones liberales planificará su desarrollo en tal forma que sólo beneficiará a la empresa privada, facilitándole el acceso, entre otras cosas, a nuevos medios de producción mediante concesiones de nuevas tierras, minas, etc. Si en cambio el Estado planificador es de aquellos que ha reservado para sí la propiedad de importantes medios de producción aún inexplorados, es posible que, mediando ciertas circunstancias especiales, se decida o sea forzado a fundar empresas estatales o, en su defecto, que emprenda las tareas específicas del desarrollo ciñéndose a criterios de utilidad pública o utilidad social, antes que de utilidad particular.

En estos casos es indudable que las expropiaciones o nacionalizaciones de empresas privadas no suscitarán la misma oposición que tales medidas provocarían en regímenes en los cuales la propiedad privada irrestricta goza de gran predicamento.

Un punto importante referente a las expresiones jurídicas de la propiedad de los medios de producción está dado por el hecho de que en muchas sociedades clasistas, las leyes reconocen el derecho de propiedad individual, pero asignándole también una función social ("la propiedad obliga"). Decimos que esto es importante porque justamente tales dispositivos legales encarnan de hecho una receptividad potencial de carácter positivo para todo esfuerzo planificador que se proponga introducir ajustes importantes en la estructura económica. Por consiguiente, las relaciones jurídicas de propiedad no son exactamente iguales en todos los países. En algunos son muy severas pero en otros dejan un margen más o menos considerable de acción a las demandas de los grupos interesados o comprometidos directamente en el desarrollo económico.¹⁷

Pensamos que la sociología jurídica tiene aquí un vasto campo de trabajo, en el cual la cosecha sería bastante promisoría.

b) *Clases de excedente económico.* La clasificación del excedente económico puede hacerse de acuerdo con varios criterios, todos los cuales a su vez, y en tanto que sea posible, tienen que ser referidos al *tipo* de sociedad en que se originan tales excedentes. Desde este punto de vista queremos puntualizar en que la clasificación hecha por Paul Baran (excedente real, excedente potencial y excedente planificado) ha sido subsumida por nosotros en una nueva categorización que estimamos más amplia y de acuerdo con el desarrollo económico visto en escala histórica. He aquí los principales criterios.

¹⁷ El que las constituciones y otros cuerpos de leyes, sobre todo en los países subdesarrollados, materialicen en una serie de artículos el principio de la función social de la propiedad, no debe hacernos olvidar el análisis cuidadoso de los motivos que impulsaron a las clases dirigentes a tolerar en su legislación los mencionados artículos: presiones populares, ascenso frustrado de las capas medias, imposición exterior, demagogia, rivalidades entre las camarillas que se suceden en el poder, etc. En todo caso, esos dispositivos, generalmente incumplidos, pueden actualizarse en cualquier momento por los grupos, partidos y demás interesados en el desarrollo.

1) *Por su volumen.* Puede ser nulo o insignificante¹⁸ y creciente. Este último, a su vez, se subclasifica en excedente proyectivo o generador y en excedente definitivo o consolidado. El primero es aquel que en el proceso de desarrollo histórico permitió el nacimiento del régimen urbano, mientras que el segundo es propio ya de las sociedades que han asegurado de modo definitivo la subordinación del campo respecto de la ciudad, conforme se puede apreciar comparando la mayor gravitación de las actividades económicas urbanas sobre las actividades económicas rurales en la renta nacional.

Apenas sí necesitamos decir que el excedente creciente consolidado es propio de los modos capitalistas y socialistas de producción, excluyendo de entre los primeros a aquellos países subdesarrollados en los que la gravitación de la economía rural supera, considerando el ingreso total, a la de la economía propiamente urbana.

Existe, empero, un hecho importante que por lo menos debe ser mencionado al hablar de la subordinación del campo con respecto a la ciudad, que se observa durante el capitalismo. Este hecho es aquel que nos habla de la atenuación o disminución de esta subordinación en las épocas de crisis de sobreproducción. En efecto, la gran depresión de los años 1929-1933 determinó en un país capitalista tan avanzado como los Estados Unidos que varios millones de personas emigraran hacia las áreas rurales en busca de los medios de subsistencia que la ciudad les negaba. A simple vista este fenómeno podría no significar gran cosa, pero es evidente que en una sociología *comparada* del campo y de la ciudad es altamente ilustrativo, puesto que en el fondo denota la vigencia del problema de la tierra cuando fallan otros aspec-

¹⁸ Según Childe, el excedente económico se dio también en las culturas del paleolítico superior, sobre todo en el magdalenense francés, debido a que "en esa época las tierras y los ríos de Francia estaban excepcionalmente poblados de animales salvajes y peces" (*Qué sucedió...*, p. 48). Los magos-artistas habrían sido los usufructuarios de este excedente recolectado "a cuya producción no habían contribuido en forma directa" (p. 47). La aceptación de este hecho habría derivado, según el mismo autor, de que los magdalenenses estimaron la contribución de los magos "tan valiosa como la perspicacia del rastreador, la precisión del arquero y el coraje de los cazadores" (p. 47).

tos de la economía, penetrados de artificialidad, actualizándose así, en pleno siglo XX, el mito de Anteo y de su madre Gea.

Si en lugar de hacer la sociología del desarrollo nos sedujese la filosofía económica, bien podríamos decir que el principio marxista de poner fin a la contradicción existente entre el campo y la ciudad, mediante la introducción en aquél de todos los adelantos de ésta, constituye un acto de justicia histórica elemental que deben realizar los países socialistas.

2) *Por su composición.* Conforme a este criterio el excedente económico puede consistir ya en un predominio de medios de subsistencia o ya en un predominio de medios de trabajo. En escala histórica el primer tipo va desapareciendo en beneficio del segundo, conforme pasamos de sociedades menos desarrolladas a sociedades más desarrolladas. Asimismo, dentro del capitalismo y del socialismo, en las fases *iniciales* de su desarrollo, la composición del excedente tiende a otorgar mayores ventajas a la producción de medios de trabajo con relación a la producción de medios de subsistencia. En las naciones socialistas estas mayores ventajas no lo son tanto si el país que realiza el tránsito al socialismo disfruta ya de un alto potencial productivo. Checoslovaquia puede ser citada como ejemplo conocido, mientras que Estados Unidos, Inglaterra, etc., podrían serlo en el futuro inmediato o mediato. En todo caso, la depresión del consumo en las etapas iniciales del desarrollo capitalista asume características infinitamente más crueles y prolongadas que la depresión del consumo en las etapas iniciales del desarrollo socialista. La probanza de esta afirmación tiene que incluir también el sacrificio de la multitud de generaciones que habitaron y habitan en el mundo subdesarrollado, sacrificio impuesto por el capitalismo monopolista. Nada de esto ocurre en las naciones socialistas, pues en el caso de Rusia, el país socialista más antiguo, la cronología del sacrificio no ha sido mayor que el de una generación.

3) *Por su manipulación.* Desde este punto de vista el excedente económico puede ser planificado y no planificado. Aun cuando Paul Baran no considera otro excedente planificado que el socialista, un

principio de estricta objetividad histórica tiene que hacernos admitir que en el pasado hubo sistemas clasistas que también planificaron la obtención del excedente económico. Un solo ejemplo bastaría para probarlo y es el representado por el Estado incaico, de cuya sabia administración nos hablan los textos y ensayos escritos no sólo por autores peruanos sino también por extranjeros. Desde luego hay que apresurarse a puntualizar que en el incanato la planificación era concebida y ejecutada en exclusivo interés de los orejones y del Estado, que explotaban a las grandes masas indias exigiéndoles el pago de la renta en trabajo y de la renta en producto.

Por lo que respecta al excedente planificado socialista, Paul Baran lo define como la diferencia entre el producto "óptimo" que puede obtener la sociedad en un ambiente natural y técnico históricamente dado y en condiciones de una utilización planeada "óptima" de todos los recursos productivos disponibles, y el volumen "óptimo" de consumo que se elige. Estos "óptimos" no están determinados por el lucro empresarial individual, sino que "representan el juicio sereno de una comunidad socialista guiada por la razón y la ciencia" (p. 60).

Es interesante anotar el rol que juega el Estado en la fase de transición de una sociedad clasista a una sociedad de clases y el rol que juega ese mismo Estado en la transición de una sociedad de clases a una sociedad sin clases. En ambos casos se trata de un rol preponderante, y la explicación indudablemente hay que buscarla en la magnitud del esfuerzo que debía ser desplegado—y sólo un Estado centralizado en alto grado podía desplegarlo—para reorganizar de modo radical a toda la sociedad. En el primer caso, la situación preexistente era la de una comunidad que durante miles de años desconoció el régimen de clases y la compulsión de un poder extraordinariamente fuerte e impersonal, mientras que en el segundo la situación preexistente era también la de una sociedad que durante miles de años no había conocido otro régimen que el de la explotación clasista, cuyas clases dominantes no estaban dispuestas a ceder. Esto por lo que respecta a la reorganización de las relaciones de propiedad.

Por lo que toca a la reorganización de las fuerzas productivas, las tareas eran similares en ambos casos: había que centralizar urgentemente y canalizar racionalmente el acervo de medios de trabajo, a fin de posibilitar el desarrollo económico ulterior mediante la realización de obras gigantescas y colosales, a través del empleo de masas considerables de trabajadores, cuya organización cooperativa constituía de por sí una fuerza productiva humana que compensaba la debilidad de la otra fuerza productiva encarnada en la tecnología disponible.

En ambos casos había también otros factores que actuaron en la dirección de favorecer la constitución de un poder político fuerte: en los imperios esclavistas antiguos, particularmente en Egipto, tales factores fueron la necesidad de la defensa contra los enemigos externos, mientras que en las sociedades socialistas de nuestros días opera un fenómeno similar, esto es, la hostilidad del cerco capitalista.¹⁹

Veamos ahora el otro tipo de excedente, o sea el excedente no planificado. Este es propio ya de las sociedades eminentemente clasistas avanzadas, posteriores a aquellas en las cuales el desarrollo económico corrió a cargo de un Estado altamente centralizado y fuerte. En este sentido debemos mencionar al esclavismo desarrollado, al feu-

¹⁹ Refiriéndose al militarismo egipcio, escribe Gordon Childe: "Además de mantener la paz interior, los faraones protegieron al territorio de las agresiones extranjeras. Las áridas mesetas que se extienden a ambos lados del valle del Nilo, estaban pobladas por tribus desparramadas de pastores y cazadores pobres, las que se encontraban dispuestas a invadir, en cualquier momento, el fértil valle. El Delta estaba expuesto al ataque de los libios, por el oeste, y de los beduinos, por el este. Los nubios, tal vez todavía en la etapa de la agricultura hortense nómada, estaban presionando constantemente, aguas abajo, dentro del Alto Egipto. El ejército, que había sido el instrumento de la unificación forzada, era empleado después para detener a estos saqueadores y violadores. En textos primitivos, se revela la organización de un sistema regular de defensa, por medio del establecimiento de puestos fronterizos, con guarniciones permanentes, dominando los accesos al valle del Nilo" (*Los orígenes...*, p. 197 s.). Así, pues, primero la coacción militar se aplicó a los jefezuelos en orden a constituir un Estado centralizado y estratificado en clases sociales, y después a la defensa. Igualmente, deben mencionarse las expediciones "equipadas por el Estado y escoltadas por soldados reales" cuyo objeto era importar las materias primas exigidas por la industria egipcia y las ceremonias funerarias (p. 196). En todos los imperialismos militaristas de la antigüedad esclavista pueden reconocerse fenómenos similares, tanto en lo que respecta al nacimiento del Estado como en lo que se refiere al rol desempeñado por los ejércitos. Las condiciones particulares varían de un sitio a otro, pero la ley que rige el nacimiento de las clases sociales y del Estado es, en esencia, la misma en aquellas sociedades que devinieron estratificadas.

dalismo y al capitalismo, en los cuales el desarrollo económico fue obra de las clases dominantes que utilizaron el poder del Estado, no como herramienta principal de planificación, sino simplemente como medio encargado de remover los obstáculos que se oponían a sus designios de expansión y dominación. En ellos, rigurosamente hablando, no se realizó una tarea de reorganización radical de la sociedad puesto que en realidad lo único que ocurrió fue la sustitución de un régimen clasista por otro *también* clasista: al binomio amo-esclavo sucedió el binomio señor feudal-siervo y a éste el binomio burgués-proletario.

Conforme se pasa de un sistema clasista a otro observamos que el rol interventor del Estado disminuye. Así, por ejemplo, en el feudalismo los señores de la tierra menospreciaban los afanes centralistas de la incipiente monarquía que quería poner término al fraccionamiento de la economía manorial. Dirigiéndose al rey le decían: "Solos valemos tanto como vos, juntos más que vos". Pero es en el capitalismo en donde llega a su perfección la repulsa al intervencionismo estatal en la economía, correspondiendo a los fisiócratas primero y a los liberales después la tarea de formular de un modo acabado la ideología del Estado gendarme y la filosofía del dejar hacer y dejar pasar. La manipulación del excedente económico está guiada únicamente por consideraciones de interés personal de la clase capitalista, la misma que dejó al Estado un pequeño número de actividades, tales como la educación, la religión, el servicio de correos, la defensa, etc.

Sin embargo, no hay que perder de vista el rol del Estado en el nacimiento, primero, y en la declinación, después, de los regímenes clasistas. Forzosamente tenía que intervenir para favorecer y proteger el desarrollo de los intereses de las clases dominantes. En el capitalismo, por ejemplo, tanto en los primeros estadios de su desarrollo como en los últimos el Estado acentúa su intervención, pero en ninguno de los dos casos actúa como poder planificador. En los *albores* del capitalismo, los empresarios, como dice Marx, emplearon el poder del

Estado para precipitar de manera violenta la transformación de la economía feudal en economía burguesa, acortando así el período de transición. En el *ocaso* del capitalismo, en cambio, el Estado burgués se convierte en capitalismo monopolista de Estado porque sólo así puede la burguesía imperialista mantener sus privilegios y defenderse contra sí mismo y contra sus enemigos. Claro está que las medidas adoptadas en estas circunstancias no pueden calificarse como inherentes a una planificación global, puesto que en el fondo se trata solamente de evitar o paliar algunas de las "imperfecciones" del sistema. La mejor prueba de que el actual capitalismo monopolista de Estado no es un Estado planificador está en que siempre se hace hincapié en las ventajas de la libre empresa, así como en las continuas depresiones o recesos que sacuden, cada vez con mayor frecuencia, a la economía norteamericana.²⁰

La estatización de la vida económica no tiene nada que ver con la planificación estatal de la economía. Aquélla se da en los períodos de decadencia de los sistemas clasistas, mientras que ésta es propia del esclavismo inicial y del socialismo. En el primer caso se trata de poner atajo y de prolongar la agonía de la sociedad que periclita de modo inevitable, contrariamente al segundo en que se persigue pasar, mediante una reorganización, una reestructuración radical, de una sociedad igualitaria a otra basada en la explotación (autocracia esclavista primitiva), o bien de una sociedad fundada en el dominio de clase a otra de carácter igualitaria (autocracia socialista o dictadura del proletariado).

No es una casualidad que los historiadores que nos describen la decadencia del imperio romano aludan con frecuencia a la estatización

²⁰ En serios aprietos nos veríamos si quisiéramos dar una relación completa de obras que se ocupan de analizar la economía capitalista en su fase imperialista decadente. Los autores y, sobre todo los libros, ensayos, artículos, documentos, etc., forman legión. A su vez los autores que podrían citarse van desde los clásicos del marxismo hasta los actuales economistas, sociólogos y hombres de Estado de los países socialistas, y desde los escritores burgueses hasta los escritores críticos del orden burgués. Entre estos últimos figura Paul Baran, con su obra ya citada muchas veces, y cuyos capítulos III y IV son altamente esclarecedores.

de la vida económica, aun cuando estos escritores no advierten siempre las diferencias entre estatización económica y socialismo estatal.²¹

Sobre estos puntos hay bastante que decir, y en su oportunidad nos ocuparemos de ellos con algún detalle.

4) *Por su posibilidad.* De acuerdo con este criterio el excedente económico puede ser real o potencial. Paul Baran es el autor de esta dicotomía que tiene por objeto poner de relieve la diferencia que existe entre el excedente que el capitalismo obtiene realmente y el excedente que podría obtener si es que se cumpliesen ciertos requisitos que el autor enumera y analiza con escrupulosidad. Al primer excedente denomina real y al segundo potencial. El capítulo II de su libro *La economía política del crecimiento* trata de modo sistemático ambos conceptos, así como también el de excedente planificado que ya hemos mencionado más atrás. He aquí el resumen, en la forma de un cuadro sinóptico, de la clasificación de Baran.

²¹ Precisamente Robert Latouche encabeza el capítulo primero de su libro con el siguiente título: El mundo romano: el estatismo del bajo imperio (*Orígenes de la economía occidental: siglos IV-XI*, tomo 63 de la Colección La Evolución de la Humanidad, UTEHA, México, 1957). A nuestro juicio, los materiales aportados por los historiadores de la economía mundial pueden servir de base para intentar, aunque sea a modo de ensayo provisional, la tarea de periodificar o falsificar el desarrollo económico de la humanidad.

E
X
C
E
D
E
N
T
E
E
C
O
N
O
M
I
C
O

- I) Real: diferencia entre producto total y consumo efectivo. Sinónimo de ahorro, acumulación. Comprende los siguientes activos:
- A) Instalaciones productivas y equipo.
 - B) Existencias.
 - C) Saldos en el exterior.
 - D) Atesoramientos de oro.
- II) Diferencia entre el producto que podría obtenerse en un ambiente técnico y natural dado con la ayuda de los recursos productivos utilizables, y lo que pudiera considerarse como consumo esencial. Revela la irracionalidad del orden capitalista y tiene un enorme significado práctico para una sociedad capitalista en condiciones de emergencia o que se enfrenta a la necesidad del desarrollo económico. Tiene cuatro aspectos:
- A) Consumo excesivo de la sociedad, efectuado, sobre todo, por:
 - 1) los grupos de altos ingresos.
 - 2) la clase media de algunos países, como los Estados Unidos.
 - B) Existencia de trabajadores improductivos, que tienen razón de ser sólo en el capitalismo mas no en una sociedad ordenada racionalmente.
 - C) Producto perdido a causa de la organización dispendiosa e irracional del aparato productivo existente. Comprende principalmente:
 - 1) Capacidad no utilizada en épocas de prosperidad.
 - 2) Capacidad no utilizada en épocas de depresión.
 - 3) Pérdidas debidas a la competencia intermonopolista.
 - 4) Proliferación de pequeñas empresas, ineficaces y redundantes.
 - 5) Desperdicios hechos por los monopolios gigantes.
 - 6) Pulverización del material humano en el molino degradante, corruptor y desmoralizador del vasto imperio de las corporaciones.
 - 7) Deformación de la investigación científica por los monopolios.
 - D) Desempleo, que se traduce en un producto no materializado.
- III) Planificado, importante únicamente en la edificación del socialismo.

Si quisiéramos formular una crítica a este cuadro, tendríamos que subrayar lo siguiente: primero, que Baran no incluye de modo específico a las guerras mundiales, ya que si bien es cierto que éstas demandaron la movilización de *una parte* del excedente económico potencial de los países imperialistas comprometidos en la contienda —y no sólo de ellos por desgracia— también lo es que la producción bélica y la destrucción de vidas significaron también pérdidas materiales, morales y humanas que sin esas guerras no se hubiesen producido, y como quiera que el autor quiere destacar la irracionalidad del orden capitalista, era lógico que el análisis de las guerras mundiales y también ¿por qué no? de las guerras coloniales, de las guerras del tipo Corea y de las guerras de liberación nacional;²² segundo, el economista norteamericano citado, injustificadamente a nuestro parecer, no considera dentro de la desocupación (cuarto aspecto del excedente potencial) el producto no materializado causado por las huelgas declaradas por los trabajadores, siendo así que los paros son una prueba más de la irracionalidad del orden capitalista, que ya no tienen razón de ser en un orden socialista; y tercero, el mismo Baran tampoco calcula el producto en medios de subsistencia y medios de trabajos dejado de obtener a consecuencia de la orientación de los recursos hacia la fabricación de armamentos en la época de la guerra fría entre Oriente y Occidente o, más específica y exactamente, en la época del capitalismo monopolista de Estado.

En realidad, el análisis se podría ampliar hasta englobar a todo el mundo subdesarrollado, cuya existencia es inconcebible al margen del capitalismo monopolista. Si se incluyera a las sociedades atrasadas entonces hasta el mismo concepto de excedente *real* devendría, por paradójico que pareciese, potencial, esto es, menor de lo que actual-

²² Si las guerras de cualquier género se hacen a costa del excedente potencial oculto, es indudable que éste no incluye la muerte de las fuerzas productivas humanas, sino únicamente su no utilización, pero una cosa es que no se utilicen los brazos ociosos y otra muy distinta que se les destruya en los frentes de batalla. Aparte de esto el mismo ingreso real o excedente real, necesariamente debe incrementarse para hacer posible el sostenimiento de nuevos individuos incorporados al trabajo improductivo y que están representados por los cuerpos o fuerzas de ocupación de los territorios conquistados al enemigo.

mente es. Este análisis constituiría la contrapartida del concepto de excedente potencial sustentado por el economista Baran. En efecto, las inversiones extranjeras, los términos desfavorables del comercio exterior de los países subdesarrollados, etc., etc., se pueden calcular y el capital resultante tendría una rentabilidad desigual en los países imperialistas y en los países subdesarrollados. Así, por ejemplo, mil millones de dólares invertidos en regiones atrasadas son inconmensurablemente más rentables que si se invirtieran en las propias metrópolis capitalistas, en las cuales la mano de obra es más cara, los impuestos más altos y más costosa la búsqueda y puesta en explotación de nuevos recursos.

No cabe ninguna duda que sería del más alto interés científico una investigación que se propusiese calcular la proporción en que disminuiría el ingreso real o excedente real de los países imperialistas si se efectuasen las deducciones provenientes de los mayores ingresos y utilidades que, por cualquier concepto, obtienen de los países subdesarrollados.

Esta investigación ciertamente tendría que ir mucho más lejos de las que se han hecho hasta el momento, esto es, que no basta decir, como lo hace Paul Baran, que las ganancias de las compañías extranjeras en los países subdesarrollados son muy altas, mucho mayores aún que las que logran en sus países de origen; tampoco basta que, en esta misma línea de pensamiento, se ofrezcan cuadros comparativos de los dividendos pagados por las corporaciones que operan simultáneamente en naciones atrasadas y en las suyas propias, cuadros que también ofrece el mismo Baran (pp. 258-260); todo esto, repetimos, no basta porque se trata de hechos que una lógica elemental discierne con rapidez. De lo que en realidad se trata es de remontar la investigación hacia los *periodos* en que ocurrieron las inversiones extranjeras en las regiones atrasadas, para luego estudiar y explicar por qué tales inversiones no se efectuaron en las metrópolis mismas, sino en las regiones atrasadas del globo. La dilucidación de este "por qué" nos enfrentaría de inmediato con el principio leninista con-

forme al cual en esas metrópolis el capital había madurado excesivamente, de tal modo que no disponía ya de bastante terreno para la inversión lucrativa, razón por la cual debía emigrar a zonas vírgenes en las que pudiera rehacer su historia (M. Dobb). Por tanto, desde este punto de vista, las mayores ganancias de los monopolios pasan de hecho a segundo plano para emerger e imponerse a la razón el hecho de que el mundo subdesarrollado posibilitó la *supervivencia* del monopolio mismo, vale decir, de todo el sistema capitalista contemporáneo. Si en hipótesis el mundo subdesarrollado no hubiese existido en la fecha en que aconteció la expansión monopolista, indudablemente que la cuestión social se habría agudizado extraordinariamente en las naciones imperialistas, al par que también, desde el lado de la inversión lucrativa, las posibilidades habrían caído verticalmente,²³ razón por la cual tenemos que aceptar *a priori*, a falta de documentos, que la curva de las ganancias monopolistas en las regiones atrasadas, con relación a esa misma curva en las metrópolis exportadoras de capital, fue en aquellos años iniciales mucho mayor de lo que es actualmente. Una historia crítica del excedente económico no puede evidentemente sustraerse a una investigación de este tipo, que nos brindaría el material suficiente para calcular de manera matemática el volumen de excedente extraído del mundo subdesarrollado, la proporción en que ha contribuido al desarrollo de los países avanzados y la proporción en que ha contribuido al desarrollo de los países que lo generaron.

²³ Parece que Hegel había percibido ya correctamente el sentido y la dinámica de las expansiones, conforme lo demuestra el hecho de que hacia la tercera década del siglo XIX escribía que "un verdadero Estado y un verdadero gobierno sólo se produce cuando ya existen diferencias de clase, cuando son grandes la riqueza y la pobreza y cuando se da una relación tal que una gran masa ya no puede satisfacer sus necesidades de la manera a que estaba acostumbrada". Fundándose en esto añadía que Estados Unidos era aún un Estado en formación dado que su expansión interior no estaba concluida, conforme lo prueba el hecho de que sus clases agricultoras disponían del recurso de la colonización para satisfacer sus problemas. "Para que un Estado—decía Hegel—adquiera las condiciones de existencia de un verdadero Estado, es preciso que no se vea sujeto a una emigración constante... Norteamérica está todavía en el caso de roturar la tierra". Finalmente, acotaba: "Si hubieran existido aún los bosques de Alemania, no se habría producido la revolución francesa. Norteamérica sólo podrá ser comparada con Europa cuando el espacio inmenso que ofrece esté lleno y la sociedad se haya concentrado en sí misma" ("Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal", *Revista de Occidente*, Madrid, 1953, Tomo I, pp. 179-183).

6) *Desarrollo económico y revolución.* Siendo el desarrollo económico el aspecto sustantivo del desarrollo histórico, y constituyendo este último un proceso en el cual las revoluciones jalonan sus hitos principales, es evidente que el desarrollo económico tiene que ser también un proceso eminentemente revolucionario.

La lucha de clases constituye la fuerza motriz del desarrollo, y en las sociedades clasistas dicha lucha no representa otra cosa que una expresión particular de la ley filosófica general de la unidad y lucha de los contrarios. La importancia de esta ley, lamentablemente, no ha sido apreciada de modo cabal por los científicos de las más variadas disciplinas naturales y humanas. A ello ha contribuido el hecho de que sus formuladores más consecuentes la han aplicado en el terreno económico-político, en el cual los intereses y las pasiones nublan el juicio sereno. Sin embargo, la ley de la contradicción es la única que puede explicar con justeza el desarrollo de todas las cosas y de todos los seres, y su importancia en la metodología de la investigación científica es muy grande.

Los más grandes pensadores y los más grandes hombres de ciencia son precisamente aquellos que han sabido poner al descubierto las contradicciones fundamentales, latentes y desarrolladas, que existen en todas las cosas y seres del Universo, y por el contrario los escritores de segunda fila y los mediocres son aquellos que por una causa u otra no han sido capaces de poner en evidencia y al desnudo las contradicciones reales y objetivas de todo cuanto existe. Personalmente nos asiste la convicción de que el quehacer científico consiste, esencialmente, en la búsqueda de las contradicciones inherentes al objeto de estudio. Más aún: creemos honestamente que hasta la fecha no se ha efectuado un estudio exhaustivo y amplio de la ley de la unidad y lucha de los contrarios, referida a todos los dominios de la realidad universal, objetiva y subjetiva. Exhibe tantos matices, tantas facetas, tantas particularidades y tantas manifestaciones que los aportes de Hegel y de todos los clásicos del marxismo constituyen

valiosísimas contribuciones, pero que de ningún modo han agotado la materia.

Por lo que respecta a la investigación de los aspectos contradictorios del desarrollo económico, éstos tienen que ser examinados, de acuerdo con el método sociohistórico seguido por nosotros, en las siguientes sociedades: aclasista primitiva, transición a un régimen de clases, clasista y transición al socialismo. Obviamente, las contradicciones revolucionarias son aquellas que se dan en los períodos de transición, pues en ellos siempre las contradicciones alcanzan su punto más alto y se resuelven en favor de uno de los contrarios, esto es, en favor del contrario emergente que se impone al contrario declinante. La etapa subsiguiente se inicia con una nueva dicotomía de contrarios cuyo desarrollo asume un aspecto evolutivo hasta alcanzar nuevamente el punto más alto, sobreviniendo otra vez la solución revolucionaria de la contradicción. Y así sucesivamente.

Nos es imposible ocuparnos en detalle de las contradicciones propias de cada una de las formaciones económico-sociales, así como de las que se dan en las fases de transición. Ello implicaría una tarea que debe ser hecha en equipo, razón por la cual nos concretaremos únicamente a ofrecer una semblanza general del tema.

La contradicción fundamental en la comunidad primitiva paleo-mesolítica fue la lucha del hombre contra la naturaleza, la misma que alcanzó su cima más alta cuando la plena explotación de los recursos *inherentes* a esta sociedad se tradujo en una expansión raquílica de la población, mostrando así que los máximos niveles de crecimiento en la sociedad en referencia exigían el abandono de la recolecta y de todo tipo de economía adquisitiva, para ingresar en los dominios de una economía productiva, fundada en la agricultura de azada.²⁴

²⁴ Sea cual fuere el patrón que se elija para medir el crecimiento —demográfico, sustentado por Childe; energético, sustentado por Leslie White; moral, sustentado por los idealistas; o el material encarnado en el nivel de las fuerzas productivas, y que es defendido por la historiografía marxista— lo cierto es que la comunidad paleo-mesolítica, incluso en sus agrupaciones más favorecidas por la naturaleza, mostró finalmente al cabo de una dilatadísima evolución que la contradicción entre el hombre y el medio sólo podía ser resuelta mediante la consumación de la primera gran revolución que en lugar de adquirir los medios de subsistencia los produjese de manera artificial.

A su turno la economía productiva del neolítico; al cabo de algunos miles de años, mostró también los defectos que le eran inherentes: autoabastecimiento, nomadismo agrícola y belicismo, defectos que debían ser superados en base a una reorganización radical de toda la sociedad, cuyos fundamentos fueron puestos en el milenio o dos milenios que antecedieron al año 3000 a. C. Esta fase de transición equipó a la sociedad con nuevas energías y fuerzas productivas que generaron un excedente económico que habría de ser concentrado, primero por Estados locales y, luego, por poderosos estados esclavistas militaristas. Lo que siguió después fue, como vimos oportunamente, una expansión de la civilización esclavista que lo más que pudo lograr fue la unificación del mundo, la aparición del régimen urbano, la emergencia de la clase media, así como de grupos diferenciados de las clases dominantes. ¿Y qué volvemos a encontrar en las postrimerías del mundo antiguo esclavista? Otra vez las contradicciones entre las fuerzas productivas materiales y, sobre todo humanas, y las relaciones de producción, encarnadas en la propiedad esclavista y en el parasitismo social general. Las sublevaciones de los esclavos, por una parte, lo antieconómico de la institución de la esclavitud, por otra, entraron en pugna con las relaciones de producción existentes.

La no liberación de fuerzas productivas materiales superiores a las de entonces, determinó una solución *peculiar* de la contradicción, representada por el colonato, con el cual se anuncia el advenimiento del orden feudal. Conforme ya lo hemos establecido anteriormente, creemos que el colonato equivalió de hecho a la creación de una fuerza productiva, de carácter humano y social antes que técnico, que permitió al esclavismo transformarse en feudalismo. Las invasiones bárbaras pudieron no haber existido y sin embargo el régimen feudal

Esta fue la obra de la revolución neolítica. Si la contradicción no hubiese sido superada de este modo, el *homo sapiens*, como expresa Childe, habría seguido siendo un animal raro, como lo es en realidad el salvaje (*Qué sucedió...*, p. 52). En realidad, sin mucho esfuerzo puede colegirse que dondequiera que haya una comunidad que cifra la obtención de sus medios de subsistencia en el simple recojo de frutos, raíces, peces y animales de caza, el crecimiento económico no puede ir muy lejos y, por el contrario, cuanto más se afane esta comunidad en perfeccionar sus instrumentos de caza y pesca, tanto más perpetuará su economía recolectora.

siempre habría aparecido. No olvidemos que la misma sociología marxista reconoce en el colono al antecesor del siervo de la edad media, atribuyéndole también cierto interés en la producción, cosa que no ocurría con los esclavos que al ser cruelmente tratados por sus amos hacían extensiva esa crueldad a las herramientas y ganado de labranza. Y es que en realidad, desde el punto de vista sociohistórico, debemos comprender que las fuerzas productivas no son únicamente las de carácter material (utensilios), sino también los trabajadores; por consiguiente, el desarrollo económico puede consistir tanto en una revolución de las fuerzas productivas materiales, como de las fuerzas productivas humanas, o en ambas a la vez. Este punto de vista no debe ser negligido si queremos entender a cabalidad el nacimiento de la sociedad feudal.

El advenimiento de la sociedad capitalista, por su parte, no tuvo lugar sin un período previo de revoluciones que encarnaron diversos grados de madurez de la contradicción fundamental entre las nuevas fuerzas productivas burguesas incubadas en el seno de la vieja sociedad de moldes agrarios y semi-urbanos y las relaciones de producción o de propiedad feudales, las cuales —estas últimas— actuaban como grilletes que aherrojaban y frenaban a un vasto caudal de energías productivas, representadas por la tecnología premecánica y mecánica, por los trabajadores que la manipulaban, por la burguesía y por los campesinos sometidos a la servidumbre. El capitalismo, por tanto, no pudo surgir sin resolver de modo general las contradicciones y subcontradicciones existentes.

De hecho sin embargo, es conveniente subrayar un hecho que, a nuestro juicio, no ha sido destacado con claridad, y es éste: el capitalismo existió durante varios siglos, funcionó durante varios siglos en las entrañas del régimen feudal. Esto significa que a sus fuerzas productivas correspondían ya las relaciones de producción que necesitaba, pero sólo en la medida en que dicho capitalismo era sinónimo únicamente de producción burguesa más no de sistema ni de *orden* burgués, el cual supone la detentación del poder estatal por la clase

capitalista. Claro está que el Estado monárquico-feudal no contrariaba los intereses de la clase burguesa, sino que los atendía con solitud, pero esto es muy diferente de una situación en la cual la propia clase capitalista se erige en clase dominante y por su propia cuenta resuelve sus problemas. Así expuestas las cosas resulta comprensible en toda su admirable lógica aquella expresión de los revolucionarios franceses, en el sentido de que teniendo todo no eran sin embargo nada, que lo mismo se puede formular diciendo que los burgueses, no siendo nada, querían no obstante serlo todo, dado que como fuerza estatal dominante estaba la monarquía que los constreñía. En cualquiera de las dos formulaciones el "todo" devino indivisible para la burguesía, al modo que una moneda en una de cuyas caras figura la economía y en la otra el poder estatal. Sólo cuando las dos caras existen, recién puede hablarse de orden y sistema burgués de producción, no antes.

La analogía del polluelo y el cascarón que hemos citado anteriormente, sirve para comprender la contradicción entre un orden social establecido que declina y otro que potencialmente emerge de su seno. En el capitalismo, la contradicción asume la forma de una socialización de las fuerzas productivas que no tolera la individualización de las relaciones de propiedad de carácter burgués. Esa contradicción ha sido resuelta por una porción considerable de la humanidad actual, que construye el socialismo, cuyas contradicciones siguen siendo antagónicas con el orden capitalista que coexiste con él, pero que han dejado de serlo en escala nacional o interior.

La figura de la medalla con sus caras económica y estatal-política, a que hemos aludido más arriba, reviste en el socialismo una fisonomía distinta a la que tuvo en el capitalismo ascendente, pues mientras en éste la cara económica antecedió a la cara político-estatal, en aquél, en cambio, ocurre a la inversa: la faz estatal y política precede a la faz económica, representada por la construcción de la economía socialista misma.

En este orden de ideas creemos que la ley sociológica de la con-

tradicción debe ser analizada de manera prolija en cada una de las formaciones económico-sociales que han existido hasta el presente. En el capitalismo ascendente, por ejemplo, como acabamos de ver, la contradicción no fue *sólo* entre las nuevas fuerzas productivas y las viejas relaciones de producción, sino entre esas fuerzas productivas *más* sus relaciones de propiedad legalmente reconocidas y el monopolio del poder estatal y político por parte de la monarquía absoluta europea. En el socialismo en cambio las cosas discurren de otro modo, esto es, que el carácter social de las fuerzas productivas más avanzadas choca directamente con las relaciones capitalistas de producción, que son las únicas que existen para la ley, puesto que en el seno del capitalismo no hay todavía formas socialistas de economía amparadas por la legislación; más aún: incluso una vez tomado el poder por el proletariado, se enfrenta éste a la tarea de persuadir a una masa ingente de productores agrícolas que trabajan sus parcelas de manera individual, a fin de que ingresen por el camino de la colectivización de los campos. Lógicamente, la socialización de la industria y la socialización urbana en general, tienen forzosamente que devenir relativamente más sencillas que la socialización rural. Las dificultades inherentes a la transformación socialista del agro son, por esta razón—sobre todo si ocurre una merma en la producción alimenticia—destacadas con mayor vigor por los enemigos de los regímenes socialistas triunfantes, quienes se apresuran a decir en todos los tonos que el socialismo va contra los sentimientos tradicionalmente individualistas de los campesinos y que éstos, a causa de la coacción de que son objeto por el nuevo poder socialista, hacen huelgas taimadas y reducen la producción de alimentos, ganado y animales de granja.

Nada de esto ocurrió en el capitalismo ascendente, pues sus tareas fueron inconmesurablemente más sencillas: bastó la captura del poder, no para construir el capitalismo sino para asegurar su expansión continuada. Y si la Revolución Francesa es considerada de modo unánime como revolución clásica por excelencia, tal asunción exige perentoriamente que se aclare que su carácter de clásica, esto es, de radical,

no se debió tanto a los sentimientos radicales de la burguesía como al empuje de las masas obreras y campesinas cuyo comportamiento revolucionario llegó, incluso, a sobrepasar las exigencias políticas y económicas de la misma burguesía.²⁵

Como se puede apreciar en estos ejemplos, es indudable que la ley sociológica de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción debe refinar sus instrumentos de análisis cada vez que se aplique de modo concreto a tal o cual formación económico-social, o a tal o cual país en que se produce la revolución social.

Pasando ahora a otro aspecto de la revolución, debemos examinar el punto referente a sus modalidades. Esto nos sitúa de hecho frente a la conocida tesis leninista de la primacía de la política sobre la economía. La sociología de la revolución en sus relaciones con el desarrollo económico demanda que no se incurra en el error de confundir revolución con violencia. Puede haber revolución con violencia o sin violencia, como asimismo puede haber violencia sin revolución. En los procesos revolucionarios, el empleo de la violencia es inevitable cuando la sociedad oficial en crisis opone tenaz resistencia a las nuevas fuerzas sociales y económicas que, objetivamente, son las portaestandartes del verdadero crecimiento ulterior, de tal manera que el *quantum* de violencia, en última instancia, está en relación directa con el grado de resistencia opuesto por el viejo orden. Por consiguiente, cuando se condena la violencia revolucionaria a quien se debe condenar en reali-

²⁵ Los manuales de marxismo-leninismo publicados por la Academia de Ciencias de la Unión Soviética—concretamente los de economía, materialismo histórico, filosofía, marxismo-leninismo y de sociología de las masas y de las personalidades—no abordan en detalle el estudio de la ley de la contradicción sociológica entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción en cada una de las formaciones económico-sociales. Ciertamente es que se trata de manuales de divulgación, pero más cierto es aún que sus autores son, en su gran mayoría, académicos de la más alta institución científica de aquel país, y que por esta razón, sin perjuicio de la claridad expositiva, han debido ofrecernos análisis más minuciosos, sistemáticos y, metodológicamente, mejor orientados de los puntos que tratan. Así, por ejemplo, se echa de menos la presencia de criterios de clasificación de tal o cual fenómeno estudiado, y ello constituye una sensible negligencia por cuanto en la metodología de la investigación científica el empleo de categorías y de criterios clasificatorios permiten ahondar y profundizar mejor la realidad. Ojalá que en las nuevas ediciones de los referidos manuales se subsanen estas omisiones de carácter, más que todo, metodológico.

dad es a las fuerzas sociales que se oponen a los cambios necesarios y saludables para el desarrollo económico posterior.

De otro lado, el empleo de la coacción extraeconómica no reviste un carácter progresista sólo cuando se ofrece como inminente el paso del capitalismo al socialismo; las mismas clases dominantes, en su fase de *ascensión*, emplearon la violencia y esta actitud históricamente fue progresista, porque abrieron paso a nuevas relaciones de producción, sobre las cuales recae la suprema responsabilidad de erigirse en el motor de desarrollo de las mismas fuerzas productivas incubadas.

La revolución neolítica que convirtió al hombre en productor por primera vez, no entrañó ninguna violencia. El futuro paso al socialismo por parte de las naciones capitalistas más avanzadas de nuestro días, probablemente se hará en forma pacífica o, en su defecto, la violencia será muy escasa. Del mismo modo, la violencia de las revoluciones burguesas difiere mucho de país a país, por ejemplo, de Inglaterra a Francia. Muchas comunidades primitivas de la Rusia zarista pasaron al socialismo sin violencia después de ocurrida la revolución proletaria de 1917. Finalmente, los países que consumaron su revolución socialista después de Rusia utilizaron la violencia en dosis muy desiguales, habiéndose registrado casos, el de Checoslovaquia por ejemplo, en que no funcionó la "filosofía del paredón", metáfora favorita de todos los reaccionarios y conservadores.

Sobre el papel de la violencia, escribe lo siguiente el profesor mexicano Luis Quintanilla, ex embajador de su país durante muchos años y ex presidente de la OEA, ahora profesor de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México:²⁶

²⁶ *La convivencia americana*, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1962, p. 13. Testimonios análogos es posible encontrar en otros autores, no forzosamente solidarios de la filosofía marxista-leninista. La objetividad, en diversos grados, no es patrimonio de ninguna escuela científica o filosófica. ¿Acaso el propio John Foster Dulles no llegó a decir que la vieja ideología individualista representa la "muerte prematura" para quienes, actualmente, no pueden acogerse a ella? (Baran, *Op. cit.*, p. 278). Y ciertamente el señor J. F. Dulles no era comunista.

¡Cosa extraña!. . . quienes hoy contemplan con terror o indignación la acción revolucionaria de las masas olvidan, al parecer, que la emancipación de los reyes (de la autoridad de los Papas), la independencia de la propia nobleza (del poder de los reyes), la autoridad del Parlamento (libre de la hegemonía nobiliaria), la liberación de la burguesía (del dominio de la aristocracia); así como la protección del trabajador (contra los abusos de la burguesía industrial) se obtuvieron mediante revoluciones sangrientas y actos de violencia; y que, en la época de ocurrir, provocaron censuras amargas de los elementos conservadores. No obstante lo cual, los revolucionarios de ayer se vuelven los conservadores de hoy; y los cambios bruscos nos parecen ahora meras etapas necesarias en el proceso histórico. De lo cual pudiéramos deducir que el estudio de la historia es, entre otras cosas, una buena lección de tolerancia. Y únicamente aquellos que obran con tolerancia pueden hablar, con honradez, de libertad.

La prueba de que la violencia no es patrimonio de la revolución la tenemos en el hecho de que la contrarrevolución también la utiliza. Los regímenes fascistas, a este respecto, nos relevan de mayores consideraciones. El estudio de la violencia *per se*, al margen de las situaciones concretas en que se emplea, carece enteramente de validez científica y sociológica.

7) *Desarrollo económico, actitudes y valores.* El problema de las relaciones entre la conciencia social y el desarrollo económico, para su justa solución, debe ser planteado también en términos históricos, esto es, que, en primer lugar, la conciencia social es un producto específico de cada formación económico-social; en segundo lugar, que dicha conciencia social constituye un reflejo prospectivo de la estructura económica, en el sentido de que los individuos comprometidos directamente en el desarrollo, y en la medida en que son sus actores principales, observan una serie de actitudes favorables a él; en tercer lugar, que los individuos que no son los protagonistas principales del desarrollo exhiben actitudes distintas, que van desde la indiferencia hasta la hostilidad manifiesta, pasando por una serie de matices intermedios de intensidad variable; y en cuarto lugar, que los productos culturales mismos poseen una autonomía relativa respecto de su base

económica, la misma que es tanto mayor cuanto más alejados se hallan de esta base que los sustenta, y a la inversa.

De modo general, creemos que la investigación de los aspectos espirituales del desarrollo económico, visto en escala histórica, debe partir de la siguiente hipótesis general: la conciencia social del desarrollo económico, a través de las edades, ha seguido una dirección descendente, de arriba abajo y "del cielo a la tierra". Esto significa que en las fases más antiguas, las necesidades del desarrollo fueron expresadas por sus protagonistas *a través* de las ideologías míticas y religiosas, las mismas que en las fases posteriores son sustituidas por ideologías voluntaristas y "racionales", hasta que, finalmente, en las fases actuales del desarrollo, la conciencia social del mismo asume un carácter directo, sin intermediarios, vale decir, económico y científico.

Personalmente, estimamos que Augusto Comte no anduvo equivocado cuando formuló su ley de los tres estadios por los cuales atravesó la humanidad: teológico, metafísico y positivo, pero, claro está, esta secuela sólo puede ser válida para expresar las fases del desarrollo intelectual, no así las fases del desarrollo material y económico, de las cuales los estadios comteanos constituyen su expresión ideológica.

En realidad, no cabe ninguna duda que la evolución espiritual de la humanidad ha seguido una dirección descendente y que la conciencia social del factor económico ha sido la última en aparecer. En las fases pretéritas dicha conciencia se adquirió a través de factores no económicos, tales como las creencias mitológicas, religiosas y subjetivas. Con el socialismo, justamente, la emergencia del factor económico ha disipado todas las ilusiones y velos que anteriormente lo ocultaban. Si, como es lógico admitir, en todos los tiempos la ideología dominante ha sido la sustentada por la sociedad oficial, detentadora del poder económico-político, lógico es también que las concepciones del desarrollo constituyan un segmento de dicha ideología general. La historia de las ideas nos dice que la ciencia económica fue un producto tardío de la evolución social, ya que su origen se remonta a la época en que aparecieron los economistas liberales. Pero incluso éstos postu-

laron una especie de metafísica económica, al decir, conjuntamente con los fisiócratas, que existía un orden de leyes naturales que regía todo el sistema económico. La terrenalidad absoluta del problema habría de ser planteada consecuentemente por la economía marxista.

El mismo sistema capitalista, en su fase premecánica, fue incapaz de elaborar un ideario sistemático de carácter económico, pero como quiera que necesitaba cohesionar sus prácticas mercantiles de alguna manera, vio en la religión protestante la ideología más eficaz. Son bastante conocidas las tesis de Max Weber sobre "La ética protestante y el espíritu del capitalismo",²⁷ y sería imprudente no reconocer en el principio del "libre examen", defendido por la reforma, el antecesor consanguíneo del principio de la "libre empresa", defendido más tarde por la burguesía industrial. Ambos principios jalonan los dos momentos más característicos de la conciencia social capitalista.

Un fenómeno análogo puede ser discernido en la evolución de la conciencia socialista, de la cual el marxismo-leninismo constituye en la actualidad su expresión teórica más acabada. Se sabe que antes de Marx hubo también una serie de socialismos: utópico, de golpe de mano, de cátedra, pequeñoburgués, reformista-estatista, etc., todo lo cual determinó que Marx y Engels denominaran al suyo socialismo científico.

En todo caso, estas diversas expresiones teóricas de la conciencia social reflejan los diversos grados de madurez de las clases y grupos sociales en franco ascenso, ya que, por lo que respecta a las clases o grupos sociales declinantes, las formas de la conciencia social se penetran, ya de un empirismo vulgar ("inteligencia práctica", como dice

²⁷ Tal es justamente el título del ensayo weberiano, que desarrolla la tesis, indudablemente exagerada, de que la génesis del capitalismo hay que buscarla en la ética protestante. Desde luego, no fue Max Weber el primero en señalar el fenómeno, pues antes que él Marx, en *El capital*, y Engels, en su ensayo *Evolución del pensamiento burgués inglés*, subrayaron de modo preciso y justo la importancia que tuvo para el desarrollo del capitalismo la ideología protestante, incurriéndose por ello en un acto de evidente injusticia histórica pasar por alto todo lo que dijeron estos dos pensadores, para atribuir a Max Weber la primogenitura de la percepción del fenómeno citado. La edición castellana que conocemos de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* ha sido hecha por la Editorial Revista de Derecho Privado, de Madrid, en el año 1955 (251 pp.). Otro de los asideros teóricos del capitalismo primitivo fue la escuela mercantilista, que floreció entre 1600 y 1800, aproximadamente, y que resultó adecuada a los intereses de los Estados monárquicos nacionales y rivales de Europa.

Baran), ya de irracionalismo, ya de religiosidad, ya de superficialidad, etcétera.

Es interesante también analizar dos actitudes típicas del capitalismo en cuanto al consumo: originalmente predicó el ascetismo en tanto que combatía el lujo feudal y en tanto que se hallaba en la fase de acumulación, pero actualmente, en la época de la "mass production", predica todo lo contrario, habiendo creado incluso el mecanismo económico de las ventas a plazos para estimular el consumo de las mercancías que, de otra manera, se abarrotarían, sin contar por supuesto con la fabulosa maquinaria de propaganda y publicidad, montada para dirigir a la opinión pública.

Incluso en los países subdesarrollados se ha constatado la tendencia al consumo conspicuo u ostensible entre las clases medias, sin que falten autores²⁸ que perciban en esta tendencia un factor que, al impedir la acumulación de capital, debilita el crecimiento económico.

De modo general esta tendencia ha sido constatada por Erich Fromm en las clases medias de todo el mundo occidental,²⁹ mientras

²⁸ Arthur Lewis, por ejemplo, dice que "En los países coloniales, donde las clases dominantes difieren racialmente de las dominadas, se observa con frecuencia que las clases medias y altas se entregan con exceso al consumo conspicuo. Esto es así porque una de las formas de su autoafirmación consiste en mostrar que son "tan buenos" como sus dominadores, cuando menos en la capacidad de construir casas muy grandes, manejar automóviles lujosos o dar fiestas costosas. Este consumo excesivo debilita frecuentemente al pueblo sometido, al endeudarlo y reducir la cantidad de dinero que podría ahorrar e invertir en la acumulación de riqueza" (*Op. cit.*, p. 27). Refiriéndose a las clases medias y trabajadoras de América Latina, asevera que "muestran mayor propensión al consumo disipado que al trabajo, posiblemente, porque han heredado la idea de que el trabajo es propio sólo de esclavos" (p. 39 s.). Sin embargo, este mismo autor atenúa más adelante sus juicios al reconocer que en las últimas fases del capitalismo "el espíritu de ahorro y la inversión productiva se difunden por todas las clases de la comunidad" (p. 254). Desde luego, no se puede imputar al consumo conspicuo la debilidad del desarrollo en los países atrasados, ya que en ellos "el principal obstáculo al crecimiento económico rápido... es la forma en que se utiliza a su excedente económico potencial" (Baran, *Op. cit.*, p. 257).

²⁹ Sostiene Fromm que en el capitalismo el consumo está tan enajenado como la producción, ya que basta tener dinero para comprar obras de arte, aunque no se las entienda, comprar fonógrafos sin tener gusto musical, comprar libros sin leerlos, etc. Nos habla de la vajilla costosa que no usamos por temor a que se rompa, de las mansiones espaciales con piezas desocupadas, de los autos y criados innecesarios, de las horribles baratijas de las familias modestas de clase media, de los autos, refrigeradoras y televisores usados como símbolos de ostentación. Destaca que la antigua clase media tuvo afición a la propiedad pero que ahora predomina en ella el afán por lo nuevo que el capitalismo ofrece y excita, conforme se puede apreciar en la compra de autos de último modelo, que reemplazan a los que ya se tienen no obstante que aún están en

que Melville Herskovits, por su parte, se ocupa de la economía del consumo, incluso del ostensible, en las culturas ágrafas.³⁰

En la sociedad capitalista, la ley que rige las actitudes de la clase burguesa frente al desarrollo económico en general y frente al consumo en particular, puede formularse del siguiente modo: El apetito y la avidez por las mayores ganancias es un factor constante a lo largo de todo el desarrollo, pero en las primeras fases del capitalismo este factor se tradujo en el consumo ascético y sobrio, mientras que en la fase actual de capitalismo monopolista parasitario ese mismo factor se traduce en el consumo ostensible, en un despilfarro de riquezas y en un intento de forzar a las demás clases de la sociedad, medias e inferiores, tanto de los países avanzados como atrasados, a ese mismo consumo conspicuo, con lo cual se logra frenar el ascenso económico de competidores potenciales en las metrópolis capitalistas, y perpetuar el subdesarrollo de los países atrasados, en los cuales se tiene también el cuidado de que las clases altas orienten sus recursos hacia aquellos campos de inversión que, en lugar de debilitar, refuercen las posiciones del capitalismo monopolista.

Esta formulación, tiene que variar *mutatis mutandis* al ser aplicada a las otras sociedades clasistas. Así, por ejemplo, en el feudalismo se sabe bastante en qué actividades expresaban los señores sus actitudes y valores. La economía del prestigio y el consumo ostensible practicados por ellos tenía su contrapartida en el insolente desprecio hacia todo lo que significase trabajo manual. Su desmedida sed de lujo habría de

buenas condiciones. Vincula todo esto con la naturaleza misma del capitalismo (*Op. cit.* pp. 113-118 y 273-276). Huelga subrayar que el concepto de consumo ostensible fue introducido por Thorstein Veblen en su obra *Teoría de la clase ociosa* (Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1951). La agudeza y penetración de sus análisis se pueden apreciar, por ejemplo, cuando se ocupa de los animales domésticos —gatos, perros, caballos, etc.— que son objeto de estimación por la clase ociosa en base a sus rasgos no lucrativos ni ciertamente productivos desde el punto de vista económico (pp. 112-116).

³⁰ *El hombre y sus obras* (pp. 309-318) y *Antropología económica* (pp. 411-429). En esta última obra, el autor trata de modo extenso la institución del potlatch, abarcando su análisis tanto a las culturas ágrafas del pasado como a las actuales. Desde otro punto de vista estimamos que los antropólogos culturales en realidad efectúan labor sociológica importante, y que por eso no existe razón alguna para no considerarlos como sociólogos de las sociedades ágrafas.

jugar un rol importante en su ruina y desaparición. Werner Sombart ha dedicado todo un ensayo³¹ a probar que el origen del capitalismo debe buscarse en el traspaso de la riqueza feudal a los bolsillos de los comerciantes que abastecían a los señores feudales de aquellos bienes de ostentación y consumo que su *status* había consagrado, así como también de préstamos. Al igual que la tesis de Max Weber, esta otra de Sombart sobre el origen del capitalismo no puede aceptarse, por la sencilla razón de que el lujo fue siempre, durante siglos, característica del modo de vida feudal y sin embargo el capitalismo hizo su aparición precisamente en la fase de declinación del medioevo, todo lo cual no obsta para que no haya ninguna dificultad en aceptar el importante rol que desempeñó el lujo feudal en el nacimiento del sistema capitalista.

En cuanto a las clases inferiores, es interesante remarcar las actitudes bien de indiferencia o bien de hostilidad que observan frente al desarrollo económico. Así, por ejemplo, en el capitalismo se sabe que en la Europa burguesa, particularmente en Inglaterra surgió una tendencia maquinoclasta por parte de los obreros, de la cual el movimiento "luddita" es un claro ejemplo. En la medida que los obreros fueron adquiriendo conciencia de clase, advirtieron que la máquina por sí no era la causa de sus desventuras, sino la estructura capitalista misma, razón por la cual depusieron su anterior actitud contra las máquinas e inventores. Esto en primer lugar. En segundo lugar, no puede desconocerse el importantísimo rol desempeñado por la clase obrera en el progreso de las fuerzas productivas y en el desarrollo económico en general: sus constantes reclamaciones de mejoras salariales inducían a la burguesía a revolucionar constantemente las fuerzas productivas, a

³¹ *Lujo y capitalismo*, Editorial Cultura, Santiago de Chile, 1935. En este ensayo Sombart reconoce que la demostración de su tesis relativa a que el lujo generó el capitalismo "no es tan sencilla, y el primer intento no puede ser sino muy imperfecto" motivo por el cual estima que "la labor principal de demostración en detalle quedara para la generación próxima de los historiadores de la economía" (p. 116). Hasta donde alcanzan nuestros conocimientos, no sabemos que ninguno de los historiadores de la economía de la generación próxima a que alude Sombart haya intentado convertirse en albacea del legado sombartiano. Por lo demás, el ensayo mismo contiene pasajes que enervan la hipótesis de este economista, y de los cuales no podemos ocuparnos aquí por razones obvias.

fin de doblegar la resistencia proletaria. En el mismo sentido apuntó la competencia intercapitalista: la expansión creciente de la producción masiva, el dominio de mayores mercados y la competencia de tipo individual y luego de tipo intermonopolista, en escala nacional e internacional suscitaron en la clase burguesa el afán de mejorar las fuerzas productivas, aun cuando ya en las etapas declinantes del capitalismo este afán disminuye sensiblemente, traduciéndose muchas veces en una contención deliberada del proceso de invenciones y aplicaciones de una tecnología cada vez más eficiente. Esto es tan cierto que la automación ha realizado en la Unión Soviética progresos mucho mayores que en los otros países capitalistas avanzados, incluyendo a los Estados Unidos. Las devastaciones generadas en la ocupación por el maquinismo electrónico en los países monopolistas, contrastando con la creciente ocupación que esta misma automación ha causado en la Unión Soviética, han sido puestos de relieve por David Morse, Director de la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), el mismo que consigna datos estadísticos de notable elocuencia.³²

En los países subdesarrollados las actitudes hacia el desarrollo económico son favorables, pero sólo entre sus clases no gobernantes. El *slogan* de la industrialización es el más conjugado, especialmente por las clases medias. Lo malo está en que la aceptación del fin—la industrialización—no se acompaña generalmente de una certera percepción de los medios para alcanzarlo, y ello contribuye a prolongar la incertidumbre reinante. La industrialización es considerada como una tarea que se puede realizar sólo aplicando criterios técnicos, al margen o casi al margen de las profundas reformas institucionales que deben

³² He aquí algunos referentes a los Estados Unidos, citados por David Morse: en septiembre de 1955 la industria manufacturera registraba 600,000 empleos menos que en septiembre de 1953; en la industria textil las cifras de ocupación disminuyeron en un 20% en los últimos cinco años; las fábricas automáticas de motores Ford han duplicado su producción sólo con un aumento de 10% en la mano de obra; dos trabajadores de una fábrica automática de radios producen por día 1,000 receptores, cuando antes se necesitaban doscientos trabajadores; se prevé que cuando la industria automotriz introduzca nuevos métodos de automación, dará empleo solamente a 200,000 en lugar de los 800,000 trabajadores que ocupa actualmente. En Rusia, según el mismo informante, la cifra de obreros y empleados aumentó en nueve millones y medio entre 1951 y 1955, "pese a la extensa automación de la producción" (*Automación*, folleto editado por la OIT).

ser previamente introducidas en las estructuras sociales y económicas, así como en la orientación del comercio internacional. Y por lo que respecta a las clases dominantes de estos mismos países atrasados, sus actitudes son muy conocidas en favor de la libre empresa y en contra de la planificación, variando su comportamiento frente a las crecientes demandas de ordenación del desarrollo, caso en el cual no oponen reparos a la planificación, siempre y cuando éste respete la libre empresa. Forzados por la opinión pública los grupos dominantes traducen su concepto peculiar de planificación, aceptando únicamente "la planeación dentro de los marcos de la libre empresa". En el Perú, al menos, la oligarquía y la gramburguesía exportadora-importadora hablan de este modo.³³ El término "planeación" es urbanístico, pero no económico:

En las naciones socialistas, las actitudes hacia el desarrollo económico son francamente positivas. La educación de las masas pone tremendo énfasis en la necesidad de incrementar la productividad del trabajo, mediante no sólo el esfuerzo físico e intelectual conscientemente desplegado, sino sobre todo en el incremento de las fuerzas productivas materiales, encarnadas en una tecnología cada vez más eficiente, y de la cual el automatismo y las conquistas espaciales son la mejor prueba que se puede exhibir en la actualidad, ya que por lo que se refiere a años anteriores, bastaría recordar el movimiento stajánovista, del cual tanto se ha escrito, en favor y en contra,³⁴ pero de cuya eficacia nadie osaría abrigar la menor duda.

³³ En algunos países capitalistas europeos, como Francia y Holanda, por ejemplo, han surgido corrientes planificadoras de alguna importancia, pero esto no contradice en nada nuestros supuestos, ya que en tales naciones el Estado, o bien controla mediante altas cargas tributarias a la empresa privada, o bien es propietario de ramas importantes de la economía, como los transportes, la banca, la industria pesada, etc., o bien ambas cosas a la vez. En todo caso, tales planificaciones parciales, exitosamente ensayadas, no hacen más que reforzar la tesis de acuerdo con la cual las posibilidades de planificación están en relación directa con el grado de intervencionismo estatal.

³⁴ En febrero de 1931 Stalin, en lenguaje dramático, dijo: "Marchamos con un atraso de cincuenta a cien años respecto a los países adelantados. En diez años tenemos que salvar esta distancia. O lo hacemos o nos aplastan". Precisamente, como lo hace notar Baran, diez años más tarde Hitler invadió a Rusia, pero con ello no hizo más que acelerar la ruina del nazismo que amenazaba al mundo. Este servicio prestado por Rusia a la humanidad no ha sido valorado por quienes hablan a cada rato de la regimentación del hombre por el Estado soviético. ¿Cabe acaso mayor injusticia? El significado del stajánovismo ha sido destacado por el propio Stalin en sus *Cuestiones del leninismo*.

Finalmente, antes de terminar este punto relativo a las actitudes de los individuos frente al desarrollo económico, consideramos útil subrayar una tesis marxista importante, y es la que sustenta que toda la historia consiste no solamente en una transformación de las instituciones sino también en una transformación de la naturaleza humana. Esto es importante porque obliga a asumir una actitud inteligente y científica a quienquiera que juzgue la sicología económica de los hombres que viven en diferentes formaciones económico-sociales: es absurdo que alguien, viviendo en un régimen de clases, crea que quienes viven en una sociedad socialista piensan igual que él en materia económica y política. En un sistema de libre empresa nos puede parecer abominable que el Estado controle o se apodere de la economía, pero es evidente que tal cosa devendrá sumamente natural para el que vive en una sociedad socialista. A menudo las críticas dirigidas contra los regímenes socialistas de nuestros días se fundan en la incomprensión de la tesis marxista aludida. Nada más anticientífico que hablar de instintos inmutables y de una naturaleza humana siempre igual e idéntica a sí misma.³⁵

B) CONCLUSIÓN

Todo cuanto acabamos de decir en esta segunda parte de nuestro trabajo tiene por objeto señalar los elementos de juicio que deben tenerse en cuenta para definir de modo científico el desarrollo económico. Tales elementos de juicio, que han sido explicados con algún detalle, son los siguientes: 1) relaciones entre desarrollo económico y desarrollo histórico; 2) el punto de partida del desarrollo económico; 3) el ritmo general del desarrollo, con indicación de las leyes que

³⁵ No deja de llamar la atención que hasta la fecha no se haya constituido la disciplina de la sociología síquica, como una rama especializada de la sociología general, encargada de investigar las transformaciones psicológicas del hombre provocadas por las transformaciones inherentes al desarrollo material y espiritual de la sociedad. Por aplicación del método sociohistórico, hemos llegado a la conclusión, por ejemplo, de que el fenómeno de la intuición femenina constituye un rasgo síquico que la mujer adquirió en el curso de las vicisitudes históricas de su desarrollo como sexo relegado por el hombre que, después de despojarla de sus funciones económico-políticas en el matriarcado, la recluyó dentro del hogar en las subsiguientes sociedades clasistas (*La intuición femenina*, ensayo sociológico, separata de la *Revista Universitaria* de Trujillo, Perú, 1959).

rigen su duración; 4) las condiciones naturales del desarrollo; 5) concepto y clasificación de excedente económico; 6) desarrollo económico y revolución; y 7) rol de los valores y actitudes en el desarrollo.

Pues bien, de todo lo expuesto estimamos que debe quedar bien claro que el concepto del desarrollo económico, para que tenga valor científico, ha de buscarse en la sociología histórica. En tal virtud proponemos la siguiente definición del fenómeno que nos ocupa:

El desarrollo económico —aspecto sustantivo del desarrollo histórico, con el cual se confunde— es un proceso social, de carácter autónomo o subordinado en cuanto a las fuerzas motrices que lo inician, que consiste en la utilización de un equipo de fuerzas productivas materiales y humanas que, sobre la base de un medio natural dado, generan un excedente económico el mismo que es manipulado de manera espontánea o consciente por la comunidad, en beneficio de todos sus miembros o de una parte de ellos solamente, dependiendo la duración del proceso del tipo dominante de relaciones de producción, y subordinándose el ritmo de crecimiento al mayor o menor rendimiento de las fuerzas productivas utilizadas, cuyo principal motor de desarrollo son principalmente los ajustes introducidos, de modo pacífico o revolucionario, en el contexto institucional de las formas jurídicas de propiedad y de las formas políticas de gobierno, así como de los correspondientes valores y actitudes éticas, culturales y espirituales en general, observadas por los individuos, grupos o clases comprometidos en el desarrollo.

Estimamos que la definición precedente tiene la virtud de aplicarse a cualquier tipo de sociedad y, por consiguiente, a cualquier grupo, pueblo, país, región o continente. En tal sentido, reclama la estricta observancia a *cada uno* de los subconceptos que la integran. De otra manera, los estudios del desarrollo económico, por más virtuosismo académico y erudición que exhiban, sólo serán imágenes parciales y hasta inconvenientes, por no decir perjudiciales y peligrosas para el mismo desarrollo *global* que se pretende alcanzar. La verdad total o es radical o no es verdad.

Asimismo, la aplicación de la definición propuesta exige el con-

curso de toda una serie de disciplinas, tanto principales como auxiliares como, por ejemplo, la sociología general, la sociología del conocimiento, la sociología de las instituciones, la sociología síquica, la sociología económica, la antropología física y cultural (de esta última ya hemos dicho que en el fondo no es otra cosa que la sociología de los pueblos primitivos del pasado y del presente), la historia económica, la etnología, etc. A su vez los resultados de las investigaciones teóricas y prácticas sobre el desarrollo tienen que utilizar inexcusablemente una serie de instrumentos de expresión, entre los cuales destacan la estadística, las matemáticas sencillas y refinadas y todo un vasto equipo de medios gráficos (curvas, diagramas, etc.).

Finalmente, los diferentes subconceptos deben ser también objeto de manipulación cuidadosa, procurando sobre todo categorizarlos y clasificarlos convenientemente, de tal modo que la manipulación mencionada opere al modo de un bisturí que va penetrando lenta pero seguramente hasta las raíces profundas del fenómeno estudiado. Creemos que nunca se insistirá lo bastante sobre este aspecto de la investigación de los subconceptos.³⁶

³⁶ Esta insistencia vale especialmente para la sociología materialista, cuyos cultores en la Unión Soviética, por ejemplo, descuidan sensiblemente los problemas metodológicos relativos a la categorización y clasificación de los conceptos y subconceptos. Como prueba podemos citar al profesor G. E. Gleserman, a cuyo cargo corrió la redacción de los capítulos XV y XVI del mejor de los manuales soviéticos que conocemos: *Los fundamentos de la filosofía marxista* (Editorial Grijalbo, S. A. México, D. F., 1959). Pues bien, Gleserman expresa que "En la entraña del viejo régimen *suelen* gestarse también las nuevas relaciones de producción que corresponden al carácter de esas fuerzas productivas (las relaciones socialistas de producción constituyen, a este respecto, una *excepción*, como veremos más adelante)" (p. 477). Los términos subrayados por nosotros ("*suelen*" y "*excepción*") traducen un defecto de categorización adecuada. Más exacto hubiera sido abordar el tema clasificando las clases así: 1) dominantes, detentadoras del poder económico y político, y 2) no dominantes, subdivididas a su vez en: a) explotadoras, detentadoras de poder económico, pero no de poder político (burguesía primitiva, por ejemplo); b) no explotadoras o semiexplotadas, económicamente pequeño-propietarias y políticamente reconocidas (pequeña burguesía rural y urbana, por ejemplo); y c) explotadas, económicamente desposeídas y políticamente sometidas (esclavos, siervos y proletariado occidental). Así se aclara lo que Gleserman califica erróneamente como "*excepción*", pues ésta no sería otra cosa que la ley que rige a las relaciones de producción donde quiera que exista una clase explotada con capacidad para conquistar el poder político (proletariado actual) o una fracción de clase explotada que se separa de la sociedad global y organiza un pequeño Estado (Espartaco, por ejemplo).

CAPÍTULO III

DESARROLLO ECONOMICO Y DESARROLLO HISTORICO

En el capítulo anterior dijimos que el desarrollo económico era en primer lugar un aspecto del desarrollo histórico en general y, en segundo lugar, el aspecto sustantivo de este mismo desarrollo. La certeza de esta última hipótesis debe dárnosla aquella rama especializada de la sociología a la cual Robert K. Merton denomina sociología histórica. Corresponde también a esta disciplina elaborar un concepto verdaderamente científico del desarrollo económico, a fin de proyectarlo y comprobar su validez a la luz de las peculiaridades de cada formación económico-social. Este concepto tiene que ser válido universalmente, esto es, que no puede abrigarse la idea de que para cada época histórica es necesario elaborar un concepto particular de desarrollo económico. Decimos esto porque de la exposición del capítulo primero de este trabajo, se desprende justamente que muchos autores contemporáneos estiman que sólo puede hablarse de desarrollo económico en los tiempos que corren y, más que nada en aquellos países calificados como subdesarrollados. Esta especialización del concepto que nos ocupa, de hecho, se aparta del que nosotros hemos formulado en el capítulo anterior, el mismo que incide en la necesidad de destacar, cuando menos, cuatro categorías fundamentales: el medio geográfico o fundamentos naturales del desarrollo; las fuerzas productivas materiales y humanas o agentes activos de la producción social, sin los cuales no habría historia ni sociedad; las relaciones de producción o cristalización institucional de las formas

de propiedad; y, finalmente, el complejo político-jurídico-educativo e ideológico en general, mediante el cual una estructura económica determinada provee a su estabilidad, conservación y expansión, utilizando formas coactivas, persuasivas e ideológicas en general.

Ahora bien, tomando como hipótesis de trabajo el concepto de desarrollo económico propuesto por nosotros en el capítulo anterior, observamos que las categorías y subconceptos que encierra—de los cuales los más importantes son cuatro conforme acabamos de subrayarlo—, aluden a fenómenos que se han dado en todas las formaciones económico-sociales, pero no de la misma manera, advirtiéndose, por ejemplo, en la categoría de las fuerzas productivas que éstas experimentaron un proceso de incremento y enriquecimiento, conforme la sociedad humana pasó de una forma social a otra distinta. Precisamente, esta variedad que acusan dichas categorías en diferentes épocas es lo que sirve de base para discernir un conjunto de períodos sucesivos en el devenir de las sociedades. Este proceso de discernimiento es efectuado desde hace muchos siglos por autores y hasta por los pueblos mismos que, a través de sus mitos y leyendas, nos hablan de una secuela de edades dicotómicamente concebidas: edad de la luz, edad de las tinieblas; era de caos y era de orden, etc. Por tanto, pues, una de las tareas más legítimas consiste en abordar el análisis y estudio del desarrollo económico de la sociedad con sujeción al criterio de la periodificación o distinción de períodos.

La adopción de un determinado criterio de periodificación constituye indudablemente otra hipótesis de trabajo, pues significa que, o bien nos adherimos a un criterio ya enunciado por algún autor o escuela, o bien creamos originalmente uno nuevo. En lo que a nosotros compete, estimamos que el criterio de periodificación más ajustado a la realidad de los hechos sociales, es el sustentado por el materialismo histórico que nos habla de cinco períodos o formaciones económico-sociales: comunidad primitiva, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo. En realidad, estas cinco denominaciones no son más que expresiones incomparablemente más exactas que aquellas que, también en

número de cinco, nos han sido enseñadas desde los bancos de la escuela, pero con un contenido que no difiere en uno y otro caso. La terminología del materialismo histórico es más franca y fundada en dos de las cuatro categorías que hemos señalado anteriormente, como las más importantes en la elaboración de un concepto del desarrollo económico. Estas dos categorías son las fuerzas productivas y las relaciones de producción que, en su conjunto, se denominan modo de producción.

A las denominaciones muy generales y vagas de época primitiva, edad antigua, edad media, tiempos modernos y tiempos contemporáneos —que nos son habituales—, el materialismo histórico opone otras cinco, que ya hemos puntualizado en el acápite anterior.

Una vez en posesión de un criterio determinado de periodificación, su empleo como hipótesis de trabajo nos conduce rápidamente a un problema ya más complejo, el mismo que se puede plantear en los siguientes términos: ¿por qué un período determinado del desarrollo económico y, por consiguiente, del desarrollo histórico, ofrece también variaciones en su decurso, variaciones sensibles y fácilmente perceptibles, pero que no obstante se suceden sin traicionar cierto atributo que es el común denominador de todas esas variaciones, razón por la cual se hace necesario añadir un adjetivo *distinto* a cada variación, manteniendo siempre el mismo sustantivo o nombre del período? Con esta pregunta, nos introducimos ya en el dominio de la *subperiodificación del desarrollo económico*.

En este terreno, desafortunadamente, tenemos que marchar solos o prácticamente solos, porque la literatura existente dista mucho de ser abundante. Ni la literatura sociológica burguesa ni la literatura socialista ofrecen subperiodificaciones satisfactorias, rigurosas y científicas. De aquí que sólo debamos atenernos a nuestros propios recursos, muy modestos ciertamente.

Desde hace varios años venimos trabajando en los problemas de la subperiodificación de cada uno de los cinco grandes períodos del desarrollo de la sociedad humana. Nuestra hipótesis inicial por aquel entonces sólo consideró que era necesario discernir con exactitud los

subperíodos de cada formación social, pero a poco de empezar nuestro trabajo de análisis del material histórico y sociológico, caímos rápidamente en la cuenta de que cada uno de los cinco grandes períodos había pasado por la misma y siguiente secuela: *autocracia-democracia-imperialismo*. En una publicación de mi país,¹ expuse por primera vez los resultados a que había llegado.

Debemos remarcar que el hallazgo de la secuela mencionada sólo pudo ser posible merced a la sujeción estricta, por nuestra parte, al criterio del desarrollo tal como lo definimos en el capítulo anterior y con sujeción también a los principios del materialismo histórico, aun cuando con respecto a esta última sujeción nos invada el mismo temor que confiesa el profesor Emile Sicard, cuando expresa que el marxismo es la doctrina de la cual ha sacado más partido sin estar seguro de haberlo aprovechado en forma suficiente.²

Sea cual fuere el período o formación económico-social considerada, el desarrollo económico asume en un primer momento un carácter *autocrático o público*, esto es, que el sexo, grupo o clase dominante utiliza la fuerza del Estado para iniciar un nuevo tipo de desarrollo. En realidad, el Estado es convertido en la fuerza principal del desarrollo y no puede ser de otra manera atento el hecho de que se trata de *iniciar* un tipo nuevo de desarrollo, por cuya razón debe vencer una serie de resistencias opuestas por las fuerzas contra las cuales se combate y a las cuales se liquida históricamente. En el período de la comunidad primitiva, la *dirección del grupo del desarrollo estaba a*

¹ Nos referimos a la Revista peruana: *Tareas del Pensamiento Peruano*, en la cual insertamos por primera vez nuestro esquema de periodificación y subperiodificación, en un cuadro en el que a cada período seguían los subperíodos de autocracia, democracia e imperialismo, indicando los hechos característicos de cada subperíodo (véase el artículo: "A propósito de un libro marxista del profesor Olmeda", *Rev. cit.*, Año I, No. 2, marzo-abril de 1960, Lima, Perú, pp. 78-84).

² Dice Emile Sicard: "Puede verse fácilmente que, en nuestras tentativas de explicación nos hemos inspirado considerablemente en el marxismo... Es posible que de él hayamos retenido los elementos más consistentes y las estructuras mentales más amplias. ...¿Quiere decir esto que tenemos razón? Claro que no, pues nos parece que el marxismo es fundamentalmente un método y no un dogma y, por lo mismo, en cuanto método, debería ser adaptado a la materia por estudiar. Y es posible que no lo hayamos adaptado suficientemente..." (*Los Países en Vías de Desarrollo*, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1962, p. 30).

cargo del sexo masculino. A nuestro juicio, y conforme veremos con mucho más detalle, el varón fue la categoría dominante y su comportamiento con relación a la mujer y a los extraños fue eminentemente autocrático. Desde luego, no se puede hablar aquí de Estado, pues aún no existía, pero ello no es argumento capaz de contradecir nuestra afirmación relativa a la autocracia masculina.

En el período siguiente, el esclavismo, su primer subperíodo fue igualmente el esclavismo autocrático o público: había que fundar un nuevo orden sobre la base de la ruina de los pequeños productores habituados a una existencia de tipo *aclasista*, a fin de edificar uno de carácter *clasista*. Había igualmente la necesidad de dirigir en forma colectiva el trabajo de una comunidad hasta entonces habituada a su economía neolítica parcelaria, trabajo encarnado en las obras de regadío que se consumaron en muchas culturas. En suma, una reestructuración total de la sociedad, desde sus cimientos, tiene que suponer obligatoriamente la fuerza del Estado detentado por quienes fundaron la primera gran sociedad de clases.

En el feudalismo, tercer período, se dio igualmente el subperíodo autocrático cuando los señores feudales encarnaron los elementos de la clase dominante. "Señores de horca y cuchillo" es una expresión que nos releva de mayores obligaciones al respecto.

En el capitalismo, cuarto período, el subperíodo del capitalismo autocrático ocurrió cuando la joven burguesía se ve compulsada a instaurar su propia dictadura, dentro de las circunstancias y peculiaridades en que le tocó actuar. Oliverio Cromwell en Inglaterra y Napoleón Bonaparte en Francia fueron los principales representantes del capitalismo autocrático.

En el socialismo, finalmente, las cosas se ofrecen muy claras: la autocracia proletaria o dictadura del proletariado es un principio clásico del ideario marxista-leninista.

Todo lo anterior se refiere al primer subperíodo de los cinco pe-

ríodos del desarrollo. El segundo subperíodo es el *democrático o privado*, y se define como aquel que está dado por un eclipsamiento del Estado como fuerza principal del desarrollo y por un emerger, de modo simultáneo, de otras fuerzas sociales hasta entonces subordinadas, o mediatizadas, o explotadas, o carentes de oportunidades para expandirse económicamente. En la comunidad primitiva, el subperíodo democrático está representado por el neolítico matriarcal o democracia gentilicia, caracterizado por la liberación económico-social de la mujer. En el esclavismo, el mismo subperíodo democrático está representado por el esclavismo clásico grecorromano: el Estado no es ya la fuerza principal del desarrollo sino las nuevas clases agrarias y urbanas, incluyendo al sector artesanal y a la clase media de la ciudad. Es interesante advertir que los fundamentos geográficos del esclavismo democrático fueron distintos de aquellos en que operó el esclavismo autocrático. En el feudalismo, el subperíodo democrático arranca del siglo XI, con el renacimiento de la vida urbana, cuando los grupos antaño dependientes de la protección de los señores feudales, optan por amurallar su propio recinto y defenderse así de los bárbaros . . . y de los mismos barones feudales. En el capitalismo, el subperíodo democrático está representado por el capitalismo liberal o clásico, que tiene su fundamento material, no ya en la manufactura del primer subperíodo, sino en la máquina a vapor, y su fundamento ideal en la ideología del libre cambio y del Estado gendarme. En el socialismo, finalmente, el subperíodo democrático está representado por la aún inédita autogestión popular comunista del comunismo integral.

El tercer subperíodo de cada uno de los cinco grandes períodos es el *imperialista*, caracterizado por la expansión económica de los grupos o clases dominantes, en una forma que desborda las propias fronteras geográficas, expansión que naturalmente utiliza en diversos grados la fuerza del Estado. Este subperíodo imperialista, al fin y al cabo, constituye la fase que marca la decadencia y extinción del período en general. En la comunidad primitiva, este momento está representado

por la expansión de los gobiernos o Estados incipientes de carácter sacerdotal-guerrero. Esta expansión, en última instancia, habrá de culminar en la constitución de los imperios esclavistas autocráticos y biclasistas. En el esclavismo, Roma más que ninguna otra cultura clásica encarna, en su última fase política de existencia —el imperio—, el subperíodo imperialista o decadente. En el feudalismo, el fenómeno está dado por la formación de los grandes Estados monárquicos de carácter feudal-capitalista por su economía, pero exclusivamente feudal por su política exterior. Para nosotros, el imperialismo español en América representa con exactitud el tercer subperíodo de la formación económico-social encarnada en el feudalismo. La prueba concluyente la tenemos en que España no nos trajo el capitalismo sino el feudalismo, que hasta ahora no puede ser erradicado en la mayor parte de los países latinoamericanos, en su forma de latifundio precapitalista. En el capitalismo, la fase imperialista no necesita ser mayormente remarcada. Lenin y otros economistas y sociólogos han estudiado ampliamente su dinamismo y rasgos característicos. En la sociedad socialista, el subperíodo imperialista es una incógnita: puede suponerse que *en cuanto* imperialismo deprecador, la *sociedad mundial* comunista y democrática del futuro no habrá de funcionar, dado que por naturaleza no puede desembocar en dominación y explotación. Con bastante imaginación infantil, podría hablarse de imperialismo sideral si los seres de otros planetas atacan o son atacados por la tierra.

Hasta aquí la semblanza de nuestra periodificación y subperiodificación. En el capítulo IV expondremos con detalle una aplicación de nuestras hipótesis precedentes a los dos primeros períodos del desarrollo de la sociedad humana: comunidad primitiva y esclavismo. Los hemos elegido porque estimamos que es en ellos en donde existen más lagunas y errores. El conocimiento objetivo de estas dos formaciones económico-sociales está por detrás del que poseemos de las otras tres restantes.

Antes de terminar, consideramos necesario referirnos a una obra

del profesor André-Piettre, vertida a nuestro idioma en el año 1962³ y cuyo título es: *Las Tres Edades de la Economía*. En ella su autor formula una periodificación que guarda similitudes evidentes con la nuestra. En vez de la secuela: autocracia-democracia-imperialismo, el profesor francés citado utiliza esta otra; economía subordinada-economía independiente-economía dirigida. Digo que guarda similitudes evidentes porque en la caracterización de cada una de las fases que considera las analogías son claras, conforme se desprende de las definiciones que nos ofrece:

Ateniéndonos a la historia mediterránea y hecha abstracción de mil matices que más adelante serán restablecidos, podemos decir que las civilizaciones, a imagen del hombre que las crea, nacen en tutela y mueren en la esclerosis. Con más precisión y con brutalidad que posteriormente será corregida: *nacen en lo sagrado y mueren en el estatismo*. Toda una red de prescripciones, ritos, costumbres morales, familiares y sociales de esencia religiosa, protegen y educan su desarrollo: en una palabra, comienzan por estar *subordinadas* a reglas superiores, que se aceptan como tales.

Más tarde, al igual que el adolescente, se van liberando progresivamente de ellas para alcanzar la edad de la *independencia*. Pero el individualismo, que es expresión de ella, no tarda en exasperarse; sus potencias de creación se cambian en fuerzas de disolución que amenazan con la ruina a la civilización que lo había engendrado. Entonces, la *colectividad* reacciona y trata de reagrupar por el exterior a la sociedad que se disgrega en su interior; a las costumbres suceden las leyes; a los hogares divorciados, las legislaciones natalistas; a los patrimonios disueltos, las leyes caducarias; a la comunidad familiar, la seguridad social; a la fe de los antepasados, los misticismos colectivos; al ahorro, el seguro; a la mutua ayuda espontánea, el eterno socialismo...

Surgido de comunidades espontáneas y educadoras, el individuo se

³ Ediciones Rialp, S. A., Madrid, 1962, 515 pp. Esta obra llegó a nuestro poder cuando los cuatro capítulos de nuestro libro estaban ya terminados, o mejor dicho, cuando lo estaban todos menos el tercero, que fue escrito a pedido del profesor Lucio Mendieta y Núñez para afirmar más aún la unidad entre los dos primeros capítulos y el cuarto que trata de la periodificación aplicada a la comunidad primitiva y al esclavismo. De todos modos, podría decirse que los tiempos están ya maduros para efectuar esfuerzos de periodificación y subperiodificación del desarrollo económico e histórico.

reintegra en la colectividad mecánica, donde encuentra, como un anciano en un asilo, sus últimos alimentos.

A estas tres fases de las civilizaciones corresponden las que llamaremos las tres edades de la economía.

A la civilización en tutela corresponde la *economía subordinada*, encerrada en un conjunto de límites y reglas de origen religioso, moral o social—a la civilización emancipada, la *economía independiente*, “liberada” de las normas anteriores a las que a su vez domina—; a la civilización en declive, de tendencias estatistas, la *economía dirigida*. (Op. cit., p. 12 s.). (Todos los subrayados son del mismo Pettrie).

Como ejemplos de economía subordinada cita la Grecia arcaica, la Roma primitiva y la Edad Media; como ejemplos de economía independiente, a la Grecia individualista del siglo IV, la Roma de las conquistas y la Europa liberal; como ejemplos de economía dirigida, finalmente, cita a la Grecia decadente de la época helenística, el Bajo Imperio, Bizancio y nuestros días.

En la obra citada, aplica sus categorías a Grecia, Roma y al período que va desde la Edad Media hasta nuestros días.

A nuestro juicio, el profesor Pettrie no mantiene unidad metodológica en su exposición y sus hipótesis, acertadas en cuanto a la terminología y más aún en cuanto a los ejemplos y su significado, acusan serias deficiencias, en cuanto: primero, no hace distingos entre pueblos y períodos (Grecia y Roma son pueblos, culturas, pero la Edad Media, el capitalismo y el socialismo son sistemas sociales o períodos, sin que sea permitido tratar a todos ellos en bloque); segundo, la economía dirigida incluye en el esquema del autor citado tanto al imperialismo capitalista como al socialismo, lo cual es arbitrario a todas luces; tercero, mucho de la exposición es confuso, con escasa sujeción al principio de causalidad, razón por la cual el magnífico esfuerzo que realiza se diluye, en gran parte, dentro de un virtuosismo puramente formal y académico; y cuarto, el trabajo denota el espíritu burgués del autor, puesto que no atina a extraer conclusiones, limitándose a hacer al final una expresión puramente subjetiva de deseos, sin base científica alguna,

lo cual prueba una vez más que puede haber un sociólogo o historiador burgués con capacidad para enfocar el pasado con cierta dosis de objetividad, pero incapaz de efectuar este mismo enfoque cuando del futuro se trata.⁴

⁴ En la p. 10 escribe Pettrie: "...nuestro propósito tiende a colocar de nuevo a la evolución económica en la historia de la civilización; a tratar de señalar, desde la Antigüedad a nuestros días, los vastos paralelismos que las unen, para en cierto modo *sacar la orientación de nuestro tiempo*". Esta orientación, que hemos subrayado nosotros, lastimosamente no se encuentra al final de la obra en la forma que un espíritu rigurosamente científico tiene derecho a reclamar.

CAPÍTULO IV

LA PERIODIFICACION DEL DESARROLLO ECONOMICO EN LA COMUNIDAD PRIMITIVA Y EN EL ESCLAVISMO

A) INTRODUCCIÓN

En el presente capítulo haremos una aplicación de los conceptos expuestos tanto en el segundo como en el tercer capítulo, esto es, que nuestro concepto del desarrollo económico se aplicará a la comprensión de los rasgos distintivos de la comunidad primitiva y del esclavismo, a través de los criterios de subperiodificación ya señalados.

La comunidad primitiva y el esclavismo representan dos formaciones antitéticas en una gran cantidad de aspectos, entre los cuales destacan fundamentalmente dos: las fuerzas productivas y las relaciones de producción. En lo que toca a las primeras, hay que manifestar que mientras más del 95% de la duración abarcada por la comunidad primitiva, discurrió por los senderos de una economía no productiva (recolecta), en cambio la sociedad esclavista se basó en una economía productiva (agricultura, ganadería, minería, navegación, etc.). Y en cuanto a las segundas, igualmente hay que señalar que la comunidad primitiva desconoció la existencia de clases sociales, en tanto que la sociedad esclavista encarna precisamente la primera formación social que las conoce, hasta el punto de haberle dado al período su nombre mismo. En cuanto a la duración de ambos regímenes económico-sociales, la comunidad primitiva remonta su origen a un millón o medio millón de años atrás, incluyendo a los homínidos, y a setenta

mil años atrás excluyendo a éstos y considerando solamente al *homo sapiens*.

En la comunidad primitiva la contradicción esencial fue aquella que enfrentó al hombre, mejor dicho al grupo, contra los peligros y amenazas, mezquindades y escaseces de la naturaleza o medio ambiente que le rodeaba, mientras que en el régimen esclavista los términos de la contradicción se invierten, pues mayor relevancia cobran las luchas del hombre contra el hombre, bajo la forma de lucha de clases. Desde un punto de vista eminentemente dialéctico, la aparición de la lucha de clases, como contradicción que sustituye a aquella otra encarnada en la lucha contra la naturaleza, representó un progreso porque, entre otros muchos aspectos, centró el problema del subsecuente desarrollo, planteándolo en términos puramente humanos. En tanto que la satisfacción de las necesidades materiales del hombre no es la meta perseguida por las sociedades clasistas, la contradicción con el medio geográfico no es la principal, pero en cuanto dicha satisfacción es planteada como meta fundamental —y esta meta sólo puede ser conscientemente perseguida y plenamente lograda por una sociedad socialista sin enemigos y que ha alcanzado además un alto desarrollo científico y tecnológico—, entonces la contradicción del hombre contra el medio geográfico se torna inevitablemente la principal.

B) SOCIOLOGÍA HISTÓRICA DE LA PERIODIFICACIÓN

Conforme hemos anotado ya, sólo nos ocuparemos de las formaciones económico-sociales que acabamos de indicar. Estimamos que, después de la lectura del presente capítulo, los interesados pueden muy bien intentar una aplicación consecuente de nuestras categorías y explicaciones a los períodos restantes del desarrollo de la sociedad humana: feudalismo, capitalismo y socialismo. Desde luego, somos conscientes de las imperfecciones de nuestro trabajo, constituyendo la principal la signficada por aquellos pueblos y culturas en las cuales la secuencia autocracia-democracia-imperialismo parece debili-

tarse. A remediar estas imperfecciones se encaminarán nuestros futuros esfuerzos.

1) *Comunidad primitiva*. De los muchos cientos de miles de años que duró este período, la transición del primate al hombre u *homo sapiens* insumió la mayor parte, pues los especialistas nos dicen que el fechado para esta última especie no va más allá de los 70,000 años atrás. El desarrollo operado antes de esta fecha produjo la primera gran revolución biológica, que no ha sido lo suficientemente apreciada debido al cúmulo de prejuicios de toda clase, revolución biológica que transformó al homínido en *homo sapiens*, merced a la incesante actividad del *homo faber*.

Desde el punto de vista arqueológico, la comunidad primitiva comprende el paleolítico, o fase del hombre de las cavernas; el mesolítico, o fase durante la cual acontece la exclaustración de ese mismo hombre cavernario; y, finalmente, el neolítico, fase en la cual la comunidad produce por primera vez sus medios de subsistencia, mediante la agricultura simple y la cría de animales. En el neolítico superior o final se producen ya cambios, más o menos notables, que indican el tránsito a la forma social del esclavismo.

Las fuerzas productivas durante todo el paleo-mesolítico fueron extraordinariamente modestas, pues ninguna de ellas posibilitó la producción activa y artificial de los medios de subsistencia. La debilidad de los individuos frente a los peligros de la naturaleza determinó el trabajo común, el trabajo cooperativo, fenómeno éste que explica la naturaleza aclasista de la comunidad primitiva.

Hasta aquí llegan los análisis de la ciencia social contemporánea, tanto de la burguesa occidental como de la socialista. No obstante, estimamos que con esto no se ha dicho todo de la comunidad primitiva.

En efecto, si bien es cierto que esta fase desconoció el régimen de clases, ello no significa que la explotación no existiese. Afirmamos que la explotación de la mujer precedió a la explotación de clases. El trato que los varones infirieron al sexo femenino fue tanto más duro dondequiera que la caza de animales fuertes constituía la princi-

pal fuente de subsistencia del grupo. Los mayores aportes del sexo masculino a la economía estaban representados no sólo por la cantidad de presas sino, sobre todo, por la calidad de éstas, cuyo contenido alimenticio es indudablemente superior al de los productos vegetales recolectados por la mujer en aquellos tiempos.

Pruebas documentales del trato cruel inferido por el varón a la hembra son ofrecidas por los autores, entre otros por F. Müller-Lyer.¹ El trato cruel a que aludimos consistió en encargar a las mujeres la mayor parte de las tareas no vinculadas directamente con la caza: recolecta, acarreo de agua y leña, construcción y demolición de las viviendas, preparar las pieles, fabricar los vestidos, remar en la canoa, cargar con todo el ajuar en las errancias continuas, alimentar el fuego, recoger el botín de caza, etc. Todo esto aparte naturalmente de las tareas propias de su sexo: cargar a los hijos, lactarlos y criarlos.

Müller-Lyer enumera los factores que labraron el menosprecio de la mujer en los pueblos cazadores: 1) la mayor fortaleza física del varón, particularmente relevante en una época en que los atributos de fuerza y destreza son los más exigidos; 2) embarazo y lactancia de la prole, que tenían que traducirse inevitablemente en un menor rendimiento de la mujer; 3) la caza como ocupación dominante y exclusiva o casi exclusiva del varón, y que elevó su importancia social; 4) el carácter rudo, violento y cruel de los cazadores; 5) la indolencia de los pueblos elementales que hace que los hombres dejen a las mujeres los trabajos que ellos podrían hacer; 6) el rapto y exogamia de mujeres, que las dejan sin la protección de sus respectivos grupos; y 7) la organización de los varones que contrasta con el aislamiento en que viven las mujeres.²

En la primera división del trabajo que conoció la sociedad humana —la división del trabajo atendiendo a los sexos—, salió perdiendo la mujer.

¹ "La familia", *Revista de Occidente*, Madrid, 1930, p. 88.

² *Op cit.*, p. 85. El cazador consideró signo de degradación hacer las tareas reservadas habitualmente a la mujer, incluso las relacionadas con el recojo de los animales cazados. Era indigno asimismo que la mujer y sus hijos comieran junto con el padre, debiendo hacerlo después de él.

El mismo autor refiere el testimonio del viajero Samuel Hearne, a quien un caudillo de la tribu americana de los chippewäe hizo la siguiente confesión (p. 85):

Las mujeres han sido creadas para el trabajo. Una sola puede transportar o halar tanto como dos hombres. Ellas arman nuestras tiendas, hacen nuestros vestidos y los remiendan y nos procuran calor durante la noche. En nuestro país no se puede prescindir de ellas para un viaje largo o continuado. Lo hacen todo y cuestan poco; pues como ellas guisan siempre, pueden darse por satisfechas, en los tiempos de escasez, con chuparse los dedos.

En la fórmula: "Lo hacen todo y cuestan poco" se encierra con notable precisión el secreto de la explotación universal.

El desprecio que las comunidades preclasistas tuvieron por el trabajo de la mujer equivale al desprecio que las sociedades clasistas tuvieron por el trabajo de los esclavos. Y así como en éstas la mano de obra esclava era obtenida por la rapiña, el raptó y el cambio, del mismo modo en aquéllas la mano de obra femenina era reclutada a menudo mediante procedimientos análogos. La mujer fue la primera categoría explotada.

En una obra de juventud,³ Marx y Engels escriben lo siguiente:

La división del trabajo tiene su precedente en la familia. Componiéndose ésta de numerosos miembros, natural es que cada uno de ellos tome a su cargo quehaceres diferentes. Se produce también debido a que la sociedad se deshace en diversas familias contrarias entre sí.

³ *Ideología alemana*, Editorial Vida Nueva, Buenos Aires, 1958, p. 52. Más tarde, sin embargo, el propio Engels decía: "Una de las ideas más absurdas que nos ha transmitido la filosofía del siglo XVIII es la de decir que en el origen de la sociedad la mujer fue la esclava del hombre" (*Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*; Claridad, Buenos Aires, 1946 p. 53). Evidentemente no fue una idea absurda. También es excesivo este otro juicio del mismo Engels, contenido en la misma página: "Entre todos los salvajes y entre todos los bárbaros de los estadios medio e inferior, y en parte hasta entre los del estadio superior, la mujer no sólo tiene una posición libre, sino también muy considerada". Enjuiciando luego los relatos de los viajeros y misioneros acerca de los trabajos con que los pueblos salvajes y bárbaros abrumaban a la mujer, puntualiza algo que indudablemente no puede aceptarse: "La división del trabajo entre los dos sexos, depende de otras causas que nada tienen que ver con la posición de la mujer en la sociedad" (p. 54).

La división del trabajo comporta que se distribuyan de manera desigual—tanto cuantitativa como cualitativamente—el trabajo y sus productos: la propiedad, pues. Esta última—como la división del trabajo, cuya consecuencia es—ya tiene su germen, su primera forma, en la familia, donde la mujer y los hijos son esclavos del marido. La esclavitud—cierto que todavía muy rudimentaria y en estado latente—en el seno de la familia es la primera forma de la propiedad; forma que ya satisface en un todo a la definición que de la propiedad dan los economistas modernos: la de ser la facultad de disponer del trabajo ajeno. A la luz de tal definición échase de ver que no andamos descaminados al reducir a una misma raíz los conceptos de división del trabajo y de propiedad.

Estos juicios, *mutatis mutandis*, pueden aplicarse también a la comunidad primitiva, muy especialmente a los pueblos cazadores.

Bernhard Stern, sociólogo norteamericano, presiente el mismo fenómeno al reconocer que en las economías recolectoras y cazadoras “prevalece una igualdad aproximada entre los sexos” y que “estas sociedades tienden a ser superficialmente patriarcales, a causa del relativo atraso de las mujeres en cuanto a conocimientos y aptitudes en comparación con los de los hombres, lo que determina una menor importancia económica de las mujeres”.⁴

Pero, socialmente hablando, es axiomático que una minusvalía económica engendra correlativamente una minusvalía social y política.

Ernest Groose, por su parte, nos ofrece el siguiente cuadro clasificatorio de los pueblos cazadores, pastores y agricultores: 1) cazadores inferiores (bosquimanos, vedas, fueguinos, esquimales y australianos), en los que domina la familia patriarcal; 2) cazadores superiores (los del noroeste americano y los de Kamchatka), que mantienen también la familia patriarcal; 3) pastores (kirguises, mogoles, tibetanos, árabes), en los que la autoridad del hombre aumenta y se acentúa el carácter patriarcal de la familia; 4) agricultores inferiores (Malasia, Melanesia, indios de Norteamérica), en los cuales el parentesco se computa, ya por línea agnática, ya por línea uterina; y 5) agricultores

⁴ “Algunos aspectos del materialismo histórico” (ensayo incluido en el libro *Filosofía del futuro*, Compañía General de Ediciones, S. A., México, 1951, p. 392).

superiores (griegos, romanos, eslavos, germanos, hindúes, chinos, japoneses), en los que el dominio del varón alcanza su más alto grado, conforme lo ilustra a cabalidad la familia patriarcal romana.⁵

Gordon Childe, lamentablemente, no trata en detalle este problema, pero en sus dos obras que llevamos citadas alude a un hecho que bien podría abonar en nuestro favor. Al citar los hallazgos de figurillas de mujer talladas en piedra o marfil o modeladas en arcilla o ceniza, anota que los rasgos o caracteres sexuales están exagerados pero que la mayoría de tales figuras carece de rostro. Estas dos circunstancias estarían probando que la mujer contaba solamente como elemento de cópula.

Pero esto no es todo. En el mesolítico,⁶ las fuerzas productivas de la comunidad primitiva se incrementaron, destacando la domesticación del perro y la fabricación de trineos. Refiriéndose a los patines de trineo encontrados en la turba mesolítica de los pantanos finlandeses, Childe estima que tal vez constituyan los vehículos más antiguos de cuantos se han conservado.

Ahora bien, una cosa es que el perro fuese aprovechado por los varones en sus expediciones de caza, pero otra muy distinta es el problema implicado en el proceso de su domesticación. Podemos suponer que la mujer fue la autora de este proceso, debido justamente a que la crianza y alimentación de los cachorros fueron tareas que forzosamente tuvieron que estar a su cargo. Incluso existen testimonios probatorios, obtenidos en las tribus australianas, conforme a los cuales el amamantamiento de los cachorros es efectuado por las mismas mujeres, conociéndose muchos casos de padres que matan a sus propios hijos para que las madres puedan lactar a los perros europeos cazadores

⁵ Reproducido por Armand Cuvillier en su *Manual de sociología*, Librería Editorial "El Ateneo", Buenos Aires, 1956, p. 454 s.

⁶ El paleolítico fue la época del hombre de las cavernas, mientras que el mesolítico nos muestra ya "pequeños grupos diseminados por la vasta selva, al campo raso, en las costas de mares y lagunas, y a lo largo de las márgenes de los ríos, cazando animales salvajes, aves silvestres y peces" (Childe, *Qué sucedió...*, p. 50). La exclaustación del hombre de las cavernas fue posible merced al derretimiento de las tundras heladas, que marcaron el fin de la Era Glacial. Debjó operarse entonces la adaptación al nuevo ambiente cálido. La brillante cultura del magdaleniense, que floreció en el paleolítico superior, desapareció cuando la selva invadió la estepa.

de canguros (Oldfield). La considerable estima que los pueblos cazadores dispensaron al perro está ilustrada por una observación hecha por Darwin entre los fueguinos meridionales de América del Sur, quienes dan muerte a las ancianas antes que a sus perros porque, según dicen, "las viejas no sirven para nada, mientras que los perros cazan las nutrias".

Por lo que respecta a los trineos halados por perros, se sabe que en la actualidad son utilizados por varios pueblos pero, sobre su empleo en el remoto pasado, lo que hay son más que todo conjeturas. Así, por ejemplo, Childe supone que en razón de haberse apegado el perro al hombre mucho antes de la domesticación de vacas y ovejas, "los trineos tirados por perros deben ser más antiguos que las carretas y narrias tiradas por bueyes". Por su parte, el profesor Mauro Olmeda refiere que en el nuevo mundo el perro es un animal de caza y de tiro entre los esquimales e indios de las llanuras, mientras que en el viejo mundo este mismo animal es utilizado también en la caza, en el tiro y eventualmente en la alimentación.⁷

Asumiendo que en el mesolítico se hubiese utilizado ya el trineo halado por perros, se plantearía el problema de investigar quién concibió y llevó a la práctica su utilización. En la línea de pensamiento en que trabajamos no sería errado suponer que la mujer no sólo domesticó al perro sino que también descubrió y concibió el trineo.

En cuanto al primer extremo—domesticación del perro—Childe refiere que el punto de partida habría sido la tendencia mostrada por este animal de acercarse a los basurales situados en las proximidades de las viviendas, a fin de buscar su alimento entre los desperdicios de la cacería y residuos de las comidas. También podría suponerse toda una serie de hipótesis igualmente viables: que una hembra preñada caía en cautiverio, que el hombre o la mujer encontraban crías aban-

⁷ Para nosotros resulta un tanto extraño que no se haya prestado la debida atención al problema de la domesticación del perro y a su empleo como animal de tiro en el trineo. Esta extrañeza aumenta si se tiene en cuenta que la etapa subsiguiente, denominada neolítico, se caracterizó justamente por el descubrimiento de la agricultura y por la domesticación en gran escala. ¿Acaso la experiencia de la domesticación del perro no fue aprovechada en la domesticación de otros animales?

donadas, etc. Sea como fuere, lo cierto es que el criterio de protección constituye, como bien lo subraya Herskovits, el punto de partida de la domesticación de animales en general, porque sólo así es posible "sustituir la selección natural por la artificial".⁸ Lógicamente, los problemas implicados en la transformación de una especie salvaje, a menudo peligrosa, en una especie doméstica y servil, debió resolverlos más que todo la mujer cuyos poderes de observación eran mayores que los del varón, así como también lo eran su paciencia, diligencia y tiempo disponible. Súmese a todo esto cierta inclinación natural, en virtud de la cual el sexo femenino hace extensiva a las crías el mismo afecto que dispensa a sus propios hijos.

Una vez domesticado, también la mujer, y no sólo el hombre, lo habría llevado como acompañante en sus tareas de recolección, tanto para protegerse como para ayudarse a localizar frutos y animales pequeños comestibles.

Y por lo que respecta al segundo extremo—trineo jalado por perros—hay que tener presente el hecho aceptado de que la mujer era quien cargaba los bultos y que, prácticamente, se comportaba como bestia de carga. ¿Qué inconvenientes habría entonces para aceptar que fue ella quien urdió el primer vehículo arrastrado por la fuerza motriz canina? ¿acaso no se reconoce por muchos autores que la necesidad de aliviarse de los trabajos rudos es un factor que impulsa el progreso de las fuerzas productivas?

En las relaciones de producción, acota Marx, los hombres no

⁸ Herskovits escribe: "Es el hombre quien construye empalizadas, o jaulas, o emplea otros procedimientos para impedir su errabundez. Les provee de alimento, a menudo tan diferente del que comían sus antepasados salvajes o del que comen las actuales formas salvajes afines, como la galleta del perro lo es de la presa del lobo. Construye cuadras y otras clases de refugios que los protegen contra la intemperie y vigila para que no hagan presa en ellos los animales salvajes. Finalmente, y sobre todo si la domesticación es rigurosa, vigila también para que un emparejamiento casual no perturbe la continuidad de las líneas puras que él ha desarrollado, a menudo a expensas de cualquier valor de supervivencia que el animal pudo haber tenido originalmente. Esto es especialmente significativo. Si alguna palabra hay que resuma los criterios de domesticación y las condiciones de vida de los animales domesticados, es la de *protección*. Y solamente la protección permite sustituir la selección natural por la artificial" (*El hombre y sus obras*, p. 165). El autor hace extensivo al hombre el proceso de la domesticación, estimando que "Gracias a sus propensiones culturales, el hombre ha sido capaz de hacer consigo mismo, sin darse cuenta, lo mismo que ha hecho en los animales mediante la domesticación" p. 165).

actúan solamente *sobre la naturaleza*, sino que actúan también *los unos sobre los otros*, los mismo que no pueden producir sin asociarse de *cierto modo*. Para producir, prosigue diciendo el mismo pensador, los hombres contraen *determinados vínculos y relaciones sociales*, y *sólo a través de éstos es como se relacionan con la naturaleza*.

Esta formulación no tiene por qué aplicarse sólo a las sociedades fundadas en cualquier tipo de economía productiva. También es válida, *mutatis mutandis*, para la comunidad primitiva: en el seno de ésta la relación con la naturaleza *presupone* que entre los hombres y las mujeres existían ya determinados vínculos y relaciones sociales, representados por la subordinación de las últimas a los mandatos autocráticos de los primeros.

Por consiguiente, durante todo el paleo-mesolítico o, lo que es lo mismo, durante la primera fase de la comunidad primitiva, las relaciones económicas se vaciaron en el molde de la autocracia masculina.

Desde luego el predominio del varón no reconoció como causa su mayor fortaleza física. Admitir tal cosa significaría resbalar por el plano inclinado de las explicaciones sociobiológicas. El predominio citado tuvo como causa simplemente el hecho de que el hombre constituyó en aquella época la principal fuerza productiva de la comunidad, porque aportó a la economía del grupo mayor variedad, en cantidad y calidad, de medios de subsistencia (carne, pieles, armas, utensilios, etc.), así como de medios de defensa. El tipo de desarrollo económico peculiar en ese entonces cotizó el vigor físico, la destreza, la fuerza y la agilidad, atributos que el varón poseía en grado eminente. Pero la mejor prueba de que la causa del predominio del sexo masculino no fue su equipo biológico superior, la tenemos en el hecho de que en la fase subsiguiente de agricultura de azada, el péndulo del predominio osciló hacia la mujer, y sin embargo el hombre seguía siendo, indudablemente, más fuerte que ella.

La lucha de la mujer contra la autocracia masculina no revistió seguramente el carácter de una lucha abierta y franca. Tal cosa era imposible y habría significado además su exterminio brutal. La lucha,

tiene que haber asumido otras formas, de las cuales la principal, a nuestro juicio, consistió en los esfuerzos desplegados por la mujer para aliviar, en primer término, su triste condición de bestia de carga mediante la invención de artefactos, como el trineo, por ejemplo, y para producir, en segundo lugar, algo que le permitiese disputar al hombre la soberanía económica. La invención del trineo habría constituido la cristalización del primer esfuerzo, mientras que la invención de la agricultura materializó el segundo, pero ya en esta fase la sociedad ha superado su condición de parásita de la naturaleza, para ingresar de lleno por los senderos de la economía productiva, que marca el advenimiento de la primera gran revolución económica de la humanidad.

El trabajo de la mujer en el paleo-mesolítico, por su carácter cuantitativo de prolongado y por su carácter cualitativo de rudeza, fue evidentemente un plustrabajo, sólo que este plustrabajo no podía asumir la forma de plusproducto, dadas las condiciones en que era rendido. *El plustrabajo, por tanto, fue anterior al plusproducto.* La debilidad de las fuerzas productivas no posibilitó la obtención de excedentes, o plusproducto, y en consecuencia no existió ninguna base para la escisión de la sociedad en clases, razón por la cual la comunidad primitiva se mantuvo siempre dentro de los límites de una formación económico-social aclasista, pero cuya naturaleza fue por entero compatible con la explotación de la mujer.

En resumen, dentro de nuestro esquema de periodificación de la comunidad primitiva, podemos formular del modo que sigue la ley que rigió el desarrollo económico durante el primer período de dicha formación económico-social: los mayores aportes a la economía y a la defensa del grupo corrieron a cargo del varón, por cuya razón su predominio se tradujo en un comportamiento autocrático con respecto a la mujer, la misma que fue obligada a rendir un plustrabajo que no se cristalizó en la obtención de plusproducto dada la debilidad general de las fuerzas productivas; el rendimiento del plustrabajo por parte de la mujer operó como un estímulo poderoso para que ésta se esforzase

en evitarlo mediante el perfeccionamiento de las fuerzas productivas implicadas y utilizadas justamente en el campo de actividad en que más se le exigía trabajo excesivo, conforme lo prueba la invención del trineo, elemento con el cual buscó un alivio a su condición de cargadora de bultos; finalmente, en el mismo empeño de evitar que a sus expensas resolviese el varón el problema de la disminución de la caza y la pesca, la mujer fue conducida por la vía de mejores descubrimientos, con los cuales habría de disputar exitosamente la soberanía económica del varón, y entre los que el más importante fue el descubrimiento del cultivo.

En una forma más breve, la misma ley podría enunciarse así: las relaciones de producción encarnadas en la autocracia masculina constituyeron durante el paleo-mesolítico el principal motor de desarrollo de las fuerzas productivas, cuyo incremento cualitativo por parte de la mujer sometida habría de poner término al dilatadísimo período de la economía asentada en la recolección, caza y pesca.

Si las relaciones de producción correspondientes a las fuerzas productivas de la comunidad paleomesolítica, asumieron la forma de autocracia masculina, en la fase subsiguiente del neolítico esas mismas relaciones asumieron una forma opuesta, a la cual denominamos democracia femenina y que representa el segundo momento característico de la comunidad primitiva en nuestro esquema de periodificación.

El proceso de liberación de la mujer acontece de modo general en las culturas neolíticas agricultoras, siendo más efectivo dondequiera que la comunidad practicase con exclusividad el cultivo.

Según Childe, el descubrimiento de la agricultura y la domesticación de animales⁹ fueron obra de la mujer, pudiendo atribuírsele también "la química de la fabricación de cacharros, la física del hilado, la mecánica del telar y la botánica del lino y el algodón".

Por lo que toca al cultivo, su descubrimiento estuvo directamente correlacionado con sus habituales ocupaciones de recolección de espe-

⁹ *Qué sucedió...*, cap. III. Refiriéndose al neolítico serrano en el Perú, Emilio Choy escribe: "Aunque la vanidad masculina se resienta, tenemos que conceder esta parte del mérito de la domesticación de los animales a la mujer andina". (*Op. cit.*, p. 172).

cies vegetales, especialmente semillas, y por lo que respecta a la domesticación habría que asumir que en el fondo no constituyó un fenómeno súbito, sino más bien la continuación de un proceso originado en el mesolítico con la domesticación del perro. La incorporación de este animal tuvo necesariamente que traducirse en un aumento de conocimientos y experiencias que luego se aprovecharon ventajosamente en la domesticación de otras especies.¹⁰

La nueva economía productiva hizo nacer el régimen gentilicio en cuyas primeras fases predominó el sexo femenino. Los indios iroqueses de América del Norte representan el mejor ejemplo de organización gentilicia de carácter matriarcal. Los estudios de Lewis Morgan, el formidable evolucionista, muestran el funcionamiento de la economía de esta tribu.

Pese a las discusiones suscitadas en torno a la existencia de una economía matriarcal, la evidencia de los mismos hechos no puede ser descartada. Los criterios histórico y lógico se aunan para demostrar que fue una realidad el desarrollo económico llevado a cabo por el sexo femenino en la fase del neolítico agrícola-ganadero, debiendo reconocerse además que "la comunidad primitiva alcanzó su florecimiento bajo el matriarcado", florecimiento no sólo económico ciertamente sino también social y político.¹¹ La mujer dejó sentir su influencia en todos los campos de la cultura material y espiritual de la comunidad.

De este modo, a su título biológico de productora de la especie humana la mujer agrega otro, el de productora económica.

¹⁰ Es muy significativo el juicio de H. Sieveking en el sentido de que "Los plantadores de agrupaciones matriarcales llegaron a adorar al perro, que para ellos había llegado a ser exponente de un mundo demoníaco exaltado". (*Historia económica universal*, Ediciones D'Milagro, México, D. F., 1943, p. 13). El neolítico matriarcal no podía evidentemente olvidar todo lo que debía a este animal domesticado en una fase anterior.

¹¹ Bernhard Stern, sociólogo norteamericano ya citado, asevera que la característica especial de los pueblos agrícolas es la "elaboración de la autoridad de la madre", y que a consecuencia del desarrollo de la agricultura realizado por las mujeres, adquieren éstas "mayor poder económico y por tanto mayor importancia social y a esta circunstancia se debe que muchos pueblos agrícolas, aunque no todos, sean matrilineales" (*Op. cit.*, p. 392s.). El autor, en forma consecuente, deduce la importancia social de la importancia económica, pero esta consecuencia no la observa cuando se refiere a la situación de la mujer en los pueblos cazadores, en los cuales expresa que ella tenía sólo menor importancia económica, callando la menor importancia social. Según vimos oportunamente, lo que calla Stern es fundamental para nuestro punto de vista.

Sin que en lo fundamental se altere el régimen acasista de la comunidad primitiva, las relaciones de producción correspondientes al segundo período de esta formación social reflejan los cambios inducidos por las nuevas fuerzas productivas materiales y humanas.

Un punto que estimamos de mucha importancia en la sociología del desarrollo económico en la fase neolítica es el siguiente: la revolución económica a que venimos refiriéndonos no fue realizada por las comunidades paleomesolíticas más avanzadas, por ejemplo, los magdalenenses de Francia, sino, por el contrario, por "grupos más humildes que en el lejano sur habían creado culturas menos especializadas y menos brillantes" (Childe). La aplicación apresurada de criterios únicamente lógicos, con exclusión de los criterios históricos, nos lleva indudablemente a sustentar que el progreso sólo puede darse en aquellos grupos que marchan a la vanguardia del desarrollo y no en los que marchan rezagados. Sin embargo, la realidad demuestra justamente lo contrario: los ulteriores avances de tipo cualitativo tienden a producirse en los pueblos y sociedades que distan mucho de estar a la vanguardia del desarrollo económico. *Según todas las apariencias, ésta parece ser una ley general del desarrollo.*

En efecto, la revolución neolítica es el primer caso histórico y la revolución socialista el último, hasta el presente. Ninguna de ellas ocurrió en los pueblos más avanzados. Por consiguiente, el principio leninista del triunfo de la revolución proletaria en las naciones no forzosamente más adelantadas, constituye un caso particular de la ley general.¹²

La emancipación de la mujer en las sociedades agrícolas y ganaderas del neolítico bárbaro devino ilusoria en los pueblos exclusivamente pastores, que también datan de la misma época. En ellos, por el contrario, se acentuó el carácter patriarcal y la autoridad masculina; pero si esto fue así la razón hay que buscarla simplemente en el hecho de que existen grandes similitudes entre los modos de vida practicados

¹² En el esclavismo aconteció otro tanto: la continuación del primer período de la esclavitud no se efectuó ni en Egipto ni en Mesopotamia, que fueron los centros más adelantados en ese entonces, sino en otras culturas más humildes,

por los cazadores y los pastores: nomadismo, belicosidad, consumación de actos depredatorios, etc.

Sin embargo, la coexistencia de pueblos agricultores y pastores no refuta el principio de la democracia femenina que sustentamos como característica del segundo período de la comunidad primitiva paleo-mesoneolítica, y no lo refuta justamente porque el cultivo, comparado con el pastoreo, significa una forma superior de economía en base al mayor caudal cuantitativo y cualitativo de fuerzas productivas que aporta, máxime que cuando se habla de cultivo se alude a la agricultura mixta o combinación de producción agrícola y producción ganadera.

Esta superioridad de las fuerzas productivas no engloba solamente a la tecnología sino también a los trabajadores, cuya actividad agrícola y ganadera supone evidentemente un grado mayor de organización, conocimientos y experiencias en relación con la actividad de los pueblos pastores, que reproducen en una escala superior los procedimientos antiguos de la recolección y la caza, conforme lo ilustra el proceso de la búsqueda de pastos para alimentar el ganado. Los avances en el sistema de la propiedad privada, obviamente, ocurrieron primero entre los pueblos pastores antes que en los cultivadores. En realidad, el pastoreo fue una actividad que tuvo su punto de partida en el conocimiento previo de la agricultura, de la cual se segregó posteriormente.¹³

El tercer período en el desarrollo económico de la comunidad primitiva está representado por una fase compleja de transición hacia una forma social superior, que fue la sociedad esclavista cuya aparición demandó una reorganización radical de las fuerzas productivas, cuantitativa y cualitativamente incrementadas, así como de las relaciones de producción hasta entonces vigentes. Veamos, pues, en qué consistió esta fase de transición.

¹³ Gordon Childe señala tres corrientes teóricas en cuanto a la aparición del cultivo y a la aparición de la cría de animales: la que sostiene la prelación del cultivo sobre la cría, la que defiende el origen independiente de cultivo y cría y la que sustenta la prelación de la cría o pastoreo puro sobre el cultivo. "Simplemente con propósitos de exposición, agrega Childe, adoptaremos aquí la primera teoría" (*Los orígenes...*, p. 86). Una exposición didáctica del problema puede verse en Mauro Olmeda (*Sociedades precapitalistas*, II, Mauro Olmeda Editor, México, 1960, cap. IV, pp. 104-151).

Antes que nada hay que subrayar las limitaciones de la agricultura neolítica: su carácter incipiente, en el sentido de que no era un cultivo de regadío ni de arado tirado por bueyes, y el autoabastecimiento y la falta de especialización, que mantenían a los aldeanos neolíticos prácticamente incomunicados con el mundo exterior.

Por lo que respecta a la agricultura incipiente,¹⁴ su carácter rudimentario determinaba un agotamiento prematuro de la fertilidad del suelo, hecho que provocaba las migraciones periódicas en busca de nuevas tierras vírgenes. Este nomadismo agrícola, a nuestro juicio, configuró un tipo de expansión al cual nos atrevemos a calificar como "imperialismo neolítico de subsistencia", puesto que su causa no era el lucro ni la explotación de los grupos vencidos. Sea que la expansión se efectuase a expensas de los salvajes recolectores sobrevivientes, o a costa de otras aldeas neolíticas, cuyos suelos de cultivo y pastos eran ambicionados, lo cierto es que los atacados no se sometían pasivamente a la expulsión o extinción, sino que a menudo oponían resistencia. La arqueología revela que en las fases posteriores del neolítico europeo, los objetos más abundantes en las tumbas son armamentos (hachas de combate y dagas de pedernal). En la Europa central y septentrional, según Childe, casi vemos nacer el estado de guerra de todos contra todos a medida que escaseaba la tierra desocupada de fácil cultivo. Lógicamente, la lucha armada tenía que traducirse en una disminución de la especie humana, de tal suerte que si tomamos el aumento de la población como criterio objetivo del progreso, entonces estaríamos obli-

¹⁴ Se conoce con el nombre de sistema o cultivo de roza al que se limita únicamente a sembrar, recoger la cosecha y ejecutar alguna otra operación muy simple. En las regiones boscosas se empieza por talar los árboles a fin de dar luz a las plantas y eliminar las hierbas y malezas. El abonamiento del suelo se obtiene quemando los árboles y ramas. En seguida se siembra utilizando el bastón plantador, realizándose periódicamente escardas con una azada. Un sistema más avanzado que la agricultura de azada o de rozada es el cultivo de barbecho que también se inicia con la tala y quema de la vegetación existente, pero la diferencia radica en que una parte del suelo se deja descansar durante un año, quedando limpia de hierba y de parásitos que se alimentan del cultivo principal o de la vegetación espontánea. El cultivo de barbecho surge entre los cultivadores establecidos y está vinculado al empleo del arado. Exposiciones detalladas del cultivo de roza y de barbecho pueden verse en Mauro Olmeda (*Sociedades precapitalistas*, II, pp. 61-82) y en Angel Palerm y Eric Wolf ("La agricultura y el desarrollo de la civilización en Mesoamérica", *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*, Volumen 1, Número 2, Unión Panamericana, Washington, 1961, capítulos I y III).

gados a aceptar que la perpetuación del nomadismo agrícola neolítico distaba mucho de garantizar el avance continuado. En un plano sociológico más general, es evidente que no puede hablarse de solución racional de un problema si ella se realiza a expensas de otros individuos, grupos o naciones.

En cuanto a la segunda limitación de la economía neolítica, representada por el autoabastecimiento "de que tanto se jactaba la aldea bárbara", subraya Childe, que las expectativas del grupo podían ser frustradas por acontecimientos ajenos a su dominio, tales como sequías, inundaciones, tempestades, heladas, plagas, granizadas e, incluso, desastres locales. En todos estos casos, las reservas almacenadas no bastaban sobre todo si las calamidades se sucedían con frecuencia. La situación en épocas normales era algo distinta, aunque no radicalmente: las familias, a las cuales se les asignaba anualmente parcelas de cultivo, no tenían alicientes que las estimularan a producir más allá del círculo estrecho de sus necesidades, incluyendo las reservas para la próxima cosecha (granos, herramientas, etc.).

La situación se agravaba más aún si, a causa de la explotación de suelos particularmente fértiles, la población crecía con rapidez. El subsiguiente agotamiento de la fertilidad ponía en un disparadero a todo el grupo que debía nuevamente emprender la migración con renovados bríos.¹⁵

De no ocurrir cambios en la tecnología ni en la organización del trabajo, el porvenir de las comunidades neolíticas podía anticiparse con relativa facilidad: el estancamiento, si no la decadencia. Los culti-

¹⁵ Aunque sea de un modo imaginario puede suponerse la viabilidad de aplicación del principio formulado por Josué de Castro, en virtud del cual una dieta predominantemente vegetariana acelera la multiplicación de la especie. Los cultivadores neolíticos, entonces, habrían sido comunidades relativamente populosas merced a su tipo de dieta predominante, lo que no ocurrió con las tribus de pastores, de volumen demográfico indudablemente inferior. De esta manera se aclararía también el papel del aumento de la población en el desarrollo económico: una vez incrementado el número de bocas, la economía se ve urgida a producir más alimentos, pero si por cualquier causa no puede hacerlo—tal habría sido el caso del cultivo neolítico más primitivo—, entonces se generaría la presión demográfica sobre los medios de subsistencia. Esto vale incluso para nuestra época en las regiones atrasadas.

vadores neolíticos de nuestra época constituyen un ejemplo claro de estancamiento.

En realidad, en el seno de las comunidades neolíticas habían ocurrido ya algunos cambios importantes: uno de ellos fue la segregación de las tribus dedicadas al pastoreo, que ya hemos señalado, y el otro fue el debilitamiento de la organización gentilicia, vale decir, de las relaciones colectivistas de producción, surgiendo gradualmente las grandes familias patriarcales y dentro de ellas, en una fecha posterior, núcleos familiares aislados, los mismos que convirtieron en propiedad suya los instrumentos de producción, los utensilios domésticos y el ganado. Esta es la figura del "cultivador libre del neolítico" de que nos habla a menudo Gordon Childe. La nueva comunidad rural sustituye a la comunidad gentilicia, sin que por consiguiente los vínculos que unen a los individuos sean ya los del parentesco. Esto significa que las relaciones de producción comunales anteriores han evolucionado en la dirección de una individualización de carácter familiar. Desde luego, la evolución no se produjo en los medios de producción más importantes, tales como bosques, praderas, aguas, etc. Un lugar intermedio en esta evolución estuvo seguramente representada por la propiedad del suelo cultivado. En otras palabras, la propiedad *personal* habría antecedido a la propiedad privada, entendida esta última como el monopolio de aquellos bienes que permite a un sector de la sociedad explotar el trabajo ajeno.

Sobre la base de las fuerzas productivas ya creadas (trabajo familiar), era inevitable que a la larga deviniese superfluo el reparto periódico de las tierras de labor y que cada familia se habituase a considerar como suya la que realmente cultivaba. Lógicamente entonces los cultivadores familiares habrían encaminado sus esfuerzos hacia una mayor producción en el entendido de que los frutos de ellos tenían que revertir en su propio provecho.

Vistas así las cosas es fácil imaginar el curso ulterior: forzosamente los rendimientos de la producción no han podido ser iguales en las distintas economías familiares parcelarias, y con seguridad algunos

miembros de la comunidad se vieron particularmente favorecidos en la distribución de tierras, herramientas y ganado. Nos referimos concretamente al patriarca del grupo que, en la persona del sacerdote, había reemplazado al antiguo mago o shaman de los pueblos cazadores.¹⁶

La comunidad neolítica era muy supersticiosa por la misma dependencia en que se hallaba respecto de las fuerzas de la naturaleza, a las cuales no podía controlar. Ella carece de la virilidad y coraje que encontramos entre los pueblos cazadores. Sus miembros son más humildes y temerosos de todo cuanto pueda influir de modo desfavorable sobre la producción de la tierra y la cría de animales. El grupo, entonces, se esfuerza en congraciarse con la divinidad a la cual atribuye la responsabilidad de todas las catástrofes que ocurren a su economía productiva. Llega a creer que los dioses están enojados y que hay que aplacar su ira. La figura del sacerdote es precisamente la que debe encargarse de fungir como intermediario entre el grupo y los poderes divinos. Pero naturalmente, no bastaban los ruegos, las súplicas y las invocaciones, sino que éstas debían ir acompañadas de ofrendas, tanto más numerosas y frecuentes cuanto más urgentes eran los favores implorados a la divinidad. Síguese de aquí entonces que la comunidad debía sostener no sólo a los sacerdotes sino también a las deidades. Esta doble manutención exigía la producción de excedentes apreciables. ¿Cómo obtenerlos dentro de los marcos de una economía neolítica que sólo fomentaba la depredación de los suelos cultivados y la destrucción de vidas humanas generada, esta última, por el nomadismo agrícola? Tal fue el problema que debió afrontar y resolver la comunidad neolítica, y con ella la sociedad humana como un todo, si es que quería progresar y superar sus propias contradicciones.¹⁷

¹⁶ El shaman o mago de los pueblos cazadores difiere del sacerdote, según lo expresa con todo acierto Emilio Choy, en que el primero *ordena* al animal dejarse cazar, mientras que el segundo *implora* a los dioses que hagan llover. El mago gesticula como un energúmeno, mientras que el sacerdote ruega con humildad. En las dos figuras mencionadas puede apreciarse de modo elocuente la distinción entre dos géneros de vida económica radicalmente distintos: la caza, que engendra un tipo humano violento e imperativo, y la agricultura, que genera un tipo apacible y humilde, al par que supersticioso. De modo general, las comunidades marcadamente agrarias son las que exhiben una mayor dosis de religiosidad.

¹⁷ Toda la literatura que hemos consultado sobre las características fundamentales

Esta situación sobreviniente puede expresarse utilizando nuevamente las dos categorías fundamentales de la economía: la organización familiar de las fuerzas productivas devino una traba que obstaculizó las constitución de relaciones de producción más avanzadas, las mismas que, encarnadas en la diferenciación creciente de la casta sacerdotal, demandaban una reorganización radical de las fuerzas productivas materiales y humanas, que funcionaban dentro de los marcos estrechos de la producción familiar, la cual de ninguna manera podía garantizar, de modo continuado y creciente, la obtención de excedentes.

Así como las relaciones de producción vigentes en el primer período de la comunidad primitiva, y que se tradujeron en la autocracia masculina, fueron el principal motor de desarrollo de las fuerzas productivas que culminaron en el descubrimiento de la agricultura y de la cría por obra de la mujer, asimismo, ahora el fenómeno viene a ser esencialmente análogo: sólo la constitución de nuevas relaciones de producción podía garantizar el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas familiarmente organizadas. Pero estas nuevas relaciones de producción existen ya *embrionariamente* en la fase de transición que nos ocupa, de tal manera que más exacto es hablar, no tanto de constitución sino de ampliación, generalización y consolidación de dichas relaciones de producción embrionarias.

Estamos ahora en condiciones de formular la ley general del desarrollo económico de la comunidad primitiva: a diferencia de lo que ocurre en las sociedades de clases, en las cuales son las nuevas fuerzas productivas las que exigen la constitución de nuevas relaciones de

de la fase de transición de la comunidad primitiva a la sociedad esclavista, dista mucho de arrojar una luz clara sobre este tema. Gordon Childe, por ejemplo, en sus dos libros citados se limita a decir que las contradicciones de la economía neolítica fueron superadas en el milenio o dos milenios que antecedieron al año 3000 a.C., cuando la sociedad descubrió y aplicó nuevas fuerzas productivas (riego artificial, arado tirado por bueyes, rueda, cobre, etc.), respondiendo así al reto de la sequía. Los manuales de la Unión Soviética, asimismo, tampoco analizan en detalle el problema, exhibiendo incluso gruesos errores y generalizaciones apresuradas. Finalmente, Mauro Olmeda, preocupado más que todo en destruir la tesis de Childe sobre la segunda revolución neolítica, tampoco aporta mayores luces. Quienquiera que se declare partidario del materialismo histórico está obligado a analizar prolijamente y *paso a paso* los fenómenos sociales refiriéndolos *siempre* a las fuerzas productivas y relaciones de producción, las leyes de cuya interdependencia debe constituir la meta *final* de la investigación.

producción, las que una vez establecidas se constituyen en el principal motor de desarrollo de aquellas fuerzas productivas, en la sociedad primitiva acasista en cambio son las relaciones de producción prevalecientes las que garantizan el ulterior desarrollo de las fuerzas productivas. En los regímenes de clase las viejas relaciones de producción frenan el desarrollo mientras que en los regímenes acasistas son las existentes las que lo estimulan o, lo que es lo mismo, en las sociedades de clases el factor dinámico del desarrollo son las nuevas fuerzas productivas, mientras que en las sociedades acasistas el factor dinámico del desarrollo son las relaciones de producción, y si en las primeras las viejas relaciones de producción obstaculizan el desarrollo, en las segundas por el contrario son las fuerzas productivas existentes las que lo traban.

Más brevemente aún: la posibilidad del desarrollo en una sociedad acasista depende de la ampliación y consolidación de las relaciones de producción *prevalecientes*, mientras que en una sociedad de clases la posibilidad del desarrollo depende de la ampliación y consolidación de las *nuevas* fuerzas productivas.

Y es que en realidad tiene que ser así por cuanto en un régimen estratificado, el paso de *una forma social a otra* supone la existencia de mejores fuerzas productivas, mientras que en un sistema no estratificado no hay tránsito de una forma social a otra sino tránsito de *un período a otro*, dentro de la misma forma social en desarrollo.

Marx está pues en lo cierto cuando concibe el desarrollo como una expresión de la obligada correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, pero esta correspondencia se obtiene de dos maneras: poniendo a tono las nuevas fuerzas productivas con nuevas relaciones de producción, cancelando las viejas, que es lo que ocurre en las sociedades de clases; y poniendo a tono las nuevas relaciones de producción con las nuevas fuerzas productivas, mediante una reorganización e incremento de las viejas hasta entonces existentes.¹⁸

¹⁸ Por no hacer esta distinción de las dos modalidades de correspondencia, los

Desde luego, nuestro planteamiento no contradice de ninguna manera el hecho de que las fuerzas productivas constituyen el aspecto principal del desarrollo, puesto que en la fase de transición del neolítico a la sociedad de clases, que estamos analizando, si los sacerdotes obtenían ya excedentes ello se debía a que las fuerzas productivas utilizadas eran capaces de generarlos; pero el problema es otro pues se refiere al papel que estas relaciones embrionarias de producción —materializadas en la concentración de tales excedentes en manos de los sacerdotes y otros individuos privilegiados— desempeñan en el desarrollo ulterior. Lógicamente aquí el crecimiento económico posterior tiene que reconocer como causa principal la extensión, generalización y consolidación de esas relaciones embrionarias o en germen.

Que nosotros sepamos, y hasta donde llegan nuestros conocimientos de la literatura marxista, ha sido Mao-Tse-tung el único que ha expresado con claridad este principio, aun cuando, por supuesto, no se refiere concretamente a la sociedad primitiva.¹⁹

Ahora bien, surge la pregunta: ¿en qué consistió la generalización y consolidación de las relaciones embrionarias de producción prevalentes en el punto culminante de la fase de transición de la comunidad primitiva a la sociedad esclavista? Este fenómeno consistió indudablemente en la subordinación gradual pero inexorable de todo el grupo a los intereses de los sectores civiles y, sobre todo, religiosos que fungían

académicos y profesores de la Unión Soviética se confunden, quedándose a medio camino. Así, por ejemplo, Konstantinov (*El materialismo histórico*, cap. III) generaliza la modalidad que se observa en las sociedades clasistas, omitiendo la otra, mientras que P. N. Fedoseiev (*Los fundamentos de la filosofía marxista*, cap. XIII) diluye su explicación hablándonos de un proceso de interdependencia entre el hombre y la naturaleza, así como del anhelo humano de aliviar la carga del trabajo y de aumentar los medios de subsistencia. Así resuelven el problema del motor de desarrollo de las fuerzas productivas.

¹⁹ Dice Mao Tse-tung: "Es verdad que las fuerzas productivas, la práctica y la base económica desempeñan por lo general el papel principal y decisivo. Quien niegue esto no es un materialista. Pero hay que admitir también que en ciertas condiciones, aspectos tales como las relaciones de producción, la teoría y la superestructura constituyen, a su vez, el factor principal y decisivo. Cuando las fuerzas productivas no pueden desarrollarse a menos que cambien las relaciones de producción, el cambio en las relaciones de producción desempeña el papel principal y decisivo" (*Sobre la contradicción*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1961, p. 39). Vale la pena subrayar que esta formulación del líder chino es enteramente distinta del principio conocido y unánimemente aceptado de la "acción recíproca". La primera se mueve en el campo de la causalidad, mientras que el segundo se mueve en el campo de la solidaridad de los fenómenos.

hasta entonces como dirigentes, después de haber sido sólo sus personeros, para devenir luego gobernantes y explotadores. Esta subordinación ciertamente estaba determinada por la necesidad de obtener excedentes cada vez mayores. Este plusproducto, indudablemente, sirvió para sostener no sólo a los jefes civiles y religiosos, así como a los "convidados de piedra" (deidades), sino también a los especialistas de toda clase o artesanos, a los soldados en caso de guerra y, en general, a todos aquellos que parcial o totalmente se habían desligado de los quehaceres agrícolas y ganaderos. A su turno la misma división del trabajo refuerza la necesidad de concentrar mayores excedentes, y así sucesivamente.

En seguida, aparece otro problema: ¿cuál es el hecho que va a permitir la extensión y consolidación de las relaciones de producción prevalecientes al término de la frase de transición que nos ocupa? Ese hecho fue el descubrimiento de la agricultura de regadío que, como es sabido, demandó el trabajo disciplinado e inteligentemente dirigido de grandes masas humanas. Hubo necesidad de avenar los pantanos por medio de tajeas, de construir diques para contener las inundaciones, de construir acequias y canales para conducir el agua, de despejar los matorrales y de exterminar a las bestias feroces. Todas estas obras implícitas en la agricultura hidráulica permitieron de hecho construir un medio artificial para el ulterior desarrollo de las sociedades orientales de Egipto, Mesopotamia, China, etc., y de las sociedades occidentales de América precolombina más avanzadas.²⁰

²⁰ Una periodificación de las eras de desarrollo, y que actualmente se usa mucho, es la de Julián Steward, para quien las fases son las siguientes: caza y recolección, agricultura incipiente, formativo, florecimiento regional, conquistas iniciales, edades oscuras, conquistas cíclicas, cultura de la edad de hierro y revolución industrial. De estas fases, corresponden a la fase de transición que nos ocupa el formativo y el florecimiento regional. Desde otro punto de vista, la periodificación de Julián Steward no se ajusta a los requerimientos de la metodología científica, por cuanto no indica los criterios conforme a los cuales la enuncia. Es así, por ejemplo, que la agricultura incipiente se puede correlacionar perfectamente con la caza y recolección, con la cultura de la edad del hierro y con la revolución industrial, pues todas ellas enfatizan en el criterio técnico-económico, pero de ninguna manera podrían compadecerse con el formativo, ni con el florecimiento regional, ni con las conquistas iniciales, ni con las edades oscuras, ni con las conquistas cíclicas, por cuanto éstas hacen hincapié en otros criterios, distintos de los técnico-económicos. Este defecto de categorización científica vuelve irrelevante y superficial la secuela de las fases del desarrollo propuesta por el autor mencionado.

Ciertamente sería falso suponer que la irrigación artificial surgió repentinamente y de la noche a la mañana. En realidad, habría tenido sus antecedentes en el riego natural y espontáneo: canales modestos y pequeños habrían sido ya construidos desde fuentes acuáticas apacibles o desde pozos naturales colmados por las lluvias o por inundaciones fluviales.

A estas alturas del desarrollo económico, la fase democrática de la comunidad primitiva, representada por la liberación de la mujer, ya no existe más.²¹ En adelante, las tareas propias de la civilización exigirán nuevamente el despliegue de esfuerzos que sólo el varón podía realizar.

La cronología para esta fase de transición está dada por el milenio o dos milenios que antecedieron al año 3000 a.C. En ese lapso, y aparte del regadío inicial, se descubrieron o inventaron el arado tirado por bueyes (asociación estrecha de cultivo y ganadería hasta entonces inexistente), los aparejos para utilizar la fuerza motriz animal (arneses y yuntas), la rueda (vehículos y alfarería masculina), la producción y uso del cobre (iniciación de la Edad de los Metales), el bote de vela, la agricultura hortense, la fermentación, elementos de construcción (ladrillo y arco), la vidriería, el sello y la domesticación del asno, el caballo y el camello.

Este complejo de invenciones habría de posibilitar el fenómeno que Childe denomina segunda revolución o revolución urbana, que sucedió a la neolítica, protagonizada por la mujer.²² La Edad del Cobre

²¹ Dice el historiador Veit Valentin: "El estadio matriarcal supone una encarnizada lucha entre la hembra y el varón, que suele terminar con la victoria de éste... En determinados lugares el matriarcado ha traído consigo el predominio señorial femenino: la ginecocracia... El instrumento en la lucha contra el predominio femenino fueron las ligas secretas de los varones. El sentimiento masculino de la propia estimación, la idea de la propia superioridad, se organizan y articulan en estos grupos que la amistad aglutina, siendo el designio excluir a la mujer, despertar su curiosidad y sus celos con prácticas misteriosas y formas extrañas. La tarea masculina, los intereses masculinos reciben en virtud de estas ligas un impulso formidable" (*Historia universal*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1944, Tomo I, p. 41 s.). Conocemos también la interpretación de Bachofen que, en la *Orestíada* de Esquilo, descubre el paso del matriarcado al patriarcado. Ninguna objeción ha podido enervar su brillante análisis.

²² Mauro Olmeda intenta rebatir a Gordon Childe que nos habla de una segunda revolución neolítica, manifestando que ésta no está basada en la realidad prehistórica ni etnológica. El profesor Olmeda considera que después de la revolución neolítica, efectuada por la mujer, no ha habido ninguna otra hasta el siglo XVIII en que aparece el maquinismo, estimando que entre ambas "se sucedieron un conjunto de importantes progresos

define arqueológicamente a la fase de transición, y en ella aparece por vez primera el imperialismo.

En el cuadro que sigue resumimos los aspectos esenciales de nuestra periodificación de la comunidad primitiva, esto es, de su desarrollo.

CRONOLOGIA (A partir de ahora)	ARQUEOLOGIA	FUERZAS PRODUCTIVAS (Trabajo y ocupación)	RELACIONES DE PRODUCCION (Organización Social)
500,000 a 10,000 años	Paleo-meso- lítico	Recolección, Caza y Pesca. Domesticación del perro por la mujer.	Dominio económico y social del varón (auto- cracia masculina).
10,000 a 7 ó 6,000 años	Neolítico	Cultivo de rozada y cría de animales.	Liberación económica y social de la mujer (de- mocracia femenina). Apogeo.
7 ó 6,000 años a 5,000	Neolítico final o Edad del Cobre	Agricultura de regadío, arado tirado por bue- yes, rueda, metalurgia, navegación, transporte (asno, caballo y came- llo). Imperialismo bal- buciente.	Estratificación inicial: subordinación colectiva del grupo a la institu- ción sacerdotal. Deca- dencia y transición al sistema de clases (es- clavismo).

de orden técnico que representaron otras tantas adiciones al caudal de energía acumulada por el hombre, que facilitaron la explotación de los recursos productivos, pero ninguna de las cuales, ni todas ellas en su conjunto, fueron capaces de transformar sustancialmente la estructura cualitativa de las fuerzas de producción". (*Sociedades precapitalistas*, II, p. 238). Con este criterio indudablemente la revolución socialista contemporánea tampoco sería revolución porque el maquinismo fue una herencia del capitalismo, que los países socialistas están acrecentando de modo extraordinario. En la raíz del enfoque del profesor Olmeda late en realidad un problema al cual ha sido llevado este acucioso marxista, pero una vez frente a él no ha querido resolverlo con las luces del marxismo creador. En su abono milita el hecho de que los académicos de la Unión Soviética ni siquiera se han planteado el referido problema. En efecto, toda revolución para ser tal debe producir una transformación no sólo económica (producción), sino también social (organización social). En otras palabras, debe transformar tanto las fuerzas productivas como las relaciones de producción. La revolución neolítica promovió el cambio de ambas: cultivo y cría (fuerzas productivas) y organización gentilicia o liberación de la mujer (relaciones de producción). La segunda revolución o revolución urbana, que Olmeda no acepta, produjo igualmente la transformación de ambas: las que Gordon Childe enumera en el capítulo X de *Man Makes Himself*, incluso la notación decimal de Babilonia (exceptuando el hierro, el alfabeto y los acueductos), que corresponden ya al segundo subperíodo del sistema esclavista (esclavismo democrático o de la Edad del Hierro), y que corresponde a las fuerzas productivas *materiales*, así como el trabajo colectivo o coope-

Damos término así a la exposición y análisis de los períodos que, a nuestro juicio, abarcó el desarrollo de la comunidad primitiva. A continuación nos ocuparemos de la periodificación del sistema esclavista.

2) *Esclavismo*. En el registro cronológico, el desarrollo de la sociedad esclavista tiene su punto de partida hacia el año 3000 a.C., mientras que en lo geográfico el desarrollo se opera en Egipto, Mesopotamia, China, India, etc. En América Precolombina los valores cronológicos son mucho más recientes. En estos pueblos, con la excepción de México, la agricultura de regadío constituye la ocupación principal y la actividad fundamental en que se funda el desarrollo. La primera fase de la nueva forma social comporta una *extensión y consolidación* de las relaciones de producción de tipo sacerdotal y/o secular, incubadas en el período de transición de que ya hemos hablado.

A su vez, el primer período del esclavismo culmina en la constitución de los poderosos imperios egipcio, mesopotámico, incaico, mesoamericanos, etc. De las eras de desarrollo consideradas por Julián Steward, corresponden tres a esta primera fase del esclavismo: las conquistas iniciales, las edades oscuras y las conquistas cíclicas.

La civilización esclavista, en la fase inicial que consideramos, se nos ofrece como un sistema rígido, autocrático y eminentemente estatal, por cuya razón podemos rotular a este primer subperíodo como esclavismo público o autocracia esclavista.

Desde el punto de vista *social*, la autocracia esclavista fue un sistema fundamentalmente biclasista y desde el punto de vista *institucional* se caracteriza por la aparición del Estado, cristalización de las irreducibles contradicciones surgidas en el seno de la sociedad que enfrenta a una mayoría colectivamente explotada con una minoría integrada por sacerdotes, jefes guerreros y nobles. Desde el punto de vista *arqueológico*, la autocracia esclavista es el esclavismo de la Edad del Bronce.

ración, que corresponde a las fuerzas productivas *humanas*, forma de trabajo que de hecho equivalió a la creación de una nueva fuerza productiva (en la cooperación, dice Marx, el hombre traspasa los límites de su actividad como individuo y desarrolla su potencia como especie), y la estratificación clasista misma, que corresponde a la transformación operada en las relaciones de producción, a consecuencia justamente del incremento de las fuerzas productivas materiales y humanas. La sociedad esclavista fue también un paso revolucionario en el desarrollo general de la humanidad.

Desde el punto de vista de las *fuerzas productivas*, hay que citar, aparte de las herramientas e instrumentos de bronce, el calendario solar, la escritura, la notación numérica, la notación decimal de Babilonia. Finalmente, desde el punto de vista del *rendimiento del trabajo*, los excedentes aumentaron y la división del trabajo se intensificó hasta el punto de posibilitar el mantenimiento de nuevos individuos desligados del trabajo rural, así como el consumo suntuario de los detentadores del poder, los mismos que sometían no sólo a sus propios pueblos sino también a otros, a quienes obligaban a pagar tributos, cuya percepción fue la razón de ser de las guerras imperialistas, sin contar la mano de obra esclava que éstas aportaban. Corolario de los excedentes obtenidos por la autocracia esclavista fue, como apunta Gordon Childe, el nacimiento del régimen urbano que sustituyó a los poblados y aldeas de la época neolítica anterior.

De todos los períodos de la sociedad esclavista, el que nos ocupa indudablemente es el que mayor complejidad exhibe, sobre todo en lo que respecta a las relaciones de producción. El profesor Olmeda, por ejemplo, considera que el imperialismo de esta fase no fue un sistema de clases sino de castas, estimando además que "esta más o menos compleja actividad imperial ni creó el mercado, ni produjo artesanos y comerciantes independientes que modificasen el cuadro de comunismo indiferenciado que hemos descrito como peculiar del neolítico, ni transformó las fuerzas productivas ni las relaciones de producción". (*op. cit.*, I, p. 241). Según el mismo autor, "ninguno de los pueblos que se sucedieron hasta el siglo VI a.C., conocieron la existencia de las clases sociales". (*op. cit.*, p. 226), habiendo sido las primeras los tetas griegos y los plebeyos romanos, a quienes correspondió "la misión específica de quebrar la estructura de la sociedad gentilicia" (p. 305). Y por lo que atañe a la situación de los esclavos en las sociedades prehistóricas, subraya que éstos "son, en definitiva, una de aquellas formas de riqueza suntuaria que cumplen específica y exclusivamente las funciones de elevar la condición social del titular de la misma". (*op. cit.* II, p. 322), señalando también que "La esclavitud prehis-

tórica... resultó un factor inoperante en el sistema de producción que predominó en los grupos sociales en que aquélla se produjo" (II, p. 317).

En realidad, los puntos de vista del profesor Olmeda constituyen una subversión total de la imagen que nos describen la gran mayoría de autores que han escrito sobre el tema, exceptuando claro está, a los investigadores citados por el propio Olmeda, y cuyas conclusiones refuerzan sus tesis. No ocultamos de ninguna manera las dificultades del problema, pero estimamos que es absolutamente indispensable remarcar los puntos que siguen.

1º) Concepto de clase social. Según Lenin las clases sociales "son grandes grupos de hombres, que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en determinado sistema histórico de producción social, por las relaciones que mantienen con los medios de producción (relaciones en gran parte establecidas y formalizadas en leyes), por la función que cumplen en la organización social del trabajo, y, en consecuencia, por el modo y la proporción en que perciben la parte de riqueza social de que disponen. Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse del trabajo de otro gracias al lugar diferente que ocupa en determinado régimen económico-social" (Konstantinov: *El materialismo histórico*, cap. V).

A partir de la fase de transición entre la comunidad primitiva y la sociedad esclavista, hasta el siglo VI a.C., inclusive, se observó el fenómeno de que un grupo minoritario, de una u otra manera, se apropiaba del trabajo ajeno. Desde luego, a partir del siglo VI a.C. el mismo fenómeno siguió registrándose. Si consideramos que la definición de Lenin tiene carácter científico, es evidente que en el primer período del esclavismo existían ya las clases, cuyo nacimiento se remonta a la fase de transición, inmediatamente anterior. Este es un hecho que el mismo Olmeda reconoce.

2º) Clase y casta. Las desigualdades económicas existentes hasta antes del siglo VI a.C. son explicadas por Mauro Olmeda diciendo que se sustentaban, no en un dominio de clase sino de casta: la casta

de los conquistadores imperialistas y la casta de los pueblos obligados a tributar. Pero, cabe preguntar: ¿qué es una casta? ¿es suficiente caracterizarla expresando que es un fenómeno resultante de la conquista militar de un pueblo por otro? ¿qué relaciones existen entre casta y clase? A nuestro juicio, la diferencia entre casta y clase no es de naturaleza sino de forma. Toda casta no es más que una clase sobreexplotada, derivando la sobreexplotación del elemento, conquista militar o penetración económica en una sociedad racialmente distinta del pueblo conquistador o explotador. Si el aluvión de la conquista incide en un pueblo o comunidad tribal igualitaria, la casta y la clase surgen simultáneamente, pero si incide en un grupo ya estratificado, entonces la casta se superpone a la clase, siendo posterior a ella. En ambos casos, la sobreexplotación convierte a la casta en una clase petrificada en el proceso de su evolución natural. Esta petrificación, andando el tiempo, permite la inserción de elementos superestructurales y culturales (religiosos, por ejemplo) que, en el plano de la conciencia social, presentan la desigualdad económica como un fenómeno estatuido por poderes espirituales y divinos. La petrificación u osificación de la clase puede desaparecer más tarde (caso de la India actual), y entonces la casta se desvanece, reiniciando la clase encubierta su evolución. Esto es lo que entendemos por casta. La formación de las castas es un fenómeno que se dio no sólo en los imperialismos antiguos sino también en los modernos. La conquista española, por ejemplo, convirtió a las masas indígenas americanas en castas, pero es indudable que los sometidos brutalmente devinieron automáticamente en clases explotadas. De lo contrario, sería ininteligible la estratificación económica vigente durante el coloniaje. El contenido de la casta es siempre un contenido clasista, conforme se puede observar también en la población negra de los Estados Unidos, algunos de cuyos sectores han logrado importantes victorias en sus luchas por la descastación, victorias que han sido conquistadas precisamente en la medida en que han funcionado como clases puras y no discriminadas por factores raciales y de otro orden.

• La clase-casta deviene clase pura cuando, merced a su dinamismo eco-

nómico, elimina los prejuicios no económicos que la envolvían y petrificaban.

Mauro Olmeda asevera en varios pasajes de su obra que los imperialistas antiguos, a los que él denomina prehistóricos, reducían aún más el bajísimo nivel de vida de los pueblos conquistados, lo cual naturalmente es cierto, pero de ello se deduce justamente que la explotación económica adquirió perfiles muy agudos y que por tanto se justifica que se defina a la casta dominada como una clase sobreexplotada y a la casta dominante como una clase sobreexplotadora.

Y que no se diga que el sistema imperialista fue un fenómeno temporal y de poca duración. En realidad, el imperialismo fue el signo bajo el cual discurrió la autocracia esclavista o emergente. Incluso en la era del florecimiento regional, considerada por Julián Steward, se registró ya el expansionismo citado, puesto que en dicha era "Aparecen Estados que abarcan varias localidades". (A. Palerm y E. Wolf, *Revista* citada, p. 226), no obstante lo cual nosotros incluimos al florecimiento regional en la fase de transición, previa a la autocracia imperialista.

En la misma publicación, como hemos visto, se indican las eras subsiguientes con denominaciones reveladoras de que el criterio utilizado es el puramente militar. En efecto, la autocracia imperialista, en nuestro esquema, abarca las eras de las conquistas iniciales, de las edades oscuras y de las conquistas cíclicas. Por tanto, el imperialismo no fue un fenómeno transitorio, sino que abarcó centenares y hasta miles de años, conforme lo demuestra el siguiente cuadro que lo tomamos de la *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*, ya citada y que ha sido elaborado por Steward y reproducido por Palerm y Wolf, (p. 232).

CRONOLOGÍA ABSOLUTA DE LAS ERAS

Fecha	Mesopotamia	Egipto	India	China	N. Andes	Mesoamérica
1000	conquistas cíclicas	Conquistas cíclicas	Conquistas cíclicas	Conquistas cíclicas	Conquista	Conquistas cíclicas
					Conquistas cíclicas Inca	Florecimiento regional
D. de C.	Edades oscuras	Edades oscuras	Edades oscuras	Edades oscuras	Florecimiento regional Mochica Gallinazo	Formativo
A. de C.					Formativo Salinar Chavín Cupisnique	
1000	Edades oscuras	Edades oscuras	Edades oscuras	Conquistas iniciales	Agricultura incipiente	Agricultura incipiente
2000					Conquistas iniciales	Cerro Prieto
	3000	Conquistas iniciales	Florecimiento regional	Florecimiento regional	Caza y recolección	Caza y recolección
Florecimiento regional						
4000	Formativo	Formativo	Formativo	Agricultura incipiente	Caza y recolección	Caza y recolección
5000						
6000	Agricultura incipiente	Agricultura incipiente	Caza y recolección	Caza y recolección	Caza y recolección	Caza y recolección
7000						
8000	Caza y recolección	Caza y recolección				
9000						

3º) Las clases en la autocracia esclavista. El desarrollo económico de cualquier pueblo discurre en el tiempo y en el espacio. Esta es una verdad de Perogrullo, pero no lo es tanto si se considera que el profesor Olmeda la ha pasado por alto desde el momento en que no se ha preocupado de analizar prolijamente las relaciones de producción y los cambios que éstas han experimentado, a medida que las fuerzas productivas se incrementaron en la Edad del Cobre y en la Edad del

Bronce. Las leyes económicas de cada forma social dependen de las relaciones de producción predominantes. Durante los tres mil años que, cuando menos, duraron las Edades del Cobre y del Bronce se aumentó considerablemente el caudal de las fuerzas productivas debido justamente al carácter de las relaciones de producción, pero es indudable que los progresos graduales en aquéllas han tenido que repercutir en éstas. Así, por ejemplo, no puede menospreciarse el rol desempeñado por los vehículos con ruedas y por el caballo en la dinámica de la autocracia imperialista, ni tampoco el de las herramientas y, sobre todo, armas de bronce. ¿Qué relaciones de producción configuraron los sistemas de castas de que nos habla el profesor Olmeda? ¿qué lugar ocupa la explotación de una casta por otra en el sistema de las relaciones de producción? Para Mauro Olmeda, a juzgar por sus propias declaraciones, el régimen de castas no alteró el cuadro de "comunismo indiferenciado" vigente desde el neolítico. Esto es totalmente inadmisiblemente en tanto que se deje sin explicar si la explotación de una casta por otra *constituye o no* un sistema de relaciones de producción. La explotación imperialista implícita en la dominación de casta es incompatible con el comunismo indiferenciado a que alude el profesor Olmeda porque ambos, precisamente, representan tipos distintos, mejor dicho, opuestos de relaciones de producción. La no dilucidación por el profesor Olmeda de las relaciones de producción implícitas en la dominación de castas, constituye una sensible omisión que vicia toda su exposición y sus hipótesis sobre el problema de la existencia de las clases sociales en el período de la autocracia imperialista.

El desarrollo económico en este período exhibió sus propias particularidades según la cultura de que se trate y según también el discurrir del tiempo. En unos pueblos se registraron más progresos que en otros, pero todos ellos en su conjunto tuvieron como común denominador el pertenecer a la autocracia esclavista imperialista.

En el Perú antiguo, por ejemplo, en el tránsito de la barbarie a la civilización, la clase sacerdotal, anota Emilio Choy, "tuvo que continuar utilizando las formas colectivas de la sociedad tribal", razón por la que

"no pudo existir sino una esclavitud de conjunto de la colectividad". No tienen desperdicio los siguientes juicios del etnólogo peruano citado:

A lo largo de la costa del noroeste, la etapa inicial de la sociedad esclavista fue aprovechada por el sacerdocio. Si tenemos la palabra mancipación para denominar al individuo en estado de servilismo esclavista, que viene de las palabras latinas *manus* y *cipare*, o sea "manos atadas", podemos utilizar un neologismo para las colectividades que fueron esclavizadas para beneficiar a los templos. *Mens* y *cipare* son dos palabras latinas que significan mente atada o sea "mencipados". La forma como se desarrolló la producción de excedentes en la barbarie, en su madurez, determinó la aparición de este tipo incipiente de esclavitud. Se sometió la mente porque se había esclavizado el trabajo, el cultivador llegó a creer profundamente que su trabajo era ajeno. (Op. cit., p. 186).

Para el mismo autor peruano, el desarrollo posterior de la sociedad peruana está vinculada con la percepción de mayores excedentes, los mismos que permiten a los gobernantes sacerdotales introducir una mayor división del trabajo, surgiendo especialistas encargados de dirigir los trabajos de monte, de pesca y otros que no se dedican a la producción directa de alimentos, sino a los caminos, montículos o pirámides, así como también a dirigir la diversidad de manufacturas y construcciones relacionadas con las necesidades del clero. A mayor producción, subraya Choy, mayor crecimiento del centro ceremonial y de las poblaciones a su alrededor, desarrollándose y prosperando los gérmenes urbanos en razón directa de los ingresos de los templos (p. 190). La etapa subsiguiente, en el pensamiento de Emilio Choy, significa una transformación de los gobiernos sacerdotales en Estados. Las crecientes demandas de excedentes por parte de la clase dominante eran frustradas por "Los continuos desastres, hambrunas y enfermedades (que) tornaban reacios los ánimos, y los templos terminaban por sufrir las consecuencias" (p. 192). Para el sacerdocio, entonces, no hubo otra salida "para mantener el ritmo de su grandeza en medio de la crisis" que explotar otras colectividades. Las armas de cobre sirvieron para este menester expansivo. Surge el militarismo, formado por gentes de la

propia clase sacerdotal, a cuya consolidación proveyó desde un principio. El Estado mochica, anterior al Estado incaico, expresa Choy, terminó esclavizando no sólo a su propio pueblo sino también a otros pueblos (Virú, Chao y por el sur hasta el río Santa).

La Edad del Bronce en el Perú antiguo consiste, más que todo, en la actividad y expansionismo imperialista del Estado incaico fundado por el legendario Manco Capac. La estructura biclasista se mantuvo, puesto que no había sino la nobleza representada en sus intereses por el Estado incaico militante y las masas populares sometidas. El ulterior desarrollo de la sociedad incaica fue frustrado por la conquista española, registrándose el interesante caso de que la sociedad peruana de aquel entonces pasó de un imperialismo —el incaico— a otro —el español—, circunstancia que ha movido a los historiadores oficiales del Perú a manifestar que el coloniaje no fue otra cosa que “un incario sin inca”.²³

Pero la naturaleza biclasista de la sociedad incaica no fue un fenómeno exclusivo del Perú antiguo, sino también de otras culturas. Así, por ejemplo, Ralph Linton dice lo siguiente, refiriéndose al Reino Antiguo egipcio:

In the Old Kingdom there were actually only two classes, royalty and commoners, all important offices in both the governmental bureaucracy and the priesthood being filled by royal relatives. The large harems maintained by men of the royal group insured an extensive supply of

²³ En su actividad expansionista, el Estado incaico se vio forzado inevitablemente a planificar no sólo la conquista sino también la administración de los pueblos conquistados. Como muy bien dice el economista peruano Carlos Núñez Anavitarte, la sabia administración de los incas no derivó de su talento personal sino de las necesidades mismas de la expansión y manejo de los pueblos vencidos. Es indudable que dondequiera que triunfaba, el Estado incaico llevaba el “modelo económico cuzqueño”, esto es, la redistribución de las tierras en tierras del Estado, tierras del culto y tierras del pueblo, así como la obligación correlativa de tributar, obligación que también pesaba sobre la masa cuzqueña sometida. Si este modelo era conocido ya por los pueblos sometidos por haber alcanzado ya la fase de estratificación clasista, la redistribución subsiguiente debió consultar necesariamente los intereses de la nobleza, pacífica o violentamente sometida. En todo caso, del comportamiento de esta clase noble dependían las relaciones que luego se establecían con el poder conquistador. Posiblemente, las funciones del gran visir o “tucuiricuc” estaban fuertemente correlacionadas con el comportamiento general del pueblo sometido y con el comportamiento particular de su nobleza integrada en los nuevos marcos de dominación incaica.

these. As time went on, the society was differentiated into a peasantry, a middle class of craftsmen and professional soldiers, and an aristocratic group of nobles, administrators, and priests. Above them all towered the Pharaoh, whose divinity set him beyond classification as a mere human.²⁴

La estructura biclasista de la primitiva sociedad esclavista se halla ligada a la agricultura de regadío en gran escala, la misma que determinó el carácter autocrático del esclavismo inicial. El sistema de regadío sólo era posible mediante la esclavización colectiva de grandes masas humanas. Esta cooperación en el trabajo opera como una fuerza productiva humana que suple y complementa a la baja tecnología de entonces. Karl Wittfogel descubre una relación causal entre la agricultura hidráulica y el despotismo oriental. Milukov y Wittfogel definen este despotismo oriental diciendo que es el régimen en donde el Estado es más fuerte que todas las demás fuerzas de la sociedad, y cuyas características son las siguientes: a) estatización de la propiedad de la tierra así como de las obras hidráulicas; b) control del comercio por el gobierno, al igual que la producción manufacturera; y c) clase dominante constituida por una numerosísima y potente burocracia monopolista y administrativa, a cuya cabeza están los jefes militares y los sacerdotes, y en donde los cargos van tomando carácter hereditario.

Desde luego, los servidores dominados por la autocracia no son esclavos en el sentido clásico del término, puesto que no eran susceptibles de compra y venta, pero es evidente que las categorías históricas tienen que ser estudiadas en su desarrollo, puesto que no son inmutables. Y esto vale no solamente para los esclavos, sino también para los siervos y los obreros; así, por ejemplo, el proletario de la fase manufacturera del capitalismo no es el mismo proletario de la fase subsiguiente del maquinismo, lo cual no obsta para que ambos configuren la categoría histórica del proletariado. Las diferencias entre ellos no afectan en lo sustancial a su naturaleza. Lo propio acontece

²⁴ *The tree of culture*, Vintage Books, New York, 1959, p. 111 s.

con los esclavos: la noción del esclavo forzado es distinta de la noción del esclavo-mercancía, pero ambas nociones no contradicen la esencia misma de la categoría esclavo, cuya naturaleza está dada por la relación de tipo personal con el amo colectivo o individual, y en virtud de la cual éste puede disponer de él a su antojo, de acuerdo con sus intereses o capricho. Conforme avanzan las relaciones de dominación se van impersonalizando los vínculos que unen a los explotados con sus explotadores, según se puede apreciar en las relaciones de servidumbre feudal y en las del régimen del salariado capitalista.

En tanto no surge la circulación monetaria, la esclavitud asume una modalidad colectiva, pero una vez que aquélla hace su aparición el esclavismo colectivo, cede gradual y paulatinamente, su lugar al esclavismo fundado en la noción del esclavo cosa o esclavo mercancía. El incanato, por ejemplo, no evolucionó a esta última modalidad porque desconoció la moneda. Además, la conquista española frustró su evolución posterior, circunstancia que, apreciada a la luz de la cronología histórica, sitúa a la sociedad incaica en una posición singular y tal vez única: la de ser un régimen que por la brevedad de su duración no llegó a desarrollar todas las posibilidades encerradas en la esclavitud de la Edad del Bronce. Todo esto sin contar otras peculiaridades que imprimieron a su desarrollo un sesgo diferente del observado en las culturas del Bronce del viejo mundo, como por ejemplo, la ausencia de ganadería en gran escala. Tales peculiaridades han sido destacadas por el profesor Carlos Núñez Anavitarte, aunque éste, a nuestro juicio, utiliza una denominación inexacta para caracterizar el esclavismo incaico al cual califica de esclavismo patriarcal, cuando bastaba considerarlo simplemente como una autocracia esclavista incompleta, o como un esclavismo del Bronce incompleto. Por lo demás, no existe ningún estudio tan detallado como el del profesor Núñez Anavitarte sobre el funcionamiento de la economía incaica.

Una comprensión científica del desarrollo posterior de la esclavitud en el seno de las comunidades esclavistas de la Edad del Bronce, no puede hacerse sin referirse a las modalidades de empleo del metal

mismo y al desarrollo del cambio, el comercio y la circulación monetaria. El análisis de estos dos factores es sumamente importante, pero lamentablemente ha sido negligido por el profesor Mauro Olmeda con los resultados conocidos.

En efecto, Gordon Childe en un trabajo,²⁵ cuya significación no puede pasarse por alto, distingue tres Modos en el empleo del bronce: el Modo I, durante el cual el metal se usaba casi exclusivamente para armas y adornos; el Modo II, en el que su empleo se hace extensivo a los artesanos que utilizan ya herramientas de bronce; y, finalmente, el Modo III, durante el cual se generaliza el metal, usándosele para fabricar utensilios destinados a la agricultura y ganadería, así como otras artesanías.

Como es sabido, el bronce fue monopolizado por los Estados esclavistas, los mismos que organizaban su explotación, así como la distribución de los objetos manufacturados. El mismo hecho de que la agricultura fuese la última en beneficiarse con el empleo de fuerzas productivas de bronce, revela el carácter urbano de su origen, al par que también la política consciente o inconsciente de las clases dominantes para frenar su difusión entre las masas populares, con el objeto de evitar el surgimiento de un campesinado libre y capaz de zafarse de la dominación esclavista estatal. En este sentido, la estatización de la tierra y el monopolio del bronce apuntan siempre hacia el mantenimiento de la estructura biclasista fundamental de la sociedad.

De otro lado, la aparición de la economía monetaria, al difundirse, permitió el desarrollo de una clase media "a la sombra de la monarquía teocrática absoluta" (Childe), pero dicha clase intermedia jamás llegó a consolidarse con perfiles netos y diferenciados. El propio Childe refiere que los beneficiarios principales de la nueva moneda corriente de metal no fueron ni los artesanos, ni los productores primarios, ni tampoco los comerciantes viajeros y minoristas, sino que más bien la concentración de la riqueza se hizo a expensas de ellos

²⁵ "Las implicaciones sociales de las tres "edades" en la clasificación arqueológica", *Revista Dialéctica*, La Habana, Cuba, julio-diciembre, 1946, pp. 254-257.

debido a las deudas contraídas y que luego no podían pagar. En consecuencia, concluye Childe, "en toda la Edad del Bronce la clase media quedó completamente subordinada a la monarquía y al clero". Pero es indudable que su subordinación no contradice el hecho de su existencia precaria. Desde el punto de vista de las relaciones de producción, la máxima conquista de la Edad del Bronce fue la aparición y existencia larvada de la clase media urbana.

En cuanto a la clase media rural, el problema se plantea del siguiente modo: los campesinos libres, esto es, los campesinos que no habían sido sometidos al proceso de esclavizamiento colectivo por parte del Estado, no podían de ningún modo constituir la clase media rural, sino más bien la *reserva* de fuerza de trabajo a cuyas expensas surgió más tarde, con la aparición de la economía monetaria, la modalidad de la esclavitud por deudas. No eran clase media porque no estaban situados *entre* la nobleza y la colectividad esclavizada, sino que su existencia discurrió *al lado* de esta última.

La aceptación de estos dos supuestos aclara de modo claro todos los tipos de esclavitud individual que surgieron con posterioridad a la esclavitud colectiva de las fases iniciales del esclavismo del Bronce. En este sentido, se hacen comprensibles los diferentes tipos de esclavitud individual que el profesor Olmeda reproduce del estudio efectuado por Isaac Mendelson: adopción, autoventa, exposición de niños y secuestro de menores, venta de niños, esclavitud por deudas, cautivos de guerra, esclavos del Estado, esclavos del templo. Ciertamente, tanto Olmeda como Mendelson colocan en un mismo plano tipos de esclavitud que cronológicamente no surgieron simultáneamente. Tal es el caso, por ejemplo, de los esclavos del Estado y de los templos.

Tiene razón el profesor Olmeda, pero sólo hasta cierto punto, cuando dice que la tenencia de esclavos por familias particulares, templos, etc., constituía un haber social ligado a la economía del prestigio, pero esta conclusión es sumamente limitada por las siguientes razones: primero, porque pasa por alto la esclavitud colectiva que ante-

cedió a la esclavitud individual;²⁶ segundo, porque todos los casos de esclavitud individual que configuran el concepto de esclavo-mercancía pertenecen a una época en que la circulación monetaria se había ya intensificado;²⁷ tercero, porque no percibe el significado socioeconómico de las primeras manifestaciones de la esclavitud individual (esclavo-mercancía) en el seno de la Edad del Bronce; cuarto, porque no esclarece las relaciones de producción implicadas en la dominación imperialista de unos pueblos por otros; quinto, porque descuida el análisis de la mediatizada clase media; sexto, porque no relaciona las realizaciones económicas de la Edad del Bronce con la cronología de cada uno de los pueblos, ni con sus particularidades ambientales y geográficas; y séptimo, porque al no valorar con criterio socioeconómico el incremento de las fuerzas productivas ocurrido antes y en toda la Edad del Bronce, comete el error de incluir y considerar a todos los pueblos existentes hasta el siglo VI a.C. dentro del comunismo primitivo indiferenciado, calificándolos de sociedades primitivas, prehistóricas o preclásistas.

²⁶ Gordon Childe describe en estos términos la situación de los labriegos egipcios: "Los campesinos eran regalados, utilizados, o incluso más tarde legados por testamento, disponiéndose de sus personas junto con las tierras que cultivaban como si fueran parte del ganado que vivía en ellas. Estaban sujetos a un trabajo obligatorio: cavaban canales, remolcaban barcas río arriba, extraían y transportaban piedras, construían pirámides y ejecutaban otras tareas similares. Al ser retirados en esta forma de la producción agrícola, presumimos que los alimentaba y vestía el Estado, o el amo noble, siendo quizá su situación mejor que la de un cultivador libre del neolítico" (*Qué sucedió...*, p. 135). Si esto no es esclavismo colectivo ¿qué otra cosa podría ser? La esclavitud colectiva de tipo rural antecedió a la esclavitud colectiva de tipo urbano. Esta última es la que coexiste con la esclavitud individual que surgió posteriormente. En la sociedad incaica la que predominó fue, por las razones ya indicadas, la esclavitud colectiva de carácter rural.

²⁷ Refiriéndose a Mesopotamia y a la economía monetaria, el propio G. Childe escribe: "En la sociedad mesopotámica, la clase comerciante—en gran parte semítica—, que desde los días de Sargón era cada vez más conspicua y próspera, desarrolló y explotó de modo brillante estas ideas, que estaban destinadas a tener efectos revolucionarios, ahondando el resquebrajamiento de la organización gentil, engendrando una nueva clase media y aceitando la maquinaria de la producción. En la sociedad sumeria de la era dinástica primitiva el proceso disolvente recién comenzaba" (*Qué sucedió...*, p. 122 s.). La dinastía de Agade, a la que perteneció Sargón, según el mismo Childe, gobernó desde el año 2350 al 2250 a.C. (*Los orígenes...*, p. 290). Esta cronología, por tanto, prueba que la difusión de la economía monetaria en Mesopotamia acontece en una época en la cual el tercer milenio a.C. había sido recorrido ya en sus dos terceras partes. Los efectos depredatorios de los préstamos de dinero son claramente visibles en el código del rey Hammurabi, cuyo reinado empezó en el año 1900 a.C.

Ahora estamos ya en condiciones de formular tentativamente la ley que presidió el desarrollo económico de la esclavitud del bronce o autocracia esclavista. En tal sentido decimos: la ley del desarrollo del primer período de la sociedad esclavista está dada por el proceso de extensión y consolidación de las relaciones de producción surgidas en la fase de transición (Edad del Cobre) o descomposición de la comunidad primitiva que, sobre la base del aprovechamiento de las fuerzas productivas creadas en dicha fase de transición, así como del de las creadas con posterioridad, permitieron primero la esclavización colectiva rural de los campesinos, y luego la esclavización colectiva de tipo urbano, a expensas de la población del propio grupo y de las de otros grupos distintos, mediante toda una serie de medidas entre las cuales destacan las de esclavizamiento colectivo adoptadas por la clase dominante, sacerdotal y civil, que constituyó un Estado despótico y militarista que supo utilizar en su provecho el monopolio de las principales fuerzas productivas y otros descubrimientos, que le aseguraron no sólo la explotación de las masas sino también la subordinación de una clase media urbana, hija del comercio, que jamás logró un desarrollo autónomo.²⁸

²⁸ Gordon Childe correlaciona la Edad del Bronce con la monarquía absoluta y la Edad del Hierro con la República. Escribe al respecto: "Mientras las monarquías del tipo de la Edad del Bronce persistían en Egipto, Mesopotamia y por eso también en China, es una verdad innegable en la historia antigua que muchas sociedades de la Edad del Hierro en Italia, Grecia, Palestina (antes de Salomón) y Siria, estaban organizadas como Repúblicas. No es un accidente que, en cuanto sabemos, la rica cantidad de descubrimientos técnicos e invenciones que distinguen a la era del Hierro fueron originadas precisamente allí, donde la organización política y las relaciones de propiedad eran lo menos parecidas a las que distinguían la precedente Era Arqueológica" (*Las implicaciones sociales...*, Revista citada, p. 263). Esta correlación la explica por el monopolio del bronce por las monarquías absolutas y por la democratización del hierro en las Repúblicas esclavistas subsiguientes.

La periodificación del esclavismo ha sido abordada también por los marxistas alemanes R. Guenther y G. Schrot, quienes distinguen tres fases: la patriarcal, la antigua y la tardía. La primera es propia de los Estados orientales, la segunda es la clásica o grecorromana (siglo V a.C.—siglo II d.C.) y la tercera o decadente es aquella que ve nacer ya los rasgos de la futura sociedad feudal. A nuestro juicio, el vicio capital de esta periodificación estriba en que sus autores están dominados por la idea de que los períodos primero y tercero sólo tienen sentido *en función* del segundo o clásico. Este error los incapacita para apreciar la *sustantividad* de cada etapa del esclavismo. Así, por ejemplo, la esclavitud colectiva y las relaciones de producción, así como el cuadro de las fuerzas productivas, que se dieron en la primera fase de autocracia esclavista, no son analizados, o lo son pero de modo insuficiente, por tales autores. Además, advertimos en ellos una

La no consideración de la esclavitud colectiva y del rol preponderante del Estado como promotor del desarrollo han determinado confusiones y equívocos en los autores que han estudiado la fase inicial del esclavismo, incluso entre aquellos que han advertido la necesidad de periodificar el sistema esclavista. Se anotan una victoria fácil los autores que, como Mauro Olmeda, quieren probar que la autocracia esclavista no fue un régimen de clases ni menos un régimen fundado en la esclavitud, sólo por el hecho de que la producción en esta fase no corría a cargo del esclavo entendido como cosa o mercancía ni de la clase privada de los esclavistas. La tesis de la esclavitud colectiva, cuya existencia en el Perú antiguo ha sido agudamente señalada por Emilio Choy, y la tesis del Estado como la fuerza más poderosa del desarrollo en la autocracia esclavista, tesis destacada por Karl Wittfogel, Milukow y Angel Palermo, nos permiten comprender a cabalidad la naturaleza económica y social del primer período de la sociedad esclavista.

Cierto es que, de acuerdo con Mendelson, "con excepción de los esclavos de la ciudad y del templo, la proporción de la población no libre, en todas las partes y en casi todos los tiempos, era insignificante en relación con la población libre" (Olmeda, II, p. 310), pero más cierto es que en esta afirmación, en primer lugar, se excluye el esclavizamiento colectivo, que fue particularmente relevante en esta fase; y en segundo lugar, la comparación que se hace entre la proporción de libres y no libres arranca de la exclusión previa de los esclavos de la ciudad y del templo, cuando en realidad la citada comparación ha debido realizarse sin *exceptuar* a ninguno de ellos, sea cual fuere el lugar en donde prestaban sus servicios. Es como si en nuestros tiempos quisiéramos demostrar que la proporción de proletarios es menor que la proporción de individuos de otros grupos no proletarios, tomando solamente a los proletarios que laboran en la industria liviana,

fuerte tendencia a dejarse arrastrar por el "método jurídico" de considerar los hechos, siendo evidente que las relaciones de producción no pueden reducirse sin más ni más a sólo el examen de los textos jurídicos. El trabajo de Guenther y Schrot: "Problemas teóricos de la sociedad esclavista", está contenido en la obra: *Estado y clases en la antigüedad esclavista*, por varios, Editorial Platina, Buenos Aires, 1960, pp. 11-33.

excluyendo a los que trabajan en la industria media y pesada, que son las realmente significativas en la sociedad capitalista avanzada.

El mismo Olmeda tiene juicios que, debidamente apreciados, lo habrían llevado a sentar conclusiones radicalmente distintas de las que en realidad enuncia. Así, refiriéndose a la esclavitud de los templos escribe (II, p. 340):

En el alba de la historia el templo de Babilonia, con la gran riqueza de que disponía, constituía ya la ciudad más poderosa de la comunidad desde el punto de vista agrícola, manufacturero y de intercambio. Era una corporación bien organizada y administrada eficientemente, que tenía el control de grandes extensiones de tierras, enormes cantidades de materias primas, grandes rebaños de corderos y vacas, cantidades considerables de metales preciosos y gran número de esclavos. El templo de Babilonia, tanto en la época de Sumeria como en el período semítico era, en suma, la mayor organización económica del país.

Resulta meridianamente claro que en la antigua Babilonia se dan ya los dos supuestos que caracterizan de modo eminente al primer período de la esclavitud: el rol preponderante de la clase dirigente sacerdotal y el fenómeno del esclavizamiento colectivo. De lo contrario no tendría ningún sentido que se reconozca que el templo de Babilonia era "la mayor organización económica del país" en la época de Sumeria y en el período semítico. Pero, naturalmente, la ligazón entre el grupo sacerdotal y el Estado era muy estrecha, razón por la cual no se puede comprender la esclavitud colectiva de los templos sin considerar también la esclavitud colectiva del Estado.²⁹ Sobre el particular, el profesor Olmeda dice (II, p. 339):

Las inscripciones procedentes de Accad dicen que los soldados tomados cautivos en el campo de batalla eran llevados por el rey victorioso, juntamente con el botín material, a la ciudad de aquél de quien se convertían en esclavos. Eran estos prisioneros de guerra, los que con ayuda

²⁹ Resulta verdaderamente curioso que el profesor Olmeda hable de Esclavos del Estado, institución esta última que, en su propia línea de pensamiento, no tiene por qué figurar.

de cuadrillas de hombres sometidos a la *corvée*, que tal vez eran tributarios, construían carreteras, cavaban canales, erigían fortalezas, construían templos y trabajaban en las manufacturas que les ordenaban los jefes.

A continuación expresa que la política de esclavizar a los cautivos de guerra, se mantuvo durante el período neobabilónico y que los desdichados prisioneros esclavizados, en tiempos de Nabucodonosor, prestaron servicios "en la construcción de templos en Babilonia".

En orden de importancia, todos estos juicios revelan: primero, que el Estado y el grupo sacerdotal constituían la clase dominante o, mejor, los representantes de la clase dominante, esto es, la nobleza que fungía lógicamente como despensa de donde salían tanto los sacerdotes como los gobernantes del Estado; y segundo, que el profesor Olmeda pasa de largo prácticamente el fenómeno de la esclavitud colectiva al sostener que los prisioneros esclavizados eran incorporados a las ya preexistentes "cuadrillas de hombres sometidos a la *corvée*, que tal vez eran tributarios", para realizar conjuntamente las obras públicas que enumera. Pues bien, el problema consiste en dilucidar si esas cuadrillas preexistentes eran esclavos, siervos o tributarios. Que el profesor Olmeda no las tiene todas consigo se refleja en su expresión ambigua y dubitativa, conforme a la cual "tal vez eran tributarios". Incluso, para no debilitar sus posiciones teóricas nos habla de la *corvée*, institución feudal como sabemos, sinónimo de una de las modalidades de la renta servil, vale decir, la renta-trabajo. Para nosotros, la expresión ambigua del profesor Olmeda para calificar a las cuadrillas, así como su apelación a un fenómeno característico del medioevo (*corvea*), constituyen una prueba de la justeza de nuestras hipótesis. Tales cuadrillas, evidentemente, se integraban de esclavos que tenían como amo colectivo al Estado despótico y autocrático.

Y por lo que respecta a los tributarios, el análisis del profesor Olmeda tampoco es satisfactorio. En efecto, al ocuparse de los cautivos de guerra, puntualiza lo siguiente (II, p. 337 s.):

Los cautivos de guerra convertidos en esclavos en los pueblos del Antiguo Oriente, eran generalmente adjudicados por el jefe victorioso a los templos y a los jefes de distrito sometidos a su jurisdicción, y empleados en obras de carácter público. Pero en este caso, como en general en cualquiera otro que se refiera a la esclavitud prehistórica, era extraordinariamente frecuente la confusión de conceptos tales como el de esclavo propiamente dicho y el que conviene a los tributarios. Son éstos, aquellos miembros de grupos vencidos en la guerra a los que el vencedor impone la condición de prestar servicios personales o pagar otras prestaciones en especie. En ambos casos los tributarios conservan su libertad y siguen perteneciendo a su propio grupo que, del mismo modo, conserva su independencia, limitada solamente por la obligación de pagar el tributo fijado, a diferencia de los cautivos de guerra convertidos en esclavos. A veces los individuos pertenecientes a uno y otro grupo prestan servicios similares, lo que aumenta las dificultades que los autores encuentran para su diferenciación.

Más adelante, en la misma página, Mauro Almeda propone un criterio para efectuar la diferenciación entre esclavo y tributario. Dice textualmente:

Como índice seguro de orientación en esta materia, puede establecerse el supuesto fundamental de que, generalmente, los grupos tribales en su conjunto solían ser sometidos a tributo preferentemente, en tanto que sólo individuos aislados o grupos parciales de una unidad tribal solían ser reducidos a la condición de esclavos.

Estimamos que toda esta argumentación es insuficiente: primero reconoce que el tributario presta servicios personales (en cuyo caso no es tributario en sentido estricto) o paga otras prestaciones en especie (en cuyo caso sí sería tributario), para luego admitir que tanto los esclavos como los tributarios prestan servicios similares. Aquí, evidentemente, hay todo menos claridad conceptual. Finalmente, Olmeda propone como "índice seguro de orientación" un criterio puramente cuantitativo: sólo los grupos tribales "en su conjunto" pagan tributo, mientras que sólo "grupos parciales de una unidad tribal" e "individuos aislados" son reducidos a la esclavitud. Nosotros pre-

guntamos: ¿por qué razón los vencedores no pueden reducir a la esclavitud a toda una tribu entera? ¿por qué la esclavitud sólo tenía que ser impuesta a grupos parciales y a individuos aislados? Basta la simple formulación de estas preguntas para poner al descubierto la endeblez de la argumentación del profesor Olmeda. Así, por ejemplo, el pueblo hebreo cautivo en Egipto: ¿estuvo reducido a la esclavitud o estuvo sometido solamente al pago de tributo? ¿y si en efecto estuvo reducido a la esclavitud, recayó ésta sobre todos sus miembros o sólo sobre una parte de ellos? Para ser consecuente con sus planteamientos, el profesor Olmeda tiene que aceptar que el pueblo hebreo fue tributario, puesto que según él únicamente los grupos tribales en su conjunto solían pagar tributo, pero en este caso estaría en abierta contradicción con la evidencia histórica disponible, de acuerdo con la cual los hebreos conformaban un pueblo esclavizado. Y a la inversa: si admite que eran esclavos, entonces, siempre de acuerdo con su "índice seguro de orientación", tal situación de esclavitud ha debido incidir solamente en una parte del pueblo citado, o en algunos individuos aislados del mismo, cosa que también contradice los hechos históricos, de acuerdo con los cuales la esclavitud incidió sobre todo el pueblo hebreo.

Huelga subrayar que los términos "preferentemente" y "generalmente", introducidos por Olmeda, no tienen más virtud que la de volver confuso todo su razonamiento y de colocarlo en una situación que podría permitirle salir airoso en caso de objeción.

Como decía un filósofo: "Primero levantamos una nube de polvo y luego nos quejamos de que no podemos ver". Tal es lo que ocurre con el profesor Olmeda. La solución de todo el problema consiste, no en hablar de un "comunismo indiferenciado" sino de un "esclavismo indiferenciado", vale decir, de esclavismo colectivo. Dentro del cuadro de las relaciones de producción dominantes en la fase de la autocracia esclavista, la figura del tributario pertenece también a la categoría general de los esclavos colectivamente explotados, porque el conquistador devenía automáticamente en amo colectivo de

todos ellos, siendo indiferente que fuesen esclavos o que fuesen tributarios. En todo caso, los esclavos colectivos se dividían en tributarios y no tributarios, restando únicamente los esclavos individuales tratados como mercancía, pero que no constituían la base de la producción esclavista en la fase que nos ocupa.

El carácter progresista de las relaciones de producción derivadas de las conquistas imperialistas y de la conversión de los *hasta entonces* "campesinos libres" en esclavos tributarios, estaba en el hecho de que se ponía fin al aislamiento en que aquéllos vivían, compulsándoseles violenta y brutalmente a trabajar para el régimen urbano naciente, cuyos titulares eran justamente los imperialistas vencedores. El soberbio aislamiento de aquellos campesinos neolíticos cedía ante las relaciones imperialistas de producción, que hacían ver al campesino aislado que una nueva fuerza social había aparecido, cuyos designios precisamente eran los de poner término a la dispersión neolítica. No pueden caber dudas tampoco sobre el hecho de que la esclavitud colectiva permitía elevar el rendimiento del trabajo, y que en este sentido los sometidos trabajaban no sólo para un sistema superior encarnado en el urbanismo, sino que también forzosamente tenían que aprender nuevas disciplinas, nuevos hábitos productivos y nuevas ocupaciones (artesanía y minería por ejemplo). El poder imperialista dominante proveía a los esclavizados de fuerzas productivas superiores a las que ellos habían tenido hasta entonces.

Los campesinos neolíticos subsistentes eran libres sólo en apariencia: no se puede sostener que eran libres porque nadie los dominaba; por el contrario, de acuerdo con la dialéctica del progreso histórico, estaban condenados al estancamiento de no mediar el dominio sacerdotal primero, e imperialista después. Las tareas de la naciente civilización exigían que nuevas relaciones sociales sustituyesen a las encarnadas en la organización atomizada de las tribus. Toda nueva clase social que aparece en el escenario de la historia realiza una tarea similar: poner fin a la dispersión y fragmentación de las economías individuales aisladas. Es un comportamiento que lo vemos en el esclavista

vismo, en el feudalismo, en el capitalismo y en el socialismo. Esta es una ley histórica y sociológica que no tiene, prácticamente, excepciones. Y lo primero que la nueva clase victoriosa impone es la cooperación en el trabajo. Esta cooperación en el trabajo fue la caza colectiva en la comunidad primitiva, el esclavismo colectivo en la fase inicial de la sociedad esclavista, fue la manufactura en la fase inicial de la sociedad capitalista y es la planificación colectiva de la economía en la fase inicial de la sociedad socialista.

No es una casualidad que Marx aluda con frecuencia a la cooperación impuesta por los Estados esclavistas de Egipto, Asia, etc.,³⁰ cuando quiere buscar un símil a la cooperación en la fase manufacturera del capitalismo. Y no sólo esto, sino que Marx va incluso más lejos al señalar que "la cooperación en el proceso del trabajo, que es la forma imperante en los comienzos de la civilización, en los pueblos de cazadores, o en la agricultura de las comunidades indias se basa, de una parte, en la *propiedad colectiva sobre las condiciones de producción* y de otra parte en el hecho de que el individuo no ha roto todavía el cordón umbilical que le une a la *comunidad* o a la *tribu*, de la que forma parte como la abeja de la colmena" (I, p. 269 s.) (los subrayados son del mismo Marx).

Como se ve, pues, la cooperación en el trabajo se remonta a la comunidad primitiva, incluyendo a su primera fase que fue la etapa cazadora.

Somos también solidarios con los siguientes juicios del sociólogo brasileño Carneiro Leão, quien establece una correlación estrecha entre la debilidad de las fuerzas productivas materiales y la esclavitud:

³⁰ "La eficacia de la cooperación simple se acusa con rasgos colosales en las obras gigantescas de los antiguos asiáticos, egipcios, etruscos, etc." (*El capital*, I, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1959, p. 269). Y por lo que respecta a la naturaleza de la cooperación, el propio Marx escribe: "La cooperación no tiende solamente a potenciar la fuerza productiva individual, sino a crear una fuerza productiva nueva, con la necesaria característica de fuerza de masa" (p. 262). Esta justa caracterización del trabajo cooperativo es pasada por alto por el profesor Olmeda. Las fuerzas productivas no son solamente materiales, esto es, técnicas, sino también humanas. Precisamente la agricultura de regadío sólo fue posible mediante la cooperación que equivale, como dice Marx, a "una fuerza productiva nueva".

En la antigüedad, los grandes bloques de piedra para construcción, inclusive de las pirámides y de todos los monumentos, eran sostenidos y transportados por el hombre. Con ello vemos que la esclavitud era más una cuestión económica que un problema moral. No existiendo en aquel entonces fuerza motriz a vapor y no pudiendo utilizar suficientemente toda la fuerza animal, era indispensable apelar al brazo del hombre. De ahí la necesidad de una cantidad enorme de individuos para arrastrar a través de distancias, a veces inmensas, bloques de piedra y otras cargas pesadísimas. Con la ayuda de las guerras de conquista, era siempre posible conseguir esclavos en número suficiente para los trabajos de la agricultura, de la carga y del transporte.

No fue otra la razón de que se prolongara la esclavitud en América entera incluso cuando ya había sido abolida en Europa. Mientras no bastaban los animales de tracción, esto es, hasta mediados del siglo XVIII, la esclavitud era mantenida en los Estados Unidos, con el asentimiento más o menos unánime, dice Nöettes. Fue a partir de entonces, o sea desde la adquisición de elementos de transporte y de trabajo suficiente en ciertas regiones, cuando comenzó la divergencia. El sur cuya fuerza animal motriz no bastaba para sus necesidades, se obstinaba en mantener la esclavitud; el Norte, que ya entonces despertaba para la industria, la combatía con ardor. Y el problema sólo fue resuelto después de una sangrienta guerra de secesión. En los demás países de América, la abolición se hizo antes o después de los Estados Unidos; en todos, sin embargo, durante el siglo XIX. (*Los fundamentos de la sociología*, Editorial Americalee, Buenos Aires, 1945, p. 74 s.).

Mauro Olmeda no es el único autor marxista que, a nuestro juicio, yerra al enfocar la fase inicial del esclavismo. También R. Guenther y G. Schrot, en su trabajo ya citado, están dominados por la idea de que el único esclavo concebible es aquel que se ajusta a los requisitos válidos para configurar al esclavo clásico o esclavo-mercancía. Es así que, por ejemplo, el primer período del esclavismo se caracteriza, según ellos, por el hecho de que en él "todavía no se puede hablar de comunidad primitiva que termina y tampoco de sociedad esclavista antigua plenamente desarrollada" (p. 15), razón por la cual "la esclavitud y la explotación de esclavos no era aún el hecho dominante en estos territorios" (p. 16). Estos territorios, sede geográfica

del primer período de la esclavitud, son los siguientes: Egipto antiguo, Mesopotamia antigua, India, China, Grecia antigua y Roma antigua. Injustamente los autores excluyen a las civilizaciones más avanzadas de América precolombina. Más adelante, los mismos autores insisten en los juicios ya citados, diciendo: "La economía de esos primeros Estados no se basaba en la esclavitud, sino en el trabajo de las masas autóctonas, individualmente libres, pero dependientes de los déspotas orientales y sus representantes" (p. 25). En la línea de pensamiento en que los mencionados sociólogos se sitúan, es indudable que esta última afirmación no tiene cabida, por cuanto su deber consistía en explicar el modo de producción específico correspondiente a lo que ellos califican como etapa patriarcal de la sociedad esclavista.

Siempre en los dominios del error, Guenther y Schort expresan: "la formación del Estado en el Oriente antiguo no se hizo sobre la base de una diferenciación previa de la población en hombres libres y esclavos, sino en pobres y ricos" (p. 25). Por consiguiente, acotamos nosotros, el Estado no es el instrumento del dominio de clase, ya que es imposible asignar valor científico y sociológico a los términos "pobres" y "ricos". Clases pobres y clases ricas son las categorías fundamentales de *toda* sociedad fundada en el antagonismo de esas clases, y no se puede aceptar que la sociedad esclavista correspondiente al período clásico fue antecedida por otra en que sólo hubo ricos y pobres. Un marxista consecuente no puede despachar, así tan a la ligera, una de las tesis fundamentales del materialismo histórico sobre el origen de las clases sociales y del Estado.

Un error tanto o más grueso que éste es sostenido por Guenther y Schrot, cuando afirman: "la época patriarcal de la esclavitud no necesita una ley fundamental propia" (p. 32). La dimensión del error salta a la vista si consideramos: primero, que, desde el punto de vista cronológico, la fase patriarcal de la esclavitud duró tres o cuatro veces más tiempo que la fase antigua o clásica, no obstante lo cual, a juicio de Guenther y Schrot, aquéllo no requiere una ley científica que resuma su movimiento y desarrollo, ley que nosotros hemos for-

mulado tentativamente en páginas anteriores; y segundo, que, desde el punto de vista geográfico, la fase clásica "está estrictamente limitada y engloba a la historia griega desde el siglo V y a la historia romana de la época que va aproximadamente del año 200 antes de nuestra era al 200 después de nuestra era" (p. 16), en tanto que la fase patriarcal engloba al "antiguo Egipto, la Mesopotamia antigua, la India, China, lo mismo que la antigua Grecia en la época homérica y después de la de las guerras de Persia, y la Roma antigua de los reyes y los comienzos de la república" (p. 15 s.), más, añadimos nosotros, las civilizaciones más avanzadas de América precolombina. Si todas estas culturas que se desarrollaron en espacios geográficos tan numerosos, al par que dilatados, no necesitan de una ley fundamental de desarrollo ¿a qué se puede reducir entonces su conocimiento científico, económico y sociológico?³¹

Otra fuente marxista que tampoco resuelve satisfactoriamente el problema de las características socioeconómicas de la primera fase del esclavismo, está representada por los manuales publicados por la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. Así, por ejemplo, el mejor de ellos. (*Los fundamentos de la filosofía marxista*) nos habla de la esclavitud patriarcal o doméstica, caracterizada por los siguientes rasgos: primero, porque en ella el número de esclavos era relativamente pequeño; segundo, porque los esclavos trabajaban junto con los miembros libres de la tribu o de la familia, bajo el control del más viejo del grupo o del cabeza de familia. Estos dos rasgos corresponden, según G. E. Gleserman, redactor del capítulo XV de la obra mencionada, a uno de los modos del proceso de formación de las clases, vale decir, a aquel que consistió en la separación, del seno de la comunidad,

³¹ Este no es el único aspecto criticable del trabajo de Guenther y Schrot, muy valioso por lo demás en otros puntos. Así, por ejemplo, las propias denominaciones que utilizan para denominar cada uno de los períodos del esclavismo (forma patriarcal, forma antigua y forma tardía) carecen de todo rigor científico. En efecto ¿qué pueden significar los términos "patriarcal", "antigua" y "tardía"? Nada evidentemente, a no ser una secuela superficial y hasta inexacta, conforme es posible apreciar en el empleo del vocablo "tardía", con el cual se indica la fase decadente, estatista e imperialista del esclavismo. Personalmente creemos que las denominaciones deben incluir, cuando menos, dos ideas fundamentales: a) la forma social a que se alude y b) la característica esencial de las relaciones de producción dominantes.

de una capa superior explotadora, compuesta al principio de la nobleza gentilicia y, más tarde, de una capa más amplia de gentes ricas.

En esta formulación teórica, la esclavitud patriarcal o doméstica es un enunciado que de hecho encubre y oculta el aspecto medular de la fase inicial de la sociedad esclavista. Científicamente no puede significar gran cosa hablar de una esclavitud doméstica. Lo que interesa es averiguar la base económica dominante durante el período que nos ocupa y, ciertamente, esta base no era de ningún modo el esclavo doméstico. Es curioso comprobar la tenacidad con que los escritores soviéticos se aferran al concepto de esclavitud patriarcal, superficial hasta no más, pero que ha tenido la virtud de sembrar la confusión en los marxistas no soviéticos, conforme se puede apreciar, por ejemplo, en Guenther y Schrot, quienes conciben al esclavismo patriarcal como aquella fase en la cual "los esclavos—excepción hecha de la economía de los templos— sólo intervenían indirectamente en la producción, por intermedio de la familia' (p. 20). ¿Cómo calificar de sociedad esclavista (patriarcal, doméstica o primitiva) a aquella en la cual la producción no corre fundamentalmente a cargo de los esclavos? Esta calificación es, a todas luces, inadmisibile y, a nuestro juicio, debe desecharse en un trabajo de periodificación.

Otro autor que también ha sido llevado a la confusión es el sociólogo peruano Carlos Núñez Anavitarte que, en su obra ya citada, califica al incanato como Estado esclavista patriarcal, pero sin asignar al término patriarcal el concepto de esclavo doméstico, como lo hacen los autores soviéticos, así como Guenther, Schrot y otros.³²

³² Definiendo el esclavismo patriarcal, dice el profesor Núñez Anavitarte: "El esclavismo patriarcal se presenta como un tipo de unión en el cual el Estado era propietario del trabajador (podía disponer de él, de su familia, de sus bienes muebles, etc.) y de los instrumentos de producción (la tierra, los canales de irrigación, los caminos, los implementos, etc.). Este tipo de unión, o de esclavitud se revestía bajo el mando del usufructo familiar, que en el fondo encubría su verdadera esencia" (p. 71 s.). Y más abajo, precisando sus ideas, escribe: "La propiedad estatal de la tierra condiciona, pues, la naturaleza de las relaciones de producción en la sociedad incásica. Además, las clases sociales resultan condicionadas por esas relaciones de propiedad. La relación entre campesino y cacique, entre campesino y orejón, entre campesino e inca, eran relaciones que respondían a la pregunta de: ¿en manos de quién está la propiedad de la tierra y de los instrumentos de producción?" (p. 72).

Volviendo al manual soviético citado, Gleserman se muestra más prudente cuando se ciñe a la exposición de los hechos históricos. Después de reconocer que la formación de las clases tiene una base económica única, pero que varían mucho las formas concretas que adopta, así como también la duración de las mismas, señala que el proceso de formación de las clases aparece primeramente en el cuarto milenio antes de nuestra era en el Valle del Nilo, en Mesopotamia, etc., y más tarde, en los milenios III y II a.C., en India, China y otros países. Son importantes los siguientes juicios de Gleserman (p. 439):

Durante largo tiempo se conservaron en Oriente —en Egipto, Babilonia y Asiria— muchos vestigios del régimen de la comunidad primitiva. Con este hecho se relaciona la existencia de formas primitivas de esclavitud y el lento ritmo con que se desarrollaban las relaciones esclavistas. La necesidad de mantener las obras de irrigación (canales de riego, presas, etc.) mediante el trabajo colectivo contribuyó a que, en esos países, se conservaran las comunidades y se frenara el desarrollo de la propiedad privada sobre la tierra, la cual pasó a ser propiedad del Estado, ya constituido como Estado despótico esclavista.³³

Del texto se desprende algo que es insostenible: el trabajo colectivo, impuesto por las necesidades de la agricultura hidráulica, contribuyó a que se frenara el desarrollo de la propiedad privada de la tierra, que pasó a manos del Estado despótico y esclavista. O sea que de no haber existido la agricultura de regadío, se habría operado el paso a la propiedad privada de la tierra. La inconsistencia de esta tesis salta rápidamente a la vista si se tiene en cuenta que la estatización de la propiedad de la tierra fue un progreso, desde el momento en que permitió a la nueva sociedad desarrollar al máximo las posi-

³³ En otro de los manuales soviéticos se dice que en los países esclavistas de Oriente "estaban muy extendidas las formas comunales y estatales de la propiedad de la tierra", y que este fenómeno "guardaba relación con el sistema agrario basado en el riego" (*Manual de economía política*, 2ª edición, Grijalbo, México, 1957, p. 29). Lamentablemente, los autores, dominados por el concepto irrelevante del esclavo doméstico, no han podido aquilatar el significado de las formas comunales y estatales de propiedad, impuestas, estas últimas, por la agricultura de regadío, llegando incluso al absurdo de calificar como esclavitud doméstica el trabajo de los esclavos en los templos, en las propiedades de los nobles y en las del Estado (p. 29).

bilidades encerradas en las fuerzas productivas descubiertas en la fase de transición de que ya hemos hablado; así como las que luego se descubrieron. En suma, la esclavitud colectiva constituyó el único tipo de relaciones de producción que permitió explotar al máximo las posibilidades de desarrollo de las fuerzas productivas descubiertas en las Edades del Cobre (fase de transición) y del Bronce. Sin la esclavitud colectiva jamás hubiera surgido el cultivo de regadío, como tampoco el régimen urbano en el Oriente antiguo.

¿Cómo creer que las economías tribales y familiares del neolítico decadente o Edad del Cobre hubieran sido capaces *por sí mismas* de conducir al nacimiento del urbanismo y de la división del trabajo? ¿Cómo sostener que la agricultura de regadío contribuyó a frenar el desarrollo de la propiedad privada sobre la tierra, siendo así que dicha agricultura constituyó un paso revolucionario en la historia económica del mundo antiguo?

Tal como plantea las cosas Gleserman, parece que las culturas orientales hubieran podido perfectamente prescindir de la agricultura de regadío fundada en la esclavitud colectiva, así como del régimen urbano posterior, asentado también, de modo eminente, en el mismo tipo de esclavitud. Pareciera también que para Gleserman los pueblos orientales tuvieron que soportar cuando menos dos mil años de sufrimientos, y que perfectamente se los hubieran podido ahorrar, pero que no lo quisieron.

Si la agricultura de regadío marca el nacimiento de una nueva sociedad, es obvio que no se le puede reprochar que actúe como un freno de la propiedad privada sobre la tierra. Al contrario: el freno, de hecho, estaba representado por la supervivencia o eternización de la propiedad familiar del neolítico decadente. La explotación de las tierras de cultivo, la explotación de las minas, la construcción de multitud de obras públicas, la expansión de la artesanía, etc., etc., eran tareas que sólo podían ser afrontadas exitosamente por un poder centralizado al máximo.

Y por lo que respecta al desarrollo espiritual, los conocimientos

matemáticos, astronómicos, científicos en general, así como la aparición de la escritura, fueron los subproductos necesarios de la segunda revolución o revolución urbana. Yerra Mauro Olmeda cuando afirma que la civilización "empieza con la formulación de los primeros principios científicos liberados de influencias mágicas y religiosas" (I, p. 227) y que por esta razón "la prueba histórica es concluyente para localizar en las colonias griegas de Asia Menor, en el siglo VI a.C., el primer capítulo de la ciencia, y por consiguiente, el principio de la civilización" (I, p. 227). Indudablemente el primer capítulo de la ciencia y, correlativamente, el nacimiento de la civilización, fueron, respectivamente, escritos y localizados en las culturas orientales antiguas. ¡Qué cómodo resulta pasar por alto las tremendas conquistas científicas de estas culturas orientales, fundándose sólo en el hecho de que tales conquistas estaban aún envueltas por la magia y la religión! ¿Desde cuándo es lícito marcar el inicio de cualquier época social tomando como criterio divisorio el aspecto ideológico superestructural?

Por lo demás, decir que la agricultura de regadío contribuyó a frenar el desarrollo de la propiedad privada sobre la tierra, significa: primero, introducir un criterio teleológico y finalista en el desarrollo, asumiendo que toda fase anterior sólo tiene sentido en cuanto prepara el advenimiento de una fase posterior, siendo esta última la que realmente debe importar; y segundo, significa declarar la inoperancia e inutilidad de toda fase anterior considerándola como un lastre que impide el advenimiento de la fase posterior, cuando lo cierto es que esta última, por el contrario, nunca puede surgir si es que la anterior no se produce, constituyendo, dentro de la dialéctica más rigurosa y científica, la tesis de la cual la nueva fase será la antítesis. De aquí, es decir de la afirmación de Gleserman que criticamos, se desprende que no tiene por qué haber continuidad en el desarrollo histórico, y entonces estaríamos obligados a concluir que, si la fase anterior fue inútil, la posterior surgió milagrosamente. La literatura burguesa, según sabemos, sostiene por boca de Renán que la cultura griega fue una mutación en la historia de la humanidad, cuyos orígenes no se pueden

explicar sobre la base de circunstancias precedentes, razón por la cual habla del famoso "milagro griego". En definitiva, la afirmación de Gleserman (y no sólo la de él ciertamente) representa una concesión a los puntos de vista defendidos por la sociología anticientífica de muchos escritores burgueses.

La misma relación que existe entre el esclavismo autocrático y el esclavismo clásico o democrático se da también entre el capitalismo manufacturado y el capitalismo industrial, como también entre el socialismo y el comunismo. El advenimiento del maquinismo fue posible justamente por que la manufactura introdujo la división del trabajo y la especialización en una forma tal que las consecuencias de estas innovaciones hicieron sentir la necesidad de descubrir la máquina. De lo contrario, a partir de la economía artesanal, dispersa e individual de fines del medioevo, la sociedad europea jamás habría saltado brusca-mente al maquinismo. Y del mismo modo, el advenimiento del comunismo integral también sería imposible sin el socialismo autocrático o dictadura del proletariado, que prepara justamente las condiciones materiales y espirituales de dicho advenimiento.

Se sigue entonces que el esclavismo autocrático no sólo que no fue una fase inútil e inoperante en el desarrollo de la sociedad esclavista en su conjunto; se sigue también que no sólo no fue un inconveniente en el sentido de que frenó el desarrollo de la propiedad privada sobre la tierra, sino que realmente fue una fase necesaria en el desenvolvimiento de la sociedad esclavista en particular y de la sociedad humana en general. El esclavismo de la Edad del Bronce preparó el advenimiento del Esclavismo de la Edad del Hierro.

En los milenios que duró el esclavismo del Bronce o fase autocrático de la esclavitud, el problema que debía ser resuelto no era el paso inmediato a la propiedad privada sobre la tierra —¿por qué había de serlo?—, sino más bien la generalización, difusión y consolidación de las relaciones de producción incubadas ya dentro de la fase de transición o Edad del Cobre. Esto es lo fundamental, a nuestro juicio, conforme lo hemos expresado al formular la ley de desarrollo del

esclavismo colectivo o autocrático, que precedió al esclavismo democrático o clásico.

Podemos suponer lo imposible y descabellado, esto es, podemos suponer que en los albores de la agricultura de regadío las masas neolíticas no hubiesen tolerado su subordinación al grupo sacerdotal. ¿Qué habría ocurrido entonces? Sencillamente que el progreso se hubiese retardado. Tales levantamientos campesinos habrían sido, objetivamente, reaccionarios, y su triunfo no habría hecho otra cosa que eternizar la propiedad familiar del neolítico decadente. Reaccionarios habrían sido también los levantamientos que hubiesen acontecido en la fase de la acumulación primitiva del capital, si los artesanos y campesinos expropiados hubiesen triunfado sobre la burguesía preliberal o industrial en sus luchas por no dejarse, respectivamente, proletarizar ni expulsar de sus campos. En fin, igualmente reaccionarios serían los levantamientos de los obreros de los actuales países socialistas si su protesta tuviese como finalidad pedir el desarrollo espontáneo y no planificado de la economía, solicitando la vuelta a la propiedad privada de los instrumentos y medios de producción. La estatización de las fuerzas productivas y de los medios de producción no constituye un freno al desarrollo de la propiedad privada, sino todo lo contrario: constituye simplemente el reconocimiento de que la propiedad privada de los instrumentos y medios de producción ha dejado de constituir ya un factor positivo de progreso, de tal modo que su mantenimiento, lejos de contribuir al desarrollo no hace más que trabarlo, razón por la cual la estatización y socialización mencionadas están preparando el advenimiento a corto plazo de una fase superior de existencia social.

Desde luego, todo esto no significa que no se produjesen levantamientos en la fase autocrática del esclavismo. Una cosa es que se produjesen y otra muy distinta es el análisis de los fines que perseguían, vistos *en función* de su carácter progresista o reaccionario. Los papiros egipcios, por ejemplo, refieren que en el campo, en las minas, etc., ocurrían levantamientos frecuentes, pero en éstos hay que distinguir de qué lado procedían: eran reaccionarios si procedían de los

“campesinos libres” por cuanto ellos no eran en rigor una clase social sino una categoría *marginal* que quería usufructuar de los bienes creados por el esclavismo autocrático sin haber contribuido a su producción.

Una clase social tiene razón al reclamar el poder y la riqueza cuando constituye una fuerza que o bien comanda el desarrollo, o bien produce todos o casi todos los bienes, y éste no era el caso de los campesinos neolíticos citados. Y en cuanto a las luchas sostenidas por los grupos esclavizados, su naturaleza progresista se acusa en el simple hecho de que ellas significaban ya la toma de conciencia de clase, por incipiente que fuese. En la historia del desarrollo económico hay que subrayar el carácter progresista de aquellas luchas que libran los grupos, no contra la naturaleza de modo principal, sino entre sí mismos. Desde luego, como sabemos, no fue la lucha de los esclavos la que causó el derrumbe del sistema esclavista, pero precisamente por eso la ley de la lucha de clases debe ser estudiada cuidadosamente, refiriéndola a cada caso concreto.

Cuando Marx sostiene que la historia de la sociedad de clases consiste en la lucha de clases formula indudablemente una ley científicamente válida, pero la aplicación de ésta varía según la fase particular del régimen clasista de que se trata. La lucha de clases en la fase autocrática del esclavismo expresaba el hecho de la desposesión y explotación de las masas sometidas a una clase despótica y abrumadoramente fuerte, que monopolizaba las fuerzas productivas y los medios de producción más importantes, pero justamente a causa de estos rasgos que configuraban a la clase dominante, la lucha de clases no podía exhibir las mismas características que exhibió en la fase siguiente. Una larga tradición oscurantista, sistemáticamente cultivada por los dominadores, coadyuvó también para que los explotados se reconciliaran con su triste situación. Los gobernantes se presentaban a sí mismos como los hijos del cielo o de la divinidad, de tal manera que sus actos depredatorios parecían encarnar, no la voluntad de un gobierno despótico, sino la orden de los poderes superiores y celosos.

Una lucha de clases franca y abierta se liga causalmente con la supresión de aquellos elementos superestructurales, especialmente religiosos, que traban su desarrollo.

Estimamos que existe un rasgo común que caracteriza a las sociedades de clases antagónicas y a las sociedades de clases no antagónicas, y éste es: el poder abrumador del Estado, de tal modo que bien podríamos formular la siguiente ley diciendo rotundamente que la lucha de clases no se da o bien no es el hecho dominante en las sociedades que encarnan en su debut histórico la primera fase de existencia de una nueva formación economicosocial, en la cual el Estado es la fuerza más poderosa del desarrollo. Esta ley vale tanto para las sociedades de clases antagónicas esclavista, feudal y capitalista), como para las sociedades de clases no antagónicas (socialismo).

Y esta ley es de suyo comprensible, atento el hecho de que toda nueva clase social que instaura su dominio adviene al poder, no de la noche a la mañana, sino en el seno mismo de la forma social que periclita, de tal modo que al triunfar se ve obligada a extender y consolidar sus propias relaciones de producción (caso de las formas sociales fundadas en el antagonismo de clases) o bien a construir totalmente un nuevo orden económico, incluso las nuevas relaciones de producción (caso de los países socialistas); pero en ambos casos, lógicamente, se ve compelida —y esto no puedo evitarlo— a crear un Estado fuerte y centralizado. Ninguna clase en estas condiciones puede violar impunemente la constitución de un poder político vigoroso y monolítico.

Dedúcese entonces que una vez derrotada la clase caduca, el nuevo Estado tiene que contraerse a la edificación de su propio orden social, edificación que por revestir los caracteres de una obra de ingeniería y arquitectura social, tiene que relegar a segundo plano la lucha de clases, contando para ello con todo un sistema adecuado de órganos e instrumentos, especialmente los de carácter coercitivo: fuerza armada, poder judicial y otros órganos de represión o persuasión.

Marx reconoce que "la aplicación esporádica de la cooperación

en gran escala en el mundo antiguo, en la Edad Media y en las colonias modernas, descansa en un régimen *directo* de despotismo y servidumbre, que es casi siempre un régimen de esclavitud" (I, p. 270). El profesor Mauro Olmeda desconoce enteramente este hecho, y al proceder así no hace más que confesar luego su desorientación, cuando dice: "A veces los individuos pertenecientes a uno y otro grupo (se refiere a los tributarios y a los esclavizados en la guerra) prestan servicios similares, lo que aumenta las dificultades que los autores encuentran para su diferenciación" (II, p. 338). Si los Estados despóticos orientales podían, de acuerdo con sus conveniencias, disponer de los vencidos, transformándolos bien en esclavos de los templos, del Estado o de los jefes de distrito sometidos a su jurisdicción, o bien en tributarios, o bien en ambas cosas a la vez, ello significa que tal cosa conlleva la obligación de considerarlos a todos como esclavos indiferenciados y colectivos, constituyendo su ulterior discriminación un alarde de técnica descriptiva, antes que una tarea de técnica interpretativa. Lo esencial era que el Estado despótico podía disponer de los individuos vencidos en las guerras, y no sólo de ellos por cierto, a su antojo y capricho.³⁴

Cuando la sociedad esclavista de tipo autocrático efectuó progresos, la legislación forzosamente tuvo que considerar las relaciones

³⁴ Adviértase cuán grande es la confusión de Guenther y Schrot a este respecto, cuando escriben: "la esclavitud sólo tuvo un papel muy secundario en el Egipto del Antiguo Imperio. Únicamente adquirió importancia alrededor de la XII dinastía del Imperio Medio. Pero el Estado existe entonces desde hace siglos y sin embargo, por decirlo así, no hay esclavos. De todo lo que precede se podría casi extraer la impresión de que el desarrollo de la esclavitud se produce por lo menos simultáneamente con la formación del Estado, y por lo tanto a la inversa de lo que sucedió en Grecia y Roma" (p. 25). Para escapar del atolladero en que se han metido, Guenther y Schrot no tienen más salida que postular la formación del Estado en el antiguo Oriente sobre la base de la diferenciación de la población, no en libres y esclavos, sino entre ricos y pobres, con el añadido de que estos últimos eran "individualmente libres, pero dependientes de los déspotas orientales y sus representantes". Para salvar la tesis de que el Estado es el producto de las irresolubles contradicciones de clase, no tienen más remedio que inventar las nociones de "clases ricas y clases pobres", violando así los preceptos elementales de la sociología científica. Según se sabe, las leyes económicas de cualquier sociedad están dadas por la naturaleza de las relaciones de producción. Pues bien, conforme a esto: ¿qué relaciones de producción específicas se configuran en una situación social en la que los campesinos son libres pero están "fuertemente oprimidos" (p. 21), siendo "dependientes de los déspotas orientales y sus representantes"? (p. 25). Guenther y Schrot no dicen nada al respecto.

entre la clase dominante y los "campesinos libres", pero es indudable que este hecho tiene que relacionarse más que todo con el nacimiento de la clase media. El poder central no pudo ignorar su existencia. Sobre el particular, Gordon Childe escribe (*Qué sucedió...*, p. 171):

El desarrollo de la clase media se reflejó ideológicamente en el derecho y la religión. Códigos de leyes universalmente válidos y jueces nombrados por el rey reemplazaron a las leyes locales y consuetudinarias administradas por los ancianos o los nobles. En verdad el reinado del derecho comenzó a limitar el absolutismo de los monarcas. Un rey de Babilonia o un faraón del Reino Medio y del Nuevo se enorgullecían más de ser el "guardián de las leyes justas" que el libre y arbitrario creador de la ley por mandato de su voluntad divina.

Según el mismo Childe, el bronce se conoció en Egipto por primera vez durante el Reino Medio, "siendo abundante bajo el Nuevo. Incluso el campesinado contaba con herramientas de metal".

Pues bien, estimamos que la constitución de una clase media en el seno de la organización esclavista actuó al modo de un instrumento que obligó a los poderes dominantes a considerar de una manera más o menos detallada sus relaciones con todas las capas de la población, incluso con los campesinos libres y los esclavos. Es posible que la nueva clase media, hija del comercio y de la industria antes que de la agricultura, haya tratado de contrarrestar a la autocracia mostrando simpatías por las masas explotadas. Seguramente muchos de los integrantes de la referida clase procedían de las filas artesanales, agricultoras militares y esclavas. En tales condiciones, el poder estatal se habría visto obligado a hacer concesiones más o menos importantes, máxime si se tiene en cuenta que para dicho poder constituía una necesidad asegurar la paz interior frente a los ataques de fuera, como también tener contentos a los súbditos si sus miras eran las conquistas de pueblos extranjeros. No hay que perder de vista que las monarquías despóticas estaban también sujetas a invasiones, las cuales indudablemente creaban ciertas situaciones que eran favorablemente aprovechadas por los elementos descontentos. Los invasores mismos, probable-

mente, fomentaban estas situaciones para asegurarse una dominación pacífica.

En el mismo sentido actuaron indudablemente las insubordinaciones de los jefes provinciales o gobernadores, que buscaban independizarse del poder central. La anarquía política y económica sobreviniente a causa de estos esfuerzos separatistas, promovía posibilidades de mejoramiento de las masas populares y medias y relajaba los anteriores vínculos autocráticos, abriendo paso a las insurrecciones. En otras ocasiones, los levantamientos podían encontrar divididos a los detentadores del poder político, el mismo que era materia de disputa entre distintas familias nobles o bien entre los elementos civiles y los elementos religiosos. Pero, en cualquier caso, la autocracia se imponía al fin.

Sea como fuere, lo cierto es que en el estadio legalista del esclavismo autocrático los monarcas suavizan o intentan suavizar la rigidez de su dominio. Childe refiere que Hammurabi, así como los reyes hititas y asirios fijaron "precios y salarios máximos-no mínimos". Igualmente, expresa que el rey divino se ofrece como salvador de los campesinos y humildes, protegiéndolos de "la rapacidad de los usureros, las extorsiones de los funcionarios, la opresión de los nobles y el abuso de la soldadesca". La misma publicación del código de Hammurabi se hizo "para hacer manifiesta justicia en la tierra, destruir a los perversos y malignos e impedir que los fuertes opriman a los débiles". Se cita el caso de un faraón que aconseja a su visir o canciller, diciéndole: "Es una abominación del dios mostrar parcialidad". Finalmente, los cuentos populares egipcios narran con frecuencia cómo "un campesino oprimido... se dirige confiadamente al faraón en procura de justicia" (*Qué sucedió...*, p. 175).

Probablemente, en el forcejeo entre la autocracia y los nuevos elementos de la clase media, aquélla actúa demagógicamente frente a las masas explotadas, tratando de restarle a esta última el apoyo popular.

A. V. Mishulin refiere que hacia el año 1750 a.C. hubo en Egipto una gran sublevación de campesinos y esclavos, de la cual dan cuenta los papiros, uno de los cuales reza: "La capital del rey fue ocupada en el término de una hora. El rey fue apresado por los pobres. Los cortesanos fueron arrojados de los palacios del rey. Los funcionarios fueron muertos y los documentos destruidos". Los insurrectos destruyeron las planillas de impuestos, expulsaron a los jueces del rey, se apoderaron de los cereales almacenados en los graneros reales. La rebelión cundió por todo Egipto. Los diques fueron destruidos, los canales se cubrieron de limo y no había ya con qué regar los campos. "Secos están los torrentes, se los puede cruzar a pie. Había más playa que agua", dice el papiro. Muchos ricos murieron o fueron arruinados, mientras que otros se fugaron al extranjero. La captura del poder no duró mucho tiempo porque, según Mishulin, "no sabían cómo organizar la vida en una forma nueva".³⁵

Presumiblemente los caudillos de las revueltas eran no sólo los mismos campesinos, sino también los licenciados del ejército, esclavos que se habían fugado, algunos artesanos y delincuentes o ex delincuentes.

Desde luego, quienes más sentían los efectos depredatorios de la explotación con más intensidad eran los campesinos parcelarios y los esclavizados en las canteras y minas, no así los esclavos públicos del Estado y de los templos. El mismo Mishulin reproduce un papiro que dice: "La mitad de los granos lo roban los gusanos, la otra la devoran los hipopótamos; en el campo proliferan las ratas, baja la langosta . . . y por último llega el funcionario: observa la cosecha con su escolta armada con palos, los negros con látigos. Dicen: dennos cereal. Si no

³⁵ *Historia de la antigüedad*, Ediciones Diáspora, Argentina, 1948, p. 26 s. Gordon Childe, asimismo, reproduce un papiro posterior al Antiguo Reino egipcio que dice: "Los hombres alzan las armas en son de combate, porque la tierra vive en desorden; fabrican lanzas de cobre para implorar su pan con sangre . . . Faltan las materias primas para los artesanos; ya no trabaja ningún obrero; los enemigos han saqueado los talleres" (*Qué sucedió . . .*, p. 167). El monopolio del metal por la autocracia habría tenido por objeto, cuando menos, enervar la formación de una clase media rural, evitar la fabricación de armas eficaces por parte de los oprimidos, proveer al poder central de artículos suntuarios y asegurarle el monopolio de armas de metal necesarias para la defensa y la conquista.

hay cereal, azotan al dueño . . . éste está atado, es arrojado al canal . . . su mujer y sus hijos están atados . . ." (p. 28).

Dentro del propio grupo, los "campesinos libres" fueron, como ya lo hemos señalado, la despensa de la cual se surtían los autócratas la mano de obra esclava y los bienes que necesitaban para incrementar sus excedentes. El autor soviético mencionado manifiesta que el tributo agrícola incidía en un quinto de la cosecha, incluso aves y otros productos. Los impuestos iban no solamente al Estado sino también al nomarca local y al templo del nomo. "Se cobraba impuesto por cada terrón de tierra, por cada reclusa y por cada canal que irrigaba el suelo, por cada árbol que crecía sobre la tierra . . . Además de los impuestos, los campesinos estaban obligados a cumplir con determinados trabajos, por orden del faraón y del nomarca. Lo más frecuente era compulsarlos para la apertura de canales, la construcción de diques, palacios, templos y sepulcros" (p. 23). En realidad, pues, los "campesinos libres" sólo lo eran en apariencia, ya que aparte de todo lo dicho, vivían en comunidades aldeanas cada una de las cuales tenía su jefe, dependiendo enteramente del nomarca cuyas órdenes estaban obligados a cumplir.

Los dispositivos jurídicos que más tarde dictaron en favor de los explotados deben ser considerados, más que todo, como argucias legales que rara vez se cumplían, pero que tenían la virtud de dar un respiro a la autocracia urgida por otros problemas.

El tránsito de la autocracia esclavista o esclavismo de la Edad del Bronce a la democracia esclavista o esclavismo de la Edad del Hierro, no se opera en los pueblos en los cuales llegó a su apogeo el primero de los subperíodos mencionados. Los sociólogos occidentales se complacen en relevar esta circunstancia, destacando en la interlínea que las sociedades orientales fueron incapaces de dar el próximo paso en la marcha del progreso. He aquí, por ejemplo, lo que nos dice Angel Palerm (p. 229):

Las dos únicas condiciones para la sobrevivencia de la sociedad parecen ser: mantener funcionando la maquinaria sociopolítica y para ello

asegurar el dominio permanente de la burocracia y la obediencia del pueblo común. La sociedad tiende a fosilizarse, y cuando se modifica, en virtud de invasiones o de conquista militar, se reconstruye sobre los viejos fundamentos y con las mismas características.

La sociedad oriental, creadora del despotismo, no es solamente una sociedad cerrada, sino una civilización históricamente cerrada. Las crisis se resuelven mediante la reconstrucción laboriosa del pasado. Estamos en el reino del desarrollo circular.

Únicamente puede romper el círculo una profunda transformación de los fundamentos tecnológicos y, en consecuencia, socioeconómicos. Pero la civilización oriental parece históricamente incapaz de producir por sí misma esta revolución técnica y sólo es hábil para reproducirse una y otra vez en sus propios moldes.

El mismo autor reconoce que las sociedades orientales proporcionaron a las sociedades occidentales los materiales que éstas necesitaron para desarrollarse. "El Occidente, dice Palerm, debe su existencia al Oriente, a la vez que es su negación". Aquél tomó de éste los progresos tecnológicos, pero no sus fundamentos sociopolíticos y económicos. El regadío y las grandes obras hidráulicas cedieron el paso a la agricultura de secano, la cual demandaba "una tecnología nueva que (el Occidente) recibió del Oriente". En este sentido, y siempre de acuerdo con el mismo Palerm, el Occidente necesitaba arados y animales de tiro para incrementar la producción agrícola ahorrando, en lugar de absorber, trabajo humano; necesitaba instrumental de hierro para convertir los bosques templados y fríos en campos de cultivo; necesitaba medios de transporte fáciles y numerosos para acarrear los productos en grandes cantidades, etc. De este modo, el Occidente al tomar la herencia tecnológica del Oriente, "la desarrolló en un nuevo ambiente, creando un tipo original de civilización que rechazó la herencia sociopolítica oriental". He aquí los juicios finales de Angel Palerm, a los cuales citamos *in extenso* para que se advierta la intención subyacente y prejuiciada que los colorea de principio a fin y que, desde el punto de vista de la comprensión científica del desarrollo económico de los pueblos, sólo daños puede causar (p. 229 s):

La primera revolución urbana se realizó esencialmente por medio del regadío y a través de un tipo de organización sociopolítica que llamamos despotismo. La segunda revolución urbana se realizó esencialmente por medio de la agricultura de secano y a través de la tecnología.

Frente a las enormes masas humanas del Oriente, a sus colosales ciudades, a sus increíbles obras hidráulicas, a su organización sociopolítica inclusiva y totalitaria, a su burocracia dominante, a su paralización técnica, el Occidente produjo una población relativamente escasa hasta la Revolución Industrial, pequeñas ciudades libres, cultivo extensivo con agricultores independientes y esclavos o siervos, diversificación social, democracia política y desarrollo tecnológico constante.

La historia prodigiosa de esta civilización occidental, que es nuestra herencia, es la historia de los progresos científicos y tecnológicos a los que tiene que adaptarse constantemente la estructura social y la organización política. La historia de la civilización oriental es, en contraste, la historia del perfeccionamiento de la organización sociopolítica (del despotismo) a la que debe adaptarse la tecnología.

El peligro de "orientalización" aguarda a la sociedad occidental en cada recodo de su desarrollo. Las estructuras sociopolíticas creadas en el pasado tienden por su propia naturaleza a sobrevivirse, paralizando el progreso científico y técnico, fosilizando las formas de la sociedad. Pero el mundo occidental ha respondido a cada tentativa de paralización con una nueva crisis de desarrollo. La amenaza no está en el cambio sino en la inmovilidad.

Cada adelanto científico y tecnológico de la civilización occidental ha producido una nueva liberación del trabajo humano más perentorio, y cada liberación del trabajo mayores progresos. El desarrollo parece no tener límites posibles.

Casi medio millón de años se emplearon para inventar la agricultura; unos miles de años para aplicar el regadío a los cultivos; unos pocos siglos para que aparecieran las ciudades y comenzara la primera revolución urbana. Pero en tres milenios el hombre occidental entre a la Edad de Hierro y a la segunda revolución urbana, pasa por la Revolución Industrial y llega a la Edad Atómica. Entre tanto, la faz del mundo oriental no ha cambiado más que bajo el impacto occidental.

Es natural que el hombre no acabe de sentirse a gusto en esta sociedad tan móvil que abandona lo proyectado apenas comienza a conseguirlo y cuya rapidez de cambio aumenta constantemente. A veces sus ojos se vuelven casi con envidia hacia la aparente calma y satisfacción del Oriente.

tradicional. Pero el destino de Occidente está ligado para siempre a su historia inquieta.

Seguramente que en pocos autores podríamos encontrar reunidas tantas confusiones e inexactitudes, como las encontramos en los juicios que preceden de Angel Palerm. Por lo demás, una de sus "hipótesis" es aquella que establece que los cursos de la civilización oriental y occidental son divergentes desde su nacimiento, llegándose incluso a preguntar si esta dicotomía no tendrá un carácter científico. Para el sociólogo citado los cursos divergentes se ofrecen "sin esperanza de confluencia en tanto cada una se mantenga fiel a sí misma o no consiga romper la matriz cultural de la otra" (p. 224). De aquí a justificar una guerra entre oriente y occidente no hay más que un paso. ¡Y pensar que es un sociólogo el que escribe estas cosas!

Desde luego la investigación científica tiene quehaceres muy distintos y no tiene nada que ver con ningún género, franco o encubierto, de "sociología atómica". A ella le corresponde demostrar si es o no cierto que existe unidad en el desarrollo de la civilización, si es o no cierto que esta unidad conlleva la idea de continuidad. El propio Palerm admite la continuidad al expresar que occidente tomó de oriente su base material y tecnológica, aunque desechando la rigidez de su organización sociopolítica. Sin embargo, este sociólogo no esclarece por qué occidente no adoptó el regadío, practicando en cambio la agricultura de secano. Su explicación es insuficiente hasta no más. Con unas cuantas líneas liquida problema tan importante, diciendo con un infortunio digno de mejor causa (p. 229):

El regadío, quizá en virtud de las características ambientales del norte del Mediterráneo, no tomó los caracteres orientales ni alcanzó sus proporciones. Las grandes obras hidráulicas fueron tardías y no tuvieron la misma significación económica y sociopolítica al desarrollarse dentro de otro contexto. (El subrayado es mío).

De aquí resulta que hay que imputar al medio geográfico la responsabilidad de la segunda revolución urbana. Lógicamente, Palerm

tiene que admitir que ha hecho poco favor al hombre de occidente al expresar que su civilización original o, más claro, que la *originalidad* de la civilización creada por el hombre de occidente reconoce como causa determinante "quizá . . . las características ambientales del norte del Mediterráneo". Naturalmente, los hombres de occidente no tienen por qué agradecerle a Palerm este tipo geográfico de explicación.

En realidad, estimamos que en el fondo de todo el asunto late un problema muy importante, cual es, el de explicar satisfactoriamente *Por qué los pasos subsiguientes en la marcha del desarrollo económico no son dados por aquellas culturas o pueblos que han logrado los mayores avances, sino por aquellas culturas o pueblos que, por el contrario, ofrecen un cuadro más modesto de realizaciones materiales y culturales.*

Efectivamente, la observación histórica nos revela los siguientes hechos profundamente significativos, algunos de los cuales han sido ya citados en páginas anteriores:

a) En el seno de la comunidad primitiva, primera forma social del desarrollo económico de la humanidad, constatamos que el paso del paleomesolítico al neolítico—o sea el tránsito de la economía adquisitiva a la economía productiva—no fue dado por los cazadores del magdaleniense europeo-francés, quienes entonces habían desarrollado "una brillante cultura" (Childe), sino por "grupos más humildes" del lejano sur cuyas culturas eran menos especializadas y menos brillantes.

b) En el seno de la sociedad esclavista, segunda forma social del desarrollo económico de la humanidad, notamos que la democracia esclavista acontece en áreas geográficas distintas de aquellas en las cuales la autocracia esclavista alcanzó su mayor desarrollo.

c) En el seno de la sociedad feudal, tercera forma social del desarrollo económico de la humanidad, observamos que la fase democrática de la economía medioeval adviene en aquellas zonas en las cuales la autocracia feudal precedente no alcanzó el grado máximo de articulación. Es así que los burgos—encarnación del período democrático del feudalismo—surgen primero en el norte de Italia y poca

después en el sur de Francia y el norte de España. Como sabemos, el feudalismo puro o autocrático fue un proceso que discurrió en aquellas áreas geográficas en las cuales se desarrollaron las instituciones galorromanas y teutónicas, surgidas inmediatamente después de la caída del imperio romano de occidente.³⁶

d) En el seno de la sociedad capitalista, cuarta forma social del desarrollo económico de la humanidad, volvemos a encontrar el mismo fenómeno: la fase fabril, democrática o clásica de la economía burguesa no se desarrolla ni en las florecientes ciudades burguesas italianas, ni holandesas, como tampoco en aquellos países en los cuales la monarquía absoluta se asentó con inusitado vigor (España y Francia, por ejemplo), sino en Inglaterra, cuna de la Revolución Industrial.

e) Finalmente, la sociedad socialista, quinta forma social del desarrollo económico de la humanidad, no ha aparecido en los países capitalistas más adelantados (Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, etc.), sino en otros más atrasados (Rusia, China, países de Europa Oriental, etc.).

Pues bien, la constatación de estos hechos vuelve ilusoria la pretensión de formular conclusiones válidas solamente para una de las cinco formas sociales que hasta el presente ha conocido la humanidad, y demanda por el contrario que expliquemos científicamente el fenómeno indicado sobre la base de la formulación de una hipótesis o ley general que englobe a todas las formas sociales. Demanda también

³⁶ Por lo que respecta al imperio romano de Oriente, el profesor H. E. Barnes reivindica su significación económica en los siguientes términos: "Fue hecho más rico y estaba mucho más civilizado que el de Occidente. Desde el siglo XIII, cuando menos, la mayoría de la población de Europa Occidental estaba constituida por caballeros y campesinos semibárbaros, si se les compara con los ciudadanos altamente civilizados de las grandes ciudades comerciales industriales del Imperio Bizantino". Transcribe luego estos juicios del profesor Charles Bayet: "En la historia de la civilización medioeval, con anterioridad al siglo XI, Bizancio, o Constantinopla, jugó un papel análogo al de Atenas y Roma en la antigüedad y París en la época moderna. Su influencia se extendía a todo el mundo. Era, por antonomasia, la *ciudad*". Reproduce también el testimonio del profesor Diehl, en el sentido de que durante casi mil años "el Imperio Bizantino fue el centro de una civilización igual a la de cualquier otra edad en esplendor y, desde luego, la más brillante de la Edad Media". Por último, el propio Barnes destaca el rol importantísimo jugado por el imperio bizantino en el desarrollo económico de Occidente, desde principios de la Edad Media hasta la Epoca Moderna (*Historia de la economía del mundo occidental*, U.T.E.H.A., México, 1955, p. 117 s.). ¡Y pensar que hay autores que pasan por alto todo lo que Occidente debe a Oriente... y le seguirá debiendo!

que abandonamos todo intento de enfocar el desarrollo económico de oriente y occidente en términos dicotómicos, con tanto mayor razón cuanto que la tendencia de los sociólogos occidentales se encamina a sinonimizar cultura oriental con despotismo y cultura occidental con democracia, sinonimia que en fin de cuentas sólo sirve para encubrir prejuicios de tipo político y, en definitiva, clasistas.

¿Cuál sería entonces la ley general que explica la *continuación* y *superación* del desarrollo económico en áreas geográficas distintas de aquellas en las cuales se operó la fase previa de crecimiento? A nuestro juicio, esta ley puede formularse, aproximadamente, del modo que sigue: Dondequiera que las relaciones de producción correspondientes a una fase determinada de desarrollo, experimentan un proceso de petrificación, la continuación y superación de esa fase de desarrollo acontecerá en otras áreas geográficas en las cuales rigen relaciones de producción más permeables y propicias, que aprovecharán al máximo las ventajas ofrecidas por el nuevo medio geográfico.

Lo fundamental, a nuestro entender, radica en el hecho de que el progreso económico continuado y superado exige la presencia de relaciones de producción permeables, de tal manera que permitan la insurgencia de nuevas fuerzas productivas y de nuevas fuerzas sociales, a cargo de las cuales correrá la continuación y superación del desarrollo, sobre la base del aprovechamiento de los nuevos recursos y ventajas existentes en el nuevo ambiente geográfico.

A su vez la petrificación de las relaciones de producción en una sociedad oficial determinada, entraña una especie de equilibrio o adaptación al medio geosocial, esto es, que dicha sociedad oficial no es *peligrosamente* sacudida ni convulsionada por la escasez de medios de producción, o de medios de subsistencia (caso del magdaleniense francés en la comunidad primitiva, por ejemplo) ni por las luchas sociales de carácter interno (caso de las formas sociales fundadas en el dominio de clase), ni por ambos a la vez cuando actúan conjuntamente.

Desde luego, las modalidades de la petrificación de las relaciones de producción varían de acuerdo con la naturaleza de la forma social de que se trata: son más rígidas allí donde los sectores dominados disponen de menos posibilidades para luchar exitosamente contra los detentadores del poder, y a la inversa, son menos rígidas allí donde los conjuntos explotados tienen más libertad de movimientos para luchar contra los dominadores.

Ahora sí podemos formular de un modo más preciso la ley que nos ocupa: las relaciones de producción tienden a petrificarse, en primer lugar, dondequiera que una sociedad oficial saca partido de las ventajas de su medio geográfico, representadas por la abundancia de medios de subsistencia, o de medios de producción, o de facilidades para el intercambio económico, etc.—condiciones que pueden darse solas o bien combinadas—, y en segundo lugar, dondequiera que esa misma sociedad oficial confronte o no, en su seno, una lucha social entre dominadores y dominados, pero sin que en ningún caso esta lucha asuma un carácter explosivo; la petrificación sobreviniente de las relaciones de producción actúa entonces como un freno que inhibe el futuro desarrollo, el mismo que ocurrirá en otras áreas geográficas en las cuales no existen ni relaciones de producción rígidas o petrificadas ni condiciones geográficas desfavorables.

O más brevemente: la petrificación del desarrollo económico acontece dondequiera que una sociedad oficial determinada ha logrado adaptarse a su medio geográfico y dondequiera que, igualmente, haya resuelto exitosamente el problema de mantener en la obediencia a los sectores explotados, razones por las cuales la superación del desarrollo ocurrirá en otras áreas geográficas en las cuales existe otro tipo de adaptación al medio ambiente y en las cuales, asimismo, las relaciones de producción son más permeables.

La aplicación de esta hipótesis o ley que rige la superación del desarrollo económico tiene que hacerse, naturalmente, considerando de modo concreto cada una de las cinco formas sociales. Como quiera que estamos tratando de la sociedad esclavista de la Edad del Bronce,

en que se petrifica el desarrollo, debemos examinar el tránsito al esclavismo de la Edad del Hierro.

En primer lugar, advertimos que entre el nacimiento del esclavismo clásico o desarrollado de la Edad del Hierro y el esclavismo autocrático de la Edad del Bronce, que le precedió, se produjeron nuevos cambios importantes, de los cuales los más significativos fueron tres: la explotación del hierro "en una tribu no identificada de Armenia" (Childe), la escritura alfabética en Fenicia y la moneda acuñada en el reino de Lidia.

Según Childe, el hierro permitió democratizar la agricultura, la industria y la guerra. Los campesinos pudieron disponer ya de herramientas del nuevo metal para desbrozar terrenos vírgenes, así como de arados de hierro para roturar el suelo pedregoso. Los artesanos, igualmente, podían independizarse de las casas de los nobles, de los templos y de los reyes. Con armas de hierro los plebeyos podían enfrentar en condiciones más equitativas a los caballeros de la Edad del Bronce e, incluso, los bárbaros pertrechados con el nuevo armamento, podían desafiar a los ejércitos de los estados civilizados, cuya invulnerabilidad había derivado precisamente del monopolio que ejercieron sobre las armas de bronce.

En cuanto al alfabeto fenicio, éste parece haber sido inventado "para facilitar los negocios de los pequeños comerciantes" (Childe). Sabemos que los fenicios fueron un pueblo que supo sacar partido de su posición geográfica, dedicándose a traficar "principalmente con artículos populares de bajo precio". Tal comercio implicaba una cantidad de pequeñas transacciones al menudeo, todas las cuales debían ser registradas; al mismo tiempo proporcionó al artesano, o por lo menos a los comerciantes, una riqueza suficiente para independizarlos de las "grandes casas" que, naturalmente, incluían escribas profesionales; el comerciante tenía que ser su propio tenedor de libros. He ahí la base social de la escritura fenicia" (Childe, *Qué sucedió...*, p. 197 s). Y más adelante, el mismo autor agrega: "El pequeño tendero o buhonero pudo aprender fácilmente a firmar su nombre, por lo

menos, y a llevar sus cuentas. La nueva idea prendió con tanta rapidez que nadie puede decir con precisión dónde brotó. Fue en realidad un cuerpo internacional de comerciantes el que sancionó por el uso las nuevas convenciones; y fue su actividad la que difundió y popularizó el sistema en la Edad del Hierro". Evidentemente, a partir de este momento quedaron atrás las complejas escrituras de la Edad del Bronce, monopolizadas por las clases dominantes y por los escribas. Excepción hecha de los antiguos centros eruditos de Mesopotamia, Egipto, etc., la escritura alfabética fenicia arraigó firmemente en la costa de Siria hacia el año 1,100 a.C., siendo adoptada por los nuevos Estados del sur de Arabia. Luego, el invento pasó al Irán. Los mismos fenicios llevaron el alfabeto a Cartago y de aquí a sus colonias. "Según las apariencias, los etruscos y romanos aprendieron a leer y escribir de los colonos griegos instalados en Italia" (Childe).

Finalmente, en cuanto a la moneda acuñada poco después del año 800 a.C., los reyes asirios y sirios comenzaron a marcar las barras de plata, garantizando la calidad del metal. Los defectos inherentes a las viejas y pesadas monedas de la Edad del Bronce, quedaron así eliminados. Poco después del año 600 a.C. los estados griegos de Egina, Atenas y Corinto comenzaron a emitir cambio chico, a base de monedas de cobre o plata. Los campesinos pudieron entonces vender sus pequeños excedentes agrícolas y comprar artículos manufacturados. El operario tampoco se ve obligado a consumir todo su salario, mientras que el pequeño productor o minorista puede igualmente ensayar con éxito la acumulación dineraria. "Así, a la larga, la acuñación colocó al alcance de los pequeños productores primarios y de los artesanos una variedad creciente de los refinamientos posibilitados por la tecnología civilizada. Recíprocamente, tornó lucrativa la manufactura de artículos baratos, de consumo popular, y hasta permitió al pequeño hacendado avanzar de la agricultura de subsistencia a la labranza especializada: la producción, por ejemplo, de olivos y aceites para la venta" (Childe).

El mismo autor señala que junto a todas estas ventajas derivadas de la moneda acuñada y del cambio chico, aparecieron otros fenómenos que habrían de actuar en sentido contrario: la usura, las hipotecas y la subsiguiente esclavitud por deudas constituyeron la secuela inevitable de este tipo de dinero dondequiera que fue introducido. "En las primitivas comunidades judías, griegas e italianas recién salidas de una economía natural, las luchas de deudores contra acreedores dominaron los primeros conflictos políticos, si es que no engendraron el Estado mismo entre los griegos y los romanos, como sostiene Engels" (Childe).

Tenemos así que las tres innovaciones citadas, ninguna de las cuales fue descubierta en el seno de las monarquías autocráticas de la Edad del Bronce, promueven el desarrollo de otras regiones. Sin embargo, ellas debían cuajar más plenamente dondequiera que convergiesen condiciones geográficas favorables y relaciones de producción propicias y permeables. Consideramos de un valor extraordinario el siguiente texto de Childe (*Qué sucedió...*, p. 214):

Las posibilidades abiertas por las herramientas de hierro, la escritura alfabética y la moneda acuñada cuajaron más plenamente en comunidades que podían explotar la baratura del transporte marítimo en favor del comercio, o en aquellas que de la barbarie penetraron directamente en una civilización de la Edad del Hierro liberadas de excesivos remanentes de la Edad del Bronce. Los fenicios y etruscos disfrutaron de la primera ventaja; los judíos, romanos y frigios, de la segunda. Sólo los griegos gozaron de ambas.

Podemos ahora aquilatar la insuficiencia de la explicación dada por Angel Palerm en torno a la dicotomía artificialmente creada por él, de civilización oriental despótica y civilización occidental democrática. De acuerdo con sus afirmaciones los pueblos de occidente se habrían hecho la siguiente reflexión: "De oriente nos agradan sus invenciones técnicas y sus creaciones espirituales, pero nos disgustan sus procedimientos autocráticos de gobierno, razón por la cual adoptamos las primeras pero desechamos los segundos". En el fondo, habrían elegido la democracia en virtud de un acto penetrado del más puro

indeterminismo y de la más pura libertad. ¿Cómo es posible que se pretenda que el desarrollo económico de los pueblos se funde en la teoría del libre arbitrio y del indeterminismo? La ciencia objetiva es absolutamente incompatible con este tipo de fundamentación.

Nos hallamos ya en condiciones de caracterizar los rasgos esenciales del segundo subperíodo de desarrollo de la sociedad esclavista. Formulamos la siguiente definición: la democracia esclavista o esclavismo de la Edad del Hierro—que mara el apogeo de la sociedad esclavista en su conjunto, con una duración menor que el esclavismo autocrático de la Edad del Bronce y con otros fundamentos geográficos—encarnó un tipo continuativo de desarrollo económico, determinado por un equipo superior de fuerzas productivas: tecnología del hierro y transporte marítimo principalmente, las mismas que, al provocar a la larga la aparición de la escritura alfabética y de la moneda acuñada, generaron un sistema de relaciones de producción que substituyó el esclavismo público e indiferenciado de la Edad del Bronce por un nuevo tipo de esclavismo privado, dentro del cual la producción corría a cargo esencialmente de los esclavos, jurídicamente considerados como mercancías, y que eran reclutados, según los casos, dentro del propio grupo como de grupos extraños, o de ambos a la vez, mediante el endeudamiento, la compra, la guerra, la piratería, etc., sometiendo a una cruel explotación por parte de las clases dominantes (terratenientes, comerciantes, industriales, prestamistas, contratistas y el Estado mismo) y, también, por parte de la clase media rural y urbana que cobró desarrollo e importancia, no sin antes luchar tenazmente por sus derechos, luchas a las cuales tampoco fueron ajenos los esclavos que continuamente se sublevaban contra sus amos o dueños quienes, al igual que los ciudadanos libres en general (sociedad tri-clasista), consideraron degradante el trabajo manual, dedicándose al cultivo de la democracia y de otras actividades espirituales.

Conviene subrayar que el esclavismo clásico o democrático, desde el punto de vista de la lucha de clases, configuró una sociedad dentro de la cual los conflictos sociales tuvieron lugar principalmente entre

las clases dominantes urbanas y rurales y las clases medias, también rurales y urbanas, y, secundariamente, entre la población libre en general (clases altas y medias) y la masa ingente de los individuos esclavizados. Precisamente, el carácter democrático de esta fase del esclavismo se debió a las luchas y conquistas victoriosas que sostuvieron las capas medias rurales y urbanas contra las clases altas. Las vicisitudes de estas luchas son descritas con lujo de detalles por los manuales de la historia de la civilización grecorromana.

Platón y, especialmente, Aristóteles nos han dejado testimonios muy valiosos de las luchas sociales en Grecia. En otro lugar hemos hecho un extracto de las principales ideas de Aristóteles en torno a estos conflictos y a la clase media de su época.³⁷ El estagirita, por ejemplo, consideraba que el mejor sistema democrático estaba fuertemente correlacionado con la existencia de una clase media amplia y próspera.

El sistema esclavista ateniense alcanza su apogeo después de las guerras médicas en que los persas fueron derrotados. Posteriormente, las guerras del Peloponeso enfrentan a Esparta y Atenas, siendo vencida esta última. Mientras tanto, el reino de Macedonia iba cobrando fuerza hasta que con Filipo primero y Alejandro después, el esclavismo griego deviene imperialista, sometiendo a Grecia toda y expandiéndose hasta la India, tras una serie de victorias militares. A la muerte de Alejandro (321 a.C.), su imperio se dividió en varios reinos. Desde el punto de vista científico, la cultura occidental se funde con la cultura oriental, operándose una mutua fecundación. Las matemáticas (notación decimal) y la astronomía babilónicas pasaron a Grecia y ésta, por su parte, efectuó notables contribuciones al conocimiento humano en sus diferentes ramas, incluso en la técnica, el arte, etc.

A mediados del siglo II a.C. Roma somete a Grecia. La fase monár-

³⁷ Nos referimos a nuestro ensayo: *La revolución de los profesionales e intelectuales en Latinoamérica*, publicado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la U.N.A.M. en el año de 1962. En las páginas 11-14 se reproducen los juicios de Aristóteles sobre la clase media y sobre su rol moderador de la lucha de clases. Estimamos que son sumamente interesantes los conceptos del filósofo citado y que, incluso, en nuestra época son válidos, muchos de ellos.

quica de la historia romana duró aproximadamente dos siglos y medio (753 a.C.-510 a.C.), la subsiguiente, la república, duró cerca de cinco siglos (510 a.C.-30 a.C.) y la última, el imperio, duró igualmente cerca de cinco siglos, pero en realidad ya desde mucho antes —siglo III a.C.— el imperialismo esclavista había sido herido de muerte en sus fundamentos económicos.

Pues bien, la fase imperialista de la historia romana marca no solamente la última etapa de la economía romana sino también la última etapa de la sociedad esclavista en su conjunto.

Podemos caracterizar este último subperíodo de la sociedad esclavista mediante la siguiente fórmula enunciativa: las peores contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, surgidas en la fase del esclavismo clásico de Roma, hallaron un desahogo temporal en el expansionismo imperialista que alcanzó los límites máximos del área geográfica de la civilización de aquel entonces, límites que una vez alcanzados habrían de revelar en toda su desnudez la naturaleza falaz de la prosperidad lograda por el régimen urbano desarrollado, pero no fundado en la liberación de fuerzas productivas superiores, iniciándose entonces un proceso de contracción que agudizó no sólo las luchas sociales entre los esclavos y campesinos contra sus amos y explotadores dentro de la metrópoli y las de ésta contra los pueblos conquistados, sino que también determinó el empobrecimiento y ruina de la clase media ligada a la industria, al comercio y al Estado y, como quiera que esta clase era el sostén más fuerte del régimen urbano, su derrumbe generó un vacío dentro del cual la institución económica de la esclavitud devino inoperante, razón por la cual toda la sociedad en su conjunto no tuvo más salida que revertir hacia el autoabastecimiento de tipo rural si es que deseaba sobrevivir, actuando como protagonistas de la reversión los terratenientes que no tuvieron más alternativa que confiar la producción rural a quienes tuviesen realmente interés en el trabajo de la tierra, esto es, a los colonos parcelarios, deviniendo así la institución del colonato un tipo

de fuerza productiva superior que constituye ya el punto de partida de la nueva forma social denominada feudalismo.

La historiografía y la sociología soviéticas de nuestros días se hallan empeñadas en explicar científicamente las causas del derrumbe de la sociedad esclavista romana. Muchos autores rusos sostienen puntos de vista no siempre coincidentes sobre el particular, pero la mayoría de ellos indudablemente exhibe un conocimiento mucho más profundo que aquellos que han colaborado en los manuales publicados por la Academia de Ciencias de la URSS. Al menos esta conclusión se desprende del análisis comparativo de los trabajos de E. M. Shtaerman, S. I. Kovaliev y S. L. Uchenko³⁸ con los de Gleserman, Konstantinov, Fedoseiev, etc., que figuran en los manuales citados.

Mención especial merecen los notables ensayos de Elena Shtaerman y de S. I. Kovaliev, contraídos a la interpretación de la caída del régimen esclavista romano. Un análisis detallado de sus respectivos puntos de vista no podemos hacerlo aquí, ni tampoco es necesario dado que en lo fundamental sus posiciones teóricas son idénticas, discrepando en ciertos aspectos que, a nuestro juicio, no son relevantes. Sin embargo, estimamos que ni Shtaerman ni Kovaliev destacan un hecho que para nosotros tiene mucha importancia, cual es, la significación del derrumbe del esclavismo considerado a la luz de la sociología urbana. Creemos que no basta efectuar análisis prolijos y minuciosos del derrumbe citado sino que también es necesario establecer de modo claro la naturaleza *precaria o no consolidada* del régimen urbano generado por la sociedad esclavista en la Edad del Bronce y en la Edad del Hierro. Y aquí indudablemente tenemos que subrayar que el urba-

³⁸ En el libro ya citado: *Estado y clases en la antigüedad esclavista* se incluyen los ensayos de S. L. Uchenko: "Clases y estructura de clase en la sociedad esclavista antigua", de Elena Shtaerman: "La caída del régimen esclavista" y de S. I. Kovaliev: "El vuelco social del siglo III al V en el imperio romano de occidente". Otros autores soviéticos son citados por Shtaerman y Kovaliev, pero lamentablemente no los conocemos, ignorando si han sido traducidos a nuestro idioma los trabajos escritos por ellos. Sea como fuere, es indudable que no podemos juzgar la situación actual de la sociología y de la historiografía soviéticas de nuestros días, basándonos únicamente en los estudios de quienes han colaborado en los manuales de la Academia de Ciencias de la U.R.S. Los mejores elementos no han sido llamados a prestar su concurso en la redacción de estos manuales. Sería, por tanto, erróneo atenernos solamente a lo escrito por Konstantinov, Gleserman, Fedoseiev, etc. En la Unión Soviética, repetimos, los hay mejores.

nismo generado por las monarquías de la Edad del Bronce recibió un mayor impulso y experimentó un mayor desarrollo en las repúblicas democráticas esclavistas de la Edad del Hierro. Este incremento fue debido al aumento de las fuerzas productivas encarnadas en la navegación, en el comercio, en las herramientas de hierro, en la moneda acuñada y en cierto grado de amplitud de los procesos de la reproducción ampliada; factores todos que confirieron al régimen urbano mayor estabilidad y consolidación, pero que a la vez fueron incapaces de asegurar la estabilidad y consolidación definitiva de ese mismo régimen urbano. Sólo el maquinismo está en condiciones de lograr este aseguramiento, pero no de modo absoluto: sabemos perfectamente, en primer lugar, y esto ya lo hemos manifestado anteriormente, que la crisis de sobreproducción que afligió al capitalismo en el período 1929-1933 determinó un proceso de reversión semejante al que se operó con motivo del derrumbe de la sociedad esclavista. Fueron varios millones de personas radicadas en la ciudad que, al carecer de trabajo, se fueron a vivir al campo. Claro está que fue una reversión insignificante, pero no por ello dejó de ocurrir. Al fallar los fundamentos urbanos, de modo instintivo acontece la reversión. El mito de Anteo y de su madre Gea cobra realidad. Finalmente, dentro del mismo sistema capitalista se advierte el carácter precario de muchas explotaciones mineras y de materias primas vegetales: el agotamiento de los yacimientos y de las fuentes de riqueza condiciona el carácter precario de las ciudades generadas por las actividades económicas de explotación de los recursos mencionados.

Es un secreto a voces que en los países subdesarrollados la explotación de los recursos naturales, exhibe un carácter depredatorio, a tal punto que después de agotarse la riqueza toda la ciudad o núcleo urbano desaparece y el desierto avanza, cubriéndolo todo. Las posibilidades de fundar una nueva ciudad en el mismo sitio se reducen a cero, porque el suelo ha quedado envenenado y allí no crecerá más una planta comestible o económicamente útil. El nuevo Atila capitalista ha consumado su obra a la perfección.

Advertimos entonces que el aseguramiento del régimen urbano es una conquista del capitalismo, con las limitaciones que acabamos de mencionar, limitaciones que indudablemente no tendrán ninguna razón de ser en una economía socialístamente organizada, porque dentro de ella no sólo que no se mantiene la separación entre el campo y la ciudad, sino que ésta avanza hacia aquél.

Desde el punto de vista de la sociología urbana podemos representarnos a las diversas formas sociales conocidas hasta el presente, como una especie de procesos dinámicos de carácter amiboideo que, arrancando originalmente del agro, han avanzado hasta generar la ciudad, pero estas ondas amiboideas se hacen más ostensibles conforme pasamos del esclavismo de la Edad del Bronce al esclavismo de la Edad del Hierro, demostrando a renglón seguido que sus progresos ondulantes son todavía inciertos en la medida en que no aparezca el motor, representado por el maquinismo, que garantice de modo eminente que la amiba no tendrá ya que replegarse sobre sí misma, repliegue representado por el feudalismo. El maquinismo capitalista, en lo fundamental, asegura la consolidación del proceso, dejando empero entrever la existencia en su seno de algunos resabios de reversión. Sólo la automatización socialista permitirá que el proceso amiboideo, generador del urbanismo, se consolide definitivamente, y la única reversión a operarse será más bien la de los progresos materiales y culturales que irán de la ciudad al campo, esto es, hacia su matriz amiboidea original, con lo cual la misma amiba experimentará una radical transformación de su propio ser, de su propia naturaleza.

Esta tosca imagen que hemos utilizado para destacar el significado de las formas sociales, a la luz de la sociología urbana, puede parecer aún más tosca de lo que en realidad es, pero es lo suficientemente clara para esclarecer la significación funcional de las distintas formas sociales.

En una caracterización del sistema esclavista, estimamos que este fenómeno debe relevarse, precisamente, porque esta forma social marca el punto en que el proceso amiboideo revela sus limitaciones para

seguir avanzando, debido justamente a que aún no surgía la fuerza productiva del maquinismo que al permitir en grado máximo la reproducción ampliada, garantizase también la conquista definitiva del régimen urbano.

Las bases manufactureras, débiles y limitadas, del sistema esclavista de producción no fueron extendidas ni difundidas por el imperialismo romano en la misma escala en que los había utilizado en el seno de la metrópoli, lo que trajo como consecuencia que tampoco apareciese una clase media relativamente amplia y próspera en las colonias, con poder adquisitivo suficiente para adquirir las manufacturas romanas. Más bien, como lo subraya Gordon Childe repetidas veces, la industria en lugar de exportar sus productos empezó a exportarse a sí misma hacia la periferia, pero este fenómeno tropezó con la camisa de fuerza de las relaciones de producción impuestas por la sociedad esclavista oficial, de tal suerte que los períodos de reanimación fueron pasajeros y fugaces. Desde este momento, todo el sistema al no poder expandirse más en el sentido geográfico ni al ser capaz de liberar una fuerza productiva superior, encarnada en el maquinismo, tuvo inexorablemente que empezar a contraerse.³⁹

En este proceso de contracción, como muy bien lo destacan Guenther y Schrot, así como también Elena Shterman, la única clase que estaba en condiciones de afrontar con éxito la decadencia y la crisis fueron los terratenientes, así como los productores libres. La amiba se contrajo y se replegó sobre sí misma, pero este proceso implicó un

³⁹ Es curioso comprobar cómo en la dinámica económica del actual imperialismo decadente, se da también un fenómeno análogo: el imperialismo efectúa también exportaciones de sus propias industrias —y no sólo de los productos de las mismas, pero esta exportación tropieza con las limitaciones inherentes a un mercado interno sumamente estrecho, dentro del cual, en la gran mayoría de los países subdesarrollados, la clase media no ha logrado gran desarrollo. De aquí las actuales lamentaciones de los círculos imperialistas en el sentido de que a estos países pobres les falta crear una clase media amplia y próspera, que actúe como un freno y estabilizador de las relaciones sociales y como un factor que atenúe la explosividad de las luchas sociales del pueblo contra las oligarquías y el imperialismo. Desde luego, el proceso de contracción del sistema imperialista hace tiempo que ha empezado, haciéndose más agudo con cada día que pasa, conforme se puede apreciar echando una simple ojeada a lo que ocurre en los mundos socialista y capitalista de nuestros días. Es sorprendente cómo los imperialismos de todos los tiempos reproducen, *mutatis mutandis*, los mismos rasgos significativos de su desarrollo económico y social.

cambio notable, una revolución, en el sentido de generar una nueva fuerza productiva acorde con la nueva situación, y que no fue otra que la institución del colonato. La estatización subsiguiente no hizo más que acelerar el proceso. Fue necesario que del agro mismo saliese la solución, fue necesario que se llegase al convencimiento de que la amiba no podía avanzar sobre la base de una masa esclavizada que no tenía mayor interés en aumentar la producción, sino sobre la base de colonos, primero, y de siervos, más tarde, pero a los cuales debía dejárseles mayor libertad, no considerarlos ni tratarlos como esclavos. Y así ocurrió en efecto.

Naturalmente, la reversión, el repliegue de la amiba no significó un retroceso en el sentido absoluto; no hubo un retorno a la economía neolítica pura, y la mejor prueba de ello fue que en el feudalismo subsiguiente hallamos una clase dominante refinada y una clase dominada más libre, que en el seno de sus propios dominios o castillos conservaron las manufacturas artesanales. El autoabastecimiento feudal se diferencia del autoabastecimiento neolítico en que el primero incluyó las conquistas del régimen urbano fenecido, disminuidas y adaptadas a la nueva forma social prevaleciente. En el aspecto cultural ocurrió otro tanto: la iglesia conservó y fue la depositaria de los bienes artísticos de la civilización grecorromana. Las técnicas de construcción no se perdieron: las catedrales erigidas en el medioevo lo atestiguan. La misma agricultura experimentó progresos: se difundió el arado de hierro, se descubrió el sistema de cultivo de las tres hojas, etc. Y en cuanto al aspecto industrial, los molinos de agua de los señores feudales, como dice Childe, brindaron ejemplos de la explotación racional de los recursos.

CUADRO-RESUMEN DEL DESARROLLO DEL ESCLAVISMO

F A S E S	C A R A C T E R I S T I C A S
<p style="text-align: center;">(A)</p> <p>Esclavismo Autocrático o Esclavismo de la Edad del Bronce en Oriente.</p>	<ol style="list-style-type: none"> 1) Estados sacerdotales, militaristas e imperialistas, propietarios de los instrumentos y medios de producción. 2) Esclavitud colectiva, pública e indiferenciada. 3) Campesinos neolíticos marginales supérstites, despensa del esclavismo autocrático. 4) Clase media precaria y subordinada. 5) Lucha de clases débil y en pequeña escala (clase-casta). 6) Nacimiento del régimen urbano: escritura prealfabética (escribas), construcciones monumentales, economía monetaria "pesada", navegación y comercio débiles. 7) Petrificación de las relaciones de producción y del desarrollo económico.
<p style="text-align: center;">(B)</p> <p>Esclavismo Democrático o Esclavismo de la Edad del Hierro en Occidente.</p>	<ol style="list-style-type: none"> 1) Estados democráticos esclavistas colonizadores. 2) Esclavitud diferenciada y privada (esclavo-mercancía). 3) Incremento de las fuerzas productivas, que desintegran las comunidades agrícolas y ganaderas y las conducen por la vía del esclavismo clásico. 4) Lucha de clases intensa entre amos y esclavos, especialmente de la clase media rural y urbana contra la clase alta. La clase media como soporte de la democracia. 5) Desarrollo del régimen urbano: escritura alfabética, economía monetaria desarrollada, navegación y comercio intensos, desarrollo de la cultura, el arte y la ciencia.
<p style="text-align: center;">(C)</p> <p>Imperialismo Esclavista o fase decadente de la sociedad esclavista en su conjunto.</p>	<ol style="list-style-type: none"> 1) Solución imperialista de las contradicciones de clase, que pone en evidencia la debilidad de los fundamentos tecnológicos y sociales en que descansaba la economía. 2) Crisis del régimen urbano: intensificación de la lucha de clases, ruina y proletarización de la clase media, decadencia de la industria y el comercio, estatización de la economía, postración general. 3) Iniciación del proceso de reversión hacia la economía rural. Los terratenientes y los productores libres como protagonistas de la reversión. Inoperancia de la esclavitud. El colono como institución que permite la continuidad del desarrollo económico hacia una fama social superior, encarnada en el feudalismo.

INDICE

CAPÍTULO I

Economía, Sociología y Desarrollo Económico	<i>Pág.</i> II
---	--------------------------

CAPÍTULO II

El Concepto Científico del Desarrollo	65
---	----

CAPÍTULO III

Desarrollo Económico y Desarrollo Histórico	131
---	-----

CAPÍTULO IV

La Periodificación del Desarrollo Económico en la Comunidad Primitiva y en el Esclavismo	139
---	-----



**INVESTIGACIONES
SOCIALES**

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DIA 5 DE
DICIEMBRE DE 1964, EN LOS
TALLERES DE LA EDITORIAL
CVLTVRA, T. G., S. A., AV.
REP. DE GUATEMALA N° 96,
DE LA CIUDAD DE MEXICO,
D. F., SIENDO SU TIRO DE
1,000 EJEMPLS. LA EDICION
ESTUVO A CARGO DEL SR.
JOSE MARIA AVILES.



INVESTIGACIONES
SOCIALES

Nº 624

U N A M

FECHA DE DEVOLUCION

**El lector se obliga a devolver este libro antes
del vencimiento de préstamo señalado por el
último sello.**



**UNIVERSIDAD NACIONAL
AVENIDA DE
MEXICO**

HD82
M4



UNAM

31097

INST. INV. SOCIALES

HD82
M4

MENDOZA DIEZ, ALVARO. 46154-
SOCIOLOGIA HISTORICA DEL
DESARROLLO. 031097

RO
ZA
E

LOGIA
DRICA
NL
DOLLO

TICO
19

12